Cristina Pujadas



Una Alfa de armas tomar

Una alfa de armas tomar

CRISTINA PUJADAS

Vuelve la serie *Alfas* con una nueva historia de pasiones prohibidas, destinos escritos en sangre bajo la luna llena y peligros que acechan en la oscuridad.

Si quieres un urban romantasy autoconclusivo que te atrape entre sus páginas y te haga soñar despierta…
¡Este es tu libro!

©Mayo 2025, Cristina Pujadas, SafeCreativity.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación o trasmisión sin autorización expresa y por escrito de la autora, excepto el uso de citas puntuales siempre y cuando se incorpore la referencia correspondiente al libro y/o a la autora.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia no intencionada por parte de la autora.

Portada: Imágenes Midjourney® con retoques y maquetación mediante Procreate®

SINOPSIS

¿Estás preparada para un amor salvaje en el que el pasado puede convertirse en tu peor enemigo?

Daniel es uno de los betas de la manada de Pardines, aunque desciende de un linaje de alfas. Leal para con los suyos, contiene un instinto feroz, un tanto oscuro, ocultándose tras una máscara de indiferencia.

Ona es descendiente de un alfa, pero su madre es humana y siente que aún no ha encontrado un lugar en su manada. Nunca ha soñado con un «para siempre», pero no puede negar que su loba piensa diferente.

Él no puede perdonar que ella se acostara con su hermano.
Ella no está dispuesta a perder su libertad por un lobo arisco y altivo.
Ambos fingen no sentir nada, aunque el deseo les quema bajo la piel.

Cuando una cadena de peligrosos sucesos los empuja al límite, deberán elegir entre seguir huyendo o enfrentarse a la atracción que late entre ellos y a ese algo mucho más profundo que puede complicarlo todo porque, después de todo, ella es una alfa de armas tomar.

Capítulo 1



MI BAR TENÍA EL ENCANTO propio de un antro. Uno que exhibía, a modo de estandarte, un mostrador de madera de caoba —de tiempos pretéritos—. Ese pedazo de barra, en particular, relucía gracias a la capa de cera que yo mismo le aplicaba con minuciosa pericia una vez al año. Era vieja, sí, pero quizá por eso mismo poseía ese encanto único, y yo le tenía un cierto cariño.

Se podrían decir muchas cosas del local, pero no que estuviera sucio. No era un maniático de la limpieza, ni mucho menos, pero existen unos mínimos, al margen de los controles de sanidad.

Lo cierto es que me gustaba esa ambientación un tanto apagada y lúgubre que le daban las rejas que cubrían los ventanales de la calle, el tono gris de los cristales y esas viejas lámparas que, desde el techo, iluminaban el lugar con tonos cálidos, ambarinos, que a muchos se les antojaban un tanto mortecinos.

Hacía ya varios años desde la última vez que le di una capa de pintura a las paredes, pero, en vez de optar por un blanco impoluto, me decanté por un sutil gris con matices ocres, que armonizaba con ese tono un tanto lúgubre —y para nada acogedor— que nos servía de ambientación… y de tapadera.

Después de todo, no queríamos que se convirtiera en un local de moda, uno de esos sitios en los que las recomendaciones de Google arrastran al pobre desgraciado que ha decidido parar en Pardines para echar gasolina y tomarse un tentempié.

Mi bareto era un tugurio por y para lobos. De ahí ese aire mustio y las miradas intensas que se llevaban los pobres humanos que metían un pie dentro, sin tener la más remota idea de que aquel era algo así como el núcleo social de una manada de licántropos. No aspiraba a hacerme rico, pero como a un lobo no lo tumba menos de una docena de cañas, tampoco es que estuviera en una situación

económica complicada; al margen de que desde hacía años me ocupaba de gestionar el patrimonio de la manada, y a costa de eso me sacaba un sobresueldo.

Siempre se me habían dado bien los números, aunque nunca tuve la oportunidad de explotarlo estudiando. Nos tocó sacar adelante la manada cuando éramos apenas unos críos: Derek, el hijo del antiguo alfa de Pardines, que ya poseía la autoridad de un lobo de ese rango desde que era apenas un mocoso; mi hermano, Silas, y yo. Admito que lo mío fue una incorporación un tanto forzada, porque Derek y Silas —mejores amigos desde su más tierna infancia— eran menores por aquel entonces. Alguien tenía que asumir ser su tutor para gestionar sus mierdas legales, y como Derek nunca se llevó del todo bien con los viejos de la manada, acabé dejándolo todo para hacerme cargo de aquel berenjenal.

En un arranque de genialidad, me decanté por montar lo del bar a modo de tapadera, para que la manada tuviera un lugar en el que reunirse. Y, para facilitarnos la vida, nos instalamos los tres en el piso de arriba. Llegado el momento, fue algo natural que Derek acabara nombrándonos a los dos sus betas, después de haber compartido mierda en cantidad. Aunque supongo que eso, ahora, no viene a cuento.

Silas, mi hermano pequeño, siempre había sido la mano derecha de Derek, pero lo que ambos tenían de energía y vitalidad, les faltaba de paciencia y contención.

De los tres, mi hermano era el lobo que siempre parecía estar de buen humor. El que jugaba su papel de guarda forestal frente a cualquier turista que tuviera un par de tetas y una cara bonita, y que se ocupaba —más o menos— de sociabilizar y hacer de interlocutor con los humanos que vivían en el pueblo, que, por supuesto, desconocían de nuestra verdadera naturaleza.

De Derek podría deciros que tiene muchas cualidades, pero al margen de eso, es un tipo de carácter un tanto arisco. Como no es precisamente la persona más accesible del mundo, muchos de nuestros omegas acababan ahogando sus penas —y haciéndome sus confesiones a mí— mientras bebían o comían algo en esa pieza de

madera añeja que sentía como si un pedacito de mi alma se hubiera ido infiltrando entre capas de barniz y cera.

Quizá por ser el más mayor de los tres. O quizá porque la vida nos obligó a interpretar un papel para el que todavía no estábamos preparados cuando apenas éramos unos críos. Lo cierto es que alguien tenía que asumir el rol de mediador dentro de la manada… y ese me tocó a mí.

A veces me gustaba eso: sumirme y perderme en mis propios pensamientos. Pero algo captó mi atención, haciendo que mis sentidos se deslizaran hacia la puerta del bar. Se abrió, y apreté la mandíbula con fuerza. Era la última persona que me apetecía ver entre todas las que caminaban sobre la faz de la tierra. Y también la que, muy a mi pesar, lo hacía con mayor gracia.

Había un par de lobos en un rincón que se limitaron a alzar el mentón para captar su rastro y siguieron a lo suyo; lo que era poco habitual, porque la loba que se acercaba a la barra, contoneando la cadera como si tal cosa, no formaba parte de nuestra manada. Y la mayoría de nosotros apenas la conocíamos.

Digo «apenas» porque no era la primera vez que acababa apestándome el local con sus feromonas, lo que ya de por sí se me hacía bastante molesto. Y «mayoría» porque mi hermano se la había estado tirando, al margen de que, además, era medio hermana de la pareja de Derek. Una historia complicada, la suya. La de Derek y su hermana. Y también la de la loba que se estaba mordiendo el labio inferior mientras se acercaba a la barra, ya que, por lo visto, era mestiza: mitad lobo, mitad humana. Pero prefería odiarla a confraternizar con cualquier desdicha secundaria a su condición. Era un tema de supervivencia.

En mi manada jamás se había contemplado que pudiera existir alguien así y, con el fin de preservar nuestra naturaleza —y nuestros secretos—, una relación entre un lobo y una humana, más allá del sexo puntual, jamás se había planteado. Antes.

Observé cómo rodeaba uno de los taburetes de la barra y se instalaba en él, justo delante de mí.

Bendito trozo de madera que me separaba de esas curvas generosas y bien proporcionadas, de una cintura un tanto

demasiado estrecha para mi gusto, pero con unas piernas firmes y largas, unas nalgas bien definidas y una mirada astuta que evidenciaba que solía salirse con la suya siempre que se le antojaba. No sería la primera vez, de hecho.

Me limité a observarla mientras me preguntaba por qué los dioses, o quién diablos jugara con los hilos del destino, me jodía la vida de esa forma. Me había ilusionado con no tener que volver a verla. Nunca más. Y me refiero a un «nunca más» de esos rotundos, categóricos, de esos «nunca más» que arrastran una verdad inquebrantable, sellada casi en sangre.

—Te veo bien. —Elevé una ceja y opté por no contestarle mientras centraba mi atención en sus ojos e ignoraba el generoso escote de una camiseta que le quedaba un poco demasiado holgada y que, dada su escasa longitud, apenas le cubría el ombligo.

Ese trozo de carne en concreto quedaba oculto por el mostrador que nos separaba —otro motivo más para considerar aquella reliquia como un talismán que me traía buena ventura—, pero ni siquiera un ciego hubiera pasado por alto cómo se intuía ese pedacito de su abdomen mientras había entrado caminando por *mi* local como si fuera una maldita abeja reina.

Dejé la jarra que estaba secando en la estantería, dándole la espalda de forma deliberada, antes de coger una copa que acababa de lavar y girarme para enfrentarla mientras me dedicaba a secarla con un trapo.

—Maya debe de estar en el puesto de mando. —He ahí el problema en cuestión. No podía largarla sin más, porque era la hermana de la pareja de Derek. Si bien a mi alfa le traería sin cuidado que la enviara a la mierda y le negara un trago, a mí no me apetecía cabrear a aquella humana que solía llevar encima una automática y unos pocos cuchillos en vez de joyas.

Maya era de gatillo fácil y no le importaba meterle un par de balazos a un lobo. Y el padrastro humano de la loba frente a mí, un tal Marc Anthony, era un tipo al que no me gustaría tener como enemigo. Había algo en sus ojos negros que me hacía sospechar que había visto muchas cosas. Y matado a muchos lobos.

Ese también era un buen motivo para no echar del local a la loba que seguía estudiándome, como si tuviera todo el tiempo del mundo y no le importara perderlo allí.

—¿Me pones una caña y algo para comer?

—Claro. —Comida y bebida, sí. Una amena conversación, como que pasando.

Me acerqué al tirador y puse debajo una jarra limpia con la inclinación perfecta para que el líquido ambarino empezara a cubrir el fondo y la espuma se acumulara en la cantidad precisa en la parte superior. Era un arte. Uno que había acabado apreciando. Incluso si jamás me había imaginado que acabaría pasándome el resto de mi vida haciendo algo así.

Dejé la cerveza frente a ella y me acerqué a la plancha. Saqué de la nevera un par de hamburguesas y las coloqué encima. Tener algo que hacer me permitía ignorarla, así que me demoré tanto como pude antes de entregarle las hamburguesas, acompañadas de un panecillo y un poco de ensalada, a modo de plato combinado.

—Me dijo Nolan que te vio por Dóen hace unas pocas semanas.

—Fui a buscar a Desirée. —Asintió antes de darle un bocado a la hamburguesa. Vi cómo cerraba los ojos mientras masticaba, y admito que me gustó ese aspecto relajado suyo y la expresión satisfecha de su rostro.

Era hermosa. No en plan algo bonito y delicado, sino más bien todo lo contrario. Era sensualidad pura y dura. A rabiar. Una loba para un buen polvo. O para más de uno. Decidí no permitirle a mi mente vagar en esa dirección.

Le di la espalda para coger del lavamanos la última jarra húmeda que me quedaba por secar. Si era por entretenerme y mantener las manos ocupadas, era capaz de ponerme a limpiar hasta el interior de los frigoríficos con tal de poder ignorarla durante el tiempo que tardara en comerse aquello.

—Podrías haberte quedado en el hostal y haberme dicho algo. —No me pasó desapercibido el deje molesto que había en su voz al decirlo. Me giré para mirarla, y sus ojos buscaron los míos.

Me sequé las manos en el trapo antes de acercarme a aquel pedazo de madera que nos separaba y apoyé mis codos en su

superficie para aproximar un poco mi cuerpo al suyo. Me siguió con la mirada.

—¿Por qué debería haber hecho algo así?

—¿Para pasártelo bien? —Su olor. Era pura dinamita—. Podríamos haber ido a tomar algo o te hubiera llevado a alguno de esos rincones mágicos que hay por los alrededores.

—Creo que te estás confundiendo. —Frunció el ceño y me limité a mantener ese aspecto impasible, indiferente, que durante tantos años había ido perfeccionando—. Al que te estuviste tirando la última vez que estuviste por aquí era a mi hermano.

Le sonreí.

No debería sentirse tan placentero ver cómo su rostro pasaba de amigable a una mezcla de rabia y odio un tanto visceral. Era una loba temperamental, lo que en general encontraría de lo más interesante, pero no hoy. No siendo ella.

—Solo pretendía ser amable, imbécil.

Me limité a encogerme de hombros antes de alejarme de ella —y de su adictivo olor—. Le di la espalda para colocar la última copa seca en su lugar. Cuando acabé, opté por salir de detrás de la barra para sentarme con los únicos lobos que había en el local. Eran dos un tanto quejosos, pero cualquier cosa sería mejor que tener que seguir aguantando a esa loba.

No podía afirmar que la odiara, porque tampoco tenía un argumento válido para hacerlo, pero me irritaba su mera existencia. Preferiría fingir que nuestros caminos jamás se habían cruzado.

Me quedé allí, aguantando estoicamente la conversación de aquel par, hasta que ese metro setenta y tanto levantó su precioso y redondeado trasero de *mi* taburete, tras devorar la comida. Se acercó a nosotros caminando de una forma altiva y arrogante, así que tuve que contener mi mala leche y el deseo de sentarla encima de mis rodillas para darle un par de nalgadas. Era una mujer con carácter. Además de caliente.

Por lo que nos había contado Maya, su padre biológico había sido un alfa, y era innegable que, pese a que su madre era humana, tenía un algo, esa aura dominante propia de los que provienen de un linaje fuerte. Como era mi caso.

Aunque el papel de beta nos venía bien a Silas y a mí, ambos procedíamos del mismo linaje de alfas que Derek. De hecho, su abuelo y la nuestra eran hermanos, dos alfas de nacimiento. El mayor de los dos, el abuelo de Derek, fue el que lideró la manada, aunque lo hizo con nuestra abuela como su mano derecha, lo que en su momento fue hasta cierto punto transgresor, porque la nombró su beta pese a ser una hembra.

En cualquier caso, nosotros nunca fuimos lobos débiles ni sumisos, de ahí que Silas y Derek congeniaran tan bien y tan rápido: en muchas cosas podían verse como dos iguales. Silas y yo jamás apuntamos a buscar ese tipo de liderazgo. Derek no solo provenía de la línea directa de sucesión —porque tras su abuelo fue su padre el que heredó la manada—, sino que, además, todos en Pardines lo habíamos visto como nuestro futuro alfa.

Hubo quien consideraba que era un derecho de nacimiento, aunque yo creo que fue más bien una obligación. Una que le hizo madurar de golpe, tras perder a sus padres en un accidente cuando él era demasiado joven. Lo único que pudimos hacer fue apoyarle, incluso cuando nos enfrentamos a una fuerte resistencia interna que terminó en un derramamiento de sangre de los nuestros sobre ese territorio que ahora gobernábamos.

—¿Qué te debo? —Seguía enfadada. Lo que me venía bien, porque quizá así captaría el sutil mensaje de que había locales que le darían un trato mucho más cordial que el que podría encontrar en mi garito. Sabía que seguiría viniendo a Pardines cuando se le antojara. Ella y su hermana estaban bastante unidas y, contra eso, no tenía ni voz ni voto, pero tener que aguantarla en mi local sí estaba en mi mano.

—Nada. —Elevó una ceja, interrogante. Me humedecí los labios y sentí el cosquilleo de mi barba en la punta de la lengua—. Silas suele ocuparse de las consumiciones de sus follamigas, ya lo apuntaré en su cuenta.

Me lanzó una mirada tan oscura como cabreada, y me obligué a contener una amplia sonrisa. ¡Con qué poco podía ser feliz uno!

—Que te jodan. —Tan maja, ella. No pude contenerme y reí por lo bajo, satisfecho con nuestro fugaz pero intenso encuentro.

—Eso siempre. —Le guiñé un ojo y creo que me hubiera dado un zarpazo, por gusto, pero se contuvo.

Me dio la espalda y salió del local hecha una furia. Uno de mis parroquianos, que rondaba los setenta, soltó un silbido apreciativo.

—¡Menuda loba! ¡Qué carácter!

—Por mí, como si quiere tumbarme. ¿Habéis visto qué pedazo de culo? —Sonreí un poco a desgana, aunque asentí; no tenía sentido negar una verdad como aquella.

Capítulo 2



LLEGAR A LA QUE AHORA ERA LA CASA DE MAYA era algo así como una epopeya de la que podrían sacarse dos conclusiones. La primera: que a Derek no le gustaba que los lobos de su manada le tocaran los cojones. Y la segunda: que tampoco tenía el interés —ni la paciencia— de aguantar a cualquier ser vivo, independientemente de la especie, el género o la etnia. En resumen: la pareja de mi hermana era un alfa con aires de ermitaño al que no le gustaba que se entrometieran en su territorio.

¿Y qué estaba haciendo yo?

Sonreí.

¡Pues justamente eso!

Ni siquiera les había enviado un mensajito autoinvitándome, no fuera a ser que tuvieran muchas cosas que hacer y encontraran una excusa que, al final, me obligara a quedarme en casa el fin de semana. Era más divertido dejarlo al azar, y sabía que Maya, en el fondo, se alegraría.

Hacía ya demasiado desde la última vez que nos vimos, así que eso compensaba mi osadía. Al menos, a sus ojos. Y lo que pensara Derek, la verdad, me lo pasaba por el forro. Como las opiniones de ese chucho amargado de modales tan mezquinos como el local que regía. Daniel. Sí, ese lobo en concreto.

Dejé el todoterreno en la última zona transitable y me cargué la mochila a la espalda. Llegaría más rápido si me transformaba en loba y, además, disfrutaría corriendo por aquellos bosques salpicados de pequeños riachuelos en los que saciar la sed. Me gustaba correr y dejar la mente en blanco mientras me llegaban olores de todo tipo, que hacían que mi mente viajara más allá del aquí y el ahora. Pero eso implicaría dejar mi ropa y mi neceser en medio de la nada.

Existía otra opción, claro, pero cargar la mochila con el hocico le quitaba todo el romanticismo a la carrera. Aunque, siendo sincera, no es que yo sea de ese tipo de personas. De las románticas. De las que aspiran a una historia perfecta. Más bien al contrario.

Quiero decir que soy una mujer moderna, pragmática. Tengo claras mis prioridades. Y eso implica tomar decisiones conscientes. Como, por ejemplo, la de ser feliz. Porque sí, la felicidad también puede ser una determinación activa.

Como loba, mi necesidad física por un macho era algo que no tenía sentido negar o inhibir; forma parte de mi naturaleza, y no me avergüenza. Pero como mujer… creo que nunca me he enamorado. O, más bien, no me he permitido hacerlo. Me parece una pérdida de tiempo depositar emociones, esperanzas o ilusiones en alguien que no seas tú misma. Las decepciones llegan, tarde o temprano. Y esas, esas duelen de verdad.

Lo cual no significaba que no aspirara a algo más. A formar una familia, por ejemplo. Algún día… si llegado el momento me apetecía. Y si no se daba el caso, no se me antojaba como si aquello fuera a ser el fin del mundo. ¡Ni mucho menos! Me gustaban los niños. Y los cachorros. Pero con que fueran de los vecinos, ya me estaba bien.

Me iban más los lobos que los humanos, por un motivo obvio: quien los ha probado, ya sabe a qué me refiero. Punto y aparte.

El problema es que tienden a ser tan territoriales como idiotas, así que antes de los dieciocho ya había aprendido que era mejor tontear con los de otras manadas o con humanos de paso. En ese gran aprendizaje que me trajo la vida mucho tenía que ver mi mejor amigo, Nolan. A mis primeros novietes de juventud no les hacía gracia que prefiriera una película de terror ridícula con él ante una sesión de besuqueos con ellos. Se ponían cual basiliscos y, claro, a mí me cabreaba aquella estupidez suya.

Quiero decir, puedo entender que un humano desconfíe, pero un lobo sabe perfectamente que cuando intimamos con alguien, nuestros rastros, nuestros olores, se entremezclan y podemos percibir ese tipo de matices. Así que no es hacer acusaciones basadas en suposiciones. Como lobo, puedes saber si una pareja ha

tenido una buena sesión de besuqueos… y ya ni te cuento cuando se trata de un polvo: en cuanto ocurre, se entera todo el pueblo. Es lo que tiene formar parte de algo más grande, de esa estructura que somos, donde cada uno es apenas una pieza dentro de una jerarquía peculiar, pero muy real.

Además, está ese pequeño detalle sin importancia de que, cuando pasamos de forma lobuna a humana, lo hacemos completamente en pelotas. Así que, si estás medio saliendo con un lobo gilipollas, un tanto posesivo o dominante, basta con que salgas a correr un rato con cualquier macho que no sea él para que el drama esté servido. Todo tiene su parte buena, supongo. No voy a fingir que no he visto —y evaluado— el tamaño y la envergadura de todos y cada uno de los machos de mi manada, desde todos los ángulos posibles. Y no, no me refiero a su espalda.

En cualquier caso, y volviendo a lo que iba, era poco más que una adolescente cuando descubrí que ese tipo de relaciones estaban condenadas desde el principio. A mí me molestaba que intentaran someterme, y a ellos… bueno, a ellos no les entusiasmaba que Nolan acabara hostiándolos, porque en un enfrentamiento directo, mi mejor amigo no es un lobo al que le guste perder.

Pese a todas esas teorías conspiratorias, Nolan y yo nunca tuvimos ese tipo de relación. Yo me limité a tontear con lobos de otras manadas o con humanos. Especialmente estos últimos, porque con ellos todo es mucho más fácil. Quiero decir, son prefectos si quieres un polvo rápido, aunque sea a medio gas, un número falso y un «si te he visto no me acuerdo». No es lo mismo acostarse con un humano que con un lobo, lo sé, pero los humanos suelen ser menos complicados, menos posesivos y, en general, bastante menos idiotas.

Empecé a caminar, dejando que los ruidos del bosque me envolvieran.

Adoraba eso.

Perderme.

Encontrarme.

Y volver a perderme.

Era un poco como mi vida: iba y venía sin rumbo fijo ni dirección definida.

Admito que era divertido cuando la gente decía que era un calco del temperamento aventurero y algo salvaje de mi padre. Era cierto, pero se debía más a que para mí siempre había sido un guía al que seguir que no por una genética que, en realidad, no compartíamos. Sí, he de admitir que tengo un algo de su carácter rebelde: ese problema con acatar la autoridad del que Nolan se burla —y que él también tiene— y esa falta de sentido común.

Mi padre es un cazador. De esos que ya no quedan muchos. Con él aprendimos desde muy pequeñas a saber usar un arma, aunque a la que le gustan las automáticas es a mi hermana Maya; yo soy más de usar los colmillos, pero quizá ahí me puede un poco mi instinto de lobo, algo de lo que ellos dos carecen, porque son humanos.

El aullido de un lobo, a lo lejos, rompió el silencio.

Se sentía como estar en casa.

Mi madre, una urbanita que había acabado viviendo en medio de la nada, solía recordarme que a mi edad debería tener algún objetivo. Quizá la vida me lo había puesto demasiado fácil para necesitar uno, pero lo cierto es que, en ese sentido, había un cierto vacío existencial en mi interior. Trabajaba en el centro veterinario de mis tíos. Vivía con mis padres. Disfrutaba de mis amigos, que eran pocos. Y así, un día tras otro.

Maya decía que necesitaba ver mundo. Lo que tal vez era cierto, pero siendo loba, nadie espera que te largues de casa y dejes tirada a la manada. Va contra nuestra genética, o lo que sea que nos define. No es que mis padres fueran a negarme algo así. Ni siquiera el tío Lucas, el alfa, se opondría a que me tomara unos años sabáticos. En realidad, yo era una loba prescindible dentro de Dóen, y quizá ese era mi problema: la sensación de que daba igual qué hiciera o dejara de hacer. Nada cambiaría.

Luke, el mayor de mis primos, solía decir que lo que me faltaba era una motivación. Una «grande». Ahí solía poner cara maliciosa, por si no me había dado cuenta del doble significado de la palabra. Era un adolescente, acaba de cumplir los dieciocho, y, al margen de

los cambios hormonales que llevaba sufriendo los últimos años, no era inteligente no escucharlo. Sabía cosas, el muy cabrón.

En lo referente a los hombres, y a las relaciones, más allá del tamaño, no tenía claro que un algo mucho más «grande» —que conste que esta vez no me refiero al tamaño de lo que cuelga entre sus piernas— pudiera cuadrar con una persona como yo. Sospechaba que mi primo hacía referencia al tema de las parejas predestinadas, esas que son algo así como almas gemelas y que el lobo es capaz de identificar por un instinto más animal que otra cosa.

La conexión entre esos lobos vinculados es algo increíble; la he visto en varias de las parejas dentro de mi manada. Pero también he sido testigo de cómo mi madre y mi padrastro, pese a ser dos personas totalmente diferentes, lograron crear un hogar y seguir amándose a lo largo del tiempo. La gran diferencia entre unos y otros es que los primeros estaban predispuestos a amarse, mientras que los humanos tenían la capacidad de *elegir* y el mérito, enorme, de mantener viva esa relación.

Que el destino elija por mí y que un macho dé por sentado que le pertenezco por el mero hecho de que nuestros lobos se reconocen es algo que siempre me ha repateado mil. Quizá tengo un algo de feminista, como mi madre —la que es humana, sí, esa misma—. De ahí sus ideas un tanto desarraigadas en cuanto a lo que es o no normal, incluso si se trata de lobos. Ella tiene su propia normalidad. Y nos ha criado en ella.

Así que, cuando Luke insinuaba algo así, yo siempre le soltaba que eso no iba conmigo. Que quería algo más que sentir la atracción física entre dos personas que apenas se conocen, aunque sus lobos se reconozcan. No sé si como iguales. O como complementarios. Lo que sea.

Nunca pensé que pecaría en algo así y, la verdad, por primera vez me da rabia ser una loba, porque me repatea estar condicionada a desear a un macho por ese tipo de instintos. Me parecen arcaicos y primitivos. Como si nos redujeran a ser poco más que animales con una necesidad malsana a reproducirnos. Ese calor que hace que te

arda la sangre y el deseo sea capaz de nublar tu mente, pese a que el lobo en cuestión sea un gilipollas de nivel campeonato.

Sentí la bilis subirme por la garganta.

Dolía algo dentro de mí, como si el cabrón tuviera ya la capacidad de hacerme sentir cosas, lo que ya de por sí, podría considerarse absurdo y patológico. ¡Apenas habíamos cruzado unas cuantas frases desde que nos conocimos!

Gruñí, enfadada conmigo misma. Quizá el problema era que una parte de mí sentía como una traición el hecho de querer seguir la opción más inteligente: pasar de él. Y eso a la loba no le gustaba. Que no me dejara guiar por su intuición.

Alcancé a vislumbrar la casa de Maya al final de una pequeña colina, pero antes de acercarme, dejé que mi mirada vagara por el horizonte. Las vistas desde allí eran espectaculares; había una belleza hipnótica en aquella cordillera de crestas agrestes que parecía desafiar al mismísimo cielo.

No me sorprendió que Derek saliera al porche mientras me acercaba. Llevaba unos tejanos desgastados y una camiseta que se ceñía bien a esa espalda ancha suya. Sonreí al captar su olor, que venía cargado con el de Maya.

El alfa andaba descalzo, algo que no era del todo raro, siendo un lobo, pero teniendo en cuenta que él y mi hermana llevaban solo unos pocos meses juntos, y que Derek era de esos tipos acojonantemente posesivos, no descarté que acabaran de echar un polvo. Que eso no quería decir que fuera el primero del día. O de la tarde. Si de una cosa estaba segura, era de que mi hermana andaba bien servida.

—Apestas a sexo… y a mi hermana. —Fue mi forma de saludarle y añadí, con una amplia sonrisa—: Supongo que eso significa que andáis bien.

Derek se limitó a sonreír mientras me estudiaba. Mantenía el mentón en alto, como si intentara captar todos los olores que nos rodeaban. Es posible que, siendo un alfa, supiera que había pasado por el pueblo. Que alguno de los matices de ese tugurio —o del capullo que lo regentaba— se hubiese impregnado en mi ropa. De

ahí que los lobos no solamos preguntar cosas como «¿dónde has estado?»; nuestro olfato nos puede dar esa información sin necesidad de perder el tiempo haciendo un tercer grado.

—Supones bien. —Se mordió el labio inferior—. ¿Y esa mochila?

—Me he tomado un par de días libres.

Mantuvo una expresión neutra, lo que ya era más de lo que me esperaba. Me quedé impasible, observándole, esperando que me soltara algo así como un «búscate una habitación en el pueblo», para poder rebatírselo. Pero en vez de eso, señaló con el mentón un balancín que había en el porche.

—Maya está dándose una ducha. —Lo que confirmaba que acababan de echar un polvo, al menos no los había pillado a medio coito. Dejé la mochila en el suelo y me senté en el balancín mientras Derek se limitaba a estar allí, las manos en los bolsillos, en una posición relajada—. ¿Vas a quedarte aquí?

—Es la idea, sí, excepto que me salga un plan que no pueda rechazar. —Una sonrisa lobuna asomó en su rostro, encantado ante esa posibilidad—. No te hagas ilusiones, alfa, la cosa está complicada.

—Eres libre de correr por mi territorio, y lo sabes. Creo que Silas está en el centro de mando.

Era una forma sutil de animarme a ir al encuentro de aquel lobo con el que había tenido una historia fugaz de fin de semana, para poder disfrutar de su pareja sin tenerme instalada en su casa, estropeándole el plan.

—Veo que lo de la vinculación te sigue llevando de cabeza, ¿eh? No me la desmontes a base de polvos. —Soltó un gruñido bajo. El motivo no lo tenía del todo claro. Tal vez se debía al hecho de que había una advertencia en mis palabras, y él era un alfa con una baja tolerancia a que alguien le dijera qué podía o no hacer. No era un tema personal. Era su instinto de lobo—. ¿Cómo vais con los viejos?

—Daniel les tiene un ojo puesto encima, pero de momento están bastante contenidos.

—No sé cómo. Ese lobo no sale de ese garito suyo. Es el lobo más paliducho que he visto en toda mi vida. —La media sonrisa en su rostro me hizo saber que le había hecho gracia mi comentario.

—Allí es donde los rumores dejan de serlo.

—Así que os enteráis de lo que piensan y las intenciones de los viejos porque alguien acaba soltándose de la lengua entre jarras y aguardientes.

—Eso, y que Daniel tiene ese tipo de dones. Ya sabes, el de escuchar.

Esta vez fui yo quien sonrió. Desde luego, no me imaginaba a Derek aguantándole el palique al primer lobo que tuviera ganas de un poco de cháchara.

—Pues conmigo ha sido un borde. —No pareció importarle.

Derek no era de esos idealistas que creen que todos debemos ser amigos, como si no existieran personas que son la antítesis unas de otras, o esas que, por gilipollas, no vale la pena tener cerca. Mientras su beta y yo no nos liáramos a zarpazos, y él se viera obligado a interceder, por Maya, todo le estaría bien.

—No formas parte de la manada y, en cualquier caso, no esperes muchas palabras de él. Es de los que escuchan más que hablan.

—Bien, prefiero un silencio rancio que palabras falsas. —Me encogí de hombros—. ¿Qué les cabrea más a los viejos: que mi hermana sea humana o que mi padre sea un cazador? —Derek me sonrió.

—No sabría decirte.

—Es posible que ni ellos lo sepan —puntualicé, divertida, y él asintió.

Estaba a unos pocos metros, apoyado en una de las columnas de madera que sostenían la estructura de la cabaña, construida casi por completo en ese material, como dictaba el lugar y su aislamiento.

A mi padre le había gustado. La casa. Y un poco Derek. Porque, según palabras textuales suyas: «al menos el chico los tiene bien puestos». No le había importado que fuera un lobo; más bien al contrario. Cuando le pregunté al respecto, me dijo algo así como que, con los tiempos que corrían, la lealtad de un lobo para con su pareja era algo incuestionable. Saber que Maya tenía alguien así a su lado le suponía un cierto alivio. Mi hermana era una mujer con un carácter fuerte y un tanto explosivo; pocos hombres —o machos— estarían dispuestos a permanecer a su lado hasta el fin de sus días.

Era un argumento sólido, eso no podía negárselo. Maya y él estaban vinculados. Lo habíamos podido sentir todos cuando ese hilo invisible que la unía a la manada se rompió. Solo pasaba cuando alguien la palmaba… o cuando pasaba a formar parte de una nueva manada a través de un vínculo de pareja.

Tampoco podía rebatir la teoría de mi padre. Esa de que las mujeres con carácter fuerte acabamos aplastando el ego de la mayoría de los hombres, y que estos no son capaces de sobrellevarlo. Los machos suelen buscar parejas con un aire sumiso, alguien que los contemple y los agasaje de una u otra forma. Con los lobos pasa lo mismo. Excepto, tal vez, los que se encuentran frente a su pareja vinculada, porque ahí las reglas cambian. Se supone. Salvo en mi caso.

¿Qué queréis que os diga? Me gusta romper las reglas, incluso si a veces me jodo a mí misma haciéndolo. Es una cuestión de principios.

Capítulo 3



MAYA SALIÓ DE LA CABAÑA con la melena empapada y ropa deportiva; cruzó una mirada con Derek, y eso bastó para que el alfa se metiera dentro mientras ella tomaba asiento a mi lado. La temperatura en Pardines era mucho más agradable, y sospechaba que Maya habría pasado un verano mucho menos caluroso que el que habíamos tenido en Dóen.

—¿Te quedas unos días?

—Contra todo pronóstico, tu macho no ha puesto resistencia. La verdad, creo que me ha decepcionado un poco. —Mi hermana rio por lo bajo mientras se recostaba sobre mi costado y yo le pasaba un brazo por encima de los hombros.

Un precioso ejemplar de lobo macho salió del edificio y tras mirarnos, se alejó a un trote ligero.

—Podría decirse que está huyendo con el rabo entre las piernas —bromeé—, aunque he de admitir que está bueno.

Maya me soltó un codazo en las costillas que me hizo toser, y luego me dio por la risa tonta. Sabía que era una loba, así que conmigo no controlaba la fuerza que usaba, y estaba fuerte que te cagas. Me gustaba eso. La complicidad entre nosotras.

—¿Cómo está Nolan? —se interesó.

—Bien. Asumiendo su próxima paternidad a marchas forzadas.

—Para una vez que la mete, hizo diana —se burló mi hermana—. Me gusta esa chica. Parece poca cosa y eso, pero, por lo que me han dicho, se está adaptando bien.

—Que no sepa reducir a un lobo no significa que no sea fuerte.

La pareja de nuestro mejor amigo, Nolan, era una urbanita, un poco en la línea de nuestra madre. Se había visto en medio de la manada casi sin darse cuenta, mientras seguía la pista de una

cachorra que había dejado los estudios en el instituto en el que ella trabajaba.

Había visto cómo fluía ese algo entre ellos, pero si existía un lobo capaz de contener hasta sus instintos más primitivos, ese era Nolan. Sin embargo, al final su lobo ganó en ese pulso entre dejarla marchar y que fuera feliz, o hacerla partícipe de sus propios tormentos y secretos, entre ellos el detallito ese de nada de que era un licántropo. O como quieras llamarnos.

—Ya debe de notársele la barriga.

Me giré para mirar a mi hermana.

—¿Es envidia eso que percibo en el tono de tu voz?

—Idiota. —Me volvió a golpear, lo que era un no, pero solo a medias. Lo de estar sentando la cabeza supuse que debía de estar dándole que pensar y que Nolan fuera a ser padre era otro detonante más—. ¿Has pasado por el pueblo?

—Sí, he comido algo en el antro ese del beta de tu lobo.

—¿Has visto a Silas?

—No, solo estaba Daniel con un par de lobos, pero tampoco le dije que venía.

—¿Y eso? —Me encogí de hombros—. Tenía la sensación de que os llevabais bien.

—Nos entendimos bien en la cama, sí, pero no vayas a sacar conclusiones precipitadas al respecto.

—¿Prefieres mantenerte a distancia para que no se haga ilusiones?

—Dudo que Silas cayera en ese error.

—Yo también, la verdad.

Maya me miró con una media sonrisa en el rostro. Me conocía lo suficiente como para saber que no buscaba algo parecido a una relación. No sería mi estilo. Para nada. El tema era que Silas andaba en esa misma onda, lo que nos había venido bien. O eso había pensado. Antes.

—Daniel ha venido a Dóen dos o tres veces desde que te has instalado aquí.

—¿Vas a recriminarme que no haya subido con él?

—Poder, podría, pero no. —Los meses habían pasado rápido, pero entendía que Maya tenía que hacerse un lugar dentro de la manada de Derek y eso requería paciencia y tiempo.

—¿Entonces?

—He llegado a la conclusión de que me evita.

—¿Por qué debería hacer algo así? —Maya me miró, divertida—. Creo que pasar de todo y de todos forma parte del encanto de Daniel, en realidad, no te lo tomes como algo personal.

—Ya, eso… bueno, el problema es que lo es.

—Que yo sepa, pasa por completo de lo que hace o deja de hacer su hermano. —Hizo una pausa—. Sé que tuvieron una pelotera hace años, porque estaba harto de tener a turistas en el piso de encima del bar donde antes vivían, y Silas se emancipó a raíz de eso, pero poco más. No es de los que se entrometen en lo que hace o deja de hacer la gente.

—No sé si fue una decisión muy inteligente por mi parte, lo de Silas.

—¿Por? —Me encogí de hombros.

¿Tenía sentido negarlo? ¿Seguir fingiendo que nada había pasado? Ocultarlo no hacía que dejara de ser real. Igual que el hecho de que Daniel pasaba de mí. Y yo de él. Y que deberíamos estar bien así, los dos, porque era nuestra decisión. Estaba claro que a él aquello le repateaba tanto o más que a mí. Al menos en eso no podía negarse que teníamos un aire.

—Había algo en ese garito, cuando entré por primera vez. Silas tiene un polvazo, no voy a negártelo, pero ese olor… fue la cosa más caliente que he sentido en toda mi vida.

—¿Qué tipo de olor?

—Apenas estuve un rato allí dentro antes de que Silas y yo fuéramos en busca de un poco de privacidad. Lo cierto es que no supe de qué se trataba hasta que fueron pasando los días. —Me mordí el labio inferior—. Era el olor de mi compañero. —Miré en dirección al horizonte—. Amores predestinados y ese tipo de mierdas.

—¡Joder! ¿Has encontrado a tu compañero? ¿Es de la manada? —Maya había dado un respingo y ahora me miraba con las pupilas

dilatadas—. Ona Anthony, ya puedes contármelo todo desde el principio o te juro que te lo sacaré a la fuerza.

Era capaz de hacerlo.

—No hay nada que contar, en realidad. Pasamos el uno del otro, como si todo este rollo no fuera con nosotros y, la verdad, creo que es lo mejor que me podría haber pasado. No el hecho de haberle encontrado —me apresuré a aclarar—, sino que él tenga las mismas ganas que yo de jodernos la vida empezando una relación. El hecho de ignorarnos lo hace más llevadero.

Maya frunció el ceño y se limitó a mirarme. Tardó unos segundos en murmurar algo tan bajo que, si no fuera una loba, ni de coña lo habría oído:

—Daniel. Daniel es tu compañero.

—¡Bingo!

—Joder. —Se frotó los ojos con las manos—. ¿En serio?

—Eso parece. Pero no es como que tenga mucha experiencia en esta mierda. Se supone que la mayoría de los lobos no encuentran a su pareja vinculada. ¿Por qué me ha tenido que pasar a mí?

—¡Se supone que es lo más!

—Ya… claro…, me conoces. —Mi hermana me miró, y su aspecto alegre se volvió más comedido.

—No te lo tomes como una imposición, sino como una oportunidad.

Sonreí, porque me conocía lo suficiente como para saber que odiaba que me dieran órdenes, y que el «porque yo lo digo» era la fase previa a una rebelión contra la autoridad en toda regla.

Siempre fui de las que acababan en el despacho del director cada dos por tres. Ni mi madre ni Marc solían molestarse por ese hecho. La primera se contentaba con que no sacara las garras, y el segundo jamás había acatado una autoridad que no fuera la que a él le convenía. Quizá por eso mi actitud nunca cambió. Ni siquiera con los años.

—¿Una oportunidad? —Ladeé la cabeza. Hay que decir que Ona sabe manipularme. Y yo a ella. Llevábamos haciéndolo de siempre, así que, con el tiempo, habíamos ido perfeccionando nuestras

técnicas. Es lo que tiene ser hermanas. O medio hermanas. Lo que sea.

—Una oportunidad —sentenció con convicción.

Hice el ademán de estar reflexionando sobre aquello antes de, con una sonrisa ociosa en el rostro, añadir:

—Casi que paso.

—¿En serio pretendes fingir que no te atrae?

—Pues sí.

—¿Y él no te ha dicho nada? ¿No ha intentado un acercamiento?

—Ya te he dicho que, cuando ha subido a Dóen, ha tenido cero interés en contactar conmigo.

—Y eso te molesta.

Ignoré a mi hermana. Cuando quería, era una zorra.

—Para nada. Hoy me he pasado por el bar, esperando no sé exactamente qué. —Maya me observó—. Un acuerdo tácito de pasar de este instinto, quizá… lo que sea. —Me encogí de hombros—. Empiezo a plantearme que tiene el olfato atrofiado por tanta cerveza y ni siquiera se ha dado cuenta, lo que, en el fondo, es de agradecer. Porque si tuviera detrás a un macho en celo intentando ponerme un bozal y una correa, te juro que lo desmembraría. Y disfrutaría haciéndolo. No creo que a tu alfa le gustara quedarse con un beta menos.

—No metas a Derek en esto. —Se humedeció los labios mientras intentaba organizar la información que le había soltado, así cual bomba nuclear—. De acuerdo, vamos a centrarnos en eso de que Daniel es tu compañero.

—No veo qué necesidad o interés tendría hacerlo.

Me miró y levantó una mano para mostrarme una peineta.

—Y lo sabes desde la primera vez que viniste a Pardines, cuando hubo todo el pollo con lo de que Derek y yo estuviéramos juntos.

—No te olvides del cadáver.

—Ya, eso. —Me golpeó en el costado. Era una mujer astuta y sabía que mi intención era desviar el tema—. Así que hace meses que sabes que Daniel es tu pareja y no has hecho nada, absolutamente nada, para hacérselo saber.

—Correcto. Pero añadiré que él tampoco, lo que, a mi modo de ver, justifica que ambos estamos bien así.

—¿Así como?

—Como si nada hubiera cambiado.

—¡Pero lo ha hecho! —Vi una mezcla de rabia y confusión en su mirada, así que le coloqué una mano sobre la rodilla, como hacía cuando era una niña y necesitaba un poco de consuelo. Y alguien que la calmara.

—Nunca he sido de esas lobas que juegan con las margaritas para saber si encontrarán o no a su alma gemela. No soy así. Y tú lo sabes. Intentar algo con Daniel, no vale la pena.

—¡¿Cómo que no vale la pena?! ¡Vete a la mierda, Ona! ¡Daniel es tu compañero!

Visto que el plan de recurrir al «tú me conoces», en modo confidencias íntimas entre hermanas, no funcionaba, me decanté por el del pasotismo somero. Ese también se me daba bien. Aunque Maya era un hueso.

Que me importaba todo aquello era imposible negarlo, incluso si tenía intención de hacerlo.

Que me jodiera, que me afectara, ahí es donde sí quería poner mi foco. No debería ser así. Ese pulso que me empujaba hacia él. La atracción. Me hacía sentir un tanto estúpida, y mucho más débil. Y ese no era mi estilo.

—Ya, fíjate lo emocionado que está, que pasa de mí como de la mierda.

—¿Y vas a permitírselo? —Fruncí el ceño y miré a mi hermana.

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a dejar que pase de ti? Eso sí que me sorprende. No eres de las que se dejan pisar ni avasallar sin prestar batalla. —La muy zorra estaba tentando a mi arrogancia. Era astuta. Había un algo de alfa en mí. Y no sabía decirle que no a una pelea. Maya tampoco.

—Vamos a poner los puntos sobre las íes: me importa una mierda lo que haga o deje de hacer. Pasar de Daniel es mi decisión, y no significa que la situación me pueda. ¿Entiendes la diferencia?

—Ya, claro. Eso mismo se decía Derek. Y míranos ahora.

—Bueno, pero es que él, para cuando le metiste un par de balas en el cuerpo, ya estaba colgado por tus huesos.

—¿Y crees que Daniel no?

—No ha demostrado lo contrario.

—Puedes probar a meterle un par de tiros, te dejo una de mis pistolas, si quieres.

—¡Idiota! —Nos reímos, y por un instante, el problemón que desde hacía meses me tenía un tanto irritada y descontenta con la vida se sintió un poco más ligero.

Nos dimos una tregua durante un rato, pero al final Maya volvió a hurgar en la mierda que me salpicaba desde que descubrí lo de ese lobo arrogante y de carácter arisco.

—Te acostaste con su hermano. Piénsalo. Si yo me hubiera acostado con Silas, Derek…

—Le hubiera cortado las pelotas antes de convertirlo en un montón de carne picada.

Correcto.

No era como que yo no le hubiera estado dando vueltas al asunto.

No sé cómo lo habría llevado yo si Daniel se hubiera acostado con alguien. No diré mi hermana, porque Derek hubiera solucionado el problema haciendo desaparecer a Daniel de la ecuación, pero era innegable que, teniendo en cuenta mi carácter un tanto explosivo, existía la posibilidad de que la hubiera liado. Por todo lo alto.

—A mi favor diré que no tenía la más remota idea de que era el hermano de mi-lo-que-sea que es Daniel.

—Tu pareja. —Gruñí, porque decirlo en voz alta lo hacía aún más molesto—. ¿Te has planteado que no lo sepa? Lo vuestro, quiero decir.

—Que me acosté con Silas, te aseguro que sí, porque hoy me lo ha tirado en cara. —Sonreí, aunque fue un tanto forzado, porque en realidad no se sentía del todo bien—. Lo ha hecho con más desprecio que celos, así que no descarto que sea emocionalmente plano y le traiga sin cuidado.

—Quizá él da por sentado que tú no lo sientes de la misma forma.

—Tal vez sea él quien no siente absolutamente nada.

—Pues igual tendrías que sincerarte con él, ¿sabes?

—Casi que paso.

—En serio, Ona, ¿vas a dejar que se te escape?

—Es que no sé si eso es justo lo que quiero, ¿sabes? —Suspiré, cansada, recostándome en el balancín—. Está bien que tú y Nolan hayáis sentado la cabeza, pero si algún día yo decido hacerlo, siempre he pensado que sería con la persona que yo elija, no con un gilipollas que pone cachonda a mi loba y que no se ha ganado mi respeto. —Ni mi corazón, aunque esta última parte decidí callarla.

—Vale, entiendo tu argumento —murmuró Maya—, pero tampoco le has dado una oportunidad. Quiero decir, podrías, no sé, ¿intentar conocerle?

—Dudo que valga la pena el esfuerzo.

—Si ni siquiera tu pareja predestinada se merece un poco de tu tiempo, ya no sé qué ni quién lo merece. —Sonó dura y hasta crítica.

—Tú y Nolan. Vuestros cachorros. La familia. Igual incluso hasta Mathew. —Conseguí que picara al nombrar a su ex.

—¿Cómo lo lleva?

—Bien. Creo que le ha ayudado eso de que Derek y tú estéis vinculados.

—Porque los lobos creen en ese tipo de cosas. Todos menos tú, por lo visto —se burló con un tono crítico.

—Y Daniel, no lo olvides, que él juega a la indiferencia con el arte de un maestro. Eso, al menos, debo concedérselo.

—Si yo fuera tú, y lo tuviera claro, saldría de caza.

—¿Y si no lo tengo claro?

—Perdona, pero sabes que es tu compañero, acabas de decírmelo. Entiendo que tengas dudas sobre si quieres o no vincularte a él y pasar el resto de tu vida a su lado, no soy quién para criticarte eso, y lo sabes. Pero no me vengas con ese rollo de zorra pasiva, porque no es tu estilo.

—Él ha estado evitándome cada vez que ha venido a Dóen.

—Los tiempos han cambiado, y a ti siempre se te ha dado bien salir de caza.

Me mordí el labio inferior, sin estar segura de si aquello era una buena idea.

¿Quería conocerle?

Su olor me ponía, eso era algo innegable, así que en otras circunstancias me habría lanzado a buscarle hasta conseguir un buen polvo. El problema era que me asustaba que uno solo me supiera a poco y eso fuera el inicio de mi final. El instinto de apareamiento del lobo, cuando encuentra a su pareja, es insaciable. De ahí que la cabaña de mi hermana apestara a sexo.

Tirarme a Daniel día sí y día también, no me parecía el peor de los planes, pero eso no me ayudaría a controlar ese instinto un tanto salvaje, la atracción que sentía por él. Quizá Maya tenía razón, solo que decidí tomar sus palabras y darles la vuelta.

Si pudiera hacer una lista de todo lo que no me gustaba de él me sería más fácil negarme a esa estupidez, a esa extraña necesidad de crear un algo, un nosotros, cuando a mí, por definición, nunca me había gustado ese pronombre.

Sonaba como un buen plan.

Capítulo 4



DEREK LLEGÓ AL BAR cuando el sol ya se había puesto. La oscuridad de las calles de Pardines, iluminadas por unas pocas y maltrechas farolas de luz ambarina, amparaba a los lobos que se adentraban a su antojo por las calles del pueblo. Era mucho más gustoso hacerlo con el aire fresco que traía la noche consigo que no con los treinta grados que habían marcado los termostatos a mitad de agosto.

Escuché cómo removía entre las cajas de la trastienda que hacía de almacén, buscando algo de ropa para ponerse. Era allí, entre las estanterías de metal de aspecto industrial, donde se encontraba la escalera que daba acceso al piso superior. Ese que habíamos arreglado hacía ya unos cuantos años y donde nos habíamos instalado los tres —Derek, mi hermano Silas y yo— cuando nos hicimos con el control de la manada.

Ahora solía estar solo allí, porque Derek y Maya preferían la intimidad que les daba su casa perdida en la nada. Cuando se les hacía tarde, solían quedarse en el centro de mando de los forestales, un lugar mucho peor acondicionado, pero en el que gozaban de autonomía. Y que apestaba a ellos. Creo que a Daniel no le gustaba que Maya pernoctara en sitios que olieran a otro macho, y mi piso, por mucho que lo hubiéramos compartido los tres durante mucho tiempo, era eso: mío.

A diferencia de Derek, a Silas lo había invitado yo a emanciparse hace un par de años. Me tenía frito con su ir y venir de turistas humanas que andaban de paso. Aunque su habitación seguía intacta —con algunos de sus trofeos de fútbol del instituto y ese cuadro enmarcado de cuando le dieron la plaza de forestal— ya no solía pernoctar allí. Me estaba bien esa soledad, bien merecida, aunque al mismo tiempo todo se sentía mucho más vacío. A veces acababa

subiendo con alguna hembra al piso, cuando estaban demasiado borrachas como para llevárselas hasta la casa que había alquilado a las afueras del pueblo. Habíamos tenido alguna discusión al respecto, y admito que, últimamente, las ganas de ver a mi hermano no estaban en su mejor momento.

Derek apareció por la puerta trasera vestido con unos *jeans*, unas sandalias y una camiseta que se le ceñía un poco demasiado, lo que me hizo suponer que era, en realidad, de Silas. Tampoco es que importara.

—¿Has cenado? —Agitó la cabeza a modo de respuesta. Puse un par de trozos de lomo en la plancha y le serví una cerveza.

—¿Y tu hermano? —quiso saber.

—No sabría decirte. ¿Por?

—Mi cuñada se ha presentado esta tarde en casa y tenía la ilusión de que se pasara a hacerle una visita, a ver si la entretiene y me la saca de encima. ¿Sabes por dónde anda?

—Ni lo sé ni me importa, no soy su chulo. —Derek elevó una ceja al ver el tono duro que había usado, así que me obligué a contener la rabia—. Es posible que esté de caza; ayer llegaron un grupo de polacas que se quedarán en el pueblo hasta el lunes.

—¡Siempre está tan interesado en hacer que se sientan seguras durante su estancia! —Derek puso los ojos en blanco y, tras darle un largo trago a su cerveza, debió de ver algo en mi expresión, porque su mirada se volvió cauta.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. —Intenté suavizar mis rasgos, pero no podía fingir que mi pulso se había agitado y que todo mi cuerpo estaba en tensión.

¿Bien? ¡Pues claro que no estaba bien!

Sin embargo, no tenía intención de poner a mi amigo entre la espada y la pared. No había necesidad de que supiera que la hermana de su hembra era algo así como mi infierno personal, y que su llegada a Pardines se sentía como mi apocalipsis particular, ese en el que su mera existencia consumía toda mi capacidad para mantenerme íntegro frente a la tentación que suponía su proximidad.

Y luego estaba esa arrogancia suya, como si supiera que tenía algún tipo de poder y control sobre mí, esperando, no sé, que mis fuerzas flaquearan. Apreté los dientes con fuerza. Lo que no sabía esa mestiza era que no lo conseguiría. Quebrarme. Jamás nadie me había doblegado, y no me salía de los cojones que fuera ella la primera en hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Más o menos.

Derek apenas se había dado cuenta de la tormenta que había en mi interior cuando Ona se instaló en Pardines por primera vez, porque él ya lidiaba con sus propios problemas. Unos que no eran muy diferentes a los míos, solo que, contra todo pronóstico, él había conseguido solucionarlos a base de meterse entre sus piernas, clavarle los colmillos y hacerla suya.

Antes me arrancaría los ojos que someterme a esa loba que se había estado follando a mi hermano, haciendo que deseara matarlos. A ambos. Que no lo hubiera hecho decía mucho de mi autocontrol, pero más le valía a Silas no volver a ponerle las manos encima, o al final acabaría haciendo algo de lo que me arrepentiría más pronto que tarde. A ella… me gustaría golpearla. A conciencia. Hasta que me suplicara. Y a mi hermano…

Enterré la rabia en lo más profundo de mi interior.

—Pues bien, lo que se dice bien, no te veo.

—Pensaba que tu pareja era la que se pasaba el día tocando los cojones a la gente, no tú.

—Supongo que hay cosas que acaban pegándose.

—Pues te agradecería que no animaras a Silas a cubrir a tu cuñada, porque si le pilla el gusto a Pardines, me veo emigrando. —Derek se rio ante mi comentario, pero sus ojos brillaron con esa chispa que tenía cuando intentaba leer entre líneas, descifrando los secretos que ocultaban a voces mis palabras.

Me dolía admitirlo, pero me daba rabia sentirme así. Quería a mi hermano y había hecho sacrificios por él, sacrificios que volvería a hacer sin dudar. Sin embargo, cuando el olor de aquella hembra se había mezclado con el suyo, había tenido que aplacar un deseo feroz de hacerle daño.

Al principio, no había tenido del todo claro el porqué. Sin embargo, cuando ella se marchó de Pardines, esa sensación de vacío, la ansiedad y la necesidad de volver a verla hizo que comenzara a encontrarle un sentido a aquella irracionalidad que me había carcomido durante su estancia. Intenté esconderla detrás del caos que sacudió a la manada por aquellos días. Pero no podía negarlo: esa loba despertaba una sed voraz en mí y desconocida en mi lobo. Era mi compañera predestinada. Algo muy poco frecuente entre los nuestros, pero de lo que todos habíamos oído hablar.

Era, sin duda, una cruel broma del destino.

Por no ser un completo cenizo, debo admitir que al menos esa revelación le dio un poco de sentido a esa agresividad que no solía caracterizarme, y a todos los malos pensamientos que había albergado contra mi hermano. Y contra ella. El deseo de hacerla mía. A la fuerza, si era necesario. Humillarla para que sintiera el mismo dolor que yo había sufrido al saber que había estado intimando con otro macho. Con mi propio hermano. ¡Joder!

Esa irracionalidad propia del lobo es curiosa. Ese instinto al que nada le importa. Ni el pasado. Ni el presente. Es algo tan salvaje, tan intenso, que te obliga a respirar hondo para contenerlo porque, por suerte, somos solo medio lobos. Mi otra mitad, esa que sabe mantenerse en un segundo plano, observando en silencio, solo actúa cuando es necesario.

No sabría decir cuál de mis dos naturalezas es, en realidad, más salvaje, porque la fría y calculadora mente humana puede ser tan o más letal que el instinto del lobo. Y lo peor es que las acciones del hombre son premeditadas, no pueden justificarse con un arrebato irracional guiado por una emoción. El deseo. La traición. El odio. La venganza.

—Sé que callas más de lo que dices, así que, cuando quieras hablarlo, ya sabes que puedes contar conmigo. —Derek me apreciaba tanto como yo a él.

—Lo tendré en cuenta. —Asentí mientras agradecía en silencio que no estuviéramos ambos en nuestra forma de lobo, porque los alfas son capaces de percibir parte de las emociones y los pensamientos de los lobos de su manada. Es como un ruido de

fondo, un rumor, que Derek suele intentar atenuar, pero que está ahí, recordándole qué y quién es para todos nosotros.

Al margen de esa información que recibe de forma involuntaria, todos los lobos podemos enlazarnos mentalmente con nuestro alfa y con otros lobos que anden cerca. Ese «cerca» puede ser muy ambiguo, porque depende de la fuerza mental y física del lobo; Silas y yo superábamos con creces la media; y Derek, bueno, él creo que podía enlazarse mentalmente con quien quisiera, pero se esfuerza precisamente en no hacerlo.

—¿Vas a quedarte a dormir arriba? —Le tendí un plato lleno de comida.

—¿Temes que te estropee tus planes?

—¿Planes? —Alcé una ceja y me obligué a sonreírle—. Dudo que ponerme algún capítulo de una serie pueda considerarse un plan, pero admito que ir en pelotas por casa tiene su qué.

—Te recuerdo que eso lo hacías igualmente cuando estábamos los tres.

—Hace tanto que ni lo recuerdo. —Derek me miró con una media sonrisa mientras empezaba a devorar la cena.

—Eres un exagerado.

—No estoy en mi mejor momento.

—Silas dice que tiene la sensación de que estás más esquivo y callado que de costumbre.

Me limité a mirar a Derek.

—No sabría decirte.

—Si necesitas que nos ocupemos del bar durante un tiempo, puedo buscar a alguien.

—Tampoco sabría qué hacer con mi tiempo.

—Búscate una loba. —Hice un mohín y Derek empezó a reír por lo bajo—. ¿Y esa con la que tuviste una historia? La última vez que vino a ver a sus tíos bien que te la cepillaste.

—Sería complicarme la vida. Quiere establecerse.

—Y tú no.

—Ya lo estoy. —Tenía mi bar, mi pequeño piso, los rumores constantes de los lobos que frecuentaban aquel pequeño antro y un par de buenos amigos.

—No creo que le importara instalarse aquí. Ya sabes que siempre ha sido el ojito derecho de ese viejo.

—Otro motivo para mantenerla a distancia.

—Hay quien podría considerar que ese deje un tanto agresivo que puede sentirse a tu alrededor mucho tendría que ver con el hecho de que hace meses que no echas un buen polvo.

—Dile a ese alguien que le jodan. —Le sostuve la mirada con dureza. No hacía falta ser un estúpido para saber que mi hermano andaba detrás de todas esas suposiciones.

—Creo que, de eso, en concreto, va servido. —Mi alfa elevó la jarra de cerveza y mostró una sonrisa neutra, de esas que intentan transmitir calma.

—Cierto. Al menos ya no se las tira aquí.

—Va madurando.

—A Silas sí que le vendría bien encontrar una loba que lo pusiera en su sitio.

—Pero que no fuera mi cuñada. —Apreté la mandíbula.

—Una que no sea tan irritante, por favor, y gracias. —Derek rio al escuchar mi comentario.

—De acuerdo. Lo pondré en una larga lista de cosas para hacer: buscar una loba para que uno de mis betas siente la cabeza y una para que mi otro beta pueda tirársela a lo bestia.

—Eres un gilipollas, que lo sepas. —Con todo, le sonreí. Un poco al menos.

Derek sabía que solo me acostaba con lobas por un tema de principios, sí, pero también por una consideración física. Yo no era como mi hermano, que picoteaba un poco por todos lados y con eso era capaz de saciar a su lobo. Yo era mucho más intenso y podría dañar a una humana en el proceso. Con las lobas no tenía que fingir ser algo que no era y no protestaban si las tomaba con rudeza.

—Por cierto, si esta noche quieres pasarla en tu casa, mejor evita la zona de la vieja ermita.

—¿Por?

—Hace media hora, un par de lobos se han pasado para comentarme que han visto una furgoneta y un todoterreno por allí.

—¿Debería eso preocuparme?

—Había matices de olor a pólvora. Y a sangre. —Derek se tensó.

—¿Cazadores? Faltan un par de meses para la temporada de caza, vienen demasiado pronto.

—Si tuviera que apostar, me decantaría por un grupo de furtivos que está estudiando la zona, pero quizá valdría la pena advertirle a la manada que evite un contacto directo con ese grupo. —Derek asintió.

—Hazlo. —Mi voz dentro de las mentes de los lobos de la manada no era tan fuerte como la suya, pero era habitual que delegara en ella. Sabía que, además, me ocuparía de que su orden llegara a todo el grupo con el boca a boca—. Infórmame si te enteras de algo más.

—Puedes contar con ello. —Se levantó—. ¿Estás seguro de que esta noche podrás inhibirte? —Me gruñó, no porque le molestara, en realidad, sino porque sabía que le había dicho eso por el mero placer de provocarle—. A Maya igual le vendrá bien un descanso, apestáis el uno al otro.

Ahí mostró una amplia sonrisa lobuna y elevó el mentón, mostrándose especialmente orgulloso de que así fuera. Hay quien pensaría que esa actitud era un tanto arrogante y condescendiente. Pero es que era muy propia de un lobo. Uno que lucía orgulloso el olor de su hembra y disfrutaba haciendo que cualquier macho con el que se cruzara pudiera sentir que le pertenecía. Cosas de lobos.

Aún me costaba entender —y aceptar— que la pareja de alguien como Derek, tan dominante y arisco, podía ser una humana. A favor de Maya diré que tenía los ovarios bien puestos y la mala leche de un minotauro. Su relación funcionaba como la seda o, al menos, la parte más física de esta. Otra cosa eran las peloteras que tenían y lo mal que gestionaba Derek que Maya le llevara la contraria.

He de admitir que, a los que los veíamos discutir, nos divertía bastante.

Capítulo 5



NO ME SENTÍA CULPABLE de que Maya hubiera malinterpretado mis intenciones. Las de acercarme a Daniel. Creo que, en el fondo, se estaba empezando a hacer ilusiones, por eso de que siempre habíamos estado muy unidas, ella y yo, por lo que la posibilidad de que me instalara en Pardines con el beta de su pareja hacía que en sus ojos brillaran chiribitas de esperanza.

A ver, que aquel pueblucho no era el peor sitio del mundo en el que acabar, pero eran apenas cuatro calles mal dispuestas, con unas pocas casas y aún menos edificios. Y por edificio me refiero a algo que no fuera una vivienda familiar de planta y piso.

Dóen, en comparación, sería algo así como Las Vegas, y eso que con el paso de los años nos habíamos asegurado de que no creciera de forma desproporcionada y acabara convirtiéndose en una pequeña urbe. Una buena parte de los terrenos que rodeaban el pueblo eran de miembros de la manada, así que limitábamos su expansión por mucho que el alcalde intentara hacer justamente lo contrario, exaltar su potencial turístico y todas sus bondades. El tipo no era un lobo, pero lo ninguneábamos bastante entre todos.

Me acerqué al único horno del pueblo, apenas a unas pocas casas de distancia del antro de los lobos. Desde allí, mientras esperaba mi turno, observé las rejas sobre las ventanas delanteras y las gruesas hojas de metal de la puerta principal. Los cristales eran opacos y tenían un tono entre gris y amarillo, lo que le daba un punto siniestro, como si fuera el lugar menos aconsejable del mundo en el que poner un pie dentro. Era probable que justo eso fuera lo que andaban buscando. La manada de Derek vivía encerrada en tradiciones arcaicas, apenas habían conseguido abrirse al mundo que había más allá de los bosques que rodeaban el pueblo en el que

habían nacido. No es que yo hubiera viajado mucho, pero en comparación a esos lobos, era una aventurera avanzada.

Lo que en cualquier otro lugar se reduciría a cinco, a lo sumo diez minutos, en Pardines se demoró poco más de quince. Por lo visto, con el precio del pan venía una conversación sobre nietos, sobrinos y hasta el estado del perro. Uno que tenían que llevar a un veterinario que se encontraba a unos treinta kilómetros y que apestaba a alcohol. Superprofesional y superrecomendable, en resumen. Y más si teníamos en cuenta que el tipo que acababa de dar esas referencias era humano y su olfato estaba, por lo tanto, atrofiado.

Tras sentirme victoriosa en mi conquista de bollería caliente, me acerqué al edificio en el que Daniel vivía. Fui directa hacia la parte trasera; no me sorprendió encontrar allí una puerta de madera, de las de toda la vida, ni que al girar el pomo estuviera abierta.

Entré en una estancia que Daniel usaba a modo de almacén. Había varias estanterías de metal con cajas ordenadas y clasificadas de forma precisa. Me sorprendió que fuera un tipo meticuloso, aunque me mordí el labio inferior al recordar con qué solemnidad era capaz de secar una jarra, trapo en mano. Yo era de las que dejaban las cosas secándose sobre el fregadero o un trapo. Ni de coña perdería el tiempo en algo tan monótono y cansino. Nunca he sido una loba paciente.

Sonreí al percibir varios olores en el montón de ropa que había en uno de los estantes: pantalones y camisetas amontonados con un cierto orden, pero sin mucha manía. Supuse que estaban a disposición de cualquier lobo que llegara en su forma animal y tuviera que ir a su encuentro a esa taberna que regentaba y en la que, a veces, había algún que otro humano despistado. Era eso o que a Daniel le debía de repatear que la gente acabara sentándose en su sofá en pelotas.

Tras husmear a mi antojo por el almacén, decidí subir las escaleras, hacia la boca del lobo. Y nunca mejor dicho, pero no tenía intención de dejarme devorar, pese a que la idea podía ser hasta cierto punto tentadora.

No llegué a entrar en el piso; la puerta se abrió y apareció un Daniel descamisado que llevaba solo un bóxer. Mentiría si dijera que no le di un buen repaso. Porque lo hice. A conciencia. Lo que no tenía de cerebro, se lo habían compensado con un cuerpo digno de ser contemplado un buen rato. Espalda ancha, brazos fuertes y masculinos, y unos abdominales demasiado bien definidos como para pensar que se los había dado el azar.

Mi mirada se perdió siguiendo el trazado del sutil vello que nacía debajo de su ombligo; que, por desgracia, quedaba oculto por aquel trozo de tela insulso de color negro. Admito que me hubiera gustado darle un vistacito a lo que ocultaba; uno rápido, fugaz, como quien no quiere la cosa. Lo justo para no parecer una pervertida. O una loba en celo.

—Llegas en mal momento.

—Un «buenos días», para empezar, sonaría mejor que eso. —Olía a jabón de limón, a madera de pino y a cerveza rubia. A las brasas de una barbacoa, pero a esas que te hacen la boca agua, imaginando el bocado que le darás a un buen trozo de carne. En breve.

—¿Qué quieres?

Por lo visto, era de esos lobos que se levantan con el pie izquierdo. Esa podía ser la primera anotación en la lista anti-Daniel que acababa de titular mentalmente con algo así como: «Ni por un buen rabito, lobo, lobito, clavarás en mi cuello tus colmillitos».

¿A que tengo un algo de poeta?

Le sonreí.

—¿Desayunar? —Levanté la bolsa con la mercancía y no necesité sacudirla demasiado para que el olor de los *croissants* recién salidos del horno invadiera el espacio que nos separaba.

—No es un buen momento.

—No, si eso ya lo has dicho. —Me miró con algo parecido a un deseo descontrolado de practicar un estrangulamiento.

—Silas no está solo. —Fruncí el ceño y lo miré.

¿Silas? Ah, sí, ¡ese Silas! Levanté el mentón y olfateé el aire. No tardé en reconocer el sutil aroma de una hembra humana. Eso y la mezcla, tan encantadora como adictiva, de las feromonas.

—Ya veo. —Se limitó a mirarme con una expresión fría que me irritó. Había hecho un esfuerzo titánico para aguantar que el tipo de la panadería le contara sus desventuras, y las de todos sus vástagos y descendentes, a la dependienta, así que me paciencia brillaba ya por su ausencia. Alcé el mentón—. ¿Os van los tríos?

El gruñido bajo que soltó me hubiera hecho estremecer si no estuviera acostumbrada a tener a mi mejor amigo haciéndolo cada vez que le llevaba la contraria. Que era algo bastante habitual. Por algo éramos amigos, ¿no?

—Vale, entonces descarto la idea de que nos lo montemos los cuatro. ¿Qué tal si nos limitamos a desayunar a sus espaldas y nos lo tomamos como una pequeña venganza personal? —Ladeó la cabeza, estudiándome, aunque aún tenía la mandíbula tensa y su mirada era un tanto oscura y siniestra. Encantador. Daniel era simplemente encantador de buena mañana.

—Lo veo.

Ahí me sorprendió. La verdad. También que, en vez de invitarme a subir, cerrara la puerta detrás de él y empezara a bajar las escaleras. No llegó a rozarme cuando pasó a mi lado, pero su olor me llegó con demasiada nitidez mientras se me hacía la boca agua con la visión de su espalda desnuda.

Cuando llegó a la planta baja, cogió al azar una camiseta y unos tejanos. Lo que fue una pena. Porque las vistas eran estupendas. Al menos los pantalones se ajustaban bastante bien a unas nalgas más que apetecibles. No podía negar que, en cuanto a machos, mi loba tenía buen gusto.

—¿Leche?

Se metió detrás de la barra y se dirigió a una de esas máquinas de café con un par de surtidores en los que se pueden rellenar al mismo tiempo dos tazas. Sus manos eran grandes. Dedos gruesos, fuertes. De esos que suelen ser firmes o delicados según les interese. La piel de sus palmas parecía ligeramente rugosa, como si al margen de servir cervezas estuviera acostumbrado a trabajar con ellas.

Un gruñido me obligó a centrar mi atención en su persona. Por su aspecto, diría que estaba cabreado, no, lo siguiente. Le sonreí, como

si no me hubiera pillado confabulando cómo sería notar esas manos sobre mi cuerpo y los matices de mi olor no lo pusieran de manifiesto.

—¿Tienes de avena? —Volvió a gruñir mientras me miraba con esa oscuridad suya, como si, no sé, le hubiera pedido la luna—. Me lo tomaré como un no. Ponme lo que tengas. Lo fliparías con mis amigas de la facultad, hay una que siempre pide café corto, descafeinado, con leche de soja y canela. ¡Jódete!

Una pequeña sonrisa asomó en su rostro, fugaz, pero le dio un toque menos frío y distante a esa expresión hosca que le caracterizaba.

Lo malo de los tíos que se dejan barba es que apenas puedes ver cuándo se les curva un poco la comisura de los labios. Puedes suponerlo, pero tal vez se trata solo de una ilusión, fugaz, una jugarreta de tu subconsciente que quiere que acabes abriéndote de piernas para perpetuar, junto a ese tipo, la especie. Sí, era mi caso. Pero no era tan estúpida como para confiar en ese tipo de instintos. Son lo peor.

Rompí con cuidado el envase de papel para usarlo a modo de bandeja. He de admitir que, pese al aspecto chungo del sitio, la barra estaba impoluta. Quiero decir que uno esperaría que cualquier cosa acabara adherida a ese pedazo de madera por una fuerza sobrenatural a base de grasa, azúcar y alcohol en proceso de descomposición, pero nada más lejos de la realidad. Yo creo que estaba más limpia que el mármol de mi madre, lo que es poner el listón bien alto, porque es una maniática de la limpieza y el orden.

Daniel dejó el café frente a mí y se sentó en un taburete que tenía debajo del mostrador. Creo que era la primera vez que lo veía sentado detrás de la barra. O no le gustaba, o no se permitía relajarse demasiado a menudo.

—Siento lo de Silas. No es nada personal.

—Lo sé, no me importa.

Si las miradas pudieran desnudar a alguien —no físicamente, sino en un plano más profundo—, creo que Daniel tendría ese poder. Porque me sentí expuesta, pese a que no llegó a decir nada.

Quise hacerle saber que no lo decía como un mecanismo de autodefensa. Que había ido con la idea de verle a él, y no a su hermano. Pero eso solo podía complicarlo. Más. Así que opté por buscar esa rebeldía mía y me aferré a ella, para que mis barreras no se vinieran abajo antes incluso de ser consciente de que, con un «lo siento», había conseguido destruir mi interés en construir un muñequito de vudú con el que torturarlo cuando me aburriera. No es que creyera en esas cosas, pero seguro que tenían su morbo.

Así que decidí que no tenía que justificarme, ni necesidad de decirle por qué había ido a su casa. Que pensara lo que quisiera. ¿Lamentaba de verdad que Silas se estuviera acostando con una humana en vez de conmigo? Decía muy poco de su interés en mí. En su pareja. Me era más fácil odiarlo. Como había hecho cuando me soltó eso de que me había acostado con su hermano, en un tono que mostraba desprecio y hasta asco. Él no era quién para juzgarme.

Para no cagarla y arrepentirme más tarde por decirle algo que podía oscilar entre «un vete a la mierda» y un «me pones cachonda», opté por coger uno de los *croissants* y darle un muerdo. Con la boca llena, al menos, no soltaría una estupidez.

La peor de las posibilidades sería indagar en si era consciente de la conexión que latía entre nosotros y de la atracción que me instaba a hincarle el diente. Esa última parte era la que más me asustaba. Esa sensación. La de mis colmillos ansiando alargarse. Y clavarse en su cuerpo. Reclamarlo. Como mío. Vincularme a él. La peor de las ideas posibles, en resumen, porque un lobo que reclama a otro queda ligado a él para el resto de su vida. Es algo así como un pacto que no tiene caducidad ni tiempo. Una soga al cuello. Sí, correcto.

La química entre dos personas puede justificar que alguien te inspire para un revolcón, pero querer marcar a una persona mucho tenía que ver con eso de ser y pertenecer al otro. Que se supone que, en la justa armonía, es lo más… Pero yo como que paso que alguien intente quitarme mi individualismo y mi autonomía. Ya tenía que lidiar con formar parte de un algo más grande —una manada— como para encima no ser ni siquiera un yo, y pasar a hablar todo el maldito día de un nosotros.

—¿Qué tal has visto a tu hermana?

—Bien. Se está adaptando. Los viejos siguen poniéndole las cosas difíciles, pero de momento los ignora.

—¿De momento?

—Maya es de gatillo fácil, aunque suele avisar antes de apretarlo.

—No es lo que me contó Derek.

—Igual no es una loba, pero es muy protectora con los suyos.

—Contigo.

—Y yo con ella.

—¿Pretendía ser una amenaza?

—Solo un comentario, pero no es como que necesite mi ayuda para poner a quien sea en su sitio.

—Incluso si es un lobo. —Daniel asintió—. La he visto pelear.

—De tal palo, tal astilla.

—¿Qué hay de ti?

—¿De mí? —Ladeé la cabeza y lo estudié. Me gustaba esa barba que lucía, ni demasiado larga ni de unos pocos días, lo justo para hacerme pensar en si me haría cosquillas en caso de que sus labios rozaran mi piel—. ¿Qué quieres saber?

—¿Eres de gatillo fácil?

No sé qué pasó en ese momento, pero algo cambió entre nosotros. Y se sintió… caliente.

Recordé a tiempo que mi objetivo no era la obvia atracción que despertaba en mí —por eso de que era mi compañero, y blablablá—, sino motivos objetivos con los que hacer que mi libido dejara de estar en el nivel de la estratosfera cuando él andaba cerca.

—A Maya se le dan mejor que a mí las armas de fuego, pero no es como que no sepa usar una.

—¿Y el combate cuerpo a cuerpo?

¿Hacía cada vez más calor ahí dentro?

—Krav Magá. —Sentía la boca seca—. Tengo la técnica, aunque es cierto que cuando me cabreo soy más de garras y colmillos.

Se limitó a asentir antes de elegir un *croissant*.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté, odiándome por desear saberlo absolutamente todo, cuando en teoría solo me interesaban las cosas

que añadir a la lista esa del lobito con un buen rabito. O lo que fuera. Me estaba despistando de mi objetivo. El cabrón.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué haces?

—¿Además de tirar cañas? —me cuestionó, y por su tono me pareció que se estaba burlando de mí, aunque no tenía del todo claro el cómo ni el porqué—. Poca cosa. Me limito a estar aquí mientras Derek y Silas corretean por donde sea.

—No suena muy emocionante.

—No lo es. Mi vida es monótona y aburrida, pero me gusta justamente así.

Oído cocina.

Me lo tomaría como que era un holgazán sin interés alguno en evolucionar. Si algo hacía que la vida tuviera sentido era la capacidad que tenía de sorprenderte y emocionarte. Sin eso, ¿para qué soportar toda la mierda que venía de regalo?

Éramos polos opuestos, y aunque hay quien dice que eso se atrae, a mí lo que me van son los tíos con ganas de pasárselo bien, de reír, de viajar y de atreverse a cosas nuevas. Daniel era la antítesis de ese tipo de hombres. Vivía encima del bar en el que trabajaba desde a saber cuándo.

Era el lobo más sedentario con el que me había cruzado en mi vida. Por no hablar de ese ritmo pausado suyo que me hacía pensar que no corría sangre por sus venas, sino una mezcla de alquitrán y blandiblú, como si fuera a ralentí, como si tuviera todo el tiempo del mundo y no le importara que los minutos se le escaparan entre los dedos.

Bebí de mi taza mientras observaba el perfil de su rostro, aquellas cejas gruesas y el vello ligeramente rizado de su barba. Tenía que admitir que el café que hacía estaba bueno y, la verdad, eso también era un logro.

Mierda.

¿Acababa de crear una lista de puntos a favor de Daniel?

Taché con vehemencia, en mi mente, esa nueva idea intrusiva. Ni de coña pensaba poner en un balance pros y contras. Ni loca. Me negaba a que estropeara mi plan de satanizarlo y largarme de

Pardines con la certeza de que rechazar a mi pareja era la única opción posible.

—¿Cómo es tu vida?

Me pilló por sorpresa, pero intenté justificar su interés como una mera cortesía. Por eso de que Maya era mi hermana. Era una teoría plausible.

—¿Qué quieres saber?

Hubiera pagado por escucharle decir algo así como un «todo». Lo que podría ser el inicio de un problema, porque acababa de destruir la lista a favor de Daniel y no me interesaba que resurgiera de las cenizas cual ave fénix.

—Vas con aires de urbanita y sofisticada, en plan las niñas pijas que vienen a estrenar las deportivas de goretex y, en vez de adentrarse en la montaña, se dedican a hacerse selfis.

Me quedé paralizada durante unos segundos, sintiéndome herida, antes de que me diera por la risa tonta. En el fondo, me hacía un favor. Daniel era un capullo, así, sin más, así que no debería preocuparme tanto por la posibilidad de acabar enamorándome del hombre que había detrás del lobo por el que mi instinto se había decantado.

—La verdad es que quedo como una diva en las fotos, especialmente si llevo poca ropa —le solté usando un tono descarado—. Y, en lo referente a urbanita, supongo que, teniendo en cuenta que debes de llevar encerrado en este zulo toda tu vida, cualquier persona te debe de parecer muy superior e inaccesible, ¿no?

Vi que sus ojos se oscurecían ligeramente.

Zasca.

Si se pensaba que yo me callaría como un manso corderito ante sus provocaciones e insultos, lo tenía claro.

—Al contrario, creo que eres más bien facilona.

Debería importarme una mierda. Sus opiniones. Sus prejuicios. De hecho, debería importarme una mierda él. Punto. No me permití que sus palabras me dolieran, o que, al menos, esa herida se viera en mi rostro.

—¿Y eso te molesta? —Elevé el mentón y fijó sus ojos en los míos—. ¿O es tu forma de tantearme a ver si quiero montármelo contigo aquí mismo?

Su pulso se aceleró, y algo en su olor cambió, volviéndose más intenso y masculino. Condenadamente adictivo. Y *sexy*. Lo que hizo que me cabreara por sentir esa atracción que no tenía ningún sentido.

—Mejor dejemos las cosas claras, ¿te parece? Si lo hicieras, si te me insinuaras, te enviaría a la mierda. Hay lobos y lobos, pero tú no me pones. —Estaba rígido y tenía la mandíbula apretada, igual que los puños. Su olor. Cada vez era más fuerte—. Gracias por el café.

De un trago vacié la taza antes de saltar, con gracia lupina, del taburete. Tenía que largarme de allí. Porque aquel olor me estaba volviendo loca. El deseo de acercarme a él, de sentir su cuerpo contra el mío, era casi tan fuerte como las ganas de darle una paliza. Mejor no dejarme llevar por ninguno de esos instintos, no fuera que una cosa acabara llevándonos a la otra. Y acabáramos los dos cabreados, sudorosos, y jadeando el uno contra el otro.

Le di la espalda. Tenía que saber que me ponía. Igual que yo podía oler su excitación. Ambos podíamos fingir que no lo hacíamos. Creo que era lo único en lo que, por una vez, parecíamos estar de acuerdo.

Escuché un gruñido a mi espalda, pero opté por ignorarlo y salí por la puerta principal, asegurándome de que diera un tremendo portazo detrás de mí. ¿No era eso lo que había dicho? ¿Que era la típica hembra urbanita consentida y que le gusta vivir en el drama? Perfecto. Me gustaba cómo sonaba eso.

Los entes que tejían las hebras del destino debían de llevar una soberana cogorza cuando se plantearon que él y yo podríamos hacer una bonita pareja.

Sonreí al percibir que esa ansiedad por estar con él empezaba a aplacarse al salir del influjo de su olor. Era más posible que acabáramos sacándonos los ojos a zarpazos que formando una bonita pareja. Y ambos los sabíamos.

Capítulo 6



ME DIO LA ESPALDA y gruñí mientras mis ojos se centraban en el culo más perfecto de la historia. Me torturó la idea de sujetarla con fuerza para embestirla desde atrás. Me mordí el labio inferior mientras mi mente me jugaba una mala pasada, recreando la imagen de mi cuerpo rebotando contra esas nalgas en un vaivén frenético.

Apreté los puños cuando empezaba a alejarse de mí.

Era lo mejor.

Porque estaba a punto de perder la batalla contra ese instinto que me empujaba a tomarla. Allí en medio. Pese a su cabreo, ni siquiera estaba seguro de si fingiría resistirse o mostraría un algo de cordura e intentaría pararme los pies. No podía confiar en que lo hiciera: apestaba a feromonas, pero en ese punto en concreto no podía criticarla, yo también.

Apenas conseguí relajarme cuando desapareció de mi vista porque no podía quitarme de la cabeza su mirada altiva, fuerte y provocadora. No me importaría ver su rostro deshaciéndose en pleno orgasmo, y eso que no soy de mirar a una loba a los ojos durante el sexo. No es un rostro, una persona, lo que busco, sino liberarme de la contención que desde siempre me he autoimpuesto y dejarme arrastrar por la excitación y el placer de permitir que el instinto del lobo tome el control.

Muchas lobas estaban más que dispuestas a adaptarse a ese tipo de necesidades, y no se quejaban al respecto. Más bien al contrario. Incluso si a veces tendía a ser un tanto rudo y brusco —y aunque no diría violento—, era innegable que, en el sexo, a veces el dolor venía de la mano del placer primitivo y salvaje. Y a mí eso me gustaba.

De ahí que no me acostara con mujeres humanas. En primer lugar, ellas suelen buscar algo más allá que el placer, fugaz y volátil,

del momento; las lobas, en cambio, no tienen problemas en separar lo que es un acto puramente físico de toda esa gilipollez emocional. En segundo lugar, podría lastimar a una humana sin proponérmelo, lo que implicaba contenerme, supeditar mis necesidades a las suyas. Y eso resultaba un tanto frustrante.

Admito que era un hipócrita por criticarle a Ona que disfrutara del sexo sin más complicaciones que el aquí o el ahora. Esa era, precisamente, el tipo de actitud que buscaba en una loba con la que quisiera pasar un buen rato, y jamás me había molestado el hecho de saber que ni sería el primero ni el último con quien compartiría ese tipo de intimidad. Igual que ellas entendían los términos de ese encuentro.

¿Por qué la había acusado de aquella forma?

Me froté el mentón.

Podría argumentar que lo había hecho para cabrearla, porque su presencia removía tendencias homicidas y posesivas dentro de mí. Era un buen punto. Sin embargo, en realidad todo se resumía a que no soportaba imaginarla con otro macho.

Uno que no fuera yo.

Mi hermano, por ejemplo.

Me mordí el labio inferior, intentando captar los restos del olor de Ona. Sus matices tenían la capacidad de excitarme y aplacar mi rabia a la vez que la aumentaban a su punto más álgido. En apenas una fracción de segundo. Tanto deseaba alejarla como tumbarla debajo de mí. Aunque negaría esa última parte, cualquiera que fuera el contexto.

No me reconocía en ese lobo carcomido por el rencor. Y la rabia.

Al menos había intentado protegerla. De Silas. Y de la hembra que le había acompañado aquella noche. De lo que tal vez podía hacerle sentir que él hubiera pasado página. Incluso si tenía la sensación de que ella también lo había hecho. No había sido más que una relación oportunista de fin de semana. En el fondo, lo sabía, pero no podía evitar sentir acidez en el estómago y el puño firme.

Con todo, la posibilidad de que ella albergara interés por mi hermano me había hecho ir a su encuentro. Alejarla del rastro que se entremezclaba entre ellos. Y eso me dolía. El pensamiento de que

ella lo hubiera buscado. Pero debía vivir con ello. Con los celos. La incertidumbre.

Al fin y al cabo, lo que nadie podía negar era que habían compartido algo más que unas pocas risas y unas cuantas palabras. No más. Por encima de mi cadáver. O el suyo. O el de ella. Joder, mejor no jugar contra ese sinsentido que me quemaba por dentro.

Me acabé el café con sorbos pequeños, disfrutando de aquel sabor amargo que invadía mi paladar y planteándome a qué sabría Ona.

Varias horas más tarde, escuché a mi hermano despidiendo a la mujer en la puerta trasera. No me sorprendió que, al poco de largarla, se apareciera por el bar, incluso si aún no estábamos abiertos al público. Él sabía que yo estaba allí. Su olfato. Su sexto sentido.

Lo miré con expresión cabreada.

—Te dije que no volvieras a traer hembras al piso. Ya tienes tu casa, ¿recuerdas?

Se sentó frente a mí, en uno de los taburetes. Llevaba unos pantalones cortos deportivos y una camiseta sin mangas que le quedaba un poco demasiado grande. No nos llevábamos tantos años como para que los roles entre nosotros estuvieran tan distanciados, pero lo cierto es que a veces lo sentía como si fuera apenas un crío y yo su padre. Lo que era cansino. Y me había llevado a sacrificar parte de mi vida para que él cumpliera sus sueños. No me había importado antes, pero que él y Ona se hubieran acostado juntos me había obligado a replantearme toda mi vida. Desde el minuto cero. Tanto dar. Tanto hacer. Tanto estar. Para convertirme en el telón de fondo, el que sostiene los cimientos, pero nadie ve. Ni siquiera la que debería ser su pareja.

—Lo siento, vale. —Hizo un mohín—. ¿Y si me hechas la bronca después de que me tome un café doble?

—Tú mismo. —Me crucé de brazos y le sostuve la mirada. Suspiró, como si estuviera cansado y se alzó sobre el taburete para saltar por encima del mostrador. Se fue directo a la cafetera.

—¿Quieres uno?

—Voy servido.

—Yo también. —Se rio por lo bajo y puse los ojos en blanco, porque estaba claro que no hablábamos bien bien de lo mismo.

Intenté no volcar mi rabia en él.

—¿Una noche interesante?

—No voy a quejarme. —Ladeó la cabeza.

—¿Ona ha estado aquí?

—Ha venido a verte, idiota. —Si sonó duro, me importó una mierda—. Hasta te ha traído *croissants*. —Vi que mi hermano elevaba el mentón para mirar el sobre de papel vacío—. Se siente.

Le sonreí. No lo sentía en absoluto. Silas rio por lo bajo.

—Creo que tengo su teléfono, la llamaré luego.

—No, no vas a hacerlo.

Mi hermano se acercó el café a la nariz y lo olfateó. Le gustaba eso. Los olores de la comida.

—¿No podría considerarse descortés ignorar su visita?

—Sabe que estabas con una hembra.

—No creo que le moleste tanto como a ti, si me permites la opinión.

—No quiero que vuelvas a ponerle una mano encima a la hermana de Maya.

Me negué a decir su nombre. A que mi voz se volviera ronca. A que el leve temblor de mi pulso me delatara. Me limité a mirarle. Con la frialdad del lobo. Y la autoridad de lo que era. Su hermano mayor.

—Estás raro, ¿sabes? —Me observó, yo solo dejé que la presencia de mi lobo se hiciera más notoria—. Estás de mal humor todo el día.

—Nunca he sido el payaso del grupo.

—Ya, eso… —Parecía cansado—. Siento si Ona te ha molestado de buena mañana. Puede ser tan irritante como su hermana, cuando se lo propone.

Apreté el puño. No quería que me dijera cómo podía ser. No quería pensar que la conocía mucho mejor que yo.

—Te quiero lejos de ella, Silas, creo que he sido bastante claro.

—Sin problemas. —Asintió y me relajé, un poco, al menos—. Pero que conste que no hace falta que te preocupes. No es una loba

obsesionada con mis huesos como la loba esa con la que estuviste saliendo.

—Igual me preocupa más Maya. O que su padre acabe usando uno de sus cuchillos para separar tu cabeza del resto de tu cuerpo. —Silas me sonrió. De oreja a oreja.

—Ya no tengo diez años, no hace falta que te preocupes de todo. Sé solucionar los líos en los que me meto.

—Los de faldas, no lo niego.

—Lo que me hace pensar que quizá esa hostilidad con la que me reconfortas últimamente mucho tiene que ver con eso de que no te tiras a una loba desde hace meses. —Me limité a mostrarle una peineta—. ¿No vas a negarlo?

—Lo que haga o deje de hacer no es cosa tuya.

—Necesitas un buen polvo… —Olisqueó el ambiente y notó el sutil rastro de mis feromonas, esas que se habían venido arriba imaginándome a Ona en una versión sumisa y totalmente desnuda—. ¡Si hasta te ha puesto caliente esa loba a la que tanto desprecias!

Mi mano se abalanzó sobre su camiseta y le empujé contra una estantería, sosteniéndole por la camiseta que tenía retorcida dentro de mi puño. Ahora nadie podría negar que sí había una cierta hostilidad en mi persona. Y que mi hermano era el objetivo de esta. Sus ojos se oscurecieron durante una fracción de segundo, como si su instinto lo hubiera animado a enfrentarme, pero su sentido común prevaleció y se limitó a fruncir el ceño y mirarme.

—No sé qué te pasa, pero si necesitas algo, lo que sea, solo dímelo. —Sus ojos mostraron preocupación y eso me dolió. Saber que él se preocupaba. No eran palabras vagas, lanzadas al azar.

—No digas nada. No preguntes. Y punto.

—Lo que necesites, Daniel. —Mi puño se relajó sobre el tejido de su camiseta y di un paso para alejarme de él. Me arrepentía. Solo un poco. Era la primera vez que perdía el control así—. ¿Quieres que salgamos a correr un rato? Ya sabes, tú y yo, como en los viejos tiempos, hasta que acabemos reventados. A Derek le va bien cuando la mierda, la que sea, le supera.

—Paso. —Me estudió antes de sonreír y supe que no tenía intención de darse por vencido.

—¿Unas copas?

—Son las doce.

—Así a media tarde ya estaremos borrachos.

—Que te den.

—Más bien he sido yo el que le ha dado fuerte a la de arriba. —Hizo una pausa—. ¿Y algo diferente? La morena de anoche tiene una amiga…

—Silas.

—¿Unos dardos? ¿Un billar? —Me froté el rostro.

—Vale, si quieres ayudarme, solo te pido que me dejes un poco de espacio. —Hice una pausa—. Y no te acerques a la hermana de Maya, no quiero tener más marrones, ¿entiendes?

—Alto y claro. La evitaré, aunque tenga que emigrar los días que esté, si me das algo a cambio. —Gruñí, porque no estaba en una versión mía muy dada a las negociaciones, y si una cosa tenía mi hermano era su capacidad de ser un tocacojones.

—¿Qué quieres?

—Busca una forma de canalizar esa rabia antes de que acabes metiéndote en problemas.

—Sois Derek y tú los que siempre acabáis rodeados de mierda. —Sonreí. Porque era cierto. Eran dos lobos inquietos. Y más aún durante una adolescencia que, a los que andábamos cerca, se nos antojó eterna.

—Y tú quien nos saca de ella; así que, si, por una vez, necesitas que te tendamos una mano, tu sólo intenta advertirnos para que nos dé tiempo a llegar hasta el fin del mundo.

Le sonreí. Silas tenía sus cosas. Pero era leal. Y nuestro vínculo no solo se debía a la sangre que compartíamos. Había mucho más. Y eso hacía que todo tuviera sentido. Los sacrificios dejaban de serlo, porque su bienestar compensaba el resto.

—Y no vuelvas a traerme a una de tus amigas a mi piso. No lo soporto.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Lo dicho.

—Perfecto, tenemos un trato. —Me tendió la mano en un gesto formal y un poco a contra dientes, acabé aceptándola y dándole un firme apretón—. Hazme caso y sal un rato. Tómate el día libre. Lo necesitas.

No le rebatí aquello, pero tampoco tenía del todo claro si podía permitirme que la bola que se me había hecho debajo del pecho saliera a la superficie. A veces era más fácil mantenerlo encerrado. Bajo control. Cerré los ojos y evoqué el recuerdo de Ona. Su mirada altiva. La forma en la que me retaba sin inmutarse por mi tamaño o mi autoridad. Era la sobrina del alfa de Dóen, no una omega cualquiera.

Acercarme a ella solo podría traerme problemas.

Capítulo 7



ACABÉ ACEPTANDO la proposición de Silas. Convertido en un lobo de pelaje oscuro, me adentré en el bosque y empecé a correr sin dirección ni intención, esquivando mis propios pensamientos.

Me centré en los sonidos del mundo que me rodeaba. Dejé que los sentidos del lobo se relajaran al contemplar, con toda su atención, la belleza salvaje del que era nuestro territorio. Y me sentí en casa. En paz con el mundo. Aunque no conmigo mismo.

Noté un tirón.

Un pensamiento intrusivo que me obligó a frenar mi carrera. Intenté ignorarlo.

Mantenerlo lejos de mí.

De mi consciencia.

Siempre se me había dado bien, pero siguió presionando contra mi mente y, tras fingir un poco demasiado tiempo que no era consciente de que le estaba bloqueando el acceso, cedí y le di la bienvenida.

—¿Por dónde andas?

Era la voz de Silas la que se forjaba y resonaba dentro de mi cabeza. Una mente colectiva. Una de la que yo solía mantenerme lo más apartado posible, porque ya me pasaba el día escuchando a los lobos mientras copeaban en el local. ¡Cómo para hacerlo cuando podía ser libre por un rato!

Se sintió un poco menos mal la proximidad mental de mi hermano. Lo que pueden fingir las palabras, no lo hacen los pensamientos que nos podemos enviar los unos a los otros. Llegan claros. Y puros. Con la emoción contenida de quien los envía. A veces arrastran imágenes. Otras solo palabras.

—Tenías razón, necesitaba correr un rato.

—Espero que no estés demasiado cansado.

—Prefiero hacerlo sin compañía. —Sentí la decepción de Silas al ser rechazado. Podía percibirlo. No quería compartir mi carrera con él. A muchos tal vez les suene extraño, pero hay algo íntimo cuando dos lobos corren juntos. Se crean vínculos. Un entendimiento entre ellos que prescinde de palabras. Es el instinto el que nos guía. Y nos une al mismo tiempo.

—Vas a odiarme, pero eres tú el que me lo has pedido.

—Te escucho.

—Ona ha salido a correr y se ha adentrado en una zona en la que, por lo visto, hace poco hubo un avistamiento de posibles cazadores.

—No podría, no sé, ¿largarse y dejarnos tranquilos? —Sentí un cierto nerviosismo al otro lado de aquella conexión mental. Silas, se sentía incómodo con todo aquello. Incluso si no era responsable de qué hacía o dejaba de hacer nuestra desagradable visita.

—Derek me ha pedido que vaya a su encuentro y me asegure de que no se mete en líos.

Un gruñido sordo nació en mi estómago y tomó vida propia. Por suerte Silas no pudo oírlo.

—Está bien. Yo me ocupo. —Cerré los ojos, dejando que el lobo se emparara del mundo que le rodeaba. No sabía dónde estaba, pero, al mismo tiempo, la bestia jamás llevaba a perderse.

—Si quieres que envíe a alguien, solo tienes que decírmelo.

—No, está bien.

—¿Lo está? —Me obligué a normalizar mi respiración mientras intentaba contener ese algo que Silas había podido captar a través de nuestro enlace mental. Que me atraía. Esa era solo la punta del iceberg.

—No estoy ciego. —Aquello divirtió a mi hermano, pude sentirlo por nuestra conexión.

—¿Qué le digo a Derek?

—Que las visitas de su cuñada son peor que tener un montón de granos en el culo.

—Supongo que tampoco puedo comentar nada sobre su culo.

—No, no puedes.

—Eres tú el que lo ha nombrado.

—Pero tú lo has sacado de contexto.

—Ya, eso no puedo negarlo. Intenta relajarte y no te enfrentes a ella, si le haces un rasguño, Maya te acribillará a balas.

¿Enfrentarme a ella? Mejor bloqueaba los pensamientos lascivos que me venían a la cabeza.

—Lo tendré en cuenta. —Agradecí no tener delante a mi hermano.

—Nos hablamos.

—Silas. —Hice una pausa—. *Gracias.*

—Lo que sea.

Cerré la conexión con mi hermano, bloqueándole cuando intentó volver a contactar conmigo. Me gustaba el silencio, y quizá por eso había aprendido a crear mis propios escudos, murallas que me permitían mantenerme al margen.

Me lancé a la carrera, sin tener la certeza de por dónde empezar a buscarla, pero sí dónde habían visto un par de vehículos de aspecto sospechoso. Tenía que encontrar a Ona y asegurarme de que no se metía en problemas. Ni meterme yo de lleno en ellos, ya de paso.

Con la emoción de la carrera, permitiendo al lobo tomar el control, feliz de reunirse con esa hembra cuyo olor se estaba volviendo adictivo, fui acortando la distancia. No tardé en sentir un tirón. Dejé que fuera el instinto el que me guiara y me encontré percibiendo su olor. Sutil. Apenas un tenue rastro, pero que hizo que todo en mí se agitara.

Jadeé y elevé el mentón para aullarle al viento.

No esperaba que me contestara, pero lo hizo.

Seguí aquel sonido hasta que su olor se volvió mucho más evidente: hasta que llegué a ella. Estaba bebiendo de un pequeño arroyo y apenas pude contener la emoción de verla allí, en su forma animal, la perfección de su silueta, de aquel pelaje lustroso que parecía brillar bajo los últimos rayos de sol de la tarde.

No tardó en percibir mi presencia. Se limitó a mirarme antes de decantarse por prestarle más atención a todo lo que nos rodeaba que a mi humilde persona.

Muy en su línea.

Fui a su encuentro y me coloqué a su lado. No tenía sed, pero fingí estar sediento y comencé a beber del arroyo mientras nuestros costados se rozaban. Nuestro reflejo en la superficie del agua hizo que me estremeciera, y algo en el lobo vibró con una masculina y posesiva satisfacción. Su olor. La proximidad entre nosotros. Se sentía perfecta.

Me limité a seguir bebiendo para que pudiera contemplarme de reojo. Me gustaba esa sensación. Ser el centro de su mundo. Como humanos, estábamos destinados a odiarnos en mayor o menor medida, pero como lobos nada de aquello parecía importarnos. Nos reconocíamos. Incluso si no tenía sentido alguno que lo hiciéramos.

Estuve tentado de transformarme para poder advertirle que habían detectado la presencia de algún grupo de cazadores por la zona y que no era seguro vagar por el bosque sola. No quería que diera por sentado que estaba allí por otro motivo. Algo así como que quería su compañía. Que el lobo ansiaba correr a su lado. Sentir nuestros pelajes el uno contra el otro. Nuestros olores mezclarse.

Si fuera de mi manada, me limitaría a conectar mentalmente con ella para hacérselo saber.

Pero no lo era.

Y eso me dejaba en la encrucijada de permitirle que diera por sentadas cosas o mostrarme en mi forma humana, desnudo frente a ella, con una erección que sospechaba que sería más que evidente. No sé si se burlaría de las circunstancias o acabaría sucumbiendo a su propio deseo, pero ambas eran malas opciones.

Complicar una situación que ya, de por sí, me hería y cabreaba a partes iguales. Porque manifestaba mi vulnerabilidad. Ona tenía el poder de romperme en mil pedazos.

Simplemente siendo ella.

Dejé de beber para enfrentarme a su presencia.

A esa conexión que era imposible negar que latía entre nosotros. O, al menos, entre nuestros instintos de lobos.

Sentí que me desnudaba con su mirada, y nunca el silencio —roto solo por el ruido del arroyo, el viento meciendo las hojas y algún que otro piar en lo más alto de los árboles— se había sentido tan a flor de piel, tan real.

Me golpeó en el costado con su lomo y empezó a correr a un trote ligero, no tardé en seguirla y acelerar el ritmo hasta colocarme a su lado. Corrimos así, uno al lado del otro, retándonos, como si de un juego se tratara. Y aquello se sentía bien. Demasiado.

Podría volverme adicto al sonido de su corazón latiendo tan cerca del mío. A su olor. A los matices que lo convertían en algo único.

Sin embargo, había mucho más que aquello, que ese momento robado: esa complicidad que, por lo visto, solo éramos capaces de construir cuando no la pervertíamos con palabras.

No éramos solo dos lobos salvajes, sin obligaciones ni responsabilidades, que podían dejarse llevar por sus instintos para asegurar la continuidad de una manada. De una u otra forma, nos odiábamos tanto o más que la atracción animal que existía entre nosotros. Esa que ninguno de los dos tenía intención de verbalizar, porque implicaría aceptar que era real. Que no nos representaba y que era fruto de un pulso sin sentido que carecía de nuestra aprobación.

Ignorando todos esos contras, y guiándonos solo por el instinto del animal, corrimos hasta que se puso el sol. Solo cuando las sombras comenzaron a acecharnos decidió deshacer el camino para volver a Pardines.

Por un momento pensé que se dirigía al pueblo. A mi piso. No sé si habría sido capaz de negarme a eso. A la complicidad. Al deseo. A lo que éramos en ese instante: dos lobos corriendo juntos. Entendiéndose como si solo fueran uno, sin palabras, guiados por ese instinto animal que daba sentido a lo que éramos por derecho de nacimiento.

Sin embargo, tomó una desviación que nos llevaría hacia la casa de Derek. Admito que sentí una punzada de decepción. De dolor. La emoción rancia del rechazo. De todo lo que no éramos. Y que jamás seríamos.

Se detuvo junto a la puerta del edificio. Por un momento, su mirada me hizo pensar que quería que la siguiera. ¿Para qué? ¿Para tener una charla amistosa que acabaría en discusión? ¿Para frustrarnos con esa atracción a la que no teníamos intención de darle salida?

Silas no andaba equivocado. Hacía demasiado que no me acostaba con una loba.

Pero es que no me sentía interesado en hacerlo.

La deseaba a ella.

Y deseaba no volver a verla.

Recuperar mi vida.

Mis polvos brutales y sin compromiso.

Mis silencios sin el ruido de sus tacones sobre el pavimento de mi bar.

Sin su risa.

Sin ansiar sentir sus labios sobre los míos.

Y su cuerpo desnudo estremeciéndose entre mis brazos.

Ignoré su expresión complaciente y le di la espalda. Sentí su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos, pero decidí ignorarla mientras me alejaba de ella.

Y de toda la mierda que removía en mi interior.

La opción más fácil era odiarla.

No podía permitirme otra cosa.

Yo no quería una relación.

Establecerme.

Tenía mis propios lastres.

Y una vida en la que ella jamás encajaría.

Me obligué a recordar todas esas cosas para encontrar el valor y la fortaleza para hacerlo.

Capítulo 8



ME DIO LA ESPALDA y se fue.

Sin más.

Como si nada hubiera pasado.

Como si aquella carrera compartida, esos coqueteos, no hubieran hecho que nuestros corazones resonaran como tambores, latiendo al unísono, marcando un ritmo que solo nosotros podíamos escuchar.

Me transformé y cogí un vestido holgado que había dejado en el porche. No es que me molestara que Maya me viera en pelotas y, la verdad, a Derek aún le interesaba menos verme de esa guisa, porque solo tenía ojos para mi hermana —lo que estaba bien, de eso en concreto no me quejaba—, pero es que siendo una loba no puedo despotricar a gusto. Hay algo terapéutico en chillarle a alguien. Y Derek estaba en casa.

—¿Era imperativo que me enviaras a uno de tus chuchos? —gruñí al entrar en la casa.

Derek estaba sentado en un sillón viejo, de cuero oscuro y olor a mil vidas. Era una de las muchas cosas que se había traído de la casa de sus padres. Maya me lo había contado. Cómo se había quedado solo, a cargo de la manada, siendo poco más que un adolescente.

—Sospechamos que hay cazadores por la zona.

—¿Cazadores? —intervino mi hermana, levantando la mirada por encima de la pantalla del portátil con el que estaba trabajando.

—Un par de vehículos, pero la temporada de caza aún no ha empezado. Sospechamos que es un grupo de furtivos que está valorando las posibilidades del terreno. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, hablé con tu padre para que se asegurara de que no haya un grupo de matalobos cerca.

—¿Hablaste con mi padre? —Maya cruzó los brazos sobre el pecho y yo sonreí mientras me recostaba contra la pared, preparándome para ver el espectáculo. ¡Lobo malo! Este aún no había aprendido lo que era cabrear a una Anthony.

—Anoche. Daniel me lo comentó cuando me pasé por el bar.

—¿Y no se te ocurrió decírselo, no sé, a tu superior? —Los ojos de Maya chispeaban, y no era de felicidad. Derek mostró una amplia sonrisa lobuna en su rostro. ¡Cabrón!

—Ya sabes que no se me da bien eso de seguir según qué normas.

—¿Qué parte de que soy la responsable del centro de mando no has conseguido integrar en ese cerebro tuyo?

—Vale, debería habértelo comentado, se me fue la cabeza. —Hizo un pequeño mohín, al margen de la concesión. Había metido la pata hasta el fondo. Por menos, mi hermana sería capaz de apretarle fuerte el rabo. Y no de la forma que a Derek le gustaría.

—Por no decir que, además, por si no te acuerdas, soy una cazadora.

—Lo sé. —Se mordió el labio inferior y su mirada se desvió hacia mí. Sospeché que, en situaciones como la presente, como buen lobo, conseguía solucionarlo con un polvo salvaje con el que aplacar la rabia candente de mi hermanita, pero no creo que fuera de los que les gusta tener testigos mientras la meten, y a mí, personalmente, ver cómo se tiraba a mi hermana creo que me daría más arcadas que cualquier otra cosa—. Tu hermana acababa de llegar a casa, así que supuse que querías pasar tiempo con ella y no investigando una pista falsa; no le di más importancia.

—Mientes de culo —intervine y me gané un resoplido.

—Eres tú el que te has metido en este lío, Derek, así que no uses a mi hermana a modo de escudo o volveré a meterte una bala entre muslo y muslo.

—Lo que vendría a ser el ojete. —La mirada de la pareja de mi hermana pretendía ser homicida, pero Maya rio por lo bajo y eso hizo que el alfa se relajara.

—¿Sirve un… fue lo primero que se me ocurrió? —le dijo con un ronroneo acercándose a ella.

—Pues no lo sé; me jode que pensaras antes en mi padre que en mí.

—Aquí he de ponerme de parte del señor alfa. —Maya se giró para mirarme—. Ya sabes que son territoriales y posesivos, así que va a querer sobreprotegerte incluso sin darse cuenta, no es algo que te venga de nuevo. —Quiso interrumpirme y levanté una mano—. Además, es más fácil ver a papá con el papel de cazador despiadado y a ti en el de conejita *sexy* que no con un cuchillo en mano.

Mi hermana me hizo una peineta.

—Con un cuchillo también me pones —intervino Derek con un ronroneo sensual y provocativo.

—Lo que no significa que no te vea con orejitas y un pomponcito blanco en el culo.

¡Lo sabía!

—Iros los dos a la mierda.

—Por mi bien, por norma general, nado en ella. —La mirada de mi hermana se suavizó.

—¿Sabes qué? Derek tiene razón. Hemos de aprovechar que te quedas hasta mañana. —Vi que el alfa se removía en el sillón. Lo que indicaba dos cosas: que cada vez conocía mejor a mi hermana y su genuina astucia; y que sabía que tras aquellas palabras melosas se avecinaba una puñalada traicionera—. Vamos a ir a cenar a Pardines y a copear hasta las tantas.

La sonrisa maliciosa en su rostro era una franca advertencia de que Maya estaba tramando algo. Derek sospechaba que iba contra él, pero no descartaba ser yo el objetivo de sus maquinaciones. Maya sabía lo mío con Daniel, y no descartaba que le diera por jugar a hacer de Celestina. Lo que era una mierda, pero no se lo podía tener en cuenta, porque yo había intentado liarla con Mathew desde el inicio de los tiempos.

Solo esperaba que tuviera tanta pericia como yo.

Y que no acabara en nada.

—Vale, pero quiero alcohol del bueno. Paso de ir al antro ese de lobos vuestro. —Miré a Derek, pero el mensaje le llegó alto a mi muy querida y entrometida hermana.

—Tenemos plan, entonces —cedió el lobo, encogiéndose de hombros.

—Siempre y cuando no vuelvas a enviarme a uno de tus betas a joderme el paseo.

—A mi favor diré que se lo he dicho a Silas, y de él no creo que tuvieras queja alguna. Que le haya delegado el marrón a Daniel… no es cosa mía —replicó Derek, alzando las manos a ambos costados, como si se declarara inocente.

Su expresión lobuna era divertida. ¿De verdad se lo había dicho a Silas? ¿Entonces por qué había sido Daniel quien había acabado conmigo en el bosque? Me había llegado a plantear que mi pareja había salido a buscarme. Por mí. Pero no. Derek acababa de confirmarme que solo seguía órdenes. No lo había hecho por el placer de mi compañía. Ni por necesidad. Ni por mí. ¿Para qué fantasear o ilusionarme si luego dolía?

Me decanté por cabrearme. Se me daba mejor que sentirme triste.

—Sí, genial, Silas y yo follamos hace unos meses. ¿Podéis madurar y seguir avanzando? —solté. Un medio gruñido me salió a media frase.

Él se limitó a fruncir el ceño, pero no se lo tomó como algo personal. Les di la espalda y di un portazo al salir del edificio. Muy maduro por mi parte.

Fuera, me quedé parada observando el bosque que me rodeaba. Me ahogaba el mundo entero.

—Necesita alcohol. En cantidad. Tú pagas.

Escuché a Maya reír por lo bajo justo cuando Derek hizo el amago de protestar. Luego, el sonido familiar de la silla arrastrándose me advirtió de que se levantaba. Venía a mi encuentro. Estuve tentada de largarme, de correr colina abajo y no mirar atrás. Pero si había ido a Pardines, era para estar con ella. Así que me senté en la escalera del porche.

Cuando salió, no dijo nada. Se limitó a sentarse allí, a mi lado. Silenciosa. Presente.

Ella era el motivo por el que estaba en aquel lugar.

A Daniel, que le dieran.

Admito que, para las cuatro calles que conformaban el pueblo, el restaurante estaba más que bien. Y digo «el» porque, siendo sinceros, tampoco es que hubiera mucho más para escoger.

No era la primera vez que cenaba allí, Maya nos había llevado a esa pizzería el fin de semana que fuimos a verla. Habían pasado unos cuantos meses desde entonces, pero nada parecía haber cambiado. Excepto el hecho de que Desirée ya no trabajaba allí. Ahora estaba instalada en Dóen.

La comida fue buena. Lo que no me pasó desapercibido fue que mi hermana se dedicaba a rellenarme el vaso a la mínima que le daba un par de tragos, pero que intentara emborracharme no me preocupaba demasiado; cuesta lo suyo tumbarnos a los lobos. Sin embargo, el alcohol ayudó a que empezara a relajarme, a disfrutar del momento y de la compañía. Derek no era precisamente el lobo más divertido con el que me había cruzado, pero las pullas entre él y mi hermana eran entretenidas.

Acabamos en un local de copas. Uno que no desprendía olor a lobo, ni a cerveza rubia, ni a madera vieja. Para estar en un lugar como Pardines, admito que tenía cierto aire de grandeza: su aspecto moderno con luces led de color rojo y la combinación de metal y cristal contrastaba con las farolas un tanto decrépitas de las callejuelas, las casas de piedra y un asfalto que estaba parcialmente levantado.

Pese a estar en medio de la nada, el local estaba lleno. Aunque ayudaba su tamaño diminuto, supongo. En mitad de la pequeña pista de baile estaba Silas, pero no estaba solo; era como el gran gallo en medio de un corral de mujeres de piernas largas y melenas rubias. Nórdicas. Por supuesto.

Le observé mientras su mentón se alzaba, captando nuestro rastro. Su mirada nos buscó y me encontré sonriéndole. Era un tipo atractivo, sabía reír con la mirada y atraía con su carisma. No me sorprendió que hubiera llamado mi atención, ni que fuera el centro de los coqueteos de todas aquellas hembras.

Se disculpó de las mujeres para acercarse a nosotros.

—He de admitir que no sé cómo habéis conseguido que Derek acabe aquí. —No se acercó para darme los dos besos de rigor después de no vernos en ¿cuánto tiempo? Había ido a Pardines en abril o mayo, y estábamos ya a finales de septiembre. El tiempo, los meses, se sucedían uno tras otro sin apenas descanso—. Te veo bien.

—¿Divina, quieres decir? —Se rio y asintió. Parecía cómodo.

—¿Quieres una? —le preguntó Derek, alzando su copa.

—Llevo unas cuantas —negó con la cabeza—. Y tengo deberes para con nuestras turistas, ya sabes.

—Si las miradas mataran, estaríamos muertas —opinó Maya, elevando una ceja y observando con dureza a aquel grupito.

—Vete antes de que se te estropee la caza —animé a Silas con una media sonrisa y noté que se sentía ligeramente incómodo.

—¿Qué tal ha ido el paseo de esta tarde? —Me miró, y en su expresión vi un gesto culpable. Derek me había contado que le había pedido a Silas que me vigilara, pero supuse que sus obligaciones con las rubias le habrían impedido cumplir con su encargo y se lo había pasado a su hermano mayor.

—No es la cosa más apasionante del mundo tener a un chucho arisco siguiéndote los pasos, pero nadie ha intentado meterme un tiro en el cráneo, así que supongo que bien. —Me encogí de hombros.

—Daniel es un buen tipo, solo que no se esfuerza en demostrarlo.

—Sí, ya ves. Quédate con que no nos hemos sacado los ojos; es más de lo que esperaba, la verdad. —Derek rio por lo bajo y Silas se despidió de nosotros para reunirse con el grupo con el que había ido al local.

—¿Con cuántas creéis que acabará esta noche? —nos preguntó Derek que parecía un poco hastiado al respecto.

—Yo voto por, como mínimo, dos —aseguró Maya mientras los estudiaba desde detrás de su margarita.

—Yo iba a decir tres —argumenté, entre risas.

—Para no ser muy dados a sociabilizar con humanos, a los viejos no parece importarles que Silas vaya metiéndola en cualquier

agujero. Si preña a alguna, acabaréis con un problema —puntualizó Maya a modo de advertencia.

—Repítelo un poco más alto, por si no te ha oído —bromeé, porque la música apenas tapaba los susurros que nos llegaban de cada rinconcito del local. Era lo que tenía ser un lobo. Nuestro oído era mucho más agudo que el de un humano.

Nos quedamos allí hasta que el local cerró, a eso de las tres de la madrugada.

—Es tarde, ¿y si nos quedamos en casa de Daniel? —Esa fue Maya, y solo con una mirada de reojo supe que esa había sido su intención desde el principio.

—Lo veo —sentenció Derek.

Yo no, pero decidí callarme.

Sabía que había una loba en el pueblo que alquilaba habitaciones a un buen precio, pero no tenía su contacto. Daniel me lo daría con tal de deshacerse de mí. Ese punto de repulsión que sentía hacia mi encantadora y arrolladora personalidad era algo que Maya no había contado. Jugar a crear una proximidad forzada entre nosotros no le serviría de nada.

La reja ya estaba echada en la puerta principal, así que entramos por la parte de atrás. Sin embargo, no nos sorprendió ver que había unos pocos lobos sentados en una mesa ni encontrar a Daniel en ese lugar presidencial que solía ostentar detrás de la barra.

Elevó una ceja al vernos llegar, pero no dijo nada mientras nos sentamos en los taburetes frente a él. Derek pidió una caña y Maya se decantó por una copa de vino; Daniel me miró y me limité a negar con la cabeza.

—Voy servida, gracias. —Tan solo asintió.

Tras servir los pedidos, se sentó frente a nosotros con una jarra de cerveza.

—Hemos visto a tu hermano, creo que su adicción a las mujeres empieza a ser un problema —le contó Derek a su beta.

—Critica el que va servido —intervine entre risas y Maya me dio un codazo.

—¡Zorra!

—Disculpa si la verdad ofende.

—Será que hace mucho que no te acuestas con alguien y te estás muriendo de envidia de que aquí los presentes tengamos una vida sexual prolífera y saludable —contratacó mi hermana, y aunque le lancé una mirada acusatoria, porque se estaba pasando de listilla, me dio por la risa tonta.

¿En qué diablos estaba pensando? ¿Creía que Daniel se ofrecería a solucionar mi problema de sequía de hombres? ¡Qué poco lo conocía!

—Va a ser que no. —Levanté la cabeza para clavar la mirada en Daniel.

—¿No qué? —le cuestionó Maya, arqueando una ceja con esa mezcla de picardía y curiosidad que solo ella sabía mostrar.

—No creo que os tenga envidia.

—Pues igual hasta te sorprendes. —Mi hermana levantó el mentón y le sostuvo la mirada. Un duelo, silencioso, entre ellos. Maya tenía muchas cosas buenas, pero de casamentera era un cero.

—Esta noche nos quedaremos arriba —le informó Derek a su beta antes de añadir—: Ona puede quedarse en la habitación de Silas.

Se escuchó un crujido y una mezcla de cerveza y espuma nos salpicó y llenó la superficie de madera de la mesa. Vi la mano de Daniel repleta de sangre apenas unos segundos antes de que la cubriera con un trapo.

—Se me ha resbalado —dijo con un tono indiferente, neutro, como si nada de aquello importara. Fruncí el ceño.

¿Era posible que el vaso se le hubiera caído y se hubiera roto al chocar con la superficie de la mesa? Si algo nos había enseñado nuestro padre era a no dar por sentadas las cosas. A fijarnos en los detalles

No.

La jarra no se le había caído.

La había estrangulado, literalmente, rompiéndola en mil pedazos y cortándose en el proceso.

—¿Te ayudo a recogerlo? —Negó mientras soltaba algo parecido a un gruñido bajo. Estaba enfadado. Quizá Maya o Derek no sabían el porqué, pero yo sí. No quería que invadiera su espacio. Su casa.

Su mundo. Y aunque me dolió un poco esa certeza, no era quién para criticarle, porque creo que a mí me pasaría lo mismo.

—Paso de dormir en una cama que apestará a hembras y a sexo. ¿Por qué no le envías un mensaje a la loba esa que alquila habitaciones en su casa? —le sugerí a Derek.

—¿Seguro? —Miró de reojo a Maya, que hizo un puchero. Su confabulación estaba camino de irse a pique. Casi sentí un poco de lástima por ella. Casi.

—Sí, claro, es perfecto. —Sonreí.

—No es necesario —intervino de repente Daniel, y su voz, ligeramente ronca, hizo que se me erizara el vello de la nuca. Me giré para observarle, sintiendo que mi corazón palpitaba con más fuerza bajo mi pecho—. Es muy tarde. Estará durmiendo.

Era una razón impersonal y bastante coherente; sin embargo, sus ojos se cruzaron con los míos y, aunque no supe leerlos, me atraparon. Me sentí, no sé, un poco cohibida de repente, como si no supiera a qué atenerme. ¿Qué significaba esa invitación?

—Espero que tengas un sofá mullidito.

—Cuenta con ello. —Asintió y una pequeña sonrisa curvó sus carnosos labios.

Me obligué a desviar la mirada de esa parte concreta de su rostro. No fuera a malinterpretar todo aquello y mi olor acabara delatándome.

Capítulo 9



NO DEBERÍA SENTIRME ASÍ.

Nervioso. Inseguro. ¡Yo!

Como si ella tuviera algo que ver conmigo. Y su presencia en mi piso significara algo.

Abrí la puerta y dejé que Derek y Maya se adelantaran. Ona me observó antes de cruzar el umbral y adentrarse en mi piso. Mi casa. Mi territorio. Incluso si Derek y Silas entraban y salían de él a su antojo, ese era mi hogar. Y ahora ella estaba allí, estudiando cada detalle, y me sentí un poco como si estuviera destruyendo todas y cada una de mis barreras al hacerlo.

Desnudando mi alma.

No tenía claro si aquello era cosa de Derek o de Maya, pero nos encontramos solos. Los dos. En medio de mi comedor. Y se me hizo un nudo en la garganta. Intenté no dejar que mis pensamientos me jugaran una mala pasada y mi olor acabara delatándome, pero tenerla allí se sentía condenadamente bien.

—¿Este es el sofá? —quiso saber, y me obligué a reaccionar y asentir bajo su atenta mirada. Solo era una loba que tenía que pernoctar en mi comedor, no era para montar semejante espectáculo de indecisión.

—Voy a buscarte una manta.

No la necesitaría, porque los lobos solemos ser calurosos, pero era una forma de huir de allí y sofocar la tensión que empezaba a hostigarme. Fui hasta uno de los armarios de mi habitación y elegí una de color azul marino. No era la más nueva, pero sí la más suave al tacto, y siempre había sido mi favorita, aunque eso no tenía intención de decírselo a mi peculiar invitada.

Para cuando llegué al comedor, estaba sentada en el sofá y se había descalzado.

—¿Necesitarás algo más? —le cuestioné tras tenderle la manta.

—No, estoy perfecta.

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo, aunque creas que soy una urbanita consentida, en realidad, es posible que haya dormido en el suelo, en medio del bosque, más veces que tú.

—¿Te apostarías algo? —Una media sonrisa asomó en mi rostro. Fui hasta la nevera para coger una lata de cerveza y se la mostré—. ¿Quieres una?

—Por qué no.

Se la lancé e hizo un mohín mientras yo sonreía, satisfecho; la espuma saldría a borbotones en cuanto encontrara el valor de abrirla, y ambos lo sabíamos. Admito que era una pequeña travesura, un capricho, para mitigar el espectáculo que había dado antes yo abajo, con la jarra de cerveza hecha añicos al escuchar el comentario de Derek de que Ona durmiera en la habitación de mi hermano. Pensar en que el olor de Silas cubriera su cuerpo me ponía enfermo, incluso si sabía que él estaba en cualquier otro lugar, acompañado de cualquier otra hembra.

Cogí una lata de cerveza para mí y me acerqué al sillón que había al lado del sofá, del de tres plazas en el que ella se había instalado y que sería su cama para aquella noche. Quedaba un rastro del olor de Derek y Silas en él, pero el mío dominaba sobre el de ellos. Y eso se sentía un poco menos mal.

Debería ofrecerle mi habitación. Quizá. Pero no lo hice. No quería que su olor quedara impreso en la ropa de mi cama y que me hiciera pensar en algo que no era. En ella compartiendo mi lecho. Su cuerpo. Junto al mío.

Decidí centrarme en algo que nos llevara a un terreno neutro. Un lugar lejos del hecho de que ella estaba en mi casa. Y que existía un algo, una atracción, absurda, latiendo entre nosotros.

—Te mueves bien por el bosque.

Me miró con algo parecido a la satisfacción en sus ojos. Era la primera referencia que hacía respecto a las horas que habíamos pasado juntos, corriendo uno al lado del otro, reconociéndonos. Su escrutinio hizo que me sintiera incómodo, así que le di un largo trago

a la lata, fingiendo que nada de aquello me importaba. El rato que habíamos pasado juntos. La forma en la que todo parecía fluir entre nosotros siendo solo un par de lobos.

—Mi padre ha pasado la mitad de su vida en la carretera y la otra mitad cazando lobos en lugares de lo más inhóspitos. Mi madre es una urbanita, una de verdad, quiero decir: sigue llevando faldillas de tubo y tacones, pese a que la mitad de las calles de Dóen no están asfaltadas. No le importa. Forma parte de lo que ella es.

—¿Y es feliz? —Me estudió y parecía sorprendida—. No tienes por qué contestarme. No es asunto mío.

—No, es solo que no es la típica pregunta que alguien te hace. —No supe interpretar si me consideraba astuto o un tanto lunático—. Lo es. Encontró su sitio. Y no me refiero a las calles de tierra, las noches infestadas de mosquitos o la mala calidad del wifi. Ella y mi padre, mi padrastro, encajan. Pese a sus diferencias.

—¿Y qué hay de tu padre biológico?

—¿Quieres la verdad o la historia bonita?

—¿No es la misma? —Negó con la cabeza y vi un deje de tristeza en su mirada, así que suavicé el tono y añadí—: Me gustará escuchar la que quieras contarme.

Me sonrió.

—Mi padre trabajaba en la universidad en la que estudió mi madre; digamos que ella estaba algo así como colgada por él y una noche coincidieron en un local. No sé si era un poco como Silas, o qué, pero el tema es que se acostaron juntos y un mes después se encontró embarazada.

—¿Y cómo reaccionó el lobo? —Sabía que era un alfa. Y aunque Derek y Maya estaban bien, dudaba que muchos fueran a aceptar a una humana como pareja y madre de sus cachorros.

—Nunca llegó a saberlo, murió a los pocos días, una mala jugada del destino. —Se encogió de hombros—. Pero eso mi madre no lo supo hasta tiempo después. Le buscó, eso sí, pero como nadie sabía nada, entre ella y mis abuelos decidieron sacarme adelante.

—No debió de ser fácil.

—No lo fue y, además, era joven.

—¿Y cómo acabó en Dóen?

—Una mañana se encontró un cachorro en la cuna y no había señal alguna de su hija.

—Joder.

—Ya. No me preguntes cómo lo supo, pero en vez de intentar darme de palos se limitó a esperar y volví a cambiar de forma. Cogió cuatro cosas y se fue a Dóen porque sabía que mi padre era de allí.

—Pero él estaba muerto. Lo siento.

—Yo también, supongo, aunque si él siguiera vivo, quizá Maya no existiría. Hay veces que te ves obligado a tomar un camino que no quieres, pero acaba siendo el que te lleva a la felicidad. La vida es complicada.

—No pensaba que fueras del tipo de personas que creen en esas cosas.

—¿Por qué no debería creer en ellas? —Me miró—. He crecido bajo la tutela de mi tío Lucas, el alfa de Dóen, y su mujer, Amanda. El lobo de mi tío la reconoció al poco de llegar al pueblo y ellos se complementan.

—¿Crees en ese tipo de cosas? ¿En las almas gemelas? ¿En la existencia de un compañero que te ha sido predestinado? —Mi mirada se oscureció.

¿Ella lo sabía? ¿Lo que se suponía que éramos el uno para el otro? ¿Por qué diablos se había acostado entonces con mi hermano? Sentí que mi cuerpo se tensaba ante ese recuerdo. Si ella había sentido esa conexión, implicaba que lo que había hecho con Silas había sido una forma de castigarme y joderme la vida de la peor manera posible. Una tortura. Un intento de minarme. Desde dentro. De hacer que el lobo tomara el control y se volviera salvaje y mezquino. Convertirme en alguien que no era. Y que yo mismo despreciaría. Había deseado hacerles daño. A los dos.

Quería darle el margen de la duda y pensar que aquella loba no era consciente de que una hebra invisible nos unía el uno al otro, incluso si no habíamos iniciado el ritual para consolidar aquel vínculo entre nuestra esencia de lobo.

Si se había acostado con Silas sabiendo que nuestros lobos compartían semejante conexión, implicaría que la loba sentada en mi sillón era una arpía despiadada que tal vez se merecería que la

despedazara sin compasión alguna. Que no lo haría. Por Maya. Y porque no soy ese tipo de lobo. Pero sí me permitiría el capricho de imaginármelo.

Apretó los labios y se obligó a contestarme:

—Creo en el amor: mis padres son dos personas muy diferentes, humanos ambos, y son felices. Está claro que hay personas con las que conectas más que con otras, personas por las que puedes sentir una atracción tras cruzar la primera mirada o percibir los matices de su olor, pero que sea suficiente para crear algo por lo que valga la pena ajustar las piezas del puzle de la vida, eso no lo tengo tan claro.

Asentí. No sabía si eso era un sí o un no, pero no podía negar que sí entendía esa forma de verlo. El amor. Se suponía que tenía que ser algo bonito.

El matrimonio de nuestros padres fue concertado. Dos linajes fuertes. Un buen enlace. ¿Amor? No sabría decir si eso era lo que les unía. El respeto, sí. La complicidad dada por compartir juntos tanto tiempo.

Quizá por eso nunca me había planteado algo así. Una relación. Crear una familia. Tenía a Silas y a Derek y lobas nunca me habían faltado. Establecer algo más allá de unos pocos encuentros fortuitos no parecía tener sentido para mí. Ni para ella, por lo visto. Deberíamos estar bien así. Tal vez los dos lo sabíamos. Era casi imposible lo contrario, después de haber corrido juntos como lobos. Sin embargo, ninguno de los dos quería dejar de ser lo que era. Y eso implicaba mantener nuestra forma de vida y nuestro espacio. Se sintió como si firmáramos una tregua.

Le di un último trago a la lata de cerveza y la arrugué con la mano que no llevaba cubierta por un fino vendaje.

—A esas manos grandes, les gusta destrozar cosas. —Vi una sonrisa traviesa en su rostro.

—Podría estrangularte con ella —le indiqué.

—Quieres decir que podrías intentarlo. —Alzó el mentón y ese deje suyo, un tanto salvaje y altivo, me hizo sonreír.

Era una mujer formidable, en realidad.

Una que despertaba en mí emociones tan contradictorias que apenas sabía cómo gestionarlas. El deseo. La rabia. La atracción. El odio.

Tal vez lo de Silas había sido una bendición, en realidad, porque si no, quizá habría acabado cediendo a ese pulso que latía entre nosotros. Al anhelo de colocar mi mano sobre la piel de su mejilla y mis labios sobre los suyos. Rozar su cabello con mi nariz para embeber su olor, besar su cuerpo y lamer el espacio entre sus piernas para descubrir su sabor.

Pese a que deseaba todas esas cosas, también ansiaba herirla por el daño que me había hecho al saberla en manos de otro macho y sentir su olor en su cuerpo. Es posible que no hubiera importado el quién, pero que hubiera sido mi propio hermano me había destrozado por dentro.

—Buenas noches, Ona.

—Buenas noches, Daniel.

Antes de meterme en mi habitación, me giré para ver cómo se acurrucaba en mi sofá, cubriendo su cuerpo con mi manta. Verla me hizo sentir en paz. Esperé a que se acomodara y apagué la luz.

Desearla era un error.

Aunque no podía dejar de hacerlo.

Capítulo 10



APENAS PUDE DORMIR. Mi lobo se removía inquieto a la vez yo me obligaba a mantener los ojos cerrados y forzándome a un estado de calma, casi de letargo, mientras mi mente parecía obsesionada en el sonido rítmico y pausado de su respiración. Como si algo tan banal y repetitivo pudiera, de repente, convertirse en el sonido más placentero que jamás hubiera escuchado.

Saberla allí.

Al otro lado de aquella puerta.

Despertaba emociones tan contradictorias que me era imposible ordenarlas y darles un sentido.

Me fui antes de que amaneciera.

Maya era de madrugar y existía la posibilidad de que su hermana tuviera ese mismo mal hábito. Necesitaba abandonar el piso para no tener que enfrentarme a ella a primera hora. Un tanto cobarde por mi parte, tal vez, pero la carencia de sueño no me ayudaba a mantenerme sereno, y no quería cagarla justo antes de que se fuera, porque tenía una vida y un trabajo esperándola en Dóen y sabía que se marcharía a lo largo del día.

Me obligué a no acercarme, pero no pude evitar estudiarla mientras dormía, parcialmente oculta entre las sombras de la noche, hecha poco más que un ovillo, con *mi* manta enredada entre sus piernas. Me gustaría que fueran mis brazos, mi cuerpo, a lo que se aferrara con aquella avidez. Su melena estaba revuelta y le daba un aire mucho más real y menos perfecto. Quizá por eso aquella imagen me cautivó y tardé un tiempo en ser capaz de abandonar el piso para alejarme de ella. Y de todas las malas ideas que habían ido apareciendo en mi mente, intrusivas, a lo largo de la noche.

Dejé mi ropa en una de las estanterías y, ya convertido en lobo, salí al patio trasero. Permití que el instinto guiara mis pasos,

adentrándome en el bosque, aún desdibujado en una gama de oscuros más y menos intensos, con la intención de conseguir un poco de paz mientras el cansancio hacía mella en mi cuerpo.

Me pasé el día allí. Perdido en ninguna parte. Recordando el momento en que había compartido mi soledad con aquella hembra que parecía retarme y complementarme al mismo tiempo. Tal vez como loba. Pero no como persona. Y no podíamos negar que éramos ambas cosas. No tenía sentido aferrarnos a esa emoción que nos unía cuando, al mismo tiempo, nos despreciábamos. Cada uno por sus motivos. Y sus historias.

A mí me quemaba lo de Silas.

Y a ella. ¿Qué podía tener en mi contra? Quizá aspiraba a alguien mejor. Un alfa. Uno con aires de grandeza y no la humildad de servir al resto de la manada. Y no estaba pensando solo en unas cervezas. Había entregado a los míos mi vida. Igual que Derek. No es que quisiera el protagonismo y convertirme en algo así como un mártir. No lo era. Ni tenía intención de serlo. Tal vez aspiraba a alguien con estudios. Que sintiera que estaba a su altura en un plano más intelectual que físico. O ese tipo de hombres que se postran a los pies de sus hembras, les abren las puertas y se quitan la chaqueta para cubrir sus hombros cuando refresca.

Ni siquiera sabía qué tipo de hombre era. Nunca había mantenido una relación como tal, si descontaba una historia que había tenido con la sobrina de Ian, uno de los viejos del pueblo, hija de la hermana de su mujer. Si había accedido fue porque no quería irritar al anciano después de que nos hubiéramos acostado en varias ocasiones a lo largo de la semana que estuvo en el pueblo. Era tan ardiente como fogosa y, la verdad, se adaptaba a mis necesidades con una flexibilidad que me hizo pensar que limitarme a mantener sexo con una sola hembra no era ni de lejos lo más malo que podía pasarme. Teniendo en cuenta que no vivía en Pardines. Y eso implicaba que no sería una relación en todos los sentidos estrictos de la palabra.

No salió bien.

Empezó a llamarme. Y venía más a menudo de lo que habíamos acordado. La ruptura fue limpia, porque nunca he sido de darle

muchas vueltas a ese tipo de cosas. Un «no quiero establecerme, incluso si conectamos en el sexo» bastó para que entendiera las condiciones. No le gustó, pero eso no me sorprendió, porque estaba bastante encaprichada conmigo. En las relaciones siempre suele haber uno que se aferra más que el otro. Sin más. El tiempo pasó. Y volvimos a acostarnos juntos en alguna que otra ocasión, cuando ella andaba por el pueblo, e incluso una vez que yo fui a hablar con el alfa de su manada a petición de Derek. Lo del alfa. El sexo ya fue cosa nuestra.

¿Qué tipo de pareja se suponía que podía ser yo?

Supongo que eso justificaba —con creces— su carencia de interés en mí como persona. Lo que su loba opinara le traía sin cuidado.

No fui capaz de volver hasta última hora de la tarde, y lo hice a regañadientes, más por abrir el bar a mis habituales feligreses que por tener interés en regresar al lugar en el que su presencia empezaba a hacer mella.

Era más fácil vivir ignorando su existencia; que fuera dejando retazos de la que podría haber sido una historia, la nuestra, no ayudaba a mantenerme indiferente.

Me ubiqué detrás de la barra, haciendo lo mismo que cada noche. Y se sentía bien esa rutina. Me daba una falsa sensación de control.

Sin embargo, no podía evitar mirar el taburete que Ona solía elegir cuando se sentaba frente a mí, bien fuera para comer, beber o llevarme la contraria. Disfrutaba haciendo eso último, pero ahí no podía negar que se parecía a su hermana. Dudaba que fuera algo personal.

Silas llegó a última hora y se sentó en una de las mesas, así que me obligué a ir con él, dos jarras de cerveza en mano, incluso si me apetecía hacerlo solo a medias.

—Las rusas se van mañana.

—¿Eso es un problema? —le cuestioné.

—En realidad, no. —Me sonrió. Era un bribón. Un lobo de esos que pese al paso de los años arrastran el espíritu de un cachorro, incluso si había llegado a una madurez precoz, un tanto forzada por las circunstancias que la vida nos había impuesto.

—Derek se quedó anoche con las Anthony en el piso —le conté para evitar malentendidos. No tenía nada que ver conmigo.

—¿Qué tal con Ona? —se interesó con un gesto un tanto indiferente.

—No nos arrancamos los ojos, saca tus propias conclusiones.

—Ni tan mal. Se nota que tiene sangre de alfa, no lleva demasiado bien lo de la jerarquía.

—Viendo a Maya, no sé por qué te sorprende.

—¿Quizá por ese detallito de nada de que Maya no es una loba? —Me arrancó una pequeña sonrisa porque, pese a no serlo, estaba consiguiendo hacerse un hueco en la manada, incluso entre los más conservadores y entre aquellos que la habían despreciado a su llegada—. Si le das a Ona una oportunidad, igual hasta acabaría cayéndote bien.

—No le tengo manía. —Silas me miró y elevó una ceja.

—¿En serio? Pues déjame decirte que lo parece. Sueles ser cortante y hasta borde con ella. No diré déspota, pero rozas el larguero.

—¿Y te molesta? —Me tensé y él lo percibió.

—Me sabe mal que la tengas cruzada hasta el punto de que hayas decidido intervenir para sacármela de encima.

No era bien bien eso lo que había hecho, aunque no podía negar que había evitado que ella y Silas hubieran acabado desayunando juntos esa mañana, y prefería ni pensar en qué habrían hecho después para consumir las calorías extra de la bollería que había traído Ona. ¿Era eso lo que ella pretendía aquella mañana? ¿Volver a acercarse a mi hermano? Me molestaba esa posibilidad. Tal vez solo había sido una ofrenda amistosa, intentar entender por qué Silas la estaba evitando desde que había llegado, pero personalmente, prefería que Ona no llegar a saber que mucho tenía que ver conmigo. Tal vez le parecía extraño su comportamiento. Ese era su problema.

El mío, lidiar con mi hermano.

Silas pensaba que la detestaba tanto como para que no quisiera que se involucrara con ella. Era una teoría muy alejada de la realidad y un tanto disparatada, pero no me había planteado cómo justificar

la orden que le había dado, porque aquello no había sido una petición, y ambos lo sabíamos.

—Lo que no quiero son complicaciones. —Miré a mi hermano, que se limitó a estudiarme—. Es la hermana de Maya.

—Lo sé. —Hizo un pausa—. Y no soy el único.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que Elías o uno de los viejos venga a darte un discurso más pronto que tarde.

Me tensé.

—¿Qué cojones quieren ahora?

—Un alfa heredero.

—Como siempre, entonces.

—Ya, lo único que ahora, por lo visto, han decidido que esa loba podría ser una buena candidata para gestar a uno.

—¿Qué coño quieres decir? —Me había tensado, mantuve mis manos sobre mis rodillas para evitar acabar rompiendo en mil pedazos otra jarra.

—Vinieron a verme este fin de semana, al poco de que Ona llegara al pueblo y, la verdad, fue un tanto molesto, porque no estaba a solas.

—Dudo que eso les sorprendiera, ¿quieres hacer el favor de centrarte? —Gruñí.

—Quieren que se convierta en el plan B, por si Derek y Maya no acaban teniendo un cachorro que preserve el linaje de alfas de la manada.

—¿Se han vuelto locos? Derek va a negarse a preñarla, pero no sé si antes o después de que Maya les pegue unos cuantos tiros.

—No sería una gran pérdida —ronroneó mi hermano, arrancándome una pequeña sonrisa, pese a que aún estaba nervioso por lo que había dicho antes—. No se trata de eso, pero todo se resume en que quieren un cachorro con sangre de alfa.

—Pensaba que habíamos superado esa parte —mascullé por lo bajo—. ¿Y qué pinta la hermana de Maya?

—Sabes que Elías, Ian y Gorka siguen molestos con la decisión de Derek respecto a vincularse a una hembra humana y, aunque tienen

la esperanza de que tengan un cachorro y haya una sucesión natural, no tienen la certeza.

—¿Y?

—Han decidido conspirar a sus espaldas, ya los conoces.

—¿Qué están tramando ahora?

—Usar a Ona, por lo visto. —Le dio un trago a su cerveza. Eso no tenía ningún sentido.

—¿Lo sabe Derek?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que le importa una mierda lo que digan o dejen de decir los viejos y que, por él, ya puedo tirármela sin preservativo.

—¿Perdona? —Gruñí. Lo hice. Y sentí que mis puños estaban tan tensos que temblaban.

—Algo así le solté yo a Gorka cuando me lo dijo. —Rio por lo bajo mientras sacudía la cabeza—. Lo que oyes: esa es la gran idea de los viejos.

—No te sigo. —O quizá lo hacía, pero no quería hacerlo.

—Ona es la sobrina del alfa de Dóen y nosotros también venimos de un linaje de alfas, así que no es una locura pensar que podríamos tener una descendencia fuerte. Tal vez un alfa. Quieren que le proponga un matrimonio concertado o que nos limitemos a aparearnos hasta que la preñe, lo que sea, a modo de resumen. La forma no les importaba, en realidad, mientras cumpliera con el objetivo.

Se me había acelerado el pulso. Y notaba a mi lobo ansiando mostrarse allí en medio. No sé si se sentía ofendido con mi hermano. O con los viejos. Con el hecho de que alguien reclamara a nuestra hembra.

—Eso es una jodida estupidez. ¡Una locura! —exclamé cabreado.

—No, si ya, ¡qué me vas a contar! —Se rio por lo bajo, que era la mejor forma de tomárselo, mejor que las ganas de romper algo, o a alguien, que yo sentía en esos momentos—. Los viejos dan por sentado que Derek y Maya no irán a joderles la vida a sus sobrinos y sería una forma de tener otros candidatos a liderar al grupo si al final ellos no le dan a la manada un heredero.

Nos quedamos en silencio, uno frente al otro, y sentí que poco a poco conseguía recuperar el control de mi cuerpo y aplacar la rabia que rugía en mi interior, la necesidad de demostrar la parte más oscura y violenta de mi temperamento. Silas se había negado. Sabía que lo había hecho. Y al menos debía concederle el valor de hacerlo. Los viejos habían sido personas importantes, influyentes, de la manada. Dos de ellos habían sido los betas del padre de Derek y aún ostentaban cierto poder dentro de la manada. Y daban por culo tanto como podían. Desde siempre.

—Joder. Lo harían. Derek y Maya jamás se opondrían a que un cachorro vuestro asumiera la responsabilidad sobre la manada. —Me dejé caer sobre el respaldo de la silla, sintiéndome abrumado, enojado y también herido—. Son unos hijos de puta condenadamente astutos.

—Correcto. —Nuestras miradas se cruzaron mientras yo asumía todo aquello.

Un cachorro de Ona y de Silas.

Mierda.

Un cachorro de ellos.

No.

Me ardía el estómago.

¡Joder!

—¿Quieres que te confiese una cosa? —Asentí, sin estar del todo seguro de querer escuchar algún tipo de confesión amorosa por parte de mi hermano hacia la loba que era mi compañera—. Me gustaría ver a uno de los viejos soltarle el discurso a esa loba en concreto. Creo que le cogería de las pelotas y apretaría hasta reventárselas.

Aquello me hizo sonreír.

—No me importaría verlo.

Nos quedamos en silencio. Que los viejos hubieran puesto su foco en Ona era malo. Para todos. Y en especial para mí. Si al menos tuviera el sentido común de no volver en unos cuantos meses. O años. Lo que fuera. Pero el problema era que aquella confabulación tenía un algo de coherente. Silas y Ona habían tenido una historia, así que les estaban pidiendo a dos personas que no se eran

totalmente indiferentes que siguieran con algo que ya habían empezado. A su manera. Ona era una mestiza, pero sus genes de alfa podían sentirse en su aura y su arrogancia. Y Silas era un beta. Uno que descendía de un alfa. Y ambos sabíamos que tanto él como yo, callábamos más de lo que decíamos. Porque Derek era nuestro amigo y habíamos asumido su rol desde niños. ¿Y si Maya y él solo tenían un par de mocosos sin capacidad de cambiar? ¿Y si los viejos acababan teniendo razón? ¿Y si el linaje que siempre había dirigido a nuestra manada se perdía?

Un lobo intentó hacerse el control de Pardines al poco de que Derek tomara el control. Fueron días funestos, en los que la sangre tiñó la tierra de nuestro territorio. Dudo que nadie quisiera a volver a pasar por aquello. Silas y yo, tampoco.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Mi hermano me miró.

—¿Desde cuándo pides permiso?

—¿Y si Derek no tuviera cachorros? ¿Y si él te lo pidiera?

Soltó un bufido.

—¿En serio me estás preguntando eso? —Asentí y soltó un resoplido—. Sería una putada, pero supongo que lo haría. —Él también era consciente de que lo que decían los ancianos era una de sus muchas jodidas malas ideas, pero por una vez tenía una cierta coherencia. Una un tanto macabra, pero era cierto que nada garantizaba la continuidad del linaje de Derek. Excepto que Silas o yo lo siguiéramos—. Pero creo que me jodería la vida. No me malinterpretes, Ona es una loba increíble y creo que el lobo que la cace será afortunado, si sabe llevarla, claro.

—¿A qué te refieres?

—No es una loba sumisa que vaya a ponerle las cosas fáciles, pero como ejemplo ya tienes a Maya, que incluso sin colmillos lleva a Derek por donde le place. —Sonrió, mostrando el cariño que tenía por la pareja de nuestra alfa—. La verdad es que no es ni de lejos la peor de las parejas que podría imaginarme con la que compartir el resto de mi vida, pero ni estoy preparado para asentarme ni creo que una relación que se fundamenta en una obligación, incluso si es por un bien mayor, a medio o largo plazo funcione.

—¿Estás seguro? No sueles acostarte con lobas y con ella hiciste una excepción. —Y eso me quemaba por dentro. La posibilidad de que mi hermano se hubiera enamorado de mi compañera. De que tuviera que verlos a lo largo de los años mientras yo sangraba por dentro o acababa cometiendo algún tipo de estupidez, cegado por el dolor y los celos.

—Una cosa es un polvo fugaz, una historia de un fin de semana, otra muy diferente asentarnos para formar una familia. Dudo siquiera que ella sea de ese tipo de personas. No creo que acepte someterse a un macho ni vincularse a un lobo en ninguna circunstancia.

—¿Y si encuentra a su compañero? —le cuestioné, sintiendo el cuello reseco.

—Es poco probable, tiene aires de alfa, la veo más como una loba solitaria malcriando a sus sobrinos, y creo que ella también se ve así. —Me sonrió—. Es un poco como tú, en realidad. Que yo sepa, jamás ha tenido una relación como tal, y tampoco finge que le interese tenerla.

—Así que crees que ella tampoco aceptaría la sugerencia de los viejos. —Aquella posibilidad me hizo sentir un poco menos mal. Saber que Ona no cedería. Si algo tenía esa loba, como bien había dicho mi hermano, era que desprendía aires de alfa. Ni siquiera Elías, con toda su grandeza impostada, podría interferir en su libre albedrio.

—Ni loca. Por mucho que los viejos digan, sé que Derek me apoyará en lo que decida. Me importa la manada, Daniel, pero me gustaría, no sé, encontrar a alguien que dé sentido a eso de asentarse. Sé que no sería el primero ni el último matrimonio concertado. —Supe que estaba pensando en nuestros padres.

—Te mereces poder elegir. Hazme el favor de mantenerte alejado de ella si vuelve a Pardines. No te preocupes por los viejos; si es necesario, yo mediaré con sus estúpidas maquinaciones.

—En tal caso, eres tú el que me hace un favor a mí y por eso te quiero, hermano.

No le contesté.

No estaba de humor para hacerlo.

Capítulo 11



ME FUI DE PARDINES con la certeza de que una mala despedida era mejor que ninguna.

Sin embargo, el bueno de Daniel, por lo visto, pensaba diferente. Así que decidió volatilizarse y no dar señales de vida. Tal vez era su forma de vengarse de mí por eso de haberme quedado a dormir en su casa, porque era más raro que un perro verde. O un lobo verde, lo que sea.

Los recuerdos que me llevaba: la complicidad de correr con él y las confesiones a última hora de la noche, no estaban del todo mal, pero también evidenciaban que él no creía en eso de los vínculos predestinados. En nosotros. No debería molestarme porque yo, en el fondo, opinaba igual.

Así que cuando me metí en el todoterreno para volver a casa me sentía tranquila, pero, al mismo tiempo, tenía ganas de llorar porque algo me ahogaba. Sabía que pasaría rápido. Que retomaría mi vida de siempre y estaría bien. De eso se trataba, ¿no? De seguir adelante.

Sin embargo, tenía un nudo en mi estómago. Y no quería volver a casa.

No sabría decir si por Daniel.

O por algo que ya hacía tiempo que me faltaba en Dóen, pese a que intentaba no pensar en ello.

Quería, no sé, que mi valía fuera valorada sin tener en cuenta de dónde venía o de quién era familia. Empezar de cero. Crear un algo que llevara mi huella y mi marca personal.

Me sentía culpable al desear aquello, porque Dóen era un lugar paradisíaco. Los bosques que rodeaban el pueblo eran de esos tupidos, en los que la vegetación prospera en capas, el musgo cubre

la corteza de los árboles y hay riachuelos por doquier. Uno de esos sitios a los que la gente de la ciudad quería ir para sentir la calma que fluye en la propia vida, en la naturaleza, en su expresión más pura y sin artefactos.

Tampoco podía decir nada contra la gente de allí; daba igual si se trataba de humanos o lobos, éramos algo así como una gran familia, incluso si los primeros desconocían que convivían con los segundos. Los lugareños estaban acostumbrados a ver lobos salvajes más cerca del pueblo de lo esperable. No les incomodaba. Era algo que siempre había sucedido. Al fin y al cabo, la manada llevaba en Dóen varias generaciones.

Nada teníamos que envidiarles a aquellas cuatro calles mal dispuestas de Pardines, ni a la estructura rígida de la manada que vivía en aquel pueblucho, ni a sus bosques o su entorno. ¿Por qué, entonces, me sentía así? ¿Como si estuviera de camino a una vida que ni siquiera estaba segura de haber elegido?

No estaba con ánimos para enfrentarme a mi madre, y ella sabe leerme demasiado rápido. Igual que Amanda, la mujer de mi tío Lucas, pero es que ella es un tema aparte. ¿Por qué? Bueno, digamos que tenía una loba. De ojos lilas. Pero no quiero contaros más, porque esa es otra historia.

Decidí parar frente a un bar que regentaba una de las lobas. Era ese sitio al que puedes ir a tomar un café a media mañana y beberte un par de cubatas entrada la noche. Un poco como el bar de Daniel. Me repateó ese pensamiento. Que todo, de repente, girara en torno a su persona. No debería ser así. No me daba la gana de que lo fuera.

La ventaja de aquel local era que la loba en cuestión no era intrusiva. Quiero decir, te dejaba vivir —y morir— en tus penas o tu bebida, lo que fuera. En general, yo era más de ir al hostal que regentaban las lobas. No es que tuvieran una cafetería como tal, pero contaban con un comedor amplio donde servían los desayunos y las comidas o cenas a los huéspedes con media pensión. Aunque, al final, allí siempre había alguien dispuesto a prepararte algo para comer o acompañarte mientras tomabas un tentempié. Y digo

«acompañarte» porque la compañía venía incluida en el precio de la consumición.

Aunque la que llevaba el peso del local era Lorena —que era poco mayor que yo—, tanto Dama como Elena —dos octogenarias de inteligencia viva y tendencia conspiratoria— siempre andaban por la cocina y nunca desperdiciaban la ocasión de cotillear con quien se pasara a tomar algo. Quizá porque habían pasado auténticas penurias y necesitaban compensar todo lo malo que habían vivido. Lo cierto era que en ese hostal siempre podía percibirse la felicidad y la alegría de quien se sabe seguro y a salvo. Eso y risas. Muchas risas.

Me dejé caer en uno de los bancos de madera en un extremo del local. Era de los pocos sitios que conservaban esa distribución más típica de los *pubs* ingleses, con estructuras rígidas y fijas, en forma de pequeños reservados con un mínimo de intimidad. Llevaba ya un par de copas sin llegar a ninguna conclusión sobre por qué todo era una mierda. Y porque me sentía miserable.

Nuestro metabolismo quema el alcohol, lo que hace que pillar una borrachera digna sea casi un privilegio de ricos. Ser lobo no puede ser perfecto en todos los sentidos. Igual que el instinto de la bestia puede equivocarse, como era el caso de lo mío con Daniel.

Me tomaría un tiempo antes de volver a visitar a mi hermana, porque verle removía esa sensación. Mejoraría con el paso de los días. Las semanas. O, quizá, los meses. Pero lo haría.

Fingir que no pensaba en él era una estupidez. Porque lo hacía, y no tenía sentido engañarme a mí misma. Que podía vivir con ello era una realidad, así que me preocupaba solo a medias. Incluso si tal vez él subía a buscar a Desirée, lo más probable era que acabara sabiéndolo por Nolan. Porque, muy a mi pesar, mi mejor amigo y él se llevaban bien. No sabría decir exactamente por qué, pero había sido uno de los lobos que eligió para que le acompañaran en su pedida de mano. Dos machos, claro. Porque como buen lobo, como buen alfa, incluso si no ejercía el papel, no podía evitar ser lo que era.

Ninguno de nosotros, supongo.

—Conozco esa cara. —Estaba tan absorta en mi propia miseria que no me había dado cuenta de que Mathew estaba de pie, con las manos en los bolsillos, junto a mi mesa.

—¿La de que me gustaría que no me molestaran? —le cuestioné muy en mi línea de loba borde, porque no tenía del todo claro si me apetecía compañía.

A muchos los ahuyentaría con un simple bufido, pero Mathew era uno de esos lobos que siempre habían estado cerca. En parte porque salía con mi hermana desde que eran apenas unos críos; en parte, porque nos llevábamos bien. Incluso si Nolan y él tenían de tanto en tanto algún que otro encuentro en el que alguien acababa con un mordisco. Mathew, generalmente. Pero como era de ese tipo de lobos que —excepto por lo de los celos— no suelen guardar rencor a la gente, seguíamos siendo todos buenos amigos. Lo que dice mucho de la lealtad. De la resiliencia. Y que el cabrón era el tipo más testarudo que conocía. De hecho, fue el otro lobo que acompañó a Nolan el día que se envalentonó a ponerle un anillo en el dedo a su pareja. Supongo que con eso todo está dicho.

—Os dejo esto por aquí; tengo que ir a hacer un recado. ¿Si viene alguien podéis ocuparos? —nos pidió la loba mientras dejaba dos vasos de tubo con algo que apestaba a alcohol dentro.

Mathew asintió, porque yo no estaba de humor para hacerlo. Sabía que lo que quería la loba era darnos un poco de intimidad, para que yo pusiera mis cosas en orden. Era maja. Lo que os decía: todos lo eran, en Dóen.

—¿Te ha llamado? —Observé a la loba irse y me giré para enfrentarme a Mathew, que se había sentado frente a mí.

—¿Cómo lo sabes? —Elevó una ceja.

—Cuando Nolan venía aquí a autocompadecerse, solía llamarme a mí.

Mathew sonrió y levantó su copa al aire. Acabé cediendo e hice lo mismo con la mía.

—¿Qué celebramos?

—No sabría decirte.

—¿Y a quién quieres desollar vivo? —Me reí. ¡Cabrón! ¡Cómo me conocía!

—¿Al destino?

—¿Qué ha pasado?

—He ido a ver a Maya.

Ahí su expresión alegre y un tanto juguetona cambió. Fue algo sutil, pero habíamos crecido juntos y, aunque hacía tiempo de aquello, él y mi hermana habían tenido su historia: una larga y un tanto tortuosa, en la que muchos habíamos dado por sentado que, algún día, acabarían juntos. Ya no más.

—¿Cómo está?

Es difícil decirle a alguien que aún está dolido por haber perdido a una persona con la que quería pasar el resto de su vida que esa otra vive felizmente con otro macho. Lamenté haber sacado el tema.

—Está adaptándose. La mayor parte de los lobos de allí son gilipollas, pero Derek no está mal y la trata bien.

—Si no lo hiciera, Maya le cortaría las pelotas y yo le desgarraría el cuello.

—Y disfrutarías haciéndolo —maticé, y Mathew me sonrió, aunque había un deje triste, amargo, en su sonrisa—. ¿Cómo lo llevas?

—¿Lo de Maya?

—No, que hayan cerrado el quiosco de la esquina, ¡idiota! —Rio por lo bajo.

—No sé qué decirte. Llevaba evitándome varios años, así que no es como que no me hubiera mentalizado de que podía acabar estableciéndose con otro.

—Pero…

Mathew me lanzó una mirada asesina. Cogió el vaso de tubo que tenía delante y se lo fundió de un solo trago. Genial. Era una de esas noches. Por mí bien.

—Pero en el fondo siempre pensé que cuando hubiera volado y visto un poco el mundo volvería a casa. Conmigo.

—Yo también. —Nos miramos y él asintió.

No es que hubiéramos estado confabulando contra mi hermana, en ese aspecto, pero ellos siempre se entendieron bien. Fue su primer gran amor. El único, en realidad, hasta Derek. Líos, Maya había tenido otros, pero lo cierto es que sus intentos de noviazgo

estaban condenados desde el primer momento, porque se basaban en verdades a medias y mentiras a gritos.

Con Mathew no tenía que fingir. Él respetaba su temperamento y le daba su espacio, si bien era un lobo posesivo. Uno que quiso ponerle un anillo en el dedo y las marcas de sus colmillos en el cuello demasiado pronto.

—Voy a confesarte que lo que peor llevo es eso de que sea un lobo…

—Lo entiendo. Estoy feliz porque ella está bien y voy a confesarte que creo que ese es su sitio, pero al mismo tiempo, lo siento. Que ella esté lejos y que vosotros al final no hayáis tenido un final feliz. Esa parte es una mierda. —Le di un largo trago a mi bebida antes de dejarla, vacía, sobre la mesa.

—¿Quieres otra? —me ofreció Mathew.

—Por favor. —Sonrió y cogió los dos vasos.

Levantó la tapa de madera para meterse detrás de la barra y rellenó los dos vasos con una botella de alcohol y un algo de refresco. No estaba para ponerme en plan fina, lo que fuera me lo bebería. No tardó en volver a la mesa y sentarse en el banco frente a mí.

—Vale, te toca, ¿a quién quieres sacarle los ojos?

—A uno de los betas de Derek.

—¿A cuál de ellos?

—Al que fue con vosotros a buscar a Jana después de que yo le soltara un buen sermón. O varios. Pasó de ser don Melancolía a un señor Gilipollas aún más influenciable por la luna. —Recordé esos días oscuros y un tanto siniestros en los que Nolan había perdido la fe en ellos.

—Ahora lo lleva mejor. La última luna llena se la pasó en el piso. Nada de cadenas. Esa mujer debe de tener sangre de bruja, o algo, además de estar gestando a su cachorro.

—Ese es el poder del amor.

—El del bueno, quieres decir, porque tú y yo estamos más jodidos y viejos cada día. —Me hizo reír.

—La verdad es que hace tiempo que no tengo un buen polvo, si te he de ser sincera.

—Si es una proposición indecente, pese a que sabes que te tengo cariño, casi que paso. Sigo prefiriendo a tu hermana.

—No lo era, y lo sé. Estamos bien.

—Me estabas diciendo que querías matar a Daniel, pero ¿no fue con su hermano con quien tuviste un algo?

—¿En serio? ¿Hasta aquí llegan esa mierda de rumores?

—¿Son solo eso?

—Fue ese último polvo del que te hablaba antes. —Mathew hizo una mueca.

—¿Y cuál es el problema? ¿Queréis algo más y su hermano se está entrometiendo?

—Para nada. Silas es un encanto, pero capítulo cerrado. —Sonreí, incluso si lo hice con un deje de tristeza, no tanto por Silas, sino por la mierda en la que se estaba revolcando mi vida—. Este fin de semana estaba con un grupo de rusas; le van las humanas y, como tiene un buen saque, yo creo que las disfruta a pares.

Mathew rio.

—Para ser tan cerrados de miras respecto a los humanos, veo que hay quien hace excepciones.

—Tú lo has dicho. Es de lo más normal que corre por ahí.

—Sigo sin tener del todo claro por qué quieres, entonces, estrangular a su hermano mayor.

—Ya, eso…

Me fundí lo que le quedaba del cubata y, por estar a la altura, Mathew hizo lo mismo.

Si yo estaba mal, estaba claro que él estaba peor. No es que eso mitigara mi mierda, pero me hacía ser consciente de que, puestos a quejarse, los había que tenían más razones para hacerlo. Me estudió. Un poco más tiempo del necesario.

—Daniel te pone. —Me pilló por sorpresa y di un respingo—. Te conozco, Ona Anthony, desde antes de que te salieran las tetas.

—A veces eres odioso, ¿lo sabes? —Le hice una peineta—. Ahora recuerdo por qué Nolan y yo te detestábamos.

—No tengo claro si era por el hecho de que me quería tirar a Maya o porque os quitaba parte de su atención. —Se recostó en la butaca con una amplia sonrisa en su rostro.

—Si no recuerdo mal, cuando Maya quiso acostarse contigo le soltaste un discurso de casarte con ella y marcarla la noche de bodas que fue el inicio de vuestra hecatombe. —Me gruñó—. Tendrías que habértela tirado. Sin más. Y que te hubieran quitado lo bailado.

—Es lo que tiene ser un romántico. —Se encogió de hombros, pero sé que había abierto una de esas heridas que aún sangraban. Nos dimos un tiempo. La confianza para jodernos la vida, no en el sentido burdo y más físico del concepto, ya hacía años que la teníamos.

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería que fuera ella, ya sabes. —Suspiró—. Pero no estaba seguro de si el vínculo funcionaría para nosotros. No quería que, si no sucedía, llegara a pensar que lo nuestro tenía una fecha de caducidad, o algo así. Quería darle algún tipo de garantía de que la amaba.

—Y sigues haciéndolo.

—Fue mi primer amor. —Elevé una ceja y él cedió—: El único, de acuerdo. Supongo que algún día tendré que obligarme a pasar página.

—Va a ser que sí.

—Ahora que ya has removido una buena cantidad de mi mierda, ¿vas a compartir conmigo la tuya?

—Es posible que Daniel sea mi compañero.

Mathew se limitó a mirarme durante un largo tiempo, en silencio.

—¿Su hermano sigue entero?

—Sí.

—Lo que dice mucho de su templanza.

—Fue solo un polvo. —Mi amigo me miró—. O unos cuantos. Un fin de semana. Lo que fuera. ¿Qué más da?

—Odié a Nolan durante años, incluso si al mismo tiempo era mi amigo, porque siempre se entrometía entre Maya y yo. Sé que jamás la vio de la forma en la que yo lo hacía. Que jamás le puso una mano encima. Pero te juro que había días que…

—No hace falta que me recuerdes cuando teníais un día de esos. Uno de los dos acababa sangrando.

—Yo solía llevarme la peor parte, seamos sinceros, pero es que era una necesidad. —Nos reíamos—. Daniel es un lobo, Ona, le habrá jodido la vida que su pareja se acueste con otro lobo, uno al que, además, no puede partirle la cara para quedarse a gusto.

—Es posible que él no lo sepa.

—¿Que tú y su hermano os acostasteis juntos?

—No, idiota, que somos compañeros.

—¿Me lo preguntas a mí? No tengo la más remota idea de cómo se siente, mírame. —Levantó el vaso vacío, haciéndome reír.

—Ya, eso. Quizá debería hablar con el tío James: de niña le encantaba edulcorar su historia de cómo supo que aquella loba solitaria era su compañera, antes incluso de saber su nombre. Un flechazo.

—A ellos les funcionó.

—Pues a nosotros, no sé yo qué decirte. Si es que realmente se trata de eso. Igual es solo que ahora me van los tíos rudos, gilipollas y carentes de palabras que no sean hirientes.

—Ese no me recuerda al tipo que conocí. —Me miró con una media sonrisa antes de añadir—: Igual se reserva lo mejor para ti.

—Idiota.

—Estará rabioso.

—Pues que venga a la consulta, que le pondré una vacuna.

—Ya te digo yo qué vacuna es la que necesita ese lobo…

Gruñí. No tanto porque la idea me pareciera despreciable, la insinuación de Daniel y yo enredándonos, sino porque no podía hacer justamente eso, imaginármelo. Crearme unas expectativas que me venían tan grandes como el tiempo que podía pasar antes de volver a verle.

Capítulo 12



MI CASA NUNCA SE HABÍA SENTIDO TAN VACÍA.

Y eso jamás habría sido un problema.

Antes.

Cerré los ojos y dejé que los ruidos de la televisión llenaran el espacio y, un poco, mis sentidos. Su olor había desaparecido, pero si me concentraba, podía evocarlo, dentro de mi memoria, pese a que no quedaba rastro alguno de la noche que había pasado en mi comedor, estirada sobre aquel sofá de cuero que había visto mejores tiempos.

La manta que había usado para cubrirse, sin embargo, conservaba un algo. Un matiz. Tenue. Que me acompañaba cada noche. Lo que era más patético que otra cosa.

Me había resistido a tirarla a la lavadora tras aquel fin de semana y la había dejado doblada al lado del sofá, justificándome con que, si una noche refrescaba, podría usarla. ¡Yo, que a pleno invierno andaría en calzoncillos por medio del pueblo sin apenas sentir el frío polar que arrasaba los bosques!

Habrían pasado un par de semanas cuando, una noche, transformado en lobo, acabé arrastrándome hasta el comedor para dormir, hecho un ovillo, sobre ese pedazo de tejido que conservaba su olor. Era un tanto preocupante, por no decir patológico, pero esa noche, a diferencia de todas las otras, dormí del tirón y me sentí, joder, en casa. Su olor era como una maldita droga.

De ahí que aquella la manta en cuestión acabara en mi cama, acompañándome cada jodida noche en la que la soledad, por primera vez, hacía mella en mi interior y su rastro era lo único capaz de aplacarla, incluso si lo nuestro era un error del sistema.

Ella y yo.

Lo sabía, pero al instinto del lobo todos mis pros le importaban una mierda.

Esa noche no estaba en el mejor de los estados de ánimo posible, pero intenté que no se notara demasiado cuando uno de los viejos se acercó a la barra.

De los tres ancianos que ostentaban un cierto poder en Pardines, Ian no era ni de lejos el peor; Elías era quien solía ser más radical y Gorka era estrecho de miras, sin más. Los cambios que Derek había ido implementando a lo largo de los años no solían gustarles, pero habíamos aprendido a lidiar con ellos.

Se sentó frente a mí y me observó. Solo eso. Mala cosa.

—¿Cómo vas? —Era una pregunta muy genérica, así que no tenía ni la más remota idea de qué quería. Esta vez.

—Como siempre.

—He hablado con tu hermano, Rhea y yo os esperamos esta noche para cenar en nuestra casa. —Le miré, lo justo para no demostrar mi cautela y desconfianza, antes de asentir—. Estará bien.

—Claro.

—Nerea ha venido a pasar la semana con nosotros. Hace tiempo que no os veis, ¿no?

—Un año, tal vez más.

—Demasiado, en tal caso. Tú y ella siempre os habéis llevado bien. —Una media sonrisa asomó en su rostro, pero el mío se mantuvo impasible.

Sus palabras no eran más que una forma fina de decir que nos habíamos acostado juntos en varias ocasiones tras un noviazgo más forzado que otra cosa. Y, sí, el lobo frente a mí tenía mucho que ver con aquello, y su mujer, Rhea.

Que la loba en cuestión y yo habíamos tenido nuestra historia era de dominio público. Que había durado unos pocos telediarios, también. Nerea, la sobrina de la mujer de Ian, era una loba ambiciosa y apetecible, una que descendía de un buen linaje, pero a mí plim. Yo no era del tipo de lobos que se dejan deslumbrar por esas cosas.

—Espero que esté bien. —Lo que era una forma de puntualizar que no hablaba con ella desde la última vez que nos acostamos. Cuando fuera que hubiera sido.

Ian no era un mal tipo. A diferencia de Elías, no se había pasado media vida jodiendo las nuestras, pero tampoco pondría la mano en el fuego por él. Sin embargo, no era la primera vez que Silas y yo cenábamos con él y su familia. Tenían dos hijos, machos ambos, que ya se habían establecido hacía unos años.

—Lo está. Ya tiene edad para asentar la cabeza, ¿sabes? —Me sostuvo la mirada—. Llega un momento, para todo lobo, en que el instinto le anima a asentar la cabeza. Silas y tú deberíais, no sé, seguir el ejemplo de Derek, solo que haciendo las cosas bien, ya me entiendes.

Es decir, con una loba.

Enviarle a la mierda no facilitaría las cosas, teniendo en cuenta la tensión que aún existía por el detalle ese de que Derek se hubiera vinculado a Maya. Sería una noche para olvidar más pronto que tarde.

—¿A qué hora? —le cuestioné, intentando zanjar aquello. Y que me dejara en paz.

—¿A las nueve?

—Allí estaremos.

Dispuestos a cortarnos las venas mientras aguantábamos de forma estoica sus tejemanejes. Un planazo.

Esperé a que se fuera para textear a mi hermano:

«Sabes que lo de Ian es una encerrona, ¿verdad?»

«¿Me lo dices o me lo cuentas?»

Miré la pantalla durante unos minutos.

No debería hacerlo. Preguntarle aquello. Pero lo hice:

«¿Sabes algo de Ona?»

«Que Maya habla con ella a diario»

Me mordí el labio inferior.

«¿Y tú? ¿Los viejos guardan algún secreto que yo deba conocer?»

«No hay nada que saber y así se lo haré entender.
Prometiste ayudarme a sacármelos de encima, recuérdalo»

«Lo haré»

«Por si acaso, le he pedido a Derek que me eche una mano,
por si te pueden las ganas de revolcarte con
la sobrina de Ian, que nos conocemos».

«Eres un idiota»

«Ya, claro, como si no supiéramos los dos que esa
siempre se te abre de piernas en cuanto chasqueas los dedos».

En otras ocasiones me hubiera reído con su comentario. Era cierto. Nerea siempre estaba dispuesta para un buen polvo. Era fuerte. No le intimidaba mi comportamiento brusco. Nos entendíamos bien, al menos en ese aspecto. En el resto, no me aportaba nada. Y seguramente yo a ella tampoco, solo que estaba un poco sesgada, quizá por la influencia de sus tíos, y no era capaz de verlo.

Silas me recogió veinte minutos antes del evento. Me había dado una ducha, para despejar la cabeza, pero mi hermano me miró con esa expresión socarrona suya.

—Veo que te has puesto guapo.

—Que te den.

—¿Quieres que te deje algún preservativo? —Le lancé una mirada enojada—. Por si los tienes caducados, ya sabes…

—Vete a la mierda, Silas, esto no va a ser divertido.

—Para mí no, eso seguro. Así que déjame que me divierta un poco a tu costa.

—No te aconsejo hacerlo. No estoy de humor.

—Dime algo nuevo…

No volvió a presionarme, pero tampoco me dirigió la palabra el resto del trayecto. Algo había cambiado entre nosotros. Mentiría si negara que no era culpa mía. Pero es que era verlo y recordar a Ona. Imaginármela desnuda a su lado. Y me entraba esa rabia ciega de querer hacerle daño. No necesitaba que me provocara para encontrar una justificación para hacerlo.

Me limité a contemplar el paisaje.

¿Qué estaría haciendo ella?

Hacía ya un mes desde la última vez que la había visto.

Los días, las semanas, me pesaban.

El edificio era de piedra y tenía un pequeño porche, alzado apenas unos pocos peldaños, donde había un balancín y una mesita de madera, con dos sillas. A unos pocos metros tenían un cobertizo donde Ian guardaba una vieja y un tanto decrépita furgoneta que había vivido más de lo necesario.

Cuando bajé, vi que Nerea estaba sentada en el balancín de Ian y Rhea, lo que me hizo recordar que tiempo atrás me había contado que fantaseaba con que nos lo montáramos allí, pero yo no era tan descerebrado como para hacérselo con sus tíos durmiendo dentro. ¿Cuánto haría de aquello? Tres, tal vez cuatro años, pero parecía que hubiera sido en otra vida, en realidad.

Nos saludó desde allí con la mano y Silas tuvo el bien hacer de no decir nada al respecto.

—Voy a llevarle esto a Ian —indicó mi hermano levantando la botella de vino que había cogido de mi despensa para dársela a modo de regalo. Era un oportunista, pero no es que me viniera de nuevo.

—¿Quieres sentarte un rato? —me propuso Nerea mientras se balanceaba. Llevaba una camiseta de tirantes negra, bastante escotada y ajustada. Sus pezones estaban erectos por el frío que empezaba a calar cuando oscurecía; sospeché que no llevaba sujetador. Ni ropa interior de ningún tipo. En alguna ocasión se la

había destrozado, así que no podía criticarla por ser una loba pragmática.

—Voy a ver a tus tíos.

—¡A ellos los ves a diario! —protestó con un ronroneo—. Anda, sé cortés y hazme un poco de compañía.

Me alejé un par de pasos de ella y me apoyé sobre una de las vigas de madera que sostenían el porche. Me sonrió, sabiéndose vencedora. No es que tuviera intención de darle falsas expectativas, pero tampoco se merecía mi rabia o mi desdén. Ella no tenía la culpa del caos que había en mi interior.

Le pregunté por un par de conocidos de su manada y fingí interesarme en su vida. No es que hubiera cambiado mucho, ni que nunca me hubiera fijado especialmente en qué hacía o dejaba de hacer.

Diez minutos después, Rhea vino a buscarnos y vi que en su rostro se esbozaba una sonrisa radiante. No era tan conspiranoica como su marido o el resto de viejos, pero era obvio que le gustaba vernos a Nerea y a mí juntos, allí fuera.

Le permití el capricho de que pensara lo que quisiera.

No me sorprendió que también estuvieran Elías y Gorka sentados alrededor de la mesa del comedor para cuando entramos, siguiendo a Rhea. Los viejos solían atacar en grupo. Nada nuevo. Lo que sí me vino de nuevo fue que la conversación durante la cena fue agradable, aunque Silas y yo no éramos de confiarnos. Hablamos de cosas banales relacionadas con el pueblo, sobre los cambios que habían sucedido en la manada de Nerea, de donde venía Rhea, y finalmente acabaron hablando de Derek y Maya. No podía ser de otra forma, supuse.

—No entiendo cómo una humana puede dar a luz a un hombre-lobo. —Nerea no estaba sorprendida porque la historia de la vinculación de nuestro alfa con una humana había sido el rumor más jugoso dentro de nuestra comunidad y había corrido como la pólvora.

—Es algo en lo que no podemos confiar —intervino Elías, con ese aspecto un tanto frío y crítico que solía caracterizarle—. Incluso si existe esa posibilidad, no es una certeza.

—Depende de la ascendencia del lobo —murmuró Gorka, amasándose el mentón—. Derek es un alfa fuerte.

—Por lo que estuvo diciendo el «hombre ese»… —A los viejos, la presencia del padre de Maya les había incomodado hasta el punto de negarse a repetir su nombre. Era humano. Se autoproclamaba cazador de lobos. Y tenía la autoridad de un beta. Lo había demostrado frente a los miembros de nuestra manada, callando las reticencias de aquellos tres lobos ancianos. Así que le tenían cruzado, no, lo siguiente—. Hay omegas que tienen cachorros y betas que solo engendran niños humanos.

—¿Y qué hay de la loba esa? ¿La hermana de Maya? —Ian lo dijo como si tal cosa y Silas fingió que nada tenía que ver con él—. Hay quien le encontró todas y cada una de las virtudes.

Gorka rio por lo bajo mientras Rhea golpeaba a Ian en el brazo, como si le reprendiera por comentar ese tipo de cosas en medio del comedor, con todos nosotros presentes.

—Sería una buena Luna —sentenció Elías mirando a mi hermano de forma directa.

—Derek ya tiene a su Luna —le contestó Silas con una media sonrisa en el rostro.

Algunas manadas usaban ese título, el de Luna, para la pareja del alfa. Siempre me había parecido que era ese tipo de cosas que hacen que las personas ambiciosas aspiren a esa posición, a emparejarse con un líder nato, para conseguir una autoridad dentro de una manada.

Me recosté en mi silla.

—Es solo una mestiza —sentencié con voz dura—. No tengo claro que los cachorros que engendre preserven un linaje más digno que los que puedan tener Derek y Maya.

Aquello no les gustó. Que pusiera en duda sus confabulaciones con un argumento difícil de rebatir, el hecho de que sangre humana corría por las venas de Ona. Que les hiciera la zancadilla y sembrara dudas en su grandilocuente idea de hacer que Silas preñara a mi loba.

—Su padre debería haber sido el alfa de Dóen —opinó Gorka, aunque vi en la mirada de Elías que a él tampoco le gustaba el

hecho de que ella fuera solo mitad lobo. Conocía lo suficiente a los viejos como para saber cómo manipularlos sin que fuera demasiado evidente.

—Sigue siendo una mestiza. La primera que conocemos.

—Silas y ella congeniaron bien. Podrían dar a la manada un buen heredero —intervino Ian con un tono conciliador.

—¿Un heredero? —Hice como que aquello me venía de nuevo—. ¿Silas y esa mestiza? ¿En serio? Me parece que lo suyo no fue más que un entretenimiento fugaz, dudo que ninguno de los dos se esté planteando nada serio.

—Pero podrían hacerlo —sugirió Gorka.

—Y sería una pérdida de tiempo —sentencié con dureza mientras Silas me sonreía desde su asiento.

—Siempre se podrían plantear otros candidatos —murmuró Elías y centró la mirada en mi persona antes de desviarla hacia Nerea.

Genial. No es que me sorprendiera, pero me molestaba igualmente. Fruncí el ceño y algo en mi expresión evidenció que no me gustaba ese giro en la conversación, así que Gorka intervino antes de que Elías y yo nos encaráramos el uno con el otro. No me importaría hacerlo. Incluso si Nerea estaba presente, no tenía ningún inconveniente en negarme a lo que fuera que tuviera intención de soltarme.

—Cambiando de tema, la semana que viene se celebra la fiesta del reclamo en la manada de Nerea. Habíamos pensado que Desirée debería ir allí y sociabilizar un poco con los machos jóvenes de las manadas circundantes.

—No tengo claro que tenga ganas de ese tipo de eventos multitudinarios. —A ver, era una verdad a medias. No tenía ni la más remota idea de si a Desirée le apetecería o no algo así.

La fiesta del reclamo era una tradición que se celebraba una vez al año, en la que los jóvenes que habían pasado la mayoría de edad, y aquellos lobos sin parejas ni compromisos, compartían comida y bebida en un ambiente distendido para buscar un futuro compañero con el que enraizar. Todos los lobos de Pardines habíamos ido a esa fiesta en una o más ocasiones, aunque la mayoría solo aspirábamos

a pasar la noche acompañados, sin otras repercusiones que las de haber disfrutado de una noche de buen sexo.

Así había empezado lo mío con Nerea, años atrás. Los viejos pretendían que fuera Derek el que pasara la noche con ella porque era una candidata elegible para ser su pareja, pero él no mostró interés alguno y, por lo visto, Nerea se encaprichó conmigo.

Salir con ella no fue la peor de las decisiones que había tomado a lo largo de mi vida, porque pasamos juntos unas noches de lo más fogosas y los viejos dejaron de dar por el culo a Derek y a Silas por un tiempo.

—Tal vez podrías ir a buscar a Desirée a Dóen, instalarte allí un par de días y convencerla para que se venga y participe en las festividades, como el resto de los lobos mayores de edad —empezó Ian mirando a Silas.

—Silas podría traer a vuestra cachorra, pero tú también estás invitado. Hace un par de años, cuando viniste, nos lo pasamos bien. —Esa era Nerea.

—Tengo otros compromisos.

—Podemos cubrir tus turnos en el bar —intervino Gorka con un tono conciliador—. Los jóvenes deberíais disfrutar de tanto en tanto, también.

El teléfono de Silas empezó a sonar.

—Es Derek, disculpad. —Salió del comedor y la interrupción nos vino bien para cambiar de tema, aunque Silas no tardó en volver con nosotros—. Hay un rastro. Es posible que sean los mismos que rastrearon hace unas semanas una de las patrullas. Puede que sean furtivos, vamos a echar un ojo. Siento no poder quedarme para los postres.

Sonreí.

Así que esa era la mano que Derek le había prometido tenderle a mi hermano en aquella cena con encerrona incluida a la que nos habían convocado los viejos.

Silas se despidió de nosotros y me lanzó una mirada pícara antes de largarse y dejarme a solas con los viejos y Nerea.

Una mierda pinchada en un palo.

Capítulo 13



AL MENOS LOS POSTRES no se alargaron y, cuando me ofrecieron café o un licor, pude escaquearme y dar por zanjada aquella agonía. Rhea me estrechó entre sus brazos cuando me despedí de ella, y el resto de los viejos se limitaron a tenderme la mano. Con un «¡hasta nunca!» hubiera sido más que suficiente, pero no dejaban de ser miembros de la manada y les debíamos un cierto respeto. Ellos también a nosotros, aunque esa demencia senil, un tanto precoz, que a veces daba la sensación de que tenían, hacía que se olvidaran de tanto en tanto de ese detalle.

—Espero que tengas tiempo para ponerte al día con tus tíos estos días que estés por aquí.

—Seguro, tenía ganas de volver a Pardines. —Nerea me sonrió con desparpajo—. No tengo nada que hacer, si quieres, te acompaño al pueblo.

No me lo estaba preguntando, en realidad, porque ya se había levantado de su asiento y no parecía dispuesta a despedirse de mí. No tan pronto. Muy a mi pesar. No me apetecía su compañía, pero negándome solo conseguiría irritar a todos los presentes y sería darle más importancia a algo que en realidad no la tenía.

—Si quieres dejar tu ropa en el porche, mañana puedo acercarme en un momento al bar a llevártela.

—Prefiero caminar, sin más.

—Claro. —Le molestó aquello. Supongo que esperaba que una carrera por el bosque, los dos juntos, despertara en mí otro tipo de deseos. Unos para los que la ropa nos sobraría, después de todo.

Empezamos a caminar bajo una noche estrellada en la que destacaba la luna, apenas en cuarto creciente. La humedad que podía sentirse en el aire me reconfortó un poco, aunque hubiera preferido disfrutarlo en soledad. Con todo, Nerea me permitió

rodearme del silencio mientras caminábamos sin una dirección concreta.

No tardamos en adentrarnos en el bosque para dirigirnos al centro de Pardines.

A mi casa.

Mi cama vacía.

Y mi bien merecida paz.

—¿Sabes qué? —Miré a la loba. Supongo que era pedir demasiado que mantuviera la boca cerrada eternamente—. Hace meses de la última vez que vine, pero se siente como si hubiera sido ayer.

No le contesté y me limité a seguir caminando.

—Ven. —Me agarró del brazo y tiró de mí mientras reía con esa risa cantarina suya.

En apenas unos minutos llegamos a un pequeño claro cerca de uno de los arroyos. Un lugar tranquilo de gruesos árboles centenarios y el murmullo del río de fondo. Me liberó de su contacto para recostarse sobre un grueso tronco y sus ojos buscaron los míos.

—¿No fue contra este árbol donde me empalaste la última vez?

Su olor había ido tomando matices a lo largo de la cena, pero desde que habíamos empezado a caminar se había vuelto mucho más obvio. Esa mezcla de hormonas que evidenciaban su deseo era algo que todo lobo podía apreciar con facilidad y que, la verdad, nos facilitaba la vida. Podías saber si la mujer en cuestión tenía interés en algo más que una conversación fluida.

Que hubiera decidido ignorarlo no significaba que no fuera consciente de qué quería exactamente Nerea. Y lo cierto es que en otra época, en otros momentos, no me hubiera importado ceder a su cortejo. Al olor que emitía su cuerpo. A esas curvas que ya me eran bien conocidas, igual que su gusto. Sin embargo, incluso si tal vez Silas tenía razón y un buen polvo pondría un poco de luz y colorido en las sombras en las que mi vida se estaba sumiendo, no me apetecía hacerlo. O, más bien, no me apetecía hacerlo con ella.

Si pensaba en Ona. En el día que corrimos por ese mismo bosque o en la noche que se quedó durmiendo en mi sofá y su olor se

apoderó de cada recoveco de mi casa. Ahí las cosas cambiaban. Igual que lo hizo mi olor al pensar en ella. Solo que ahora Nerea, frente a mí, interpretó aquel cambio a su favor. Y no era el caso.

—No sabría decirte. —Me encogí de hombros, mostrando indiferencia.

—Supongo que cuando entras en ese bucle tuyo, tan físico y brutal, dejas de tener consciencia de algo que no sea meterla hasta el fondo. —Se humedeció los labios—. No he conocido a ningún lobo que sea tan intenso y, aunque supongo que algunas lobas pueden sentirse intimidadas por tus gustos hasta el punto de desaparecer del mapa, sabes que yo estoy más que dispuesta a que me utilices como más te plazca. —Se separó del árbol y se acercó a mí, para colocar las palmas de las manos sobre mi pecho—. Someteme y hazme gritar de frustración y deseo. Tengo muchas ganas de que tus manos recorran cada centímetro de mi cuerpo.

Era cierto que con ella no tenía que limitarme, pero sentí un nudo en el estómago. Su olor era intenso. Embriagador. Y su oferta tentadora.

Liberar la tensión sexual que llevaba acumulando desde que Ona apareció en Pardines sería maravilloso, pero era consciente de que un polvo sin sentido solo haría que me quemara aún más la necesidad de que fuera ella, mi pareja, la que me complaciera, no una loba cualquiera, fuera o no buena en satisfacer mis demandas.

No es que pensara buscar a Ona para un encuentro fortuito en el que intentar saciar esa necesidad física que despertaba en mí. Sabía que hacerlo solo complicaría más nuestra situación —toda ella—. No podía negar que era mi compañera. Y que mi lobo jamás desearía a otra. ¿Qué sentido tenía que Nerea me calentara cuando ni siquiera la deseaba?

Supongo que ese matiz de deseo que había en mi cuerpo la instó a deslizar las manos por mi torso, en busca del broche del cinturón, pero la intercepté antes de que empezara a desnudarme.

—Esta noche no.

—¿Y eso? —Pareció más sorprendida que molesta. Se alzó sobre las puntas de los pies para buscar mis labios con los suyos, pero la

empujé con suavidad, lo justo para alejarla de mí, para que no lograra su objetivo.

—No lo hagas. No va a pasar. Ni hoy ni nunca más.

La liberé de mi contacto y vi cómo sus pupilas se dilataban y su posición se volvía rígida, tensa, como si mis palabras le hubieran golpeado.

—Eso no tiene sentido. Estamos juntos.

—Estuvimos. Durante unos pocos meses. Hace años. Que desde entonces nos hayamos acostado de tanto en tanto no significa que tengas ningún tipo de derecho sobre mí, ni yo sobre ti. Tampoco implica que tenga la obligación de satisfacer tu avidez siempre que te venga de cara.

—No opinabas así la última vez que vine a Pardines.

—Follarte no fue más que un entretenimiento. —Vi que se elongaban sus colmillos y que aquel olor dulce del deseo sexual empezaba a tomar matices de rabia. Con todo, decidí dejar las cosas claras. No quería que ella o los viejos pretendieran planificar también mi futuro—. Si pensaste que implicaba algún tipo de absurda continuidad, lo lamento, pero no es el caso. Lo nuestro se acabó hace años.

—Y, sin embargo, desde entonces has seguido deseándome. Sabes que solo yo puedo saciar tus fantasías más feroces y satisfacer tus necesidades un tanto violentas.

—Quizá mis intereses, o mis gustos, han cambiado. —Me sostuvo la mirada y su cuerpo empezó a convulsionar—. Siento si no es lo que querías oír, pero siempre he sido persona de hablar de frente. Si no te importa, prefiero hacer el resto del camino solo.

Un lobo más empático se hubiera quedado a su lado. Tal vez la habría consolado. Le habría dado un abrazo. Algo. Sin embargo, yo no era ese tipo de lobos. Y jamás le había dado esperanzas de retomar lo que tiempo atrás habíamos dejado de lado; sí, nos habíamos vuelto a acostar de tanto en tanto, pero se debía a que en el sexo nos entendíamos bien. Los dos lo disfrutábamos. Fin.

—Me deseas, puedo olerlo.

—Hace tiempo que no me acuesto con una loba, pero eso no significa que vaya a hacerlo aquí y ahora contigo. O nunca, en

realidad.

—¿Por qué? Sabes que estamos hechos el uno para el otro.

—¿Lo estamos? —Alcé una ceja y la miré—. Ambos sabemos que lo nuestro fue una historia que vino y se fue, sin más. No estamos comprometidos y nuestros lobos no tienen ningún tipo de vínculo místico. Ni estamos juntos. Ni estamos hechos el uno para el otro.

—¿Y si te equivocas?

—No sé por qué intentas negarte lo que en realidad ya sabes. ¿Vas a decirme que no te has acostado con ningún otro macho desde entonces? —Se sonrojó, pero no agachó la mirada. En las manadas conectadas por personas como Rhea y su hermana los rumores iban y venían a una velocidad vertiginosa. Sabía que había tenido alguna que otra historia con otros machos que andaban de paso.

Siempre pensé que encontraría a un macho que la calentara lo suficiente como para que se asentara con otro. Y mi problema con ella y su tío se resolviera sin tener que llegar al punto en el que estábamos en ese momento.

—¿Estás celoso? ¿Es tu forma de castigarme?

—No. Búscate a otro macho para esta noche.

—¿Y si me acuesto con tu hermano? —Me molestó aquello. No tanto por la posibilidad de Nerea acostándose con Silas, sino por el recuerdo de que eso era lo que Ona había hecho.

—No sé a tu tío cómo le sentará, teniendo en cuenta que ya ha decidido cuál es el futuro más adecuado para mi hermano —contesté con un deje de sarcasmo.

Le di la espalda y empecé a caminar, alejándome de ella, ignorando el gruñido bajo que escuché detrás de mí, una forma de llamar mi atención y advertirme que no estaba de acuerdo con nada de todo aquello.

Para cuando llegué a mi casa, fui directo a mi habitación. Cogí la manta para intentar captar el resto de Ona. Apenas un trazo. Sentirlo hizo que encontrara un poco de paz después de la mierda de día que llevaba.

Solo había una cosa en la que el encontronazo que había tenido con Nerea me había abierto los ojos: llevaba demasiado tiempo

inhibiendo mis necesidades físicas.

Dejé que mi nariz se hundiera en aquel tejido, buscando su olor, mientras una tremenda erección hacía acto de presencia. Por un momento, por primera vez, me permití el capricho de imaginarme a Ona en medio del bosque. Desnuda. Frente a mí. Jadeé mientras mi erección palpitaba con un deseo furioso y salvaje. Joder. Me humedecí los labios y sentí mis colmillos de lobo.

Sonreí.

Ona intentaría cortarme las pelotas si supiera que tenía intención de masturbarme mientras recreaba mentalmente que me la tiraba de todas las formas posibles, según mis propios gustos.

Si una cosa tiene la imaginación, es que es libre de darse ese tipo de caprichos.

Y yo pensaba pasarme toda la noche disfrutando de ellos.

Capítulo 14



PARA MITAD DE OCTUBRE ya debería haberme olvidado de Daniel, de Pardines y, tal vez, hasta de Maya, por no venir nunca de visita. Que no solía hacerlo antes de salir con Derek, porque evitaba a Mathew, por norma general, y ahora, probablemente, también.

Quizá por eso el hecho de que mis amigas de la universidad se hubieran escapado a pasar el fin de semana a Dóen me sabía agridulce: la felicidad de estar con ellas y la tristeza categórica de no poder compartir con ellas mi mierda. Lo de Daniel no tenía por dónde justificarse si no creías en cosas como la predestinación o las almas gemelas. Ellas no tenían la más remota idea de lo que yo era.

Ese siempre había sido un muro entre nosotras. Si ellas sabían que ocultaba algo, disimulaban. Y estaba bien así, porque significaba que me querían con mis claroscuros, mis verdades a medias y mis mentiras a gritos. Quizá por eso no las llamaba, mentalmente, mis «mejores» amigas: me sentía un poco hipócrita si usaba ese término, por eso de que les ocultaba como un ochenta por ciento de mi realidad.

No tenía derecho a desvelarla, porque eran humanas. Pero incluso si pudiera hacerlo, si pudiera saltarme la ley impresa por la orden directa de mi tío Lucas —esa que prohíbe hablar sobre nuestra naturaleza a un humano sin su previo consentimiento—, creo que tampoco lo haría.

Quiero decir, ¿para qué? No les aportaría nada saber que el mundo era muy diferente al que ellas conocían.

Estábamos sentadas en una de las mesas del hostal, donde se estaban hospedando. No era la primera vez que venían, y sospechaba que tampoco sería la última. Les encantaba la posada que regían las lobas y el trato familiar que recibían allí. Decían que les encantaba ese aire a familia que se respiraba no solo en el

hostal, sino también en las calles de mi pueblo. Elogiaban todas y cada una de esas cosas que a mí a veces me ahogaban y otras veces me hacían sentir en casa.

Quizá tenía un algo de la personalidad de mi madre, que me instaba a encontrar mi propio camino, pero al mismo tiempo estaba arraigada a la tierra de mi padre biológico y a su manada. Una mierda de bipolaridad emocional, la mía, porque quería largarme. Construirme más allá de ser la sobrina del alfa o la hija del cazador.

Una de las octogenarias estaba sentada en una mesa en el otro extremo de la sala, y aunque mis amigas daban por sentado que no se enteraba de nada, no podían ir más desencaminadas. Tenía una libreta abierta frente a ella y sospechaba que estaba tomando notas, para que cuando se fuera a la cocina para contarle todo a su contemporánea no se le olvidara ningún posible detalle. Eran el origen de muchos de los chismorreos de Dóen, pero como las queríamos, no se lo teníamos en cuenta y, más bien, les dábamos un poco de traca con la que deleitarse de tanto en tanto.

—Aquí podrías comprarte una casa, una de verdad, no un piso de cincuenta metros que da a un patio interior en el que el tipo barrigudo del bajo se echa la siesta en calzoncillos. —Melisa arrugó la nariz y supuse que las vistas en cuestión no eran de las que incitan a la lujuria, sino más bien a bajar la persiana.

—¿Y no tiene un hijo buenorro o algo? —se interesó Anna.

—Si a esa edad sigue viviendo con su padre, como que paso —sentenció Melisa alzando el mentón y enseguida añadió, mirándome a mí con expresión culpable—: Tu caso no es el mismo.

—Pero sí podrías independizarte, ¿no? —opinó Oliva.

—Poder, podría, sí. —Me encogí de hombros.

Una casa. Un lugar al que poder llamarle mío. Era una de las muchas cosas que, pese a mi edad, nunca había sentido la necesidad de tener. Por no hablar de formar una familia. Empezar un plan de ahorros. O tener un seguro de vida. Mi madre me atosigaba diciendo que no era previsora. Mi padre se limitaba a encogerse de hombros. De la misma forma exacta que acababa de hacer yo. Quizá perdería parte de su influencia si dejaba de verle. ¿Era ese uno de los motivos que me retenían allí? ¿O el miedo a que, al hacerlo, mi

vida —y mi futuro— estuviera ya grabada en piedra y no pudiera desdecirme para emprender algo nuevo?

Admiraba a Maya. A veces justificaba todo lo que había hecho, los lugares que había visto, al hecho de que ella no era una loba, incluso si formaba parte de la manada. Cómo lo vivía era diferente. De mí se esperaban muchas cosas. Igual que de mis primos. La presión de nuestro entorno ahogaba, incluso si nadie lo hacía queriendo.

—¿Por qué no lo haces? —Olivia me miró con expresión neutra, más calmada.

—No lo sé. ¿Quizá estoy esperando algo?

—¡¿A un macizorro?!

—Es posible, pero que mida metro noventa, tenga las espaldas así y sea, no sé… *sexy*. —Y, ya puestos, que tuviera barba. Oliera a bosque. A cerveza. A madera añeja. Y al cuero de aquel sofá viejo en el que había dormido hacía un mes.

—Lo veo.

—Pues yo veo a uno de esos entrando por la puerta… —susurró por lo bajo Anna.

Elevé el mentón y capté su rastro. Una sonrisa cálida debió de iluminar mi rostro, porque Olivia me miró con el ceño fruncido. A esa no se le escapaba ni una.

—Ese es Mathew. —No necesité verle, pero no me preguntaron al respecto. Estaban acostumbradas a algunas de mis anormalidades. No podía negar que mis sentidos eran mucho más agudos que los suyos. De lo que no tenían ni idea era del porqué, pero, afortunadamente, tampoco les preocupaba saberlo.

—Hola. —Colocó una mano sobre mi hombro y levantó la otra para saludar a las mujeres que había frente a mí—. Sabía que estabas acompañada, y no es que quiera entrometerme…

—¿Es ese Mathew? —quiso saber Anna, que no parecía darse cuenta de que el sujeto en cuestión estaba frente a ella—. ¿El de Maya?

—Estuve saliendo con ella hace tiempo, sí. —Creo que lo que mi amigo tenía ganas de decirle era que se fuera a la mierda, pero

contuvo su temperamento de lobo y se mostró dócil como un corderito. ¡Mira que podía llegar a ser falso!

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté, y creo que vio un punto de debilidad en mi mirada, así que, un poco a regañadientes, cedió.

Se acercó a coger una silla de otra mesa y la colocó a mi lado mientras asentía en dirección a la abuela de Nolan, que no tardó en volver con un café con leche para él.

—Vosotras debéis de ser las famosas chicas de la uni. —Sonrió con desparpajo.

Tanto como famosas, no sabría yo si las describiría así, porque no solía mezclar mi vida fuera del pueblo con la que vivía allí, pero supuse que en alguna que otra ocasión debía de haberle hablado de ellas. De las noches eternas preparando trabajos y estudiando para los finales, pero también las largas tardes de maratones de series románticas, noches en la disco y mañanas en la playa.

No era la primera vez que se venían unos días a Dóen, pero los lobos no solían entrometerse cuando venía gente de fuera. Mathew, especialmente. Era de esos lobos que adoran vivir en medio de la nada. Trabajaba las tierras que eran de sus padres y disfrutaba dirigiendo su finca.

Su interés en las mujeres se había limitado durante varios años en mi hermana y, si había tenido alguna historia con alguien, había sido tan discreto como para que solo se sospechara, pero no se supiera con certeza.

—Ona me dijo que Maya se había echado novio, pero tú… ¿sigues soltero? —Anna batió las pestañas de los ojos en un gesto coqueto. Me dio por la risa tonta y Melisa me siguió.

—Les faltan acompañantes para la boda de esa, que ha caído en la trampa que le ha tendido la araña macho —señalé a Olivia.

—Por el bien del pobre, espero que no seas una mantis —se burló Mathew.

—Estábamos hablando del tema de que Ona se emancipe. No deben de ser muy caras las casas por aquí —murmuró Melisa.

—Seguro que tú no vives con tus padres —añadió Anna.

—Ni echas la siesta en el patio interior en calzoncillos —intervine en el último momento y mis amigas empezaron a reír por lo bajo.

—No, porque, si tomo el sol, lo hago desnudo. —El muy cabrón les guiñó un ojo y dos de mis amigas se sofocaron y su olor cambió. Me gustaría decir que sutilmente, pero ¡una mierda! Se estaban empapando, las muy guarras.

Mathew era un buen espécimen del género masculino y muy lobo, así que tampoco podía criticárselo demasiado.

—Nunca nos habías dicho que el Mathew de Maya era tan…

—¿El Mathew de Maya? —la voz de Derek sonó como un rugido en medio de la habitación mientras mi amigo se tensaba a mi lado. Sus pupilas se dilataron a la vez que sus fosas nasales intentaban captar los matices, los olores, de los dos lobos que acababan de entrar en el hostal.

—Pero ¿qué…? —mascullé entre dientes en el momento en el que Daniel se colocaba al lado de Derek y le ponía una mano sobre el hombro en un acto claramente conciliador.

Si ese par se ponían en plan machos y acababan a mordiscos, mis amigas de la facultad sí tendrían cosas que explicar en los próximos días.

—Derek, supongo. —Mathew se limitó a mirarle y la tensión entre ambos podía sentirse, incluso sin necesidad de ser un lobo, aunque se suavizó cuando se dirigió al lobo que acompañaba al alfa—. Me alegro de verte, Daniel.

—Lo mismo. —Inclinó la cabeza, en un gesto hasta cierto punto fraternal.

—Esto se pone interesante —murmuró por lo bajo Melisa y a Anna le dio por la risa tonta mientras mi amiga osaba a añadir—: ¿Cuántos de vosotros seguís solteros?

En serio, era incorregible. Me reí, lo hicimos todas nosotras, y eso ayudó a bajar un poco la cantidad de testosterona del local. Y el riesgo de que acabara como el rosario de la aurora.

—Derek, Daniel, os presento a mis amigas de la facultad: Anna, Melisa y Olivia. —Fueron levantando las manos a medida que las nombraba—. Él es el casi-marido de mi hermana y uno de sus mejores amigos.

—¿De Maya? —inquirió Anna, y añadió mirando a Mathew—: Ah, ya, ¡oh!

Genial, en serio, Mathew me mataría por los cotilleos que había compartido a lo largo de los años con mis amigas de la facultad sobre sus sube y bajas como pareja. Es que mi vida personal no daba para mucho, así que había acabado compartiendo la de otros.

—Ya, oh —repitió Mathew y, tras un momento, rio por lo bajo. Derek se relajó. Un poco, al menos, mientras Daniel, en cambio, parecía más tieso que un palo. Aunque me obligué a no mirarle.

—Puedes dejarlo en un marido a secas, me gusta más. —Derek dijo aquello mirando a Mathew, que se contuvo de soltarle un «que te den por el culo», pero ganas fijo que le tenía. ¿Hacía falta pasárselo por la cara?

—¿Celebramos algo y no lo sé? —cuestioné mirando a los dos lobos que habían entrado con aspecto desdeñoso.

—Los viejos querían que le trajéramos unas cosas a Desirée —contestó Derek, pero sospeché que para hacer algo así no habrían venido dos lobos de su rango, así que no pude contenerme y sonreí mientras estudiaba a mi casi cuñado con interés.

—¿Te has ofrecido voluntario?

—Es una larga historia.

Seguramente no lo era, pero no era el momento ni el público adecuado para compartirla conmigo.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunté a Daniel, cabreada por cómo el corazón se me había acelerado cuando sus ojos buscaron los míos.

Me hubiera gustado prepararme para algo así. Para enfrentarle. Al menos no estaba sola. Mathew se encontraba a mi lado, más tieso que un palo, pero su presencia me reconfortaba. Y luego estaban mis amigas. Quizá no tenían las garras de las lobas, pero la mala leche podía estar a su altura y eran muy protectoras para con los suyos. Conmigo. Incluso si yo era la única que, en realidad, podría defenderlas si se encontraban en un apuro. La intención también cuenta.

—¿A qué te refieres? —Elevó una ceja, dándole un toque condenadamente *sexy*.

—¿Derek necesita un guardaespaldas? —Mis amigas rieron por lo bajo.

—Me apetecía ver a Nolan y a su pareja.

Pero no a mí, claro.

—¿Nolan tiene novia? —Esa fue Anna—. ¡Qué rabia! ¡Con lo bueno que está!

Me arrancó una carcajada el toque de desesperación con el que soltó aquello. ¡Alabados fueran los cielos porque no era la única en el dique seco!

—Ennoviados y embarazadísimos —le conté a Anna, que hizo un puchero.

—Respecto a vuestra pregunta, resulta que excepto Don Simpatía, el resto de los presentes estamos solteros, eh, ¿Daniel? —Vi que el susodicho se tensaba. Creo que hubiera huido con el rabo entre las piernas mientras mis amigas le daban un repaso de arriba abajo, incómodo. Me reí ante lo absurdo de todo aquello.

—Sin ánimos de ofender, Mathew, pero no creo que ellas sean mi tipo. —Pasamos de las risas tontas a un silencio pesado, pero a Daniel creo que le importaba entre poco y nada.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es? —le espetó molesta Anna.

Sus ojos se desplazaron apenas una fracción de segundo hasta los míos y, aunque los retiró al instante, no fui la única consciente de aquel desliz. Melisa le dio un golpe en las costillas a Olivia, que empezó a toser tras soltar un aullido, Mathew ocultó un ronroneo en algo parecido a una risa baja y yo deseé estrangularlos a todos.

Uno detrás del otro.

Lobicidio y amiguicidio.

Igual hasta saldría en las telenoticias del domingo.

—No sabría decirte.

—Venía a informarte de que Daniel me había llamado para ir a visitar juntos a Nolan; he pensado que querrías saberlo, por si te apetece venir. —Mathew se inclinó hacia mí, haciendo que su cuerpo rozara el mío, algo que no era muy propio, incluso si nos teníamos confianza. Solo fui consciente de sus intenciones cuando escuché un ruido bajo, una especie de carraspeo que mitigaba un gruñido.

—Estoy ocupada. —Ni loca pasaría yo más tiempo del necesario con ese orangután.

—Pues a mí me encantaría ver a Nolan —intervino Melisa—. Hace mucho desde la última vez que le vimos.

—¿No le molestará que vayamos a su casa? Igual necesitan descansar.

—Ya te digo que esos dos solo descansan cuando duermen —murmuró Mathew por lo bajo y me hizo reír. Porque estaba en lo cierto—. Es lo que tiene cuando encuentras a alguien especial, supongo. —Ahí Derek gruñó. Pero creo que no fue el único. Mathew golpeó con un gesto cómplice mi costado—. Di que sí.

—¿Estás seguro?

—He hablado con Nolan. No creo que le importe. A Jana le irá bien un poco de normalidad también.

—Visto así… —titubeé—. Pasado mañana es luna llena.

—Ahora que va bien servido, le trae sin cuidado. Igual a ti también te vendría bien, ya sabes, ¿hace cuánto que no te das un capricho? —Si pudiera matarle y no sentir remordimientos, creo que lo hubiera hecho justamente en ese momento.

—Que te jodan, Mathew. —Se escuchó un gruñido. Claro. Me había olvidado de Derek—. Pero que sea rubia, mejor olvídate de las morenas por una temporada.

—Lo tendré en cuenta.

Dejamos a Derek y su humor lobuno —por no decir perruno, que siendo un alfa parece que le desmerece— en el hostal, esperando a una Desirée que había ido a correr con otros lobos a saber dónde. No era mi problema. Ya se apañaría él con ella, al fin y al cabo, era su alfa.

Empezamos a caminar los seis y, como si el mundo se hubiera confabulado contra mí, Mathew acabó acaparando la atención de mis amigas y Daniel y yo acabamos caminando un poco más atrás, uno al lado del otro.

—Así que esas son tus amigas. —Su tono era bajo, pausado, y me irritaba que no fuera, no sé, un poco más temperamental y me permitiera leer en sus palabras o su expresión qué pensaba de que me codeara con humanas.

Teniendo en cuenta que su manada era cerrada de miras y de perspectivas, era posible que no lo aprobara. Que no me importaba. Qué pensara o dejara de pensar de cómo vivía yo la vida o con

quién quería compartirla. Si quería irme de mojitos con tres humanas de huesos enjutos o con un par de lobos.

—Estudiamos juntas en la facultad. —Que no era bien bien lo mismo. Siempre me sentía un poco culpable por ocultarles tantas cosas. Pondría la mano en el fuego por ellas y sabía que ellas harían lo mismo. Si eso era la amistad, sí, lo eran. Incluso con todo lo que no sabían.

—¿En la ciudad? —Asentí—. ¿Y qué tal la experiencia?

—Bien, supongo.

—¿Qué es lo que no dices? —Me giré para observar su perfil y ladeó la cabeza, lo justo para que nuestras miradas se encontraran. Era un cabrón y le odiaba aún más por eso de que pudiera leerme cuando, para mí, él era un maldito libro con las páginas en blanco.

—Nunca sientes que llegas a formar parte de eso.

—Sería fingir ser algo que no eres. —Se quedó callado y respeté su silencio.

—Esa dualidad nuestra es complicada.

—En eso estamos de acuerdo.

—Una de ellas está a punto de casarse. Las otras viven las vidas que se supone que deben. Antes estaban hablando de sus ambiciones de comprar un piso y no entienden que aún siga viviendo en casa de mis padres.

—¿Lo sigues haciendo? —Parecía sorprendido con aquello.

—¿Tú también? —Gruñí por lo bajo y sentí su mano cogerme del brazo. Me giré para enfrentarle.

—No pretendía sonar crítico. Silas y yo nos independizamos cuando éramos muy jóvenes, cuando Derek perdió a sus padres. No te lo aconsejo. —Había una vulnerabilidad en su mirada que calmó mi enfado.

—Las circunstancias a veces nos empujan en una dirección u otra. —Daniel asintió.

—¿Cuáles son las tuyas?

—Esa es una buena pregunta. —Me quedé en silencio, poniendo en orden mis ideas—. Si te la digo, ¿prometes guardarme el secreto?

—Sabes que Mathew nos está oyendo.

—Compartimos hace tanto tiempo mierda, que dudo que le venga de nuevo.

—Un buen amigo, entonces.

—Sí, supongo, pero mejor no se lo digas que no se le suba a la cabeza.

—Se os ve cercanos. —Había una emoción contenida allí. En su mirada. Latiendo entre nosotros.

—¿Me estás preguntando si alguna vez nos hemos acostado? —No dijo nada y se limitó a seguir caminando. Debería enviarle a la mierda, pero en vez de eso, acabé diciendo—: Es el ex de mi hermana, y hay cosas que no vale la pena estropear por un polvo.

—Como una buena amistad.

—No sé tú, pero yo no tengo muchas de esas.

—Yo tampoco.

—No sé por qué, si eres encantador. —Hizo un mohín al escuchar mi tono—. Sobre lo de por qué sigo viviendo con mis padres, creo que me resisto a hacerlo, a establecerme, porque no tengo claro si esto es lo que quiero para el resto de mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—¿Siempre supiste que querías llevar el bar?

—Nunca fue mi sueño, pero fue lo que la vida me trajo. —Aquello me sorprendió. Daniel parecía sentirse cómodo allí. Nunca hubiera pensado lo contrario. Creo que percibió mi confusión—. Que no quiere decir que no intente aceptar mi situación y disfrutarla; o, al menos, no martirizarme con todo lo que no ha sido. Tiene cosas buenas. Me gusta el silencio. Y la cerveza.

Me arrancó una sonrisa tierna.

—Me gustaría crear mi propio camino, y creo que es algo que jamás podré hacer aquí. —Suspiré—. Sé que no es algo propio de uno de los nuestros, y a veces me siento culpable de… no sé… ¿ser más agradecida con todo lo bueno que me ha dado la vida?

Se quedó en silencio, pensativo, durante unos segundos.

—Es posible que se deba a tu naturaleza. Mira a tu hermana. Ha estado en sitios a los que yo jamás aspiraría a ir. Ser humano implica ansiar tener alas, en vez de raíces; quizá esa es una de las muchas diferencias entre unos y otros. —Obvió decir la palabra lobo en voz

alta, pero sabía a qué hacía referencia ese «unos y otros»—. Tú eres un poco de cada; quizá por eso eres un tanto divergente.

—Nunca me lo había planteado de esa forma.

Sus ojos brillaron y una pequeña sonrisa curvó sus labios. Asintió y me quedé pensativa. Quizá Daniel tenía razón. Yo era una mestiza, incluso si en mi atípica mezcla predominaba la genética del lobo. Lo miré de refilón.

Nunca había pensado en aquello desde esa perspectiva. ¿Por qué él había sido capaz de encontrar un porqué si apenas me conocía?

Capítulo 15



MATHEW ESTABA EN LO CIERTO: a Jana le gustó que la visitáramos. Nolan no era de los que disfrutan de algo así, seis personas presentándose en su guarida, cinco de los cuales apenas conocía. Sin embargo, creo que cualquier cosa que hiciera feliz a Jana ya le venía de cara.

Como pasa en estos casos, Olivia acabó conociendo a la prima de una compañera de promoción de Jana y la conversación fue fluida y cómoda, haciendo que pasáramos allí un par de horas, que se nos antojaron cortas, casi diría fugaces. Hubo risas, de esas buenas, y el repiquetear frecuente de los vasos de los refrescos.

Nolan, Mathew y Daniel emigraron para darnos un poco de intimidad, y para no aguantarnos, ¡para qué negarlo! Nosotras nos deleitamos de cosas banales, sobre niños, el trabajo, jefes apestosos y, sí, también sobre el tipo barrigudo que se tumbaba en calzoncillos en el patio interior. Para cuando nos fuimos, era como si Jana hubiera formado parte de nuestro maltrecho grupito de féminas toda la vida.

Sospeché que se habían ido a correr un rato para cuando nos pasaron a buscar. Me reí al pensar en lo felices que habrían estado mis amigas de la facultad si los hubieran pillado en pelotas en el sótano, a los tres. Porque, como buenos lobos, admito que eran tres ejemplares masculinos hechos para contemplar durante un buen rato.

Aunque, si os he de ser sincera, lo que me hizo más feliz fue que Nolan se sintiera cómodo para usar su forma animal a dos días de la luna llena y correr por el bosque junto a dos lobos. Solía inhibir a su lobo como quien intenta fingir ser algo que no es. Tenía sus razones, pero verse en esa encrucijada, despreciando su naturaleza, siempre me había dado pena. Ser lobo es lo más. Incluso si implica sentir el

pensamiento colectivo de una manada y formar parte de una estricta jerarquía. Con todo, no lo cambiaría por nada del mundo.

—¿Una escapadita fugaz? —bromeé mientras le abrazaba al despedirme de mi mejor amigo.

—Mathew quería enseñarle a Daniel su finca. —Asentí y nos miramos. Teníamos ese tipo de relación en la que las miradas dicen más que muchas palabras.

—Jana está estupenda. ¿Cuándo sabréis si es niño o niña? —me interesé.

—Tenemos una ecografía programada en un par de semanas. —Me gustó ese «tenemos», que indicaba que él formaba parte de todo aquello—. Lucas nos ha advertido que, por lo que tiene documentado de otras parejas, es habitual que sus percentiles de crecimiento se salgan de rango durante los dos primeros trimestres, pero se estanquen durante los últimos meses.

—Supongo que tiene que ver con nuestra particular genética.

—Es posible. Quizá nos pueda indicar si domina la herencia de Jana o la mía. —Aún le preocupaba eso. Lo de su ascendencia. Provenía de un linaje de lobos lunares y la influencia de la luna le convertía en alguien mucho más inestable. De ahí su obsesión con el control. Temía hacer daño a alguien. Desde que era apenas un niño.

—¿A ella le preocupa? —Nolan me observó.

—No.

—Pues a ti tampoco debería. —Le coloqué una mano sobre la mejilla y vi sus ojos brillar con esa mezcla de miedo y alegría de quien sabe que todo está a punto de cambiar. Más aún. Ya no era el mismo lobo solitario de antes de vincularse a su pareja.

Hay quien piensa que los vínculos de los hombres-lobos solo pueden producirse entre dos lobos y, aunque es lo más habitual, Nolan y Derek eran el claro ejemplo de que era solo una verdad a medias, y de que las excepciones existían.

Me separé de Nolan y vi a Daniel observándonos en una posición neutra, indiferente.

También estaban los lobos que desafiaban al destino y se negaban a caer de cuatro patas en él. Como era nuestro caso. Admito que, en la soledad de las últimas semanas, me había

planteado cómo sería. No solo la parte física del vínculo que compartíamos, porque estaba segura de que Daniel sería un amante formidable, con esa sensualidad que desprendía, sino la parte más espiritual de conectar con otra persona.

Había visto la complicidad entre los lobos vinculados en mi manada. La forma en que Derek y Maya habían estado dispuestos a desafiar las normas y los estamentos de su manada. Cómo Jana había ido quebrando todas las barreras que Nolan se había autoimpuesto sin darse cuenta de estar haciéndolo. Era como cuando juntas dos piezas en un puzle y simplemente encajan. Da igual lo extraños que sean los márgenes, sus irregularidades, si proyecta sobre la otra pieza o, en cambio, se siente carente de un fragmento; cuando las colocas de la forma precisa, crean un algo más grande. Y funcionan bien. Contra todo pronóstico. Como Nolan y Jana.

Empezamos a deshacer el camino hacia el pueblo y me encontré con que mis amigas evitaban a Daniel, por eso de la amabilidad mostrada al poco de presentarle, así que Mathew hizo los honores, entreteniéndolas, mientras nosotros caminábamos en silencio, uno al lado del otro, siguiéndoles los pasos. Me hizo recordar la tarde que corrimos juntos por Pardines. Lo bien que se sentía su presencia. Lo duro que fue ser consciente de que lo nuestro no tenía una fecha de inicio. Justo cuando me había empezado a plantear, no sé, un algo. Me gustaba su compañía. Cuando no estaba en modo gilipollas, claro.

—Se les ve bien. —Era un tema neutro, así que sonreí.

—Lo están. Aunque aún lleva lo de su próxima paternidad de aquella manera.

—Es un cambio importante en la vida de una pareja, supongo.

—Correcto. —Miré el bosque que nos rodeaba—. Arrastra traumas de sus primeros años, antes de venir a Dóen, sin embargo, nunca lo había visto tan ilusionado y tan… ¿cómo decirlo?

—Feliz.

Nuestras miradas conectaron. Asentí.

—Jana tiene ese efecto en él. Aplaca a su otro yo, incluso si apenas quedan un par de noches para que sea luna llena. —Sonreí y

él asintió, como si pudiera entender a qué me refería—. Eso es magia pura. He vivido y sufrido sus cambios de humor a lo largo de los años, su obsesión por el autocontrol y la forma estoica con la que enfrentaba su instinto. Verlo así, relajado, creo que también me hace feliz a mí.

—Un buen amigo.

—Nolan es como un hermano para mí. Siempre fue muy protector con Maya y conmigo.

—Mathew me contó que habían acabado a las malas en varias ocasiones. —Asentí y Daniel añadió con una expresión nostálgica—: Silas y Derek eran un poco así, antes de que tuvieran que asumir la manada. Con la responsabilidad se acabaron los juegos y las pullas, supongo.

—Nolan tiene un carácter particular y no suele llevarse bien con otros machos. —Miré hacia el lobo que andaba con mis amigas y, pese a saber que me estaba escuchando, añadí—: Mathew ha demostrado que, más allá de lo de Maya, siempre se ha preocupado por él. Incluso si a veces lo hace a una cierta distancia.

—Me ha gustado su finca y el proyecto que está construyendo.

—¿Sí? —Mis ojos brillaron ilusionados—. Me alegro. Siempre le ha llamado lo de las energías renovables y, aunque no quiso abandonar la manada para ir a estudiar, tiene una mente brillante.

—No todos podemos permitirnos ese tipo de lujos, pero no significa que seamos cortos. —Su mirada estaba fija en el horizonte y su expresión se había vuelto más rígida.

—No pretendía ofenderte, ¿sabes? —No me contestó—. ¿Tú querías seguir estudiando?

—¿Acaso importa? —Su mirada volvía a ser fría, oscura—. Nuestra forma de hacer no tiene nada que ver con la vuestra, en realidad. Derek es la primera excepción de una regla tan rígida como arcaica.

—Hay veces en que debemos evolucionar.

—Suena bien, pero no es algo que suceda de la noche a la mañana.

—Mi padre es de los que opinan que cada pequeño paso, por diminuto que sea, te acerca más a tu destino.

—Pero nosotros nos somos de los que creemos en eso. En el destino. —Buscó mis ojos y me estremecí.

—No, supongo que no. —Nos costó romper el contacto de nuestras miradas antes de retomar el camino.

Nos quedamos en silencio un buen rato.

—Aún no sé por qué ha venido Derek a Dóen.

—Cada año por estas fechas celebramos la fiesta del reclamo, un evento en el que se juntan los jóvenes de nuestro círculo.

—No le pega mucho a vuestro pueblo, enraizado en la prehistoria, una fiesta así.

—El lugar en el que se realiza va alternándose cada año.

—¿Y este año le toca a Pardines?

—No, pero los viejos creen que Desirée debería ir.

—Sigo sin entender por qué está aquí.

—Promueve la formación de nuevas parejas.

—Dime que no te refieres a enlaces concertados o mierdas así.

—Tendría que mentirte, en tal caso. —Me tensé y le agarré del brazo.

—Ni de coña, ¿me oyes? No vais a llevaros a Desirée para casarla con el primer gilipollas que les guste a sus padres o a los viejos o a quien sea.

Una sonrisa asomó en el rostro de Daniel al ver mi arranque de ira.

—Te cae bien, ¿eh?

—Nadie debería tener que pasar por algo así. Amor libre y esas cosas, ¿sabes?

—Sé que es la peor de las ideas, porque también la sufrí en mis carnes. —Ahí me quedé en estado de *shock*.

—¿Estás comprometido? —Sentí la garganta reseca y el mundo a mi alrededor parecía estar volviéndose borroso.

—No. —Sus ojos se desplazaron una fracción de segundo hacia mis labios. O quizá fue una ilusión óptica, porque sentía mi corazón palpitando con fuerza dentro de mi cabeza—. Ya no es tan así, pero no te negaré que a veces esas parejas las han preconcebido los viejos de las diferentes manadas antes incluso de la fiesta y te

empujan a que conectes física y emocionalmente con la candidata que te han seleccionado.

—Eso es atroz —murmuré, pensando en que Daniel había vivido aquello.

—Digamos que en el reclamo se anima a ennoviarse a las parejas que parecen entenderse bien durante la fiesta, y no me refiero solo a los que acaban acostándose, sino a los que congenian y pueden tener un cierto interés en conocerse más allá de esa noche. Algunas funcionan y prosperan, otras se estancan al cabo de un tiempo.

—Como pasó en tu caso.

—Correcto.

—¿Con quién? —quise saber.

—Una sobrina de uno de los viejos, la hija de la hermana menor de su mujer. Le saco un par de años. No funcionó. Sin más.

—¿Y ahora quieren hacerle algo así a Desirée?

—Sí, pero no tienen ningún candidato en mente, así que solo quieren que vaya y sociabilice un poco. —Hizo una pausa y finalmente añadió—: Cumplió los dieciocho este verano, pero con lo que pasó, no sé si es pronto para ella; al margen de las parejas que puedan surgir, es una noche un tanto caótica en la que los lobos, en general, están más predispuestos a desinhibirse.

—Una orgía lobuna, vamos.

—No diría tanto, pero va en esa línea. —Hizo una pausa antes de continuar—: Nadie va a obligar a Desirée a ir, Derek la apoyará decida lo que decida, aunque he de admitir que tiene sus puntos fuertes esa fiesta.

—¿Como lo de tirarte a cualquier loba receptiva y si te he visto no me acuerdo? —No debería molestarme. Pero lo hacía.

—Por ejemplo. —Me sonrió con desparpajo y deseé clavarle una bala entre ceja y ceja. ¡Capullo!

—¿Y van todos los lobos a los que se les antoja un polvo?

—Podrían, sí, pero en general solo van los jóvenes que aspiran a encontrar pareja, lo del polvo es solo un beneficio colateral. Los viejos suelen decir que es bueno saber si te entiendes bien en el sexo cuando planteas establecerte para el resto de tu vida con una única pareja.

—Pasan de estrictamente conservadores a ser unos pervertidos, si me permites decirlo. —Daniel rio aquello, pero el olor de su cuerpo había cambiado sutilmente a lo largo de nuestra conversación. También el mío. Que ambos fingiéramos no notarlo era por voluntad propia.

¿Qué podía estar pensando Mathew de lo gilipollas que éramos los dos? Tendría que preguntárselo más tarde.

—¿Derek ha ido alguna vez a esa fiesta? —le pregunté al cabo de un rato.

—Un par de veces, sí, pero nunca salió ennoviado. —Vi que rehuía mi mirada.

—¿Y Silas?

—Hace un tiempo no se perdía ni una, aunque ahora ya está un poco crecido. —Me miró de reojo, una media sonrisa en el rostro, aunque el ceño fruncido.

—Intuyo que tampoco acabó en nada serio.

—Correcto.

—¿Es solo una conjetura mía o cediste a la petición de los viejos de emparejarte con la loba esa para que les dejaran en paz a ellos? —Se paró en seco. Parecía cabreado—. Si he tocado un punto sensible, y resulta que sigues colgado de esa loba y que en realidad ella te dejó plantado, lo siento. No era mi intención. —Se limitó a estudiarme—. Ya tengo a uno de mis mejores amigos en plan lobo melancólico al que han rechazado, sé que son una putada ese tipo de cosas.

—Eres retorcida, pero también astuta. —Inclinó la cabeza hacia mí y siguió caminando, sin darme información de cuál de las dos teorías era cierta.

Por sentido común, me decantaría por la primera, pero teniendo en cuenta que no estaba interesado en empezar una relación con su pareja predestinada, no podía descartar que fuera porque aún había un alguien en su vida. O en su corazón. Lo que era una mierda. Porque me sentía dolida. Y no tenía ningún derecho a sentirme así, como si me hubiera traicionado.

—Desirée está dentro, recogiendo sus cosas.

—¿Ha accedido? —Me sorprendí, entrometiéndome sin ningún tipo de remordimiento. Derek miró a Daniel y luego a mí, mientras mis amigas entraban en el hostal. Mathew se quedó en el marco de la puerta. Esperándome, creo.

—Maya y yo la acompañaremos. Aprovecharé la ocasión para presentarla oficialmente al resto de las manadas.

—A mi hermana le encantará, ya verás. —Los ojos de Derek brillaron divertidos y Daniel rio por lo bajo. Me gustaba su risa, un tanto ronca y muy masculina.

—Me lo imagino. Aún no se lo he contado, guárdame el secreto.

—Tú asegúrate de que solo se lleve un par de puñales, porque como pille una automática, será vuestra fiesta del reclamo más sonada de toda la historia, que ya la conoces y no tiene reparo alguno de meterse a tiros allí en mismo para defender a los desvalidos.

—No es tan así —Derek frunció el ceño—. El ambiente es distendido, sí, pero nadie va más allá de donde le apetece ir.

Lo que quería decir que, si Desirée pasaba de todos los machos, nadie la señalaría por ello. Especialmente si su alfa y mi hermana le estaban cubriendo las espaldas. Aquella loba se había establecido en Dóen a finales de mayo, más o menos. No es que lo hubiera marcado en el calendario, pero sí sabía que había dejado el bachillerato sin acabar y que eso había llevado a Jana a seguirle los pasos hasta aquí. El destino que la condujo hasta Nolan. Sonreí ante ese pensamiento.

—¿Y para cuándo volverá? —le pregunté a Derek, cruzando mis brazos sobre mi pecho.

—El fin de semana próximo, si es lo que ella quiere.

—Les ha cogido cariño a vuestras lobas —intervino Daniel y vi una expresión complacida en el rostro—. Tienen su encanto.

—Las dos octogenarias están disponibles, si te interesan —ronroneé con un tono pícaro. Derek rio por lo bajo y Daniel se limitó a mostrar una media sonrisa de lo más *sexy*. Así seguro que se ganaba a esas dos más pronto que tarde.

—Voy a ver si necesita ayuda con algo —indicó Daniel y entró dentro del local.

Vi a Mathew aguantando estoicamente la distancia. Derek le repelía y no podía criticarle por ello. Le había quitado a la que siempre había considerado su chica.

Me acerqué a él.

—¿Tienes planes para esta noche? —Alzó una ceja y me sonrió.

—Con todo mi cariño, pero paso. Son tus amigas, no las mías. Cada palo que aguante su vela.

—Tan majo él, como siempre. Voy a ver qué quieren hacer.

Entré en el comedor y lo encontré desierto. Elena, una de las ancianas que llevaban el local, asomó la cabeza.

—Han subido a sus habitaciones, creo que querían darse una ducha.

—Gracias, Elena.

Fui hacia el distribuidor y choqué con Daniel. Sus manos rodearon mi cintura apenas unos segundos, lo justo para que recuperara el equilibrio y no acabara tirada en el suelo. Para cuando se separó de mí —como si mi contacto le quemara—, los dos estábamos visiblemente turbados. Tragué saliva y, por el rabillo del ojo, vi a Desirée saliendo del edificio.

—Nos vamos.

—Sí, claro.

Ninguno de los dos nos movimos. Fui consciente de que no quería que Daniel se fuera, y fantaseé con la posibilidad de que él tampoco quisiera irse. Solo un poco más. Unas horas. Tal vez volver a correr juntos por las que eran las tierras de mi manada. Juntos. Incluso si era solo eso. Su compañía se sentía bien. Y sin darme cuenta me estaba aferrando a ella.

—Espera —le pedí cuando vi que pretendía movilizarse, obligarse a abandonar el hostal.

Me acerqué a una de las mesas y cogí una de esas servilletas un tanto rasposas del dispensador. Me hice con un bolígrafo del mostrador que había al lado de Daniel y garabateé mi número de teléfono.

Le tendí el papel y, tras tomarse su tiempo, lo tomó. Me sentí un poco cohibida, así que me vi obligada a justificarme con una mala excusa:

—Mathew a veces está varios días sin atender a su teléfono; si vuelves a subir y él te ignora, dime algo. —Sonaba menos mal que decir: «el paseo ha estado bien y no me importaría repetirlo».

—Lo tendré en cuenta. —Asintió y, sin dejar de mirarme, dobló el papel antes de guardárselo en el bolsillo trasero de los tejanos.

Quizá lo rompería en mil pedazos en cuanto llegaran a Pardines, y tampoco me hacía ilusiones con que fuera a escribirme. Pero las emociones tienen eso: son tan absurdas como irracionales. Y en ese momento, me sentía bien. Le sonreí. Sintiéndome un tanto estúpida, porque no estaba acostumbrada a ese tipo de nerviosismo, con ese nudo en la garganta y las mariposas en el estómago.

Salí detrás de él y vi que tanto Derek como Desirée ya estaban dentro del coche. Daniel le estrechó la mano a Mathew a modo de despedida y se limitó a inclinar la cabeza hacia mí antes de irse en dirección al coche. Vi cómo cerraba la puerta. Me sentí confundida. Casi diría triste, si eso tenía algún sentido.

El brazo de Mathew rodeó mi espalda. Me dejé arropar por su presencia.

—Le gustas.

—Es solo el instinto del lobo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y por qué ha venido a Dóen?

—Para acompañar a Derek.

—¿Quieres decir que no podía venir ese alfa fanfarrón solo?

—Quizá Maya le ha pedido que lo acompañara, por si os encontrabais y se liaba entre vosotros. —Mathew me miró y empezó a reír por lo bajo.

—Es la escusa más penosa que he oído en mucho tiempo, pero gracias por pensar que Maya se preocupa por mí.

—Lo hace. —Mi amigo levantó una ceja y añadí a regañadientes—: Un poco a su manera. Pero sabes que te aprecia. Solo que no en ese plan.

—Ya, pero pondría la mano en el fuego por que Daniel no ha venido hoy a Dóen para mediar entre nosotros. —Me miró—. Es la

primera vez que me avisa de que sube y muestra interés en sociabilizar.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Tal vez… —Me tensé y me separé de su abrazo para golpearle.

—¡Dímelo!

—Si te portas bien. —Hice un puchero—. Tal vez mañana.

—¡Mathew! —Le agarré del brazo y le pellizqué con fuerza. Gimió y se empezó a reír.

—¡Tú ganas! —exclamó entre carcajadas—. Cuando ya habíamos quedado para ir a ver a Nolan ha dejado ir un «no sé si Ona está por el pueblo». Solo eso, pero creo que es más que significativo.

—¿Solo eso? —mascullé entre dientes.

—No tenemos tanta confianza como para que me diga que se muere por tus huesos, pero creo que su olor canta por sí solo, apesta a feromonas cuando andas cerca y apenas puede quitarte los ojos de encima.

—Eres un idiota.

—¿Te molesta que te diga la verdad?

—Me asusta, más bien.

Mathew me miró y sonrió antes de, el muy capullo, revolverme el pelo con la mano, dejándome con un manojo caótico y salvaje de mechones sobre los ojos.

—Idiota.

—¿Crees que lo notarán si desapareces un rato?

—Sí, pero les dará pie a murmurar y fantasear al respecto, así que las haremos felices. —Le sonreí, porque necesitaba canalizar parte del nerviosismo que sentía de una u otra forma, y sospechaba que Mathew lo sabía—. ¿Vamos a correr un rato?

Capítulo 16



DEREK Y MAYA se fueron con Desirée al pueblo en el que se iba a realizar la fiesta del reclamo. Solía celebrarse en luna llena, un poco para recordar lo que éramos. Lobos.

Y eso también hacía referencia a nuestras obligaciones. Sí, esas de preservar la especie y que hacían que los viejos nos presionaran para asentar la cabeza con una pareja adecuada.

Derek me había ofrecido acompañarlos, pero rehuí su propuesta explicándole que había tenido un momento un tanto incómodo con Nerea. No le sorprendió demasiado porque me conocía bien; sabía que mi interés en la loba era algo puntual, y si le sorprendió que me negara a sus proposiciones de acostarme con ella, no dijo nada al respecto. Quizá dio por sentado que me había cansado o que prefería no seguir involucrándome con una loba que, por su edad, estaba claro que quería asentarse. No sería la primera que acababa preñada para asegurarse así un compañero.

Los lobos tendemos a ser bastante protectores con nuestros cachorros, al margen de la relación que podamos tener con la loba que los engendre. Son cosas diferentes, después de todo, la relación entre un macho con una hembra y la de un progenitor con su descendencia.

Mi teléfono estaba reposando debajo del mostrador, sobre una de las neveras en las que guardaba los refrescos. Nunca había sido de ese tipo de personas que están pendientes de una pantalla, pero ahora me encontraba mirándola de tanto en tanto y preguntándome si debería decirle algo.

No se me ocurría nada que no sonara estúpido.

Ni un motivo con el que justificar usar el número de teléfono que me había proporcionado.

¿Para qué?

¿Desearle un buen día o unas buenas noches?

¿Preguntarle cómo había amanecido el día en Dóen cuando en Pardines llovía?

Era absurdo.

Incluso si me gustaría hacerlo.

Saber ese tipo de cosas, banales y triviales, si era ella la que me las contaba.

Pero no me había permitido hacerlo porque eso solo serviría para acortar la distancia entre nosotros y me preocupaba hacia qué dirección podía llevarnos eso.

Ya pensaba en ella más de lo que me gustaría admitir, como para volverme un adicto al teléfono para descubrir de primera mano cualquier novedad que quisiera compartir conmigo.

Eso solo me convertiría en alguien aún más vulnerable. De lo que ya era. Porque la deseaba. Y ansiaba, no sé, ir allí, a Dóen, y reclamarla. Hacerla mía. De todas las formas posibles. Descubrir su cuerpo. Morder su cuello. Dejar en ella mi marca. Me ponía eso. Imaginarme mis colmillos sobre su piel. Que todos supieran que me pertenecía. Que era mi hembra.

Y cuando llegaba a ese estado de excitación, la agitación propia del macho que está entrando en celo, ni siquiera correr hasta caer agotado y hacer uso de mi mano conseguía aplacar esa necesidad.

A mi favor jugaba que viviera lejos. La posibilidad de no verla en días. En semanas. En meses. Era un pequeño consuelo que, al mismo tiempo, se convertía en la peor de las torturas. Porque deseaba escuchar su risa. Ser el objeto de sus miradas altivas. Su olor. Necesitaba volver a sentirlo a la noche, para encontrar la calma para dormir del tirón de nuevo.

Quizá Silas y Derek no se habían dado cuenta, pero los cambios en mis rutinas eran evidentes y empezaba a preocuparme. No quería acabar convirtiéndome en un lobo irritable y un tanto salvaje. Caótico. Impredecible. Mala cosa.

Así que observaba la pantalla del teléfono y seguía preguntándome qué estaría haciendo ella en esos momentos. Deseando saberlo. Y terminaba, una vez más, mirando mi teléfono

móvil y debatiéndome entre escribirle algo o seguir fingiendo que podía mantenerme al margen. Al final, me obligaba a no hacerlo.

La puerta del local se abrió y una sombra cruzó el arco de luz que proyectó el sol de mediodía sobre el maltrecho pavimento del local, distrayéndome de mi nueva e inútil obsesión.

No pude evitar sonreír al ver la expresión radiante de Desirée.

—Has vuelto pronto. —Se sentó en uno de los taburetes—. ¿Quieres un refresco?

—¿No vas a ofrecerme cerveza? Ya soy mayor de edad, ¿recuerdas? —Parpadeó con un gesto osado que nada tenía que ver con la loba miedosa y huidiza que había abandonado Pardines meses atrás.

—Sospecho que ayer bebiste el cupo de todo el mes. O de todo el año.

—¿Eso es lo que hacías tú en la fiesta del reclamo?

—Mejor no te cuento lo que hacía yo. —Le guiñé un ojo y ella rio—. ¿Cómo te ha ido?

Rellené un vaso de tubo con limonada y se la tendí. Conocía los gustos de la mayor parte de la manada. Después de tanto tiempo no era un gran logro, pero me lo agradecían en silencio.

—Bien. No en plan increíble, pero me lo he pasado bien. Hay más lobos que lobas de mi edad, así que andaban cotizados.

—¿Qué tal con los chavales de tu edad de Dóen?

—Muy bien, aunque algunos son un poco raros.

—¿Un poco raros? —Me picó la curiosidad aquello.

—Por lo de Amanda, la pareja de Lucas.

—¿Qué tiene que ver ella?

—Bueno, sus hijos son un poco como ella. —Vi que se removía inquieta en la silla.

—¿Desirée? —Me conocía lo suficiente como para saber que no aceptaba evasivas, y que no me importaría usar mi voz de beta para obligarle a contarme lo que fuera que me estaba ocultando. Pero prefería que lo hiciera voluntariamente.

—Bueno, tú conoces a Nolan, ¿no? Sois amigos, o algo así. Me lo dijo su madre, que vive en el hostal.

—Sí, me cae bien, sí.

—Él, bueno… su ascendencia lunar es fuerte. —Me limité a mirarla. No era la primera vez que alguien mencionaba eso de que Nolan se volvía un tanto inestable cuando había luna llena.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Aquí damos por sentado que siempre fuimos así, como si fuéramos una variación genética del *homo sapiens* o algo así.

—¿Y allí piensan diferente?

—Basan nuestra ascendencia en antiguas leyendas nórdicas. —Asentí y esperé a que continuara—. No les presté demasiada atención, pero en resumen sería algo así como que un dios antiguo se convirtió en lobo y tuvo dos hijos. Uno adoraba al sol y era más tranquilo, más sociable, diríamos, mientras que el otro adoraba a la luna y era una encarnación del caos y de la violencia.

—Y Nolan cree que desciende de ese último linaje.

—Lo hace. —Ladeé la cabeza y miré a la lobita—. Un alfa de esa estirpe se instaló en un poblado y sometió a las lobas. Solo los machos cuya ascendencia le complacía sobrevivían a la purga que aquel tipo hacía; cuando él murió, los descendientes siguieron con sus brutales costumbres. —Me quedé quieto, intentando integrar aquella información—. La pareja del beta de Lucas, James, se escapó de esa manada. Cuando él lo supo, le pidió a Lucas interferir.

—Cuando dices interferir…

—Lo que les hacían a las lobas de esa manada era mucho peor de lo que hicieron ellos.

—Hubo un derramamiento de sangre.

—Lo hubo, sí. —Desirée elevó el mentón y vi una fuerza renovada en su mirada—. Aunque arrebatar una vida puede dejar una cicatriz, no hacerlo dejaría otras mucho más grandes.

Me sorprendió la madurez que de repente poseía. Asentí, preso de mis propios tormentos. De la sangre que en su momento me vi obligado a derramar en la tierra de nuestros ancestros.

—No quiero imaginarme lo que pasaron esas lobas.

—Sus confidencias me ayudaron a… no sé, salir del bloqueo. —Hizo una pequeña pausa—. Me alegro de lo que hice. Incluso si me pesa. Y sé que deberé llevar esa carga el resto de mi vida.

Su mirada estaba más apagada, los recuerdos del pasado acechaban entre las sombras.

—Lo único que lamento es no haber llegado antes y ser yo quien cargara ese peso.

—Lo sé, pero está bien así. Además, tengo una noticia candente.

—Dime que no estás embarazada.

—Idiota. —Se rio—. Jana se ha ofrecido a ayudarme a presentar una solicitud para una academia de arte en la que hacen un grado medio de Artes Plásticas y Diseño para el año que viene.

—Esa es una gran noticia.

—Le debo mucho.

—Y ella a ti, por obligarla a seguirte hasta Dóen.

—Visto así… ¿A que hacen una bonita pareja?

—Si te gustan ese tipo de cosas, supongo que sí.

—Verles me hace pensar que en la vida también pueden pasarte cosas buenas.

—Siempre. La vida es un montón de claroscuros, pero no por eso deja de ser maravillosa.

—Hay veces en que los oscuros no te dejan ver que hay luz al final del túnel.

—Lo sé. —Observé la fragilidad de aquella loba que, al mismo tiempo, estaba demostrando una gran fortaleza pese a su edad—. Pero has de confiar en que, con perseverancia y dejando que te acompañen las personas que bien te quieren, se puede llegar a la salida.

—Ahora lo veo. ¿Sabes qué? —La miré—. Lo que hay detrás, mola.

—¿Mola? —Me hizo reír—. Eso suena bien, supongo.

—Aunque me da un poco de miedo, porque desde aquello, no he vuelto a coger un lápiz.

—Siempre se te dio bien, no creo que se pierda la habilidad de la noche a la mañana. Lo que en realidad importa es si te apetece volver a hacerlo. —Me sonrió, pero lo hizo con timidez.

—Sí. Es algo que me falta, como si necesitara, de hecho, volver a dibujar. ¿Sabes? Como cuando hace mucho que no sales a correr con otros lobos. —Asentí.

—En tal caso, coge un lápiz y dibuja, no sé, lo que te apetezca. —Vi que titubeaba—. No pasa nada si algo ha cambiado, si lo que sientes que quieres transmitir no es lo que hace un año necesitabas. Lo que sea, estará bien. —Vi que apretaba los labios y respiraba con dificultad, y supe que ese era su gran miedo, el hecho de que había dejado atrás aquella fase de retratos con rostros sonrientes y colores alegres que le daban un toque jovial y distendido a la mayor parte de sus dibujos. Ya no era esa niña. Esa loba—. Todo artista pasa por fases, Desirée. Igual ha llegado el momento de que evoluciones. Deja que salga. Lo que sea. No importa. Estoy seguro de que será increíble.

—¿Y si es oscuro y un tanto decrépito?

—¿Más que el cuadro ese de un tipo que se llama Saturno y sale devorando a su hijo?

—Bien visto. —Me sonrió—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Te escucho.

—¿Podrás llevarme este fin de semana a Dóen? Mi padre se ha ofrecido, pero…

—Cuenta conmigo. —No le dejé acabar la frase.

—Vale, bien, perfecto. Gracias. —Dio por acabado el refresco y la conversación. Se despidió de mí y se fue por la misma puerta que había entrado, dejándome con una media sonrisa en el rostro.

—Gracias a ti, Desirée, por darme esa excusa que tanto necesitaba.

Lavé el vaso y me sequé las manos en un trapo mientras intentaba buscar las palabras apropiadas. Lo justo. Ni más ni menos. Para cuando me senté en mi taburete, teléfono en mano, mi corazón palpitaba un poco demasiado rápido.

«Este fin de semana llevaré a Desirée a Dóen»

«Hola a ti también»

Zorra implacable.

Me encontré tecleando de nuevo con una sonrisa bobalicona en el rostro y agradeciendo estar a solas en el bar.

«Si estás en este plan, no te diré que quizá me quede a dormir»

Hubo una pausa, pese a que había leído mi mensaje. ¿En qué estaría pensando? Podía imaginármela mordiéndose el labio inferior, ese que me moría por ser yo quien lo hiciera. ¿Estaría preguntándose cuáles eran mis intenciones? Me encontré empalmado, incluso si ese tipo de entretenimientos no estaban en mi plan de viaje.

«¿Y eso?»

No tenía claro si se suponía que se alegraba o le importaba una mierda. ¿No podía… no sé, ser como el resto de las lobas y enviarme un montón de emoticonos de caras contentas o corazones junto a una proposición indecente y tentadora? Quizá mejor que se limitara a los dibujitos absurdos, porque tendría serios problemas para negarme, pese a que sabía que acostarme con ella sería el peor de los errores. Desearla sin haberla tenido nunca ya era bastante malo. Catarla y prescindir de ella después volvería loco a mi lobo.

«Se lo prometí a la abuela de Nolan»

«¿Y el bar?»

«Silas me debe como unas cuantas. Se ocupará él»

«El sábado trabajo, pero a la noche estaré libre»

El que ahora se estaba haciendo ilusiones era yo. ¿Era cosa de mi mente calenturienta o sonaba a una invitación? En seguida llegaron un montón de mensajes suyos, pero no eran los que en el fondo me apetecía leer.

«Avisaré a Mathew y a Nolan.
El martes fue luna llena, así que no creo que Nolan se apunte.

Suele estar más antisocial de lo habitual durante unos días»

Por esa historia un tanto absurda de los lobos de la luna. Lo que me hizo recordar que no le había llegado a preguntar a Desirée por qué había lobos a los que había llamado «raros» en Dóen. ¿O tal vez me había soltado ese rollo para no contestar a mi pregunta? Lobita lista. Sonreí.

«Por no mencionar que ahora, además,
tiene una cama caliente»

El que andaba caliente era yo.

Y más me valía dejar de fantasear en un plan para dos, lo que, en el fondo, era el mejor de los contextos. Debería bastarme verla un rato, poder capturar de nuevo su olor, ese que ya había desaparecido de la manta que aún seguía en mi cama, sin lavar, ya no sabía bien bien ni por qué. Me resistía a separarme de ella. Como un niño que se niega a soltar su peluche favorito.

«No suena como un mal plan»

«A Mathew le vendrá bien un poco de compañía.
No está en su mejor momento»

«¿Por?»

«Necesita echar un polvo. O unos cuantos»

«Conmigo no cuentes»

Me la imaginé sonriendo. Y deseé ver cómo lo hacía.

«Deberías vigilar esa boca sucia tuya,
o un día te meterás en problemas»

Vi que estaba escribiendo y que la pantalla se quedaba en blanco después, repitiendo el proceso en bucle, como si estuviera borrando lo que acababa de anotar para volver a escribir y borrarlo al tiempo, de nuevo. Esperé, sintiéndome nervioso.

«¿Y si resulta que me gustan los problemas?»

«Dime algo que no sepa»

«Nos vemos el sábado»

Me obligué a lanzar el teléfono sobre un montón de trapos, como si me quemara, porque aquello era el mayor subidón que sentía en días y no quería acabar enganchado al teléfono, a sus palabras, al hecho de que ella estaba al otro lado pendiente de mis mensajes. Y yo de los suyos.

Lo que no pude evitar fue pensar sobre qué tipo de problemas hacía referencia Ona, y en cuáles me gustaría que ella y yo nos viéramos envueltos.

Capítulo 17



APARQUÉ FRENTE AL HOSTAL y una de las ancianas apareció en el portal. Apenas había cruzado unas pocas palabras con ella las veces que había venido a traer a Desirée, pero apuntaba maneras. Sospechaba que ese par de ancianas que gobernaban el hostal desde su cocina serían capaces de poner a Elías y al resto en su sitio con sus miradas inquisitivas y sus palabras directas y un tanto ácidas, por eso de que las verdades a veces producen quemaduras y urticaria.

Me costaba pensar que hubieran sufrido algún tipo de abuso. Si así había sido, me alegraba de que Lucas y su manada hubieran intervenido. En cualquier caso, era evidente que su influencia en Desirée le había devuelto parte de su alegría y la había hecho más dura, más fuerte, pese a sus cicatrices, como las había llamado ella.

Desirée corrió hasta ella y me sorprendió que la acogiera entre sus brazos como si fuera su cachorro. Incluso si ni siquiera formaba parte de su manada. No le importaba.

—¿Qué tal fue la fiesta?

—Estuvo bien, pero ya tenía ganas de volver.

Volver. Era una palabra que podría aparentar inocua, pero, en cambio, decía mucho.

Volver aquí.

Volver a casa.

Algo había cambiado en Desirée.

Y su corazón estaba dividido entre su manada y aquel hostal en el que había encontrado una nueva familia. Y un nuevo hogar. Hablaría de ello con Derek. No tenía claro cómo se suponía que debíamos gestionarlo. Si tal vez debíamos arrastrarla de vuelta o, en cambio, la mejor opción sería animarla a quedarse allí, con esas lobas, pese a la distancia que la separaba del que era, en realidad, su grupo.

—¿Qué haces tan pensativo? —se interesó la anciana.

—Elena. —Incliné la cabeza a modo de saludo y ella me sonrió mientras Desirée se despedía de mí sacudiendo la mano. La vi desaparecer dentro del edificio como si fuera un torbellino de energía.

—Me ha dicho un pajarito que vas a quedarte. —Me sentí estudiado.

—Solo por esta noche.

—Una pena, yo pensaba que sería para toda la vida. ¡Muchas aún estamos solteras! —Me guiñó un ojo y rio por lo bajo al ver mi cara de terror. Esa mujer tenía la habilidad de ponerme nervioso—. Susan te ha preparado una habitación con vistas al bosque, ¿quieres instalarte ahora o más tarde?

—Dejaré mis cosas y pasaré a ver a alguien. —Sus ojos se entrecerraron, creando dos pequeñas rendijas.

—Es demasiado pronto para Mathew, aún estará en su finca. —Me limité a seguirla al interior del edificio con la mochila a mi espalda—. Y el martes fue luna llena, así que dudo que Nolan tenga ganas de sociabilizar.

—Y yo que pensaba que esas historias de los hombres lobo aullándole a la luna era una costumbre absurda en la que nos tenían encajonados —ronroneé.

—Hay tantas cosas que apenas sabes, Daniel —soltó aquello y me miró con una condescendencia que, si no fuera anciana, por no llamarla vieja, se hubiera ganado un «vete a la mierda», pero soy de esos que intentan mostrar un cierto respeto por los que nos precedieron.

Incluso ante aquellos que parecen disfrutar entrometiéndose en la vida de los demás o los que se dan aires de entrometidos. Los viejos de mi manada tenían a nuestra paciencia y temple entrenados para situaciones extremas. Para bien o para mal.

—Voy a darme un paseo.

—Si quieres ver a Ona, está en el centro veterinario. —Notó que me tensaba—. Nuestra vista no es la que era, pero el olfato, ese no se pierde. —Se rio por lo bajo antes de añadir—: Solo tienes que ir

en esa dirección y girar la tercera a la derecha. Es el último edificio, uno que hace esquina.

—Sabré encontrarlo.

—Lo sé, pero si tuvieras alguna duda, limítate a seguir el rastro de los alfas. Viven en el piso de encima.

Genial.

Lo último que me apetecía era invadir el espacio personal del alfa de Dóen.

Su relación con mi manada no era mala, pero a mí me repateaba un poco eso de las jerarquías. Con Derek era un tema aparte, porque habíamos crecido juntos. Pese a que era mi alfa, me sentía un tanto protector para con él en muchas ocasiones, como si, en el fondo, fuera poco más que otro hermano pequeño por el que velar las noches en las que acecha la tormenta.

Caminé por aquella calle asfaltada, decorada con pequeñas jardineras repletas de flores a ambos lados. Había árboles que tenían aspecto de haber estado antes de que el lugar fuera urbanizado y hubieran intentado respetar su presencia mientras el pueblo crecía a su alrededor.

Era un pueblo mucho más grande que el nuestro, pero lo que más me fascinaba y sorprendía, a partes iguales, era que los lobos interactuaban con los humanos como si fueran iguales.

Maya nos lo había dicho, pero verlo era algo totalmente diferente. Jamás hubiera pensado que algo así era posible, pero no era raro encontrar a un par de lobos jugando al dominó en una de las mesas del hostal, a la panadera hablando de sus cachorros con una humana o incluso a varios niños jugando con un grupo de lobos. Sabía que la mayor parte de ellos ignoraban nuestra verdadera naturaleza, pero la convivencia entre ambos grupos parecía fluida, y hasta diría fácil.

No fue el rastro del alfa de Dóen el que llamó mi atención, sino el de Ona. Sentirlo removió algo en mi interior, así que me permití el capricho de quedarme quieto, deleitándome con su olor, durante un rato, incluso si ya había localizado el edificio que ostentaba una bonita cruz azul en la fachada.

Cuando me sentí más calmado, capaz de enfrentarla con una cierta indiferencia, tomé la dirección del centro veterinario y abrí la puerta. Accedí a una amplia sala de espera con sillas y pósteres de animales y enfermedades comunes de la zona. En un lateral había una mesita baja llena de panfletos de propaganda sobre los beneficios de la desparasitación; y frente a mí un pequeño mostrador detrás del cual se encontraba un muchacho que no llegaría a los veinte. El local se veía limpio, pero tenía un toque rústico, por no llamarlo anticuado.

Apenas le presté atención al chico, de entrada, hasta que mis ojos se fijaron en el atípico color de los suyos, una mezcla entre malva y violeta que parecía brillar con una inteligencia viva.

Sentí algo, un reconocimiento, en ellos, y me tensé de forma instintiva. Era un lobo. Pese a que era joven, todos mis sentidos se pusieron alerta, como si aquel muchacho pudiera llegar a ser un peligro. Si eso tenía algún sentido.

—Vaya, vaya. No sabía que íbamos a tener una visita extra esta mañana. —Ladeó la cabeza y me estudió.

—Estoy buscando a Ona Anthony.

—Dime algo que no sepa. —Me sonrió con un deje soberbio que me hizo desear partirle la cara.

—¿Y tú eres?

—Lo que ella necesita, ya me entiendes. —Me guiñó un ojo. Sentí que se me erizaba la piel y el deseo de ponerle en su sitio empezó a acrecentarse.

—Dudo que tengas siquiera edad para beber, no creo que fueras capaz de estar a la altura. —Rio por lo bajo. El muy cabrón. Mientras aquellos ojos violetas parecían parpadear y me sentía, no sé, ¿expuesto?

—Yo no estaría tan seguro. ¿Quieres que te cuente qué es lo que más le gusta? —Se la estaba ganando. Si seguía por ese camino, acabaría partiéndole la cara. Mis colmillos se alargaron y dejé fluir un gruñido bajo, una clara advertencia de que me estaba cabreando.

Una puerta se abrió, pero apenas fui consciente de aquello, porque en esos momentos mi instinto estaba centrado en aquel mocoso al que deseaba poner en su sitio. Me quemaban sus

insinuaciones, incluso si estaba casi convencido de que no eran más que un bulo para hacerse el machito. Era apenas un cachorro.

—¿Daniel? —Su voz me obligó a reaccionar. Estaba ligeramente obnubilado por esa emoción, la rabia teñida con matices de celos, que ni siquiera había sido consciente de que era Ona la que había entrado en la salita del dispensario—. ¡Luke! Para lo que sea que estés haciendo.

Sonó a reprimenda. Y eso me ayudó a calmarme y a que una sonrisa perezosa asomara a mi rostro. Miré al muchacho como quien se sabe vencedor.

—¿Sabes que se estaba planteando desollarme vivo? —le informó el lobo a Ona que, en vez de mostrarse sorprendida, se frotó la frente.

—¿Qué le has hecho? —Elevó una ceja, de forma acusatoria.

—Solo estaba jugando un poco. No sabía que tenías planes para esta noche.

—Pues me alegro de que no lo sepas todo, para variar. —Puso las manos sobre sus caderas y sonreí porque parecía enfadada con aquel lobo. Lo que, para mí, se sentía como pura ambrosía.

—Lo que sí sé es que…

—¡Luke! —lo cortó a media frase—. ¿Crees realmente que quiero o que debo saberlo?

El lobo ladeó la cabeza y se quedó pensativo.

—Saberlo, ya lo sabes. —La miró con una expresión cómplice antes de añadir—: Y él también.

Me señaló con el dedo y me sentí, no sé, atacado. Un gruñido bajo sonó de mi pecho.

—Perfecto. ¿Algo más para que puedas quedarte a gusto y calladito hasta que acabe la visita que tengo dentro?

—Que es mala cosa tener a dos alfas reprimidos jugando no sé exactamente a qué.

—Gracias por tu aportación, Luke. Ahora solo confírmame que puedo ir a acabar la visita y no vas a seguir jugando con Daniel. No quiero que nadie acabe tumbado en el suelo.

—Eso lo dice por ti, que lo sepas. —El cachorro me miró con un deje de prepotencia que hizo que apretara los puños y deseara

clavarle un directo en medio de ese rostro de niño bueno—. Prometo comportarme.

—Bien, gracias. —Asintió y se giró para mirarme. Parecía ligeramente acalorada y tenía un mechón que le caía en medio del rostro. Hubiera sido tentador colocárselo detrás de la oreja, pero me quedé quieto, en el lugar en el que estaba—. Acabo la visita que está dentro y estoy libre. —No me dio tiempo a contestarle, porque se giró hacia el muchacho y alzó un dedo, como si pretendiera amenazarle con él—. Recuerda que me lo has prometido.

El lobo rio por lo bajo y ella desapareció. Pretendía sorprenderla, pero no había salido exactamente como me había imaginado.

—No es de esas. —Me giré para mirar al muchacho.

—No es de las que baten las pestañas cuando un macho las visita en el trabajo y les tiembla el pulso. Tienes una imaginación pésima.

—Yo no le he prometido nada. Igual te gustaría ver el suelo más de cerca.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—Me encantaría que lo intentaras, en serio. —Su expresión condescendiente me hizo pensar cuánto se cabrearía Ona si le daba una lección. Allí mismo. En ese justo momento—. Mucho, créeme, la conozco. Igual que ella sabe que podría tumbarte. No importa lo fuerte que seas. De hecho, ni siquiera necesitaría transformarme, ¿sabes?

—No tienes la más remota idea de lo que estás diciendo, chaval. —Me sostuvo la mirada—. ¿Sabe Ona que finges que tienes una historia con ella? Si yo fuera ella, me cabrearía que hicieras algo así.

—Pues no te cuento si se entera de que te la cascas mientras te la imaginas abierta de piernas. —Me tensé y empecé a convulsionar, un cabreo considerable y la necesidad de poner a ese mocoso en su sitio—. Ona es mi prima, lobo, así que relájate.

Tardé unos segundos en integrar aquello. El primo de Ona. ¿El hijo de Amanda y Lucas? ¿No era de ellos de los que Desirée me había contado algo? Apenas era capaz de recordar el qué mientras la rabia se disipaba y un soplo de aire fresco llenaba de repente mis pulmones. Me permití estudiarle, mirando algún tipo de similitud entre ellos.

—Sí, soy el mayor de tres. Y, te lo aseguro, no quieres vernos juntos.

—Un alfa, claro. ¡Cómo no! —De ahí esa arrogancia suya, supuse.

—Siento lo de antes. Marc, el padrastro de Ona, es una mala influencia. Disfruta irritando a mi padre y no he podido evitarlo. Era tentador. Tanta testosterona junta. Ese deje de inhibición. Entiendo por qué le caes bien a Nolan. Tenéis un aire. Sois dos reprimidos. —Le solté un gruñido bajo—. En el buen sentido. Además, eres protector para con los tuyos. ¿Habrías podido ser el alfa de Pardines? Sí. Tienes un algo. Vienes de su mismo linaje. ¿Una rama perdida?

—El abuelo de Derek era hermano de mi abuela —le dije aquello mientras me limitaba a estudiarle. Lucas habría analizado a nuestra manada a fondo y su hijo estaba al tanto de todos nuestros pequeños entresijos. Era listo. Y astuto. Incluso siendo un crío, más me valdría tener cuidado con ese lobo.

—Mi padre no tenía que heredar la manada, ¿lo sabes? —Asentí y él sonrió—. Técnicamente, Ona debería heredarla, pero nos envió a la mierda cuando se lo insinuamos, aunque eso ya lo sabíamos.

—¿Ona?

—Es hija del hermano mayor de mi padre. Una alfa por derecho propio, por mucho que finja. Aunque no es la única, después de todo. —Dio unos golpecitos sobre la madera del mostrador—. Espero que seas tenaz y un tanto testarudo, porque mi prima no va a ponértelo fácil. Creo que te odia un poco, ¿sabes? —Hizo una pausa y añadió tras hacer un mohín—: Y tú a ella, por lo visto. ¿Por qué?

—Hablas mucho.

—Pues veo más de lo que digo. —Sus ojos violetas brillaron. Debía de ser un efecto de la luz que se colaba por los ventanales. Su expresión cambió. Se volvió más tensa—. Joder, vale, esa no me la esperaba. No sé cómo gestionaría yo algo así. Igual hasta me pongo de tu parte y te admiro por no partirle la cara a tu hermano. Yo creo que la tendría con los míos, pero claro, ellos sabrían que ella…

—¿Qué coño estás haciendo? —le interrumpí, tenso.

—No puedo evitarlo, pero supongo que te debo una explicación y una disculpa, ahora que te has ganado mi respeto. —Hizo una

mueca y salió de detrás del mostrador para acercarse a mí y me tendió la mano. Se la estreché con un poco más de fuerza de la que era estrictamente necesaria y él sonrió ante aquel detalle—. Tengo un mucho de lobo fenrir y una cierta habilidad en leer mentes.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo siento si he sido un poco borde al principio, pero verte fantasear con mi prima se me ha hecho un tanto molesto, ¿sabes?

—¡Yo no…! —Gruñí por lo bajo y él alzó una ceja, inquisitiva.

Era imposible.

Que ese mocoso pudiera hacer algo así.

Pero luego había algo en esos ojos violetas.

Que parecían tener luz propia.

Tenían que ser unas lentillas cosméticas, de esas que se estaban poniendo de moda entre los frikis.

Solo eso.

—No sabía que tú y ella… bueno, lo que sea. Para compensarte, te diré que ella también tenía ganas de verte. —Le miré. Solo eso. Y joder, sentí la verdad en sus palabras—. Deberías decirle que estás cabreado. Tienes derecho a estarlo. Dicen que ese tipo de cosas, con un buen polvo, se ponen en su sitio.

—Y tú deberías, no sé, ¿dejar de meter el hocico en la vida del resto?

—No sería mi estilo. —Me sonrió y, aunque deseé odiarle, acabé sonriéndole de vuelta.

No sabría decir el porqué. Pero había algo especial en aquel muchacho. No me creía esa tontería de que pudiera leer mentes, pero quizá Ona le había contado lo nuestro. Eso que no teníamos. Además, era de dominio público que ella y mi hermano estuvieron juntos. ¿Lo sabría por casualidad o ella se lo habría contado? ¿Acaso importaba?

Había dicho que tenía ganas de verme.

Era una estupidez que me hubiera gustado escucharle decir aquello.

Ona no tardó en salir del consultorio, acompañada de una pareja con una tortuga. Se despidió de ellos y solo entonces focalizó su atención en mi persona y me sonrió con una mezcla de inseguridad

y timidez que no eran propias de ella, pero admito que hizo que mi pulso se acelerara. Igual hasta merecía la pena el mal rato con el muchacho para verla así, ligeramente sonrojada.

—Dime que no ha hecho nada inapropiado.

—¿Al margen de leerme la mente?

—¡Luke! —Gruñó ella mirando al muchacho que se limitó a hacer un mohín.

—Solo bromeaba, Ona —intervine y la loba nos observó a ambos.

—Apenas he capturado una imagen y no he podido evitar hacerlo, pero como él no se lo cree, ¿no podría considerarse un atenuante? Además, tenía mis motivos.

—Los que sean, no quiero saberlos —le indicó Ona.

—Lo sé, pero si se entera mi padre se molestará porque no se lo hayas dicho.

—Sé lo que me dirá.

—Y no es lo que quieres oír.

—Guárdame el secreto.

—¿Qué secreto? —cuestioné, entrometiéndome en su conversación. No me gustaba que me dejaran al margen. Uno tiene su ego.

—Ese que se sabe a voces, pero, si se dijera en voz alta, dejaría de serlo —me contestó el lobo.

—Tu primo es de lo más raro.

—No tienes ni la más remota idea de hasta qué punto —me repuso Ona mientras Luke reía por lo bajo. Vi que la loba se metía detrás del mostrador y sacaba una chaqueta y un bolso.

—Mathew está en el hostal —le indicó Luke a su prima tras ladear la cabeza—. Yo de vosotros buscaría un lugar tranquilo para cenar, porque ese par de viejas piensa entretenerse a vuestra costa.

—Tan encantadoras ellas como siempre —musitó Ona.

—Se sienten pletóricas con lo de Nolan y Jana. —Sonrió—. Yo recojo lo de dentro, id a salvar a Mathew antes de que sea demasiado tarde.

Se miraron con una complicidad que me recordó a Silas y a Derek.

Salimos a la calle. Me obligué a meter las manos en los bolsillos porque no sabía qué hacer con ellas. Así de extraño se sentía. Había ido a buscarla al trabajo. ¿Había hecho algo así con otra hembra en toda mi vida? Mejor no pensarlo, porque sabía perfectamente cuál era la respuesta.

Se escuchó un bip-bip y Ona sacó su teléfono de dentro del bolso. Vi que leía algo en la pantalla.

—Es Mathew. Ha ido al hostal a buscarte. Te ha enviado un mensaje hace un rato.

—No llevo el teléfono encima. Está con mis cosas en la habitación.

—¿Alguien quería salir a correr un rato? —Le sonreí.

—Tal vez.

—¿Sabes qué? No me desagrada del todo la idea.

—Bien.

—Bien.

Capítulo 18



NOS REUNIMOS CON MATHEW en el hostal, pero nos excusamos cuando nos ofrecieron cenar allí.

Para cuando volvimos a la calle, ya se estaba poniendo el sol. Era imposible no deleitarse en el perfil de su rostro iluminado con tonos anaranjados y rojizos.

Fui consciente de que los ocasos de Dóen nada tenían que envidiar a los de Pardines. Admito que soy de los que disfrutan parándose a observarlos mientras permiten que el tiempo se les escurra entre los dedos. El mundo fluye. Y cambia. Sin apenas darte cuenta. Como la mismísima vida. El destino. Lo que somos. Y lo que podemos llegar a ser.

Agradecí que entráramos en un local y que mi mente dejara de fantasear con temas un tanto abstractos que no deberían interesarme. Ese nosotros.

Nos sentamos los tres en una mesa de una pizzería sin aires de grandeza, pero con aromas deliciosos y una ambientación agradable. Pasar la velada con dos desconocidos no era algo que acostumbrara a hacer y, sin embargo, me encontré disfrutándolo.

Mathew y Ona compartían la complicidad de quienes han crecido juntos. Admito que un ramalazo de celos hizo acto de presencia a lo largo de la noche, cuando veía que compartían anécdotas y risas. Pero me obligué a recordar que Mathew y Maya habían tenido una historia que se había dilatado en el tiempo y que Ona había negado que ellos hubieran ido más allá de una amistad más fraternal que otra cosa.

Existe ese tipo de lealtad inquebrantable entre mujeres, entre hermanas, y acostarse juntos hubiera sido una forma evidente de traicionar esa confianza. La calma que me aportó esa certeza se

eclipsó al sentir la herida que aún estaba abierta en mi pecho. La historia que mi hermano y ella habían tenido.

Mi hermano no era consciente del daño que me había hecho y prefería que eso no cambiara, porque sabía que, si lo exponía abiertamente ante él, no solo haría que Silas se sintiera como una mierda, sino que yo no podría contener la rabia que tenía y las ganas de hacerle daño, porque él me lo había hecho primero. Muy maduro por mi parte, correcto, pero era un instinto que aplacaba con dificultad, evitando a mi hermano para no acabar partiéndole algún hueso sin que él tuviera claro a santo de qué.

En lo referente a ella… aún no sabía qué sentía o pensaba ella de todo aquello. De Silas. De mí. De lo que jamás seríamos. De lo que podría haber sido.

Estábamos tomando unas copas cuando Mathew empezó a hurgar sobre mi pasado.

—¿Alguna vez has mantenido una relación con una humana?

—No.

—En Pardines eso de las relaciones entre lobos y humanos no está bien visto —intervino Ona y asentí—. Aunque algunos no tienen problemas con sociabilizar en la parte más básica de las relaciones entre un macho y una hembra.

Silas, cómo no. ¿Le molestaba habérselo encontrado con otra mujer la mañana que vino a buscarle a mi piso?

—¿Y con una loba?

Mathew me estaba estudiando, ignorando mi ceño fruncido y el aspecto molesto que seguro asomaba a mi rostro. Era algo que no podía evitar cuando pensaba en Ona y mi hermano. Me quemaba. Y sacaba lo peor de mí.

—Una vez —cedí frente a su insistencia—. No duró mucho, apenas unos meses.

—¿Por qué? —A Mathew lo de entrometerse en la vida de los demás le traía sin cuidado, por lo visto.

—Me gusta tener mi espacio.

—¿La de la fiesta del reclamo? —se interesó Ona y asentí.

Que tuviera una cierta curiosidad por mi vida personal no compensaba la acidez que sentía cada vez que ella hacía algún tipo

de referencia a mi hermano. Era mi compañera, se suponía, pero solo podía pensar en él. Y en lo que ellos habían compartido juntos. O, quizá, era yo el que no era capaz de pensar en otra cosa que en ellos dos copulando desnudos.

—¿Era de vuestra manada? —Negué con la cabeza frente a la insistencia de Mathew, intentando alejar de mi mente la imagen de Silas junto a Ona—. ¿Volviste a verla después de plantarla?

Si no fuera por su sonrisa neutra, igual hubiera ignorado su pregunta y me hubiera centrado en mi bebida, pero esa era del tipo de cosas que nunca hablaba con nadie y, de repente, me apetecía hacerlo. Quería que Ona supiera que yo también había tenido una vida y hembras dispuestas a complacerme. Casi deseaba que le doliera. Un poco, al menos. Para que supiera cómo esa mierda me desgarraba por dentro.

—En alguna ocasión nos volvimos a ver, sí, cuando ella estaba de paso.

—Eso suena a que se convirtió en algo así como una follamiga.

—Más lo primero que lo segundo —admití con una media sonrisa, altiva. Mathew rio por lo bajo.

—¡Brindemos por eso! —Elevó su copa y Ona y yo le seguimos, pero nuestras miradas no llegaron a cruzarse.

Que me rehuyera me molestaba, pero era cierto que al mismo tiempo aspiraba que despertara en ella algún tipo de emoción, de rabia, quizá, o de celos. Las lobas suelen ser bastante posesivas, en cuanto a sus crías y también con sus machos. ¡Si solo ella lo fuera un poco!

Si de remover la mierda se trataba aquello, decidí sacar algún tipo de beneficio, así que miré a Ona y le pregunté:

—¿Qué hay de ti? ¿Alguna relación que vaya más allá de un fin de semana sobreviviendo a base de sexo? —Sí, hacía referencia a Silas y, por su mirada entre irritada y culpable, sospeché que ella lo sabía. Aunque no esperaba ver eso último.

Como si le doliera que lo sacara a la luz de nuevo.

No diré que lamentara habérselo tirado a la cara. No era la primera vez que lo hacía. Solo evidenciaba lo que ella había hecho.

Quería hacerle daño y, sin embargo, verla con ese punto de fragilidad en los ojos no se me antojó para nada placentero.

—Ya sabes que no sería mi estilo. —Se encogió de hombros y asentí. ¿Igual me había pasado?

—No puedo negar que un buen polvo sin compromiso es un buen plan. —No sé por qué dije aquello, pero una media sonrisa asomó en su rostro mientras asentía, aunque su mirada seguía apagada.

Apreté los labios, consciente de cuán diferente podría haber sido todo si ella me hubiera buscado a mí aquella primera vez que se dejó caer en Pardines. ¿Y si hubiéramos estado los dos juntos, descubriendo nuestros cuerpos al tiempo que tomábamos consciencia del vínculo que existía entre nuestra esencia de lobos? Joder. Desvié la mirada hacia mi copa y en un silencio, que se volvió un poco tenso, Mathew añadió:

—Doy fe de que a Ona le dan sarpullido las relaciones estables, pero eso se debe a que nunca se ha enamorado. Yo creo que eso lo cambia todo. ¿No crees, Daniel? —No pude menos que buscar la expresión alegre del lobo y sostenerle la mirada, pero no tuve tiempo de contestarle porque añadió—: ¿Te has enamorado alguna vez?

El tercer grado empeoraba por momentos, así que me puse a la defensiva.

—¿Como tú de la pareja de mi alfa? —Elevé una ceja, y él sonrió.

—Tocado y hundido. —Hizo un mohín y vi que aún le dolía aquello—. Me alegro por ella. Y lo cierto es que hacía ya mucho que no estábamos juntos, pero supongo que mantenía un resquicio de esperanza de que un día volvería a casa y podríamos retomarlo.

—No debería haber sacado ese tema. —Admito que me sorprendió que hablara de aquello de forma abierta, de sus sentimientos, sí, pero también de sus debilidades—. A Derek le caerías bien, si no fuera por eso de que los celos le pueden, y es posible que acabara arrancándote la cabeza si sueltas algo así frente a él.

—¡Doy fe de ello! —soltó Ona mientras empezaba a reír. Su rodilla chocó contra la mía y me encantó aquello. Su proximidad. La sensación de complicidad que podía sentirse. Entre nosotros.

Era obvio que ambos nos sentíamos cómodos cerca de Mathew. No es que conociera demasiado a ese lobo, pero sí sabía lo suficiente como para tener la certeza de que era leal para con los suyos. Ya era más de lo que podía decir de los viejos de mi manada.

—Ya, bueno, eso… No tengo en mente ir a Pardines a visitarte, la verdad, después del despliegue de hostilidad con el que me agasajó el fin de semana pasado, así que espero mantener mi atractivo cuerpo de lobo de una sola pieza.

—¡Te lo tendrás creído! —se quejó Ona entre risas.

—Si no me crees, tú pregúntales a tus amigas. Las tenía a punto de caramelo.

—Sabes que no me hubiera importado que tú y una de ellas…

—¿Solo una? Igual me habría sabido a poco —ronroneó Mathew para picarla, pero Ona cayó en su treta y le dio una patada por debajo de la mesa, a lo que el lobo lanzó un aullido y empezó a reír a carcajadas—. Vale, ahora que ya los dos os habéis metido conmigo, que conste, Daniel, que no me has contestado.

—Eres peor que una mosca cojonera —indiqué y él rio. Ona también, aunque ella tuvo la delicadeza de hacerlo por lo bajo, no a carcajadas.

—Me tomaré eso como que sí. ¿Una bonita loba? ¿Una humana que estaba de paso?

Creo que no había hablado de ella con nadie. Ni siquiera con Silas o Daniel. Que no quiere decir que ellos no supieran que había existido, pero su paso por mi vida fue fugaz, y dudo que ellos llegaran a saber que esa hembra en concreto había despertado algo en mi interior. Una ilusión. El interés de conocerla a ella, y no solo a su cuerpo.

—Hubo alguien —cedí—. O podría haberlo habido… apenas quedamos unas pocas semanas.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Mathew.

—Desapareció, sin más.

—¿Desapareció? ¿Por?

—Supongo que no le gustó lo que encontró, así que decidió largarse sin mediar palabra. No sabría decirte, no la busqué para preguntárselo.

—¿No intentaste ir a por ella? Joder, Daniel, te tenía por un lobo con más sangre en las venas. Eres un beta, digo yo que serías capaz de pelear por una loba si esta mereciera la pena —soltó Mathew y admito que me tocó un poco la fibra sensible.

—Igual no la merecía. —O quizá sí, pero era más fácil dejarlo ahí y no ahondar en aquellos días. Mathew rio por lo bajo, pero Ona se mantuvo en silencio mientras yo me volcaba en los recuerdos.

Hacía bastante de aquello. Era una loba solitaria que había perdido a sus padres y se planteaba instalarse con sus tíos y su manada al otro lado del Pirineo. Como el trayecto era largo y le sobraba tiempo, había decidido pasar en Pardines unas pocas semanas antes de abandonar el país y adentrarse en tierras francesas.

Recuerdo cómo entró en mi bar con aspecto asustadizo, sabiendo que se estaba metiendo en la boca del lobo, porque alguien le había dicho que fuera a hablar conmigo por algo relacionado con uno de los lobos de la manada.

Después de aquello, habíamos estado un par de semanas tonteando y dos días después de que nos hubiéramos acostado, dejó de responder a mis mensajes de texto. Esperé un par de días y, para cuando decidí ir a su encuentro, la habitación que había alquilado estaba vacía y nadie sabía nada de ella. Se había volatilizado, dejándome allí tirado, esperando algo que jamás había tenido intención de darme. Supuse que priorizó reencontrarse con su familia y quiso minimizar la despedida hasta el punto de evitar que existiera una; o tal vez se asustó al descubrir la rudeza que también me caracterizaba, sin embargo, no quise fingir ser algo que no era. Y menos con ella.

Sí, había sentido algo por aquella loba de ojos azules y un aire de inocencia que, sin darse cuenta, había acabado seduciéndome y calando más allá de la superficie en la que solía mantener al resto de hembras a las que montaba. Y ese fue el problema.

Pasé un mal rato, pero al mismo tiempo asumí que mi forma de ser para con una pareja no era apta para cualquiera. La calma que solía mostrar al mundo no era la que me caracterizaba cuando dejaba que el lobo marcara su ritmo al acostarme con una mujer.

Mi bestia podía llegar a ser demasiado intensa y fogosa incluso para una loba, así que me planteé que parte de la culpa de que hubiera desaparecido fuera el hecho de que nos habíamos acostado juntos y mi comportamiento la había incomodado. Si era así, no tenía sentido ir a su encuentro. Yo no podía dejar de ser lo que era. Un lobo. Un tanto arisco, dominante y autoritario. Fin de la historia.

—¿Y si hubiera sido tu pareja predestinada? ¿Tu compañera? —Mathew me estudió. Sentí un sudor frío en la nuca. Me negué a mirar a Ona, así que centré mi atención en el hombre frente a mí.

—¿Crees en ese tipo de cosas?

—Sí.

—Y, en cambio, querías vincularte a una humana. ¿Y si hubiera aparecido tu compañera años más tarde? —le reté.

—Ese era uno de los argumentos que Maya solía tirarme en cara, por eso le propuse lo de casarnos antes incluso de intentar vincularme a ella. —Su expresión se volvió más oscura mientras yo digería aquello. ¿Le había pedido a Maya matrimonio? Joder, mejor que Derek no se enterara de aquello. Me caía bien ese tipo, lamentaría que acabara a trocitos.

—Más bien le dijiste, cuando apenas era una cría, que esperarías a tirártela a la noche de bodas, para marcarla y toda la mierda esa y, al hacerlo, la acojonaste y salió por patas —puntualizó Ona.

—Si me hubiera acostado con ella, la habría mordido.

—Y nunca sabremos si os hubierais vinculado o no, en realidad.

—Cierto.

Llegué a dos conclusiones: que Mathew y Maya no se habían llegado a acostar juntos, lo que me costaba entender, si su historia venía de tiempos remotos hasta prácticamente el presente, y que Ona contemplaba la posibilidad de que alguien pudiera vincularse a varias personas diferentes. Como lobo, sabía que una vez establecido el vínculo ese era inquebrantable. Un para siempre. Lo que no siempre estaba garantizado era que el vínculo se forjara

entre ellos, pese a que se marcaran de forma voluntaria el uno al otro.

—Mi realidad es que me enamoré de ella cuando éramos apenas dos críos, pero admito que con el paso del tiempo he empezado a plantearme que idealizara aquello y que tal vez ella estaba en lo cierto. Tu alfa, Derek, él la reconoció como su compañera, ¿verdad?

—Sí. —No podía negar aquello. Derek se había vuelto loco al poco de cruzarse con Maya y su instinto lo había empujado a marcarla desde que la sintió como suya. Antes, incluso, de que realmente lo fuera.

—Supongo que hay cosas contra las que no se puede luchar. —Sonrió. Aunque parecía cansado.

—No estoy de acuerdo. Somos lo que somos, pero no podemos dejar que nuestras bestias dicten nuestras acciones o que minen nuestra capacidad de tomar decisiones o nuestra voluntad.

—¿Eso significa que no crees que el lobo tenga la capacidad de reconocer a la loba que le complementa?

—Creo que un olor puede generar una serie de reacciones físicas y biológicas en los lobos de una forma mucho más acusada que en un ser humano. Qué hacemos con esos instintos depende de nosotros.

—No muchos lobos piensan así.

—¿Tú qué opinas? —Me giré para mirar a Ona por primera vez desde que Mathew había sacado ese tema.

Estaba pensativa, pero no parecía molesta. No demasiado.

—Opino que el instinto del lobo es sabio, pero es cierto que me negaría a pasar el resto de mi vida con un idiota solo porque estamos condicionados a estar juntos por algún tipo de magia antigua. No renunciaría al tipo de vida que quiero por un lobo arisco y frío.

Alzó el mentón mientras soltaba aquel discurso con un tono condescendiente, casi alegre, como si, en realidad, le importara una mierda todo aquello. ¿Un lobo arisco y frío? ¿Así era como ella me veía?

Tenía que saberlo.

Ella lo sabía.

¿Lo había descubierto antes o después de tirarse a mi hermano?

¿Había sido una mala broma del destino que lo hiciera o fue su forma de decirme que jamás cedería al pulso de ese instinto?

Nos quedamos presos en la mirada del otro, como si nos retáramos en silencio.

Fue la risa de Mathew la que nos obligó a fingir que todo estaba bien, liberándonos de aquel duelo de intenciones y voluntades de hierro.

—Ya veo, ya. Bebamos por eso. Yo le pido a los ancianos lobos fenrir que pongan en mi camino a mi pareja predestinada y vosotros dos podéis brindar para, no sé, no compartir jamás una copa junto a ellas. —Alzó su copa.

Lo miré con un deje de suspicacia. Él también tenía que saberlo. Lo que Ona y yo éramos el uno para el otro, visto en perspectiva. De ahí sus preguntas y muchos de sus comentarios. Y esa sonrisa pícara que lucía en su rostro. Supongo que su mierda, en comparación a la nuestra, apestaba menos.

Ona y yo brindamos, siguiéndole el juego.

—Por todo lo que siempre deseamos y jamás tendremos. —Supe que pensaba en Maya.

Mis ojos se deslizaron hasta los de Ona. Ni ella ni yo habíamos deseado encontrarnos, ¿no? Ni queríamos que aquello funcionara. Nos era más fácil fingir que nada había cambiado. Que el olor del otro no nos atraía de una forma totalmente nueva y embriagadora. Pero allí estábamos, el uno al lado del otro, buscándonos al tiempo que marcábamos nuestra distancia.

Joder.

La deseaba.

Pero no estaba dispuesto a dejarme llevar por ese instinto.

Y, por lo visto, ella tampoco.

Capítulo 19



NO SUPE NADA DE DANIEL durante las dos siguientes semanas. ¡Ni un maldito mensaje de texto!

Su silencio me hacía odiarle aún más, porque me negaba a ser yo la que rompiera ese vacío para conseguir que me premiara con una mala migaja de su tiempo. O de su interés. Me merecía mucho más que eso. Incluso si no quería —o no debería querer— ser el centro de sus atenciones.

Lo había dejado claro, entre copas y risas, la noche que pasamos con Mathew: él no era del tipo de hombres que persiguen a una loba. Y yo me negaba a ser la pringada que le seguía los pasos, como si en vez de una loba fuera una perrita faldera necesitada de su afecto.

Éramos incompatibles.

—Yo más bien diría que los dos sois un tanto arrogantes, si me permites la opinión. —Miré a mi primo con franco interés en cometer un homicidio, deleitándome con las imágenes de cómo lo destriparía lentamente, disfrutando mientras lo hacía. Empezó a reír y añadió a trompicones, poniendo las manos a ambos lados de su cuerpo—: Vale, vale, ¡oído, cocina!

—Idiota.

De mis primos, era el que tenía más acusado eso de las visiones o, quizá, al que le traía sin cuidado fingir que no las tenía. Su habilidad me hacía sospechar que mi tía Amanda llevaba toda la vida callando cosas que seguro que le gustaría pregonar a los cuatro vientos.

Luke tenía dieciocho años y quería ver mundo. Un poco como había ansiado, tiempo atrás, mi padre. Era un alfa, por derecho de nacimiento y también por el aura que proyectaba, pero nadie estaba

seguro de si tomaría el relevo o se lo cedería a uno de sus hermanos menores.

Una vez le pregunté a mi tía al respecto y se limitó a decirme que a veces la vida —y el destino— era lo que acababa marcando el camino más adecuado para cada uno. Lo que vendría a ser que, si lo sabía, no tenía intención de contármelo.

Amanda, mi tía, creía en esas cosas, aunque tiempo atrás, antes de acabar en Dóen, jamás hubiera admitido algo así. Sin embargo, la vida la empujó a creer en ese tipo de magia. En el amor a primera vista. En las emociones que no necesitan de palabras. Era una alfa, una un tanto peculiar, porque había nacido humana, pero, a diferencia de Maya, su posición en la manada no venía condicionada por el hecho de que se había vinculado a mi tío Lucas, sino a un algo mucho más grande que solo comprendíamos en parte.

Siempre había considerado a los hombres un entretenimiento. O un complemento, en el mejor de los casos. No me gustaba que eso estuviera cambiando. La ansiedad que sentía cada noche, cuando me quedaba mirando el teléfono y preguntándome si debería enviarle un mensaje de texto. La rabia que notaba cada mañana, ese vacío, cuando veía que él tampoco había decidido hacerlo.

Me despedí de mi primo Luke y me encontré con el todoterreno de Mathew parado frente al centro veterinario. La ventana del copiloto descendió mientras el motor ronroneaba con suavidad, como si estuviera solo a medio gas.

—¿Vas a casa?

—Sí.

—¿Te llevo?

—Dale. —Abrí la portezuela y me metí dentro. El olor a lobo era evidente, pero también a tierra y a animales. A reses.

Mathew trabajaba en las granjas y se pasaba la mayor parte del día correteando de aquí para allá, disfrutando del aire libre. Envidiaba un poco aquello, lo admito, aunque no se me daba mal la ciudad, para ser un lobo. Algo había heredado de mi madre, supongo.

—Pensaba que habrías ido a Pardines este fin de semana.

—¿Por qué debería ir allí?

—¿Te digo la respuesta políticamente correcta o la que no quieres oír? —Le solté un bufido y rio por lo bajo—. Joder, Ona, en serio, ese lobo te gusta. Te conozco. Y, por si eso no fuera poco, es tu compañero.

—Ya, no veas lo emocionado que se le ve al respecto.

—Yo pagaría porque algo así me pasara. Todo sería, no sé, más fácil.

—La palabra fácil, en referencia a Daniel, me parece una falacia.

—Mentiros como que no sentís nada el uno por el otro, también. Tenéis que resolverlo.

—¿Qué quieres que resolvamos? Se niega a aceptar lo que somos.

—¿Has hablado con él al respecto? —Alzó una ceja, interrogante.

—No exactamente.

—¿No te has parado a pensar que igual él piensa lo mismo? ¿Qué quizá solo está esperando que seas tú la que dé el primer paso?

—¿Y por qué debería yo hacer algo así?

—Te tiraste a su hermano. Igual se lo debes.

—¿Y si me envía a la mierda?

—Pues arrástralo contigo. —Su respuesta me hizo reír—. Es lo que hacen las parejas, ya sabes, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza.

—En medio de un mundo paradisíaco o en el mismísimo infierno —me burlé.

—No me refería a dónde podíais montároslo, pero sí, es la idea.

—Pervertido.

—Será que tú no has tonteado con la idea de un vosotros. Se os nota, por no decir que se huele. —Se ganó un golpe en el hombro. Era de mala educación tirarle en cara a alguien algo así—. Solo dime una cosa, Ona, y ahora en serio: ¿te has acostado con alguien desde que lo sabes?

Era un cabrón astuto, Mathew.

—No.

—Estoy seguro de que él tampoco.

Nos quedamos en silencio.

No fue hasta que paró el motor, frente a la puerta de mi casa, que añadió:

—Supongo que todo se resume en si quieres disfrutar del celibato el resto de tu vida, o no.

—Que te den, Mathew.

—Ojalá, ¡y que sea pronto!

—Idiota. —Con todo, sonreí antes de bajarme del vehículo.

Miré la casa de mis padres.

Me había pasado toda la vida allí.

Escondida.

No sabría decir de qué.

Pensé en mis amigas de la facultad: tenían razón, era el momento de evolucionar. Solo tenía que decidir qué quería. Y tener las agallas de luchar por ello.

Era viernes y, si me apresuraba, llegaría antes de las doce a Pardines.

No sonaba como un mal plan, después de todo.

Si alguien tiene aires de diva, esa soy yo. Cuando me lo propongo, al menos.

Entré en el bar de Daniel con una sonrisa radiante en la cara, una minifalda de cuero negro que tapaba lo justo —y me sentaba increíble—, que combinaba de maravilla con una camiseta de tirantes ajustada. Me había maquillado muy poco, por no ser demasiado evidente, aunque los botines que me cubrían las pantorrillas ya advertían que estaba en plan guerrillero.

Había unos pocos lobos sentados en dos de las mesas, pero decidí ignorarlos mientras caminaba directa hacia la barra, disfrutando del momento en el que sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Ese momento ya valía su peso en oro. Igual que la forma en la que la nuez de su cuello subió y bajó, lentamente, como si le costara tragar. Sonreí.

—Es bueno volver a verte. —Me senté en un taburete y jugueteé con mis dedos sobre la madera de la barra. Me encantaba ese ruido.

—No sabía que vendrías. —Una forma de recriminarme, con una cierta elegancia, que no le hubiera avisado.

—Necesitaba airearme y no sé por qué, pero este se está convirtiendo en mi bareto favorito.

—Pues no te cae cerca de casa.

—La distancia puede ser algo relativo. —Me encogí de hombros y me limité a sostenerle la mirada. ¿Hacía calor? ¿O solo se trataba del hecho de que él estaba frente a mí y me sobraba el mostrador de madera que nos separaba?

Creo que algo en mi olor me delató, porque un brillo oscuro, hambriento, apareció en sus ojos. Intentó minimizarlo girándose para coger una jarra mientras yo disfrutaba de cada uno de sus movimientos. Se acercó al tirador para llenarla, y quizá mi error fue estar demasiado pendiente de él, porque no me di cuenta de que alguien se había acercado y su intención era sentarse a mi lado.

—Ona, ¿verdad? —Era uno de aquellos viejos lobos que tanta guerra le habían dado a Maya y a Derek el que se había apalancado a mi vera. No parecía un mal tipo, en esos momentos, aunque me fiaba de él entre poco y nada.

—Soy muy mala con los nombres. —Le sonreí, así como quien no quiere la cosa.

—Elías.

Vale, ese era el gran gilipollas del reino, pero decidí callarme esa opinión.

—¿Quieres algo? —Daniel dejó frente a mí la jarra que acabada de rellenar y miró al anciano.

—Una igual que la de la dama.

Casi me da la risa tonta, por eso de dama, pero conseguí contenerla, no sin antes cruzar una mirada con Daniel. No fui tan estúpida como para no ver una advertencia en sus ojos. No hacía falta que me lo dijera: sería dócil y amable, como un corderito, para no crear más malestar en todo lo referente a ese detallito de que mi hermana humana se había emparejado con su tan querido alfa. Y, sí, lo de querido era un poco irónico, porque ellos estaban de Derek hasta las pelotas y él, de ellos, hasta la punta del rabo. El del lobo, me refiero. Malpensados todos.

—Aquí tienes. —Daniel dejó una jarra frente al viejo y se apoyó sobre el mostrador.

Quizá era una tontería, pero le agradecí aquello. El apoyo, silencioso, que en ese momento me estaba brindando.

—¿Vas a quedarte muchos días en el pueblo? —se interesó Elías usando un tono de lo más encantador.

Ese serviría para el papel de lobo en *Caperucita Roja*, ya sabéis, ese que va en plan amigable hasta que se zampa a todos los que pilla, aunque al final el cazador, séase mi padre, le mete una bala entre ceja y ceja y san se acabó el cuento.

—Solo el fin de semana. El lunes trabajo. —Le sonreí muy al estilo falsa a más no poder.

—¿De qué trabajas? —Todo amabilidad, sí, señor.

—Soy veterinaria.

—¿Veterinaria? —Creo que su sorpresa, esta vez, era genuina.

—Sí, aunque tengo algunos conocimientos de medicina también. Digamos que sigo el legado de mi tío.

—¿Tu tío el alfa? —me preguntó con curiosidad.

—El mismo.

—¿Él también?

Intenté comerme algún comentario sobre que cualquier lobo debería poder estudiar y hacer lo que le diera la gana. Que sí, que estábamos supeditados a la manada, pero cualquier profesión podía encajar en ella de una u otra manera y dejar que cada persona encontrara su propio crecimiento personal y profesional nos hacía, como grupo, más fuertes y mantenía a la manada más cohesionada.

—Sí, él y mi tía son veterinarios también.

—Es admirable.

—Gracias.

—Ona fue quien le quitó a Derek una bala del muslo.

—¿Tú hiciste eso?

—Se me da bien; aunque prefiero a mis pacientes en su versión lobo, protestan menos. —Los ojos de Daniel brillaron con diversión.

—Fue tu hermana, ¿verdad?

—¿La que lo tumbó? Sí, es muy protectora. Derek también. Ambos pecan un poco en eso. —Le sonreí, intentando mostrarme

encantadora, pese a que me gustaba dejarle claro a ese tipo que Maya valía su peso en oro. No era una humana inválida incapaz de defenderse por sí sola.

—Hacen una buena pareja. —Esta concesión, por su parte, me sorprendió. Gratamente—. Y qué hay de ti. ¿Tienes a alguien en Dóen esperándote?

—¿Cuentan mis padres? —El anciano me sonrió—. No en ese aspecto, pero tengo a mi familia.

—Pero tu hermana está aquí.

—Sí, es cierto.

—Parecéis muy unidas.

—Lo estamos.

—Tal vez podrías, no sé… ¿instalarte aquí por un tiempo? —Lo miré como si no entendiera lo que me acababa de decir.

Esos tipos eran cerrados de mente hasta el extremo. No les pegaba que me invitaran a establecerme en su territorio. No tenía ningún sentido. Ladeé la cabeza. ¿Y si Daniel había hablado con ellos? ¿Y si ellos lo sabían? ¿Y si era su forma de decir que aprobaban lo nuestro? Eso que no existía, válgame decir.

Desvié la mirada hacia el hombre que se encontraba detrás de la barra. Su gesto era neutro, pero tenía el ceño fruncido y parecía molesto. Lo que me hizo suponer que ni era idea suya ni le gustaba que me hubiera hecho semejante proposición. ¡Adiós a mis fantasías de que Daniel hubiera intentado mover un maldito dedo a favor de un nosotros!

Tentaciones tuve de verterle la jarra de cerveza por la cabeza después del esmero que había puesto para estar espectacular en nuestro reencuentro. Si tan solo se lo currara, no sé, ¿un poco?

—No sé si sería una buena idea —declaré finalmente.

—Nunca lo sabrás si no lo pruebas, ¿no? —Me sonrió—. Silas tiene una casa bastante grande a las afueras; estoy seguro de que podrías instalarte cómodamente con él.

¿Silas? Vi que la mandíbula de Daniel se contraía. El comentario le cabreaba. Tenía razones de sobra para hacerlo. Me giré para mirar al viejo y tras batir mis pestañas en un gesto coqueto, me decanté por darle la vuelta a aquello.

—¿Con él y con cuántas de sus conquistas? A mí el sexo grupal, la verdad, es que no me va. —Escuché una risa sorda de fondo y me giré para mirar a Daniel; sus ojos brillaban con un deje de diversión y parecía un poco más relajado—. ¿Tú cómo lo ves?

—Soy más tradicional, podría decirse. —Sus ojos buscaron los míos antes de añadir—: No me gustaría que tocaran lo que es mío.

Intenté que no se me agitara la respiración, pero poco pude hacer respecto a mi pulso. Era la primera vez que hacía referencia a aquello de una forma que no fuera totalmente despectiva. Sí, había pasado. Sí, podía entender que le molestara. Pero era ese «lo que es mío» lo que hacía que de repente me sintiera nerviosa.

—Supongo que esta noche iré a casa de Maya, pero si no, ¿qué hay del sofá ese tuyo?

—Está libre, aunque dormirás mejor en casa de tu hermana. —Lo que venía a ser un no quiero que te quedes en mi sofá—. Aunque si no tienes prisa, puedo acompañarte cuando cierre el local.

—Igual Silas… —intervino el viejo, pero Daniel le soltó un gruñido bajo que hizo que dejara la frase a medias.

Elías no parecía contento. Para nada. Toda muestra de amabilidad había desaparecido. Le lanzó una mirada enojada a Daniel antes de trincarse de un trago la cerveza y salir del local sin pagar siquiera.

—Encantador.

—Nada nuevo.

—¿Puedo preguntarte a qué ha venido todo esto?

—Luego. —Asentí.

Había demasiados lobos allí en medio como para hablar de según qué.

Capítulo 20



ERA UNA ESTUPIDEZ que me pareciera la cosa más *sexy* del mundo ver a Daniel cerrar la reja de la puerta principal del local. Pero había algo en el hecho de que estábamos solos, él y yo, en medio de ninguna parte.

—Puedes dejar tu ropa en la parte de atrás. —Se giró para mirarme.

—¿Quieres ir hasta allí trotando? —le pregunté ligeramente emocionada con aquello. Correr junto a Daniel se sentía condenadamente bien. Y caliente. Al fin y al cabo, cuando nuestros lobos tomaban el control lo que latía entre nosotros se volvía más real.

—A pie tardaremos mucho y el todoterreno nos dejará a medio camino, en cualquier caso. ¿No te asustará adentrarte a pelo, en el bosque, de noche? —se burló y le golpeé en el costado.

Sus ojos buscaron los míos y se deslizaron durante una fracción de segundo hacia mis labios. Me planteé acortar la distancia que nos separaba, pero titubeé y el momento pasó, sin más.

—¿Cómo va a asustarme si me acompaña el lobo feroz? —bromeé y rio por lo bajo.

Esperó fuera mientras me desvestía y salía, convertida en loba, por la puerta trasera del local. No tardó en meterse dentro y, aunque por gusto le hubiera seguido, me contuve, fingiendo ser una buena chica, y me quedé allí, olisqueando el aire mientras mi mirada lobuna admiraba el paisaje.

Cuando Daniel salió, convertido en lobo, no pude evitar quedarme mirándolo. Era grande y apuesto, pero lo que quizá más me llamaba era esa aura que proyectaba a su alrededor y que le daba un toque de malote de lo más sensual.

Me golpeó con el hocico el costado para animarme a que le siguiera y lo hice, sintiéndome en perfecta sintonía con el mundo que nos rodeaba. Y con él. ¡Si todo pudiera ser así de fácil!

Corrimos durante un par de horas y acabamos bebiendo en un arroyo, antes de seguir avanzando. La carrera se convirtió en un juego y nos encontramos tonteando, sin ser apenas conscientes de hacerlo. Ese contacto que evitábamos con tanto ahínco cuando estábamos en nuestra versión humana, los lobos lo buscaban como algo que formaba parte de su naturaleza. El calor de su pelaje contra el mío. Su olor.

Jamás me había encontrado deseando a alguien en su forma de lobo. Y ahora lo hacía. Y él tenía que saberlo, porque su olor también tenía ese tipo de matices. El de un macho que desea a una hembra. Nunca había tenido sexo siendo una loba, pero en esos momentos creo que, si él hubiera hecho un acercamiento, no me hubiera negado. Al contrario, me encontré deseándolo.

No podíamos negar la forma en la que nos reconocíamos mientras corríamos juntos en nuestra forma animal. Yo no tenía intención de hacerlo, de ahí que hubiera decidido acabar el fin de semana en Pardines. No era a mi hermana a la que andaba buscando.

Quizá no saldría nada bueno de todo aquello y no sería más que un fracaso mayúsculo. Ni siquiera sabía cómo podíamos, él y yo, llegar a construir un algo. No me esforzaba en pensar más allá del aquí y del ahora, porque hacerlo en un nosotros a medio o largo plazo se me hacía bola.

Pero sí estaba dispuesta a empezar con algo mucho más básico.

Algo como admitir que lo reconocía como a mi compañero.

Y que desde ese momento no había tenido el interés ni la intención de estar con ningún otro macho.

A mí me sonaba a un principio.

Aunque tal vez a él le importara una mierda.

Estaba dispuesta a arriesgarme.

Que, siendo yo, era un mucho.

Rocé con mi cabeza su costado y sus ojos lobunos se centraron en los míos. Deslicé mi cuerpo contra el suyo y sentí su calor. Se

relajó a mi contacto, aunque el corazón de ambos latía con fuerza, a un solo tono. Enterré mi hocico contra su cuello y cerré los ojos, sintiéndome en casa, completa, por primera vez en mucho tiempo. Me sorprendió haciendo lo mismo. Noté cómo inspiraba con fuerza, capturando mi olor. Mi cuerpo junto al suyo. La calidez que desprendía. Su fragancia. Era como si pese a todos nuestros contras, por un momento los dos estuviéramos dispuestos a no tenerlos en cuenta. Como si los pros prevalecieran sobre el resto.

Daniel se separó de mí y sentí un vacío.

¿Era su forma de rechazarme? ¿De negarse a aquello?

Elevó el mentón y centró su atención en la nada mientras se escuchaba un aullido. No muy lejos de donde nosotros estábamos. Su expresión se volvió dura y todo cambió. En apenas unos segundos.

Todos los miembros de una manada comparten una mente colectiva cuando están en su forma lobuna y, aunque hay quien es un libro abierto y quien sabe guardar de forma celosa sus secretos más íntimos, lo cierto es que todo lobo posee una cierta capacidad telepática, y estaba segura de que en esos momentos Daniel estaba conectando con algún lobo, o tal vez con buena parte de la manada, mientras yo solo podía tener esa sensación de peligro inminente, premonitoria, pero incapaz de escuchar los pensamientos de los lobos de Pardines porque no formaba parte de su grupo.

La mirada de Daniel me buscó y vi que titubeaba antes de transformarse frente a mí, allí en medio de la nada. Intuía que algo estaba pasando, pero como no tenía la certeza de la gravedad del suceso, me permití darle un buen repaso, porque era imposible no hacerlo con el calentón que llevaba encima y el deseo de hincarle el diente.

—Han capturado a un cachorro de la manada. Un disparo con silenciador. —Vi la tensión en cada centímetro de su cuerpo—. Cazadores. No sé decirte de qué tipo.

Mierda.

¿Capturado?

Joder.

Intenté focalizar mi atención en nuestro entorno. Cerré los ojos y dejé que fuera mi olfato el que tomara el control de mis sentidos. Ignoré el olor de Daniel y me obligué a no dejarme llevar por las fragancias de un bosque repleto de vida y allí, en medio de esos olores que, pese a serme extraños me eran tan conocidos, pude percibir un matiz metálico y, junto a él, el aroma inconfundible de la pólvora.

Abrí los ojos al tiempo que dejaba que mi cuerpo transmutara, ignorando mi desnudez. Y la de Daniel. No con un cachorro en peligro.

—Tengo un rastro a pólvora, no deberían estar muy lejos de aquí.

—Es posible que seamos los que más cerca estemos. —Titubeó—. Derek está organizando al resto, pero vamos a adelantarnos siempre y cuando te mantengas detrás de mí y, si las cosas se tuercen, irás directa a casa de Maya.

Su expresión era dura, la de un lobo dominante, y sopesé que sus palabras sonaban a una orden, más que no a una petición, matices más propios de un alfa.

—Y cuando llegue, me espero allí con mi hermana a que volváis, ¿no? —Creo que en un primer momento pensó que lo decía en serio y que no estaba usando ese sarcasmo tan mío, pero en cuanto fue consciente de que pensaba pasarme sus órdenes por el forro me lanzó un gruñido.

—Ona, esto es algo serio. —Me cogió del brazo con fuerza y su agarre se sintió un tanto agresivo. Estaba nervioso. Y cabreado. Así que me limité a ignorarlo.

—¿De qué tipo de cazadores estamos hablando?

—No estamos seguros —cedió al fin, consciente de que cada segundo que perdiéramos allí discutiendo perjudicaba al cachorro.

—Es mejor que no perdamos ese rastro. —Asintió, aunque por su expresión, no le gustaba eso de que yo fuera a acompañarle—. Te sigo.

Para ser yo, esa era una gran concesión.

Daniel se transformó en lobo y apenas me dio tiempo de hacer lo propio y lanzarme a la carrera para atraparlo. Supongo que era su forma de recordarme que no estaba de acuerdo con aquello de que

me expusiera. Los lobos tienden a ser protectores para con los suyos; pese a que Daniel y yo no éramos nada, al mismo tiempo lo éramos todo.

Además, estaba ese otro detallito. El hecho de que, como beta, estaba acostumbrado a que su autoridad prevaleciera sobre los omegas de su manada, pero yo no formaba parte de su jerarquía. Y eso le molestaba. No poder decidir qué podía y qué no podía hacer.

Esta vez, nuestra carrera no se sintió como un juego. El aire cada vez se percibía más húmedo y empalagoso a medida que nos acercábamos al origen de aquel disparo. Nuestras bestias parecían en esos momentos poco más que un par de depredadores despiadados que han salido de caza y están dispuestos a cualquier cosa. Porque la vida de uno de los suyos podía estar pendiendo de un hilo. Sabíamos que nos acercábamos a un inminente peligro y eso despertaba en nosotros el instinto de supervivencia y, al mismo tiempo, los instintos de la bestia.

Derek agachó la cabeza para olfatear algo: había unas rodadas en el suelo.

Nos miramos antes de seguirlas, adentrándonos en una zona aún más lúgubre. Para cuando escuchamos los primeros ruidos, Derek se paró y, tras asegurarse de que estábamos solos, volvió a transformarse en hombre. Las habilidades telepáticas que poseíamos cuando estábamos en nuestra forma animal solo nos permitían comunicarnos con miembros de nuestra propia manada, lo que en esos momentos nos estaba dificultando poder entendernos más allá del instinto que nos empujaba a correr juntos, uno al lado del otro.

—He perdido la conexión con el cachorro. —Esa era una pésima noticia.

Solo podía significar tres cosas.

Y ninguna era buena.

Intenté creer que había perdido el conocimiento, tal vez por el disparo. Era mejor que pensar que estaba muerto y que llegábamos tarde. O que se había convertido en su versión humana frente a un grupo de cazadores. Uno que no teníamos claro qué tipo de bestias acostumbraba a buscar.

—Voy a ir a por él. Quédate aquí y avisa a Derek…

—Daniel. —Le cogí del brazo y sentí un calambre que me recorrió todo el cuerpo. Su piel. Contra la mía. Su cuerpo desnudo. La intensidad de su lobo, tomando el control de la situación, del peligro inminente que estaba dispuesto a asumir para salvar a uno de los suyos—. Usa el sentido común: solo tú puedes comunicarte con el resto de la manada y con ese cachorro. —Su mirada se oscureció y se limitó a mirarme—. Captaré su atención y te daré algo de tiempo para que te lo lleves.

—No.

—Es posible que solo sean un grupo de furtivos, pero, en el peor de los casos, mi padre es un cazador. Sé cómo piensan. Puedo enfrentarlos. —Vi que apretaba la mandíbula, enojado—. Sabes que es la opción menos mala, la única, quizá, si quieres rescatar con vida a ese cachorro.

—Una vez te transformes estarás sola, Ona. No puedo saber qué necesitas ni cuándo. —Gruñó y sus aletas nasales se dilataron, buscando mi olor—. No me gusta.

—Lo sé, pero has visto a mi hermana enfrentarse a una loba en tu local. —Me sostuvo la mirada y supe que estaba rememorando el momento en el que una mera humana había tumbado a una loba sin apenas esforzarse demasiado—. Nuestro padre nos ha enseñado bien, confía en mí.

Gruñó y vi sus colmillos expuestos, pero finalmente cedió y solo entonces vi un deje de vulnerabilidad, más que enojo, en su mirada.

—Prométeme que no voy a arrepentirme.

—Te lo prometo. —No fui consciente de cómo acortó la distancia entre nosotros ni la forma en la que su enorme mano acabó sobre mi nuca en un gesto un tanto violento justo antes de que sus labios presionaran con fuerza los míos, en una actuación tan arrogante como dominante.

Lo que sí sentí fue que el mundo se paraba a mi alrededor mientras me fundía con él en un beso con dejes de rabia y también de desesperación pero que, al mismo tiempo, se me antojó perfecto.

Se separó de mí y sus ojos buscaron los míos.

Tenía los labios hinchados y el corazón me palpitaba bajo el pecho a un ritmo frenético.

—Hazlo.

Capítulo 21



INTENTÉ RECUPERAR EL CONTROL DE MI CUERPO y conseguí transformarme de nuevo.

Mi mente quería repetir en bucle aquel beso, la espontánea necesidad de compartir ese momento, pero me obligué a centrarme en el rescate. Se lo había prometido a Daniel, así que más me valía salir de una pieza de todo aquello.

Seguí las marcas en el suelo hasta que un nuevo olor captó mi atención. Sangre. No tardé en localizar el rastro y al alzar la vista observé la expresión fría del lobo de Daniel. Elevó el hocico y supe que estaba hablando con el resto de la manada, dándoles las indicaciones del lugar en el que nos encontrábamos. No perdí el tiempo y continué avanzando, corriendo, adentrándome entre el tupido follaje, hasta que pude escuchar varias voces.

Había tres hombres, un gran todoterreno de aspecto militar y varias jaulas de metal de diferentes tamaños. Apoyé mi vientre sobre el suelo mientras avanzaba, reptando, intentando ser lo más silenciosa posible, hasta una posición en la que pudiera estudiarlos. No necesité verle para sentir la presencia de Daniel a mi lado.

Uno de los hombres llevaba un rifle con silenciador. Apenas podía verlo con suficiente detalle, pero me decantaría por un Ruger 10/22, de esos que solían modificar, y cuyo tiro solía ser bastante silencioso. Esos tipos no buscaban conejos, eso estaba claro.

En un cinto, sobre la cadera, otro de los tipos llevaba una automática y un cuchillo. Furtivos. Los cazadores de lobos eran más de armas rápidas, con una cadencia de fuego capaz de contener a bestias cuya velocidad superaba a la de un humano. Mi padre era muy fan de varios tipos de fusiles de asalto, aunque tampoco le decía que no a un buen cuchillo de caza.

Con todo, siempre nos decía que, para cazar a uno de los nuestros lo más importante era ser un estratega, para abatirlo ser hábil con una automática de corto alcance y para sobrevivir al enfrentamiento no menospreciar la utilidad del filo de un cuchillo.

No había signo alguno de que hubiera un señuelo para atraernos hasta el cachorro, y supuse que desconocían de la verdadera naturaleza de su presa. Tampoco disponían de sensores térmicos, ni ese tipo de juguetes que tanto adoraba mi padre y que nos convertían en un objetivo visible incluso cuando las sombras nos mantenían ocultos.

Quizá Daniel no lo sabía, pero ¡estábamos de suerte!

Me transformé. Aún con el vientre en tierra firme.

—Son furtivos. Hace poco tuvimos de esos en Dóen. Maya y Derek podrían detenerlos de forma oficial y nos evitamos esconder los cadáveres.

Sus ojos me estudiaron y no vi en ellos crítica alguna de la frialdad con la que dije aquello. Tal vez pensaba que era una loba que se había pasado la vida entre libros, pero no era la única versión de mí misma. No esperé a que hiciera el esfuerzo de transformarse para contestarme —o para llevarme la contraria—, volví a mi forma animal y me alejé de Daniel, consciente de que ambos teníamos una misión.

Usé mi olfato para identificar la jaula exacta en la que estaba el cachorro. Si quería darle a Daniel el tiempo suficiente para sacarlo de allí, lo primero que tenía que hacer era alejarlos de ese punto en concreto del claro tanto como me fuera posible, así que busqué la posición más alejada de la jaula que contenía al cachorro.

Sabía que me la estaba jugando. Si me equivocaba respecto a esos hombres, lo que estaba a punto de hacer me expondría. Somos mucho más fuertes y resistentes en nuestra forma lobuna. Enfrentarles siendo una humana no era imposible, pero yo no estaba armada. Y ellos sí. Un par de balas, como loba, eran asumibles siempre y cuando no se focalizasen de forma constante en algún órgano vital, imposibilitando mi capacidad de regeneración. Como humana, esas mismas balas podían matarme. Y fin de la historia.

Pero mi creatividad tenía límites y lo que no tenía era tiempo. Decidí tener fe y aspirar a que incluso un grupo de cazadores furtivos pudieran tener un algo de humanidad. En el peor de los casos, tendría que ganar el tiempo suficiente para que llegara la manada. Y acabar con ellos.

No sería la primera vez que arrebataba una vida. Era una cazadora. Aunque los remordimientos y la moralidad que pueden acosarte tras hacer algo así no es la misma cuando se trata de un jabalí que la de un tipo que camina con un par de deportivas, incluso si este último es el único que tal vez es merecedor de ese final tan abrupto y un tanto sanguinario.

Busqué una zona húmeda y hundí las patas de delante en el suelo hasta conseguir crear un agujero en el que la tierra estaba tan húmeda que tenía matices de barro. Me transformé y cubrí parte de mi cuerpo con aquel pringue y me revolví el pelo para que se viera despeinado y me diera un aspecto un tanto desesperado.

Tragué saliva y cerré los ojos, intentando meterme en el papel. Podía hacerlo. Solo tenía que lograr que sonara creíble. La mierda era que, como actriz, era pésima. Maya era la que sabía jugar a interpretar roles; yo, la que se reía de lo bien que lo hacía. Lamenté que no estuviera allí, a mi lado, para gestionar aquella crisis entre las dos.

Suspiré.

Un, dos, tres, ¡acción!

—¡A mí! ¡A mí! ¡Ayuda! —No esperé a que me miraran, me dejé caer en el suelo, a varios metros de la zona en la que estaban, y fingí empezar a convulsionar. Auténtico no creo que fuera, pero en la oscuridad de la noche, con los aullidos de algunos de los lobos de la manada de telón de fondo, admito que era para que se les pusiera la piel de gallina.

Escuché voces. Gritos. Y finalmente varios pasos rápidos acercarse a mí. Me incorporé un poco, lo justo para verlos y tenerlos controlados, pese a que seguía en el suelo. Me obligué a toser y me pasé el brazo, lleno de barro, por el rostro.

—¿Qué diablos? —soltó uno de ellos, el primero en llegar hasta mí.

—Un oso. ¡Un oso! —Empecé a hipar mientras fingía algo así como unas pequeñas convulsiones—. Mi novio y yo. —Jadeé—. Acampando.

—¿Los ha atacado un oso? —Leyó entre líneas uno de los cazadores que parecía entre confuso y sorprendido.

—¿Estás bien, muchacha? —me preguntó el que parecía más mayor de los tres hombres.

—Sí, yo, me dijo que fuera a por ayuda —gemí, y hasta conseguí que salieran un par de lagrimones.

—Es raro encontrar un oso por aquí. —Uno de los cazadores frunció el ceño.

A favor de su incredulidad, diré que osos había entre pocos y ninguno en esa región, pero lo cierto es que para un cazador furtivo aquello era como ganar la lotería. En el mercado negro podían sacarse más de diez mil dólares, bien fuera con la piel como con el capricho de algún rico de tener colgada su cabeza disecada, aunque si, además, tenían contactos en el mercado asiático, de una vesícula en buen estado podían sacar diez mil más.

Esperaba que su avaricia prevaleciera sobre su sentido común y los animara a ir a su encuentro y le diera a Daniel un poco más de tiempo.

—¿Habéis avisado a emergencias? —El tercero de los cazadores me miró. Era el listo del grupo, eso estaba claro. La posibilidad de que vinieran los forestales implicaba recoger todo lo más rápido posible para que no fueran ellos los que acabaran enjaulados.

—¡No! —Lo admito, fui demasiado impetuosa y tal vez sonó poco creíble, pero a ver qué otra historia se les ocurría para darle sentido al hecho de que estuviera allí, en pelotas, en medio de la nada, sucia como mala cosa. Dudo que se plantearan que estuvieran hablando con una licántropa. Y que había un cachorro al que teníamos intención de salvar entre sus trofeos del día. Hice como que intentaba tranquilizarme y añadí—: Nosotros estábamos…

Desvié la mirada y el anciano carraspeó, porque uno de los hombres acababa de darse cuenta de que andaba desnuda. Y que posiblemente el oso había aparecido mientras mi supuesto novio y

yo estábamos pasando un buen rato. Es lo que tienen las apariencias: la gente da demasiadas cosas por sentadas.

—¿Estás herida? —El hombre de aspecto mayor parecía preocupado. Sospeché que tenía su propia familia, una hija, tal vez, y se sentía un poco responsable, hasta diría protector, conmigo. No todo el mundo acaba como cazador furtivo por el mero placer de matar y vivir de forma ilegal. Hay veces que la vida te lleva. Quise pensar que al menos ese hombre formaba parte de ese grupo. A los otros dos aún no los tenía etiquetados.

—No, creo que no. Es solo, el corazón me va a mil por hora y tengo la sensación de que me va a explotar.

—Es por la adrenalina, es normal. Ahora estás a salvo. Ya pasó.

—¿Y Daniel? ¡No sé qué puede haberle pasado! —Hice como que comenzaba a hipar y empecé a temblar de una forma bastante creíble. Intenté ignorar el hecho de que su nombre se había colado en mi personaje, pero es lo que tiene la improvisación: se hace lo que se puede.

—Estará bien —intentó tranquilizarme el anciano—. ¿Dónde estabais acampados?

—No lo sé. Yo soy más de ciudad. Se suponía que era una aventura. —Oculté mi rostro entre las manos, pero seguí con atención lo que hacían los tres hombres.

—Deberíamos ir en busca del muchacho.

—Joseph, esa es una mala idea —opinó el que me había hablado en primer lugar. Tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda. Ojos verdes. Nariz aguileña. Pómulos bien definidos. Tatuaje de un escorpión en el bíceps izquierdo. Memoricé cada detalle por si tenía que dar parte a Maya más adelante.

—No es la primera vez que nos cruzamos con un oso. —El anciano dijo aquello con voz pausada, casi diría calmada.

Debían de llevar años en el negocio o haber estado en los países del norte, donde no era raro que se practicara la caza de esos animales. Vi que el hombre de la cicatriz se tensaba y casi podía ver cómo hacía números, pensando en el beneficio económico que supondría pillarlo. Me obligué a no sonreír. Había picado.

—Iremos a por él, ¿de acuerdo, muchacha?

—Gracias.

—Tenemos un botiquín en el todoterreno y algo de ropa. ¿Puedes andar? —Asentí mientras el hombre de aspecto mayor me ayudaba a levantar y se aseguraba de que fuera capaz de sostenerme por mí misma mientras el hombre de la cicatriz revisaba su fusil y se preparaba para salir de caza—. Fred, ocúpate de ella. ¿De dónde venías?

Señalé una dirección al azar, la que fuera con tal de alejarlos de la jaula del cachorro. Y del todoterreno. El anciano asintió a la mirada del hombre de la cicatriz.

El hombre mayor me acompañó hasta el todoterreno y, tras levantar solo un poco la lona que cubría la parte de atrás del remolque, sacó una bolsa de tela y, de ella, una camiseta oscura que me tendió para que me cubriera.

—¿Crees que es buena idea…? —El otro hombre, Fred, me observó. Intenté no fijar la mirada en él, pero sí capté cuatro rasgos básicos: pelo negro, cejas pobladas, ojos oscuros, tez morena y mandíbula cuadrada. Por sus rasgos diría que tenía algún tipo de ascendencia india o, tal vez, pakistaní.

—No vamos a dejar a una mujer en estas condiciones en medio de la nada. —El tono de voz del hombre no daba posibilidad alguna de réplica. Me sentí hasta un poco mal por todo aquello. Solo esperaba que Derek y Maya pudieran gestionarlo de una forma más o menos pacífica, sin colmillos, garras, ni balas entre ceja y ceja. Aquel hombre no era un mal tipo.

Los vi alejarse y me mantuve apoyada sobre la parte posterior del todoterreno, no sin antes estudiar las jaulas que había al otro lado, con la esperanza de que Daniel hubiera podido sacar al cachorro de una de ellas.

Con esa curiosidad en mente, me acerqué a una de las jaulas abiertas que había a unos pocos pasos de donde estábamos. Observé el pasador de la puerta y vi que no había ningún candado ni otros mecanismos que restringieran su apertura. Supuse que habíamos estado de suerte.

—¿Qué miras?

—Una vez tuve un canario. —Ni de coña, pero fue lo primero que me vino a la cabeza.

—A nosotros nos van las cosas más grandes. —El tono socarrón que usó no me gustó, ni la forma en la que me estaba mirando en esos momentos. Ya no estaba Joseph. Ni el hombre de la cicatriz. Y eso le había dado el punto bravucón que necesitaba el tipo para sentir que tenía el control—. ¿Qué se supone que voy a hacer yo contigo hasta que ellos vuelvan?

El tono. Los cambios en su olor. Hice como que no lo notaba, pero me alejé un par de pasos.

—Finge que no estoy. —Quizá había perdido ese deje de vulnerabilidad y fragilidad que llevaba interpretando desde hacía un rato, pero nunca se me ha dado bien el papel de sumisa. Y menos cuando aquel tipo parecía crecerse, como si yo fuera un objeto a su disposición.

—Igual tú y yo podríamos pasar un buen rato mientras esperamos y, si sabes lo que te conviene, será mejor que no les cuentes nada al resto. —Se acercó a mí y, aunque retrocedí un par de pasos, acabó acorralándome contra el vehículo. Cogió mi mentón con su mano y por poco me vienen arcadas por su mero contacto—. Eres bonita, ¿lo sabes?

—Intenta ponerme una mano encima y acabarás inconsciente en el suelo. —Mis ojos brillaron con la fuerza de mi loba pujando por salir a la superficie.

—¿Ahora resulta que vas a jugar a que eres una chica valiente? Mejor, así será más emocionante. —Intentó besarme, pero lo empujé con una fuerza que no era del todo humana y me lo saqué de encima.

Vi que no se esperaba aquello, pero en su rostro solo había rabia furiosa y la lujuria desquiciada del que no es la primera vez que fuerza a una mujer y que disfruta haciéndolo.

Di medio paso adelante, lo justo para buscar una buena base de apoyo para enfrentarle y ajustar mi cuerpo a una posición que me fuera cómoda para el combate, pero un gruñido ronco, que hizo que se nos erizara el vello de la piel, intercedió entre nosotros.

El hombre se giró y se encontró frente a un lobo enorme, de pelaje oscuro. El más grande que había visto en su vida y, sin duda, el que más fuerza e irritación destilaba. Sopesé la posibilidad de que destripara a aquel capullo, pero antes de que dejáramos un rastro de sangre a nuestras espaldas, me acerqué al hombre por la espalda y lo golpeé con el canto de mi mano en el punto exacto del cuello donde pasa un nervio capaz de hacer que un hombre pierda el conocimiento.

No fallé: cayó al suelo de rodillas. Sin más.

El lobo frente a mí observó la escena y se acercó con pasos firmes, lentos, como si le estuviera dando tiempo a reaccionar. A levantarse. Ladeó la cabeza y se transformó justo al llegar a mi posición.

—¿Lo has matado? —No parecía molesto ni preocupado al respecto.

—No. Solo estará durmiendo un rato.

—Recuérdame que no te cabree.

—Pues, si te soy sincera, sueles hacer justamente eso todo el tiempo. —Nos estudiamos el uno al otro—. ¿Tenéis al cachorro?

—Está en el todoterreno de Maya, camino al pueblo. Ha perdido mucha sangre y tiene una hemorragia que no parece dispuesta a parar. Derek me ha dicho que Maya te necesita allí.

—¿Qué hay de estos?

—Derek y Silas se ocuparán.

—El viejo ha sido amable. —Era una forma de pedirle que no fueran duros con ellos—. Pero a este, que husmeen en su entorno porque estoy segura de que tiene mierda a mansalva.

—Se lo haré saber. El tiempo corre. —Asentí y volví a transformarme en loba, dispuesta a seguir a Daniel hasta el pueblo.

O hasta el mismo infierno, si hiciera falta.

Capítulo 22



ONA AGUANTÓ EL RITMO que le impuse sin demasiada dificultad.

Era una loba formidable, capaz de noquear a un tipo con un solo golpe. A uno al que había tenido tentaciones de desgarrar al percibir el olor lascivo que desprendía mientras miraba a mi pareja. O lo que Ona fuera.

Acortamos por el bosque y llegamos al mismo tiempo que el todoterreno de Maya. Con ella venían dos hombres de la manada: uno al volante y otro en el asiento trasero, siguiendo sus órdenes.

—Sacadlo de aquí y colocadlo en una de las mesas del comedor. —Lo de dar órdenes se le daba de fábula—. ¡Ona! —Vi que su mirada parecía esperanzada al percatarse de nuestra presencia—. Ha perdido mucha sangre.

Los dos hombres estaban metiendo al cachorro por la puerta de la trastienda. Inconsciente, pero, por lo que acababa de decirnos, seguía vivo. Llevaba un grueso vendaje sujeto al abdomen; supuse que habían intentado detener el sangrado con todo lo que habían tenido a mano. No me pasó desapercibido el color rojizo que empapaba la tela ni el olor dulzón de esta.

Ona se transformó en cuanto entramos dentro del edificio y siguió a su hermana hacia el acceso que daba al bar, mientras yo me acercaba a la estantería para coger unos bóxeres y una camiseta. Cuando entré en el local, el cachorro estaba tendido sobre una de las mesas y Ona le examinaba con manos expertas. Vi que Maya abría un viejo maletín de metal que había sacado de su todoterreno y, por una vez, no me sorprendió ver que estaba repleto de instrumental médico. Me acerqué a Ona.

—Ponte esto. —Le tendí la camiseta y me miró como si no entendiera a qué venía aquello.

Estaba tan concentrada en el lobo tendido sobre la mesa que ni siquiera era consciente de su propia desnudez. Yo, sí.

La miré de arriba abajo, sin decir ni una sola palabra, pero el repaso que le di fue suficiente como para que reaccionara y se decidiera a ponérsela. Mejor así. Asentí y me alejé un par de pasos para permitir que se moviera alrededor de la mesa sin interferir en su valoración. Maya se colocó a su lado.

—Necesita sangre. Creo que tiene la femoral tocada. —Se mordió el labio inferior—. Espero que siga inconsciente un buen rato, porque voy a tener que rajarle para repararla; si no lo ha hecho solo en todo este tiempo es poco probable que lo haga sin un poco de ayuda extra.

—Creo que hay un equipo de extracción. —Maya empezó a rebuscar entre los compartimentos de la caja y, con gesto triunfal, sacó una bolsa de la que pendían un par de tubos transparentes, gruesos. Ona asintió y Maya cogió una silla para sentarse y colocó el brazo sobre la mesa.

—¿De qué va esto? —quise saber mientras mi pareja empezaba a vaciar sobre una talla estéril que acababa de abrir varios paquetes. Observé el contenido: gasas, agujas, suturas y varios instrumentos de metal con forma de pinzas y tijeras.

—Maya es donante universal y, aunque los lobos se recuperan más rápido con transfusiones de sangre de lobo, no tengo la más remota idea de qué grupo sanguíneo es este cachorro y no dispongo de un kit para analizarlo.

—¿Sirve de algo si soy cero negativo? —le cuestioné y, por primera vez desde que habíamos llegado, me miró con algo parecido al interés.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

—Pues en tal caso, acabas de ofrecerte como donante. —Me sonrió, pero vi por su rostro que estaba preocupada, y dudo que fuera por el hecho de sacarme sangre—. Maya, puedes ocuparte de él mientras yo intento, no sé, ¿hacer un milagro?

Su hermana no le respondió, se limitó a sonreír y se levantó para ofrecerme la silla que había cogido para sí misma. Me senté allí y

coloqué el brazo en la misma posición que hacía unos momentos estaba el suyo, sin dejar de observar a Ona acercándose al cachorro. Ignoré a Maya mientras desinfectaba mi piel; Ona estaba rasurando con una maquinilla la zona de la herida.

Apenas sentí cuando Maya me ató el bíceps con una cinta elástica, ni cuando perforó una de mis venas con una aguja más gruesa de lo que sería habitual. La herida del cachorro seguía sangrando. No diré copiosamente, pero estaba claro que no se encontraba fuera de peligro. Vi cómo empezaba a gotear sobre el suelo del bar, marcando un ritmo lento pero constante en aquella escena un tanto dantesca.

—Ve apretando la mano, esto puede tardar unos minutos en llenarse, pero cuanto más rápido vayas, mejor. —Colocó la bolsa sobre mis rodillas y vi cómo la sangre comenzaba a llegar hasta ella. Asentí y empecé a hacer lo que me había pedido, aunque mi atención estaba focalizada en Ona, que trabajaba con manos expertas.

Le pidió a uno de los lobos que sujetara al cachorro antes de coger el bisturí y hacerle un corte de más de veinte centímetros, centrado en el punto por el que había entrado la bala. Su pulso fue firme. Me pregunté si habría hecho algo así antes. Luchar por salvarle la vida a un lobo. No me gustaría estar en su pellejo. Asumir esa presión. Que su vida —o su muerte— pudiera sentirse como si fuera una responsabilidad suya. Joder. Era una presión que bloquearía a muchos.

Pero no a Ona.

—Este material es una mierda, ¿sabes? —protestó mientras intentaba localizar algo entre la carne expuesta por planos que la sangre cubría al instante.

—Menos es nada —le contestó Maya y, aunque escuché que se quejaba por lo bajo, Ona siguió empapando gasas en la sangre y buscando la bala, o la arteria dañada. Lo que fuera.

—Esto está lleno. —Capté la atención de Maya, que asistía a Ona. Se acercó a mí y retiró los tubos, pero me dejó la aguja clavada, aunque colocó algo parecido a un tapón en el extremo vacío antes

de conectar el cable a una vía de tres llaves que había colocado Ona a una de las patas del cachorro.

—Sostén esto en alto —le pidió a uno de nuestros hombres—. Es posible que necesite más sangre.

—Sin problema. —Me levanté para acercarme a la improvisada mesa de operaciones cuando el lobo empezó a convulsionar y Ona soltó un montón de insultos a un tiempo.

—¡Contenlo!

Me incliné hacia el cachorro y lo sujeté, ordenando a los otros dos hombres que me ayudaran. Incluso en medio de aquel caos de movimientos y temblores, Ona siguió trabajando y me fascinó la destreza con la que sus manos se movían mientras daba puntadas precisas, pese a que apenas podía ver dónde clavaba la aguja porque todo acababa cubierto de sangre casi al instante.

Fueron minutos que se antojaron horas, pero, al final, consiguió detener la hemorragia. Las gasas dejaron de empaparse con la sangre del cachorro. Suspiró, satisfecha pero cansada al mismo tiempo, antes de dar unas últimas punzadas para ajustar los márgenes de la enorme raja y, tras hacerlo, usó una pequeña grapadora quirúrgica para terminar de cerrar la herida.

La respiración del lobo era lenta, débil, pero seguía con vida.

—Vivirá. —Eso fue todo lo que dijo Ona antes de dar un paso atrás, alejándose de la mesa.

Sus piernas empezaron a temblar, tal vez por el estrés o quizá por la fatiga. Mis brazos la rodearon antes de que pudiera desplomarse allí en medio.

Maya me observó.

—Llévala arriba; necesita una ducha y descansar.

No necesité que me lo dijera dos veces. Me incliné y pasé un brazo por debajo de sus piernas para sostenerla entre mis brazos. Su proximidad fue lo único que me trajo una cierta calma después de la noche que llevábamos. Ignoré al resto mientras salía del bar y me dirigía hacia la parte trasera. Subí las escaleras sintiendo el corazón de Ona latir justo sobre el mío, y fingí no notar la calidez de la piel de sus muslos contra la de mis brazos. Me gustaba esa proximidad

entre nosotros. No tanto el motivo que nos había llevado a esa situación.

Fui directo al cuarto de baño y dejé a Ona sobre el mármol del lavamanos. La sangre le cubría las manos, los antebrazos y parte de la camiseta que le había dado. Mi único consuelo era saber que no era suya. Perderla… ¡Joder! No podía imaginar algo así. Me alejé de ella para encender la ducha y ajusté la temperatura.

—Estoy bien. —Su voz sonó firme, como si le diera rabia que hubiera presenciado aquel momento de debilidad. Como si necesitara demostrarme, o demostrarse a sí misma, que era fuerte. ¡Y vaya si lo era!

Me giré para enfrentarla.

—Déjame que te lo discuta. Hace un momento por poco te desplomas abajo. Y está bien, no pasa nada. Le has salvado la vida.

—Tenía mis dudas de si conseguiría parar la hemorragia a tiempo. —Alzó la mirada para centrarla en mi persona—. Tu sangre también ha ayudado.

Cruzó las piernas y, tras abrir el grifo del lavamanos, se inclinó para empezar a lavarse los restos secos de sangre. Observé cómo el agua se teñía de rojo, y no me pareció que aquello le preocupara o le incomodara. Volvía a mostrarse serena.

—Mi aportación ha sido mínima en comparación a la tuya. —Quise decirle algo más, pero no encontré las palabras—. Es normal que estés agotada; eso no te hace parecer más débil, ¿sabes?

—Cuando la vida de alguien pende de un hilo que depende de ti, la descarga adrenérgica es brutal. —Cerró el lavamanos, ya con los brazos y las manos limpias, aunque el olor de la sangre seguía impregnando el aire que nos rodeaba… y nos separaba. Al uno del otro—. Pero después, cuando todo ha pasado, viene un bajón considerable.

—Date una buena ducha y luego descansa un rato en mi habitación; estarás más cómoda que en ese viejo sofá.

—Eso no es lo que necesito.

Sentí su olor.

Cambiar.

Apenas fui capaz de moverme mientras ella se deslizaba del mármol para sostenerse con esas bonitas y largas piernas, cuya imagen no podría sacarme de la cabeza en mucho tiempo. Con probabilidad, en toda mi jodida vida.

Acortó el espacio entre nosotros y se puso de puntillas para rozar con sus labios los míos.

—Ona, esta es la peor de las ideas que has tenido esta noche, y te juro que la de plantarte en pelotas frente a los cazadores fue pésima.

—Calla y bésame.

No tenía intención de seguir sus órdenes, pero, joder, lo hice.

Mis brazos rodearon su cuerpo para atraerla hacia mí mientras mi boca se fundía en la suya con el deseo, la rabia y el miedo que había sentido durante las últimas horas. Me encontré perdiendo el sentido y la coherencia mientras devoraba su boca, aun sabiéndome a poco. Sentí que mi pecho se humedecía con la sangre que había acumulada en su camiseta, pero no me importó.

Capítulo 23



ESTABA A PUNTO DE CRUZAR UNA LÍNEA de no retorno.

Y la deseaba tanto como me aterrorizaba hacerlo.

Me separé de ella cuando jadeó, presa de su propio deseo.

—No estás en condiciones de que te haga todo lo que quiero. —Busqué el lóbulo de su oreja para morderlo con suavidad primero, y succionarlo con fuerza después—. Dime que pare ahora, porque si no lo haces, voy a acabar follándote duro, Ona. No sé hacerlo de otra forma.

—¿Y se supone que eso es un problema? —ronroneó mientras sus manos recorrían mi espalda y sentía sus uñas desgarrar mi piel. Gruñí, una mezcla de dolor y excitación, obnubilando mi sentido común.

Mi mano buscó su nuca y la agarré con fuerza del cabello, obligándola a mirarme. Sus ojos estaban turbios de deseo. Igual que los míos. Busqué su boca de nuevo y me lancé contra ella mientras la empujaba para obligarla a entrar en la ducha.

El agua nos empapó, pero seguíamos besándonos con un hambre voraz.

Su mano buscó mi miembro, y su osadía me excitó y cabreó a partes iguales. Sin demasiados miramientos, la obligué a girarse, empujando su pecho contra la pared de mármol y presionando mi espalda contra su cuerpo. Busqué los márgenes de su camiseta con ambas manos para desnudarla mientras dejaba mi aliento sobre su oreja.

—Me encanta tu culo. —Sentí cómo lo empujaba ligeramente contra mi pelvis y cómo mi erección presionaba entre sus nalgas.

Observé el agua deslizándose por su cuerpo. Di un paso hacia atrás, lo justo para poder acariciar con la mano su espalda hasta

llegar a ese trasero que me tenía caliente y me encontré golpeándola en las nalgas. Gruñó, pero en vez de intentar enfrentarme por mi osadía, colocó las manos contra la pared de mármol y deslizó su trasero hacia mí, buscándome.

Deslicé mi mano entre sus piernas y sentí un inmenso placer cuando palpé un líquido pegajoso, que nada tenía que ver con el agua que caía sobre nosotros. No dudé en introducir un par de dedos en su interior y los curvé ligeramente mientras los deslizaba con un movimiento rítmico que hizo que su cuerpo se tensara y su respiración se agitara. No tardó en empezar a gemir por esa mezcla de necesidad, placer y deseo que nos consumía.

Saqué los dedos de su interior y me los acerqué a la nariz antes de metérmelos en la boca para poder saborearla. Gruñí. Era demasiado deliciosa. Simplemente perfecta. Y la deseaba de una forma que me quemaba por dentro.

Mi miembro convulsionó y decidí liberarlo del bóxer, que acabó cayendo al suelo, empapado por el agua. Me acerqué a ella para que pudiera sentir mi presencia y mi tamaño.

—Tú te lo has buscado. —La muy cabrona presionó su cuerpo contra mi cadera y perdí el control: me hundí en su interior con una estocada brusca, buscando atravesarla por completo.

Soltó un gruñido, mitad gemido, antes de removerse inquieta, incómoda con mi intrusión y mi tamaño. Le acaricié con suavidad la espalda, un acto de compasión que era poco habitual en mí. Jadeé al sentir que se contraía alrededor de mi miembro con fuerza y me obligué a contenerme, pese al ciego deseo que me quemaba de embestirla con la brutalidad que necesitaba en esos momentos.

Cuando empezó a relajarse, moví ligeramente la cadera hacia atrás, notando cómo mi miembro se deslizaba por su interior y ella jadeaba por la impresión. Me retiré apenas la mitad de mi envergadura antes de volver a embestirla en un movimiento duro, seco, y un tanto brusco. Gruñí de placer.

—Joder… —soltó aquello en apenas un murmullo. Su olor era ambrosía. Su gusto. Era mía. Me pertenecía. Por derecho. Por lo que fuera. Quizá no para un para siempre, pero sí, al menos, en ese ahora que pensaba dilatar en el tiempo.

—Sí, Ona, eso es lo que pienso hacerte. —Me retiré y volví a embestirla desde atrás. Su espalda se tensó y la agarré con ambas manos por la cadera—. No me importa si clavas las garras en la pared, pero no pienso parar hasta que haya acabado contigo.

Creo que quiso contestarme, pero apreté mis dedos sobre su cadera, marcando su piel mientras mis nudillos se blanqueaban por la fuerza, justo antes de empezar a sacudirme contra ella en movimientos secos, rápidos, tan profundo como me era posible, porque quería anclarme en su interior, que su cuerpo fuera mío, poseerla con la fiereza que ansiaba la bestia y la lujuria que despertaba en el hombre.

Escuché sus jadeos. Sus gritos. Sus gruñidos. Me excitaba hacerlo. Seguí moviéndome como un demente en su interior, ignorando todo lo que nos rodeaba y dejándome llevar por la intensidad del momento. Jadeé cuando sentí que, en vez de alejarse de mí, su cuerpo parecía buscarme, como si me necesitara tanto como yo a ella.

Liberé mi agarre sobre sus caderas, consciente de que ella presionaba contra mí con la fuerza que yo necesitaba. Rocé su espalda con mis manos y me incliné lo justo para deslizar mis brazos por sus costados y poder acariciar los pechos, que pendían en el aire y que se sacudían con cada una de mis embestidas. Suavicé un poco el ritmo para alargar tanto como me fuera posible aquello. No quería que se acabara. Nunca. Me gustaba cómo su cuerpo se tensaba mientras la penetraba y cómo gruñía cuando la colmaba por completo, arrastrada por esa mezcla de dolor y placer que se entremezclaban de una forma tan adictiva como pecaminosa.

Le pellizqué los pezones y empecé a juguetear con ellos. Eso tampoco era habitual en mí. Alargar en sí aquello. Darme la oportunidad de saborear esas pequeñas pausas. Cada gemido. Cada contracción. Cada momento en el que su cuerpo parecía darme la bienvenida mientras me adentraba en ella y buscarme cuando dejaba de profundizar el vínculo que estábamos compartiendo físicamente.

Me encontré deseando que ese maldito polvo, que me había prohibido, jamás se acabara.

Como si el agua que corría sobre nosotros, de repente, se hubiera vuelto gélida, el rostro de mi hermano vino a mi mente y con ello la rabia.

Liberé sus pezones de mi contacto y apoyé mi pecho sobre su espalda. Estaba inclinada hacia la pared, con los brazos extendidos y las palmas sobre ella para estabilizar su cuerpo frente a mis embestidas. Coloqué mis manos junto a las suyas, sobre la superficie de mármol, nuestras pieles una contra la otra, mientras seguía penetrándola a un ritmo pausado.

—¿Te lo hacía así mi hermano? —Se tensó, y esta vez no fue por mis embestidas, que mantenían el mismo ritmo, como si la frialdad que ahora me carcomía por dentro no pudiera condicionar la necesidad física que sentía mi cuerpo por el suyo—. Quizá ni siquiera te importa el quién, sino que te dejen bien follada y satisfecha. En eso, al menos, te aseguro que quedarás cubierta.

Quiso moverse, pero la cogí por el cogote con una mano, mechones de su cabello dispersos entre mis dedos, y la sostuve en esa posición a la fuerza, manteniendo una mano sobre la pared y volví a acelerar el ritmo, dispuesto a acabar con aquella agónica tortura. El placer. El dolor de las heridas del pasado.

Cerré los ojos, dejando que la bestia tomara el control.

Mis colmillos afloraron, presos del deseo. Sentí cómo su cuerpo se tensaba y llegaba a su orgasmo, pese a la dureza de mis palabras y la frialdad presente en ellas. Cuando empezó a convulsionar, despertó en mí la necesidad de seguirla. Hasta el fin del mundo.

Quise retirarme de su interior, pero un dolor punzante me atravesó el antebrazo. Mis pupilas se dilataron, mi cuerpo se tensó y el mayor orgasmo de toda mi vida me golpeó de lleno y de forma precipitada, sin que pudiera contenerlo. Me encontré apretándome contra ella mientras jadeaba al tiempo que ella exhalaba mi nombre y yo me perdía en una explosión de placer que nubló mis sentidos.

Tras dejar de convulsionar contra su cuerpo, el brazo que sujetaba su cabeza se deslizó para acunarla contra mí a la vez que ella convulsionaba de nuevo.

Si tuviera que describir todo lo que sentí, no sabría por dónde empezar a hacerlo. Después de aquello, el sexo ya no tendría

sentido. Si no era con ella. Atesoraría ese polvo robado que no significaba nada, pero al mismo tiempo lo significaba todo.

—¿Estás bien? —le pregunté, intentando recuperar mi sentido común.

—Sí.

Me sentí incómodo. Jamás había cometido el desliz de correrme dentro de una hembra, ni siquiera cuando usaba preservativo. Cabía esperar que Ona tomara la píldora, pero más me valía asegurarme de que lo hacía, para no acabar agobiándome con la posibilidad de que la hubiera preñado. Le hubiera preguntado al respecto, pero la sangre que se deslizaba sobre mi antebrazo llamó mi atención.

Me quedé mirando aquella marca.

Una mezcla de pánico y excitación.

Los colmillos de Ona estaban dibujados sobre mi piel.

Una marca.

Se me aceleró el pulso.

Una marca de apareamiento.

—¿Qué coño has hecho? —gruñí molesto, aún encajado en su interior, observando el dibujo de su dentadura sobre mi piel.

—Marcarte. —Soltó un bufido.

Me separé de ella, incluso si me costó una eternidad hacerlo, y deslicé mi miembro fuera de su cuerpo, sabiéndolo empapado de ambos. Una parte de mí estaba cabreada. Otra quería morderla y volver a encajarse en su interior. Una y otra vez. Hasta el fin de nuestros días.

—¿Estás loca?

—¡No me vengas con esas! —Se giró para enfrentarme. Tenía el cabello revuelto, los colmillos expuestos y restos de mi sangre en la comisura de sus labios. Las marcas de mis dedos, de un tono violáceo, decoraban sus caderas—. Sabes perfectamente que somos pareja.

—¿Crees que por el hecho de que te haya follado tienes derecho a decidir por los dos?

—¡Es que tú no pareces tener intención de hacerlo porque eres incapaz de ver más allá del pasado! —Sus ojos se volvieron duros—. Sí, me lie con tu hermano, pero fue antes de saber lo que tú y yo

éramos, pero supongo que te viene bien, porque así tienes una excusa en la que esconderte para negarte a aceptar lo que somos.

Gruñí. Ona, por lo visto, conseguía cabrearme tan rápido como me ponía caliente.

Me sostuvo la mirada, sin intimidarse lo más mínimo con la proyección de rabia que podía sentirse a mi alrededor. La marca en mi antebrazo palpitaba y percibía en ella un dolor sordo que se me antojaba demasiado placentero.

—No deberías haberlo hecho.

—No tengo una máquina del tiempo, pero lo que pasó con Silas forma parte del pasado.

—Me refería a que no deberías haberme marcado. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que soy tuya. —Se me secó la boca y sentí que se me aceleraba el pulso. Lo era. Era mía. La marca en mi antebrazo era la evidencia de que aceptaba ese vínculo para con mi persona—. Entierra el resto, Daniel. Yo estoy dispuesta a hacerlo. Llevas mi marca, así que para mí ya no hay más machos ni otro futuro que no sea contigo, sabes cómo funcionan los vínculos entre lobos. No puedo darte más garantías ni razones. Te lo estoy dando todo. Aceptes o no formar parte de esto.

—No piensas con claridad —gruñí—. Necesitas descansar. Quédate en mi habitación.

La miré, reticente a irme, pero también a quedarme.

Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, le di la espalda y me convertí en lobo. Me alejé de mi casa y de mi gente para perderme en el bosque, pero ni siquiera allí encontré la calma para el nudo que sentía debajo del pecho y la sensación de que todo estaba mal.

Deseaba… la deseaba a ella. Y, sin embargo, tenía la certeza de que lo que había pasado no era más que un desliz de la intensidad del momento y la atracción que sentíamos el uno por el otro.

Ona jamás me habría marcado si no hubiera estado convulsionando de placer, nuestros cuerpos siendo solo uno.

Mierda.

Estaba condenada a un vínculo que, en realidad, no podía querer. Su vida estaba en Dóen. Y yo no tenía nada que ofrecerle, excepto la brutalidad del lobo que deseaba tenerla gimiendo entre sus brazos para toda la eternidad.

Cuando se le pasara el calentón no podría hacer otra cosa que culparme por lo que había pasado. Y odiarme por ello.

Estaba jodido.

Porque no podía seguir negándome el hecho de que la amaba.

Capítulo 24



NINGÚN LOBO VINO A MI ENCUENTRO hasta un par de días más tarde y, si no hubiera sido Derek, creo que hubiera optado por evitarle. Sin embargo, no podía negar su autoridad sobre mi persona. Ni el hecho de que había eludido mis obligaciones. Por primera vez en toda mi vida. Y me importaba una mierda, en realidad, seguir pasando de ellas.

—Maya me lo ha contado. Lo tuyo con Ona. Joder, ¿por qué no me dijiste que era tu compañera?

—No habría cambiado nada.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. —Inspiré con fuerza y mil olores llegaron a mí a través de los sentidos del lobo—. *Supongo que soy la comidilla de Pardines.*

—Algunos saben que tú y Ona os acostasteis, sí, pero les he pedido que no lo difundan. —La orden de un alfa no era algo que pudieran saltarse a la ligera. Asentí, agradecido por ese detalle por su parte.

—¿Silas?

—¿Te importa en realidad lo que él piense al respecto? —Ese era un buen punto.

—Supongo que no.

—Deberías habérselo dicho. Lo que ella es para ti. Ahora lo sospecha y se siente como una mierda. Lleva ocupándose del bar desde entonces y ni siquiera protesta.

Aquello me arrancó una pequeña sonrisa.

Derek se estiró sobre una montaña de hojas. Titubeé antes de acercarme a él y dejar que mi lobo se acostara a su lado. Sentí la conexión que latía entre nosotros, la de un alfa y su beta, la de dos viejos amigos. Complicidad, sí, y también la confianza.

—Los viejos me han hecho una propuesta que, por una vez, creo que me veo con la obligación de considerar.

—Eso es algo nuevo.

—Después de lo que pasó con el cachorro se ha puesto en evidencia que necesitamos alguien con conocimientos médicos que pueda atender a los miembros de la manada.

—Me extraña que hayas venido hasta aquí para contarme eso.

—Ellos consideran que tu compañera sería la persona perfecta. —Me estremecí al escucharle decir aquello. Mi compañera. Ona me pertenecía. Había dejado su marca sobre mi piel—*. Ha demostrado su valía y, además, es una loba que está bastante familiarizada con la manada.*

—Entiendo.

—Creo que a Maya le gustaría tenerla aquí.

—Es posible.

—Pero no podía ofrecerle a ella algo así sin hablar primero contigo.

—¿Qué quieres que te diga? —le cuestioné.

—No lo sé. Por eso estoy aquí. —Me sostuvo la mirada—. *Puedo darte tiempo y espacio, Daniel, pero necesito saber qué está pasando entre vosotros. No me importa enfrentarme a los viejos, pero preferiría saber, primero, si debo o no hacerlo.*

—Los viejos quieren que Ona se instale en el pueblo para que Silas la preñe.

—Lo sabes.

—Me lo contó él, sí.

—No creo que vayan a quejarse si eres tú el que la acaba cubriendo, y lo sabes.

—Sabes que todo eso es porque quieren asegurar que se perpetua nuestro linaje y no las tienen todas con que tú y Maya engendréis un cachorro apropiado. —No pretendía ofenderle, pero estaba a la defensiva.

—Lo sé, Silas me lo contó. —Nos quedamos en silencio durante unos segundos—*. Si uno de vuestros hijos tuviera que heredar la manada, lo único que lamentaría sería la carga que pesaría sobre sus hombros.* —Nos miramos—. *Ambos hemos hecho muchos*

sacrificios y cosas de las que no nos enorgullecemos para sacarla adelante. Nunca he considerado que ser el alfa de Pardines sea un privilegio, sino más bien una responsabilidad que trae consigo poco más que desgracias. Con todo, ahora, creo que puedo decirte, por primera vez en mi vida, que soy feliz.

—Maya tiene mucho que ver.

—Lo tiene, sí, y quizá Ona podría hacer que tú también te sintieras así.

—¿Sigue en el pueblo? —Derek negó con la cabeza.

—Se fue a la mañana siguiente.

—¿Cómo estaba?

—No sabría decirte. —Sentí ese nudo que me oprimía el pecho aún más pesado—. *Aunque, conociéndote, supongo que dolorida.*

—Idiota. —Escuché que su lobo producía un ruido ronco, algo parecido a una risa*—. Es posible que se niegue a venir.*

—Es posible.

—Por mi parte, los intereses de la manada prevalecen por encima de los míos propios.

—¿Significa eso que no quieres volver a verla?

—Significa que es posible que ella no quiera volver a verme, aunque está condicionada a hacerlo.

—¿Tan bueno fue el sexo?

—Digamos que hubo un antes y un después. —Levanté la pata. Derek tardó en ver las marcas de los colmillos de Ona, que aún podían apreciarse en mi carne, pese al pelaje del lobo—. *Y un hasta siempre.*

—Joder. Os habéis vinculado.

—No. Ella me marcó, pero yo me largué antes de cometer el error de cerrar ese vínculo.

—No lo entiendo, Daniel. Es tu compañera.

—Lo es.

—¿Y entonces?

—Me marcó, pero eso no quiere decir que quisiera hacerlo. Fue su instinto el que tomó el control en pleno orgasmo mientras la estaba reventando.

—Muy gráfico, sí. —Puso los ojos en blanco—. *Créeme que prefiero no saber qué le hiciste ni cómo se lo hiciste a mi cuñada, pero sabes que es habitual que los lobos se marquen durante el apareamiento.*

—Nos pasamos el tiempo discutiendo y jamás habíamos hablado de lo que, por lo visto, ambos sabíamos. Se acostó con Silas. Joder, ¿realmente tiene sentido lo que somos?

—Así que te largaste de allí, pese a saber que era tu compañera y que deseabas marcarla.

—Eso hice, sí.

—La verdad, Daniel, es para pillar un buen cabreo o hundirse en la miseria.

—Siendo Ona, me decanto por lo primero.

—Yo también.

—Su vida está ligada a la tuya, incluso si no completaste el vínculo.

—Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

—Vivir con ello. —Hice una pausa—. *Igual que hará ella.*

—Sabes que jamás volverá a desear a otro macho.

—Sé que no es justo, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. —Hice una pausa—. *Tal vez no la he marcado, pero en ningún momento me he planteado acostarme con otra hembra.*

—Pero poder, podrías.

—Sí, pero no me imagino con ninguna otra. Ya no.

—Pero al mismo tiempo te niegas a estar con ella.

—Es más complicado que eso.

—Entiendo. ¿Qué hago con lo de ofrecerle un puesto como sanitaria en la manada?

—¿Crees que aceptaría?

—Maya me ha dicho que ella siempre se ha sentido un poco atrapada en Dóen. Creo que le gustaría probar algo diferente. Le daríamos la oportunidad de abrir un consultorio veterinario aquí, que creara un proyecto que fuera totalmente suyo.

—Suena bien. Le gustará. —Asentí—*. Iré a Dóen y hablaré con ella sobre tu interés en que se instale en Pardines.*

—No sé si es buena idea. No sé si ella o su padre, pero es posible que alguien intente pegarte un tiro.

—Tal vez me lo merezco. —Una brisa suave me acarició el pelaje—. *No vendrá si cree que yo me opongo a que se instale en el pueblo.*

—¿Y no te opones?

—No.

—¿Te has parado a pensar qué quieres de ella, Daniel?

—Lo quiero todo, joder, y no sé cómo mierda gestionarlo.

Derek golpeó con delicadeza mi costado con su lomo.

—Podrías empezar, no sé, diciéndoselo. Que la has cagado es algo bastante obvio, pero eres su macho. Te perdonará. Solo intenta que no te mate antes de que se decida a hacerlo.

—Tendré en cuenta tu consejo.

Me presenté en Dóen a finales de semana. El pueblo parecía tener tanta o más vida que durante los fines de semana que había subido a ver a Desirée. Esta vez, sin embargo, no era ella a quien venía a ver. Por una vez, no tenía por qué fingir lo contrario.

Aparqué frente al centro veterinario y me tomé mi tiempo antes de bajar del todoterreno. El cielo estaba despejado y el sol brillaba en todo su esplendor. Tan mal no podía ir, ¿no?

Entré en el consultorio y me encontré a un hombre de unos cincuenta y pocos detrás del mostrador. Tenía el cabello oscuro, ligeramente revuelto, y era obvio que se mantenía en forma. Aunque supuse que mucho tenía que ver el hecho de que fuera un lobo y, además, apestaba a alfa.

—Lucas Mason, supongo. —Me acerqué a él y le tendí la mano en un gesto más o menos formal y conciliador.

—Uno de los betas de Derek, asumo. —Aceptó mi mano y la estrechó.

—Daniel Ilerdenc —me presenté.

—¿Qué te trae a Dóen entre semana?

Podía mentirle, decirle que venía a ver a Desirée o inventarme una excusa en esa línea, pero me decanté por ir con la verdad como

estandarte. Incluso si eso podía implicar enfrentarme a la máxima autoridad de los lobos de Dóen.

—Ona.

—Entiendo. —Frunció el ceño y se sentó en un taburete alto que había detrás del mostrador. Sus ojos me estudiaron—. Te escucho.

—Hace unos días unos furtivos abatieron a uno de nuestros cachorros. Si no llega a ser por su intervención, hubiera muerto. —El alfa asintió y sospeché que había oído hablar de ese incidente; de lo de que su sobrina y yo nos habíamos acostado juntos, no estaba tan seguro—. Tanto Derek como los viejos de nuestra manada creen que necesitamos a alguien como ella en Pardines. Si aceptara instalarse con nosotros, nos ocuparíamos de costear lo que suponga empezar de cero para que pudiera establecer su propio centro veterinario allí.

—Maya y Ona siempre han estado muy unidas —se limitó a decir Lucas Mason antes de añadir, con una media sonrisa—: Eso juega a vuestro favor.

—¿Significa eso que no vas a oponerte?

—¿A los intereses de Ona? —Se rio y pareció mucho más joven—. No sería tan estúpido como para interponerme entre mi sobrina y lo que sea que se le antoje. Ya es mayor para tomar sus propias decisiones, asumir sus errores y celebrar sus aciertos. ¿No crees?

Ladeó la cabeza y me sentí estudiado. El olor de Ona ya apenas podía sentirse en mí, por mucho que me pesara, pero no era descabellado que él hubiera percibido el mío en el cuerpo de ella cuando llegó a Dóen. También el de mi hermano, meses atrás.

—Supongo que todos lo somos.

El alfa asintió.

—Correcto. La encontrarás en su casa. Aunque es posible que no esté sola. —Una sonrisa lobuna asomó en su rostro y me tensé. ¿Con quién diablos se suponía que estaba Ona? No tenía claro si me gustaría la respuesta. ¿Tal vez Mathew? Me negué a pensar en ellos de esa forma. Eran amigos. No más que eso—. ¿Conoces su ubicación? —Negué con la cabeza—. Te la marcaré, entonces.

—Gracias.

Sacó un panfleto de uno de los estantes del mostrador y extendió un pequeño mapa encima del tablón. Me hizo gracia aquello. En

plena era digital, siempre había quien se resistía a dejar atrás lo que había conocido. Lucas Mason, el alfa de Dóen, era uno de esos.

Con el mapa en mano, doblado en unos cuantos pedazos, volví a mi todoterreno. Cuando el motor rugió, me sentí tan nervioso como pletórico. Quizá por eso no fui consciente de que Mathew estaba observándome con el ceño fruncido, ni de cómo sacaba el teléfono móvil del bolsillo trasero de sus pantalones.

Si lo hubiera hecho, quizá no me habría sorprendido que, cuando llegué al destino que Lucas Mason me había dado, me encontrara con tres mujeres sentadas en el porche de una bonita casa de piedra. Pero ninguna de ellas era Ona.

Bajé del coche, ignorando sus ceños fruncidos y cómo intentaban captar mis matices mientras me aproximaba al edificio, con la vaga esperanza de que Ona estuviera dentro. Las mujeres que me observaban, con ojos cautos, tendrían cincuenta y pocos.

Pese a que podía sentirse en el aire que gozaban de una cierta complicidad, no podían ser más diferentes: una vestía una camisa blanca con volantes sobre una ajustada falda negra y unos zapatos de tacón muy poco apropiados para aquel lugar perdido en ninguna parte; otra llevaba el cabello revuelto, un mono tejano que le caía un poco demasiado ancho con los tirantes caídos, permitiéndome ver el unicornio de lentejuelas lilas que llevaba estampado en la camiseta y de la tercera apenas pude fijarme en otra cosa que no fueran unos ojos lilas, con matices violetas, que brillaban como si fueran de otro mundo.

Intentando mostrarme indiferente, me acerqué a ellas y al duro escrutinio al que me estaban sometiendo.

—¿Te has perdido? —me cuestionó la mujer de ropa elegante.

—Es un lobo, Adaia, este sabe lo que anda buscando —intervino la del unicornio.

—Lo envía Lucas. Está buscando a Ona. —Esa era la de los ojos lilas.

—¿A mi hija? —Elevó una ceja y me miró con expresión aguda—. ¿Qué ha hecho esta vez?

Tardé unos segundos en reaccionar.

Conocía al padrastro de Ona, el cazador de lobos y a su hermana, la humana que había conseguido derribar a un alfa, pero jamás pensé que fuera a impresionarme la mujer humana que la había alumbrado. Sonreí.

—Salvó a un cachorro. Unos furtivos lo derribaron.

—Solo dime que ella no «derribó» a los furtivos. —La mujer hizo un mohín y se le hizo un hoyuelo en una mejilla. El mismo que le salía a Ona cuando sonreía.

—Solo a uno. —Vi que parecía molesta, así que me apresuré a añadir—: Lo noqueó de un golpe, pero, si no lo hubiera hecho, es posible que yo no hubiera tenido tantos miramientos.

—No miente. —Aquellos ojos color espliego parecían estudiarme.

—Creo que debes de ser la madre de Luke. —De ahí que supiera que había ido. Lucas Mason debía de haberle advertido de que estaba de camino.

—Y la mujer de Lucas, el alfa, sí. —Me sonrió.

—Amanda es alfa por derecho propio —intervino la loba del peto que aún me miraba con expresión desconfiada.

—Ella es Naiara, la pareja del beta de Lucas, James. —Amanda hizo los honores de presentarnos—. Ona no está en casa. Ha salido hace media hora, más o menos, pero creo que la encontrarás en casa de Nolan.

—Perfecto.

—¿No sería mejor que la llamaras antes de ir a buscarla? Es inquieta por naturaleza, puedes pasarte el día jugando al gato y el ratón.

—No le cogería la llamada —intervino Amanda y la seguridad con la que lo dijo, así como el retintín que usó, me molestó bastante, pero intenté que no lo notara, porque fui consciente de que tal vez ella sabía lo que había pasado entre nosotros. Era su tía, después de todo—. Están en esa fase.

—¿Qué fase exactamente? —cuestionó la madre de Ona cruzando los brazos sobre su pecho.

—En la de que, si no juegan bien sus cartas, podrían perder la partida. —Los ojos lilas de Amanda buscaron los míos—. Y sería una lástima. —Lo sabía. La alfa de Dóen, esa mujer de ojos espliego, lo

sabía. Le sostuve la mirada y ella me sonrió—. Ona siempre ha sido una alfa de armas tomar, Daniel.

—Desde niña siempre ha sabido lo que quería —añadió su madre con un deje de orgullo.

—Que solía ser lo contrario a lo que tú querías para ella —intervino la otra loba, Naiara.

—Correcto. —La mujer sonrió. Una calidez evidente en su rostro frente a algún recuerdo de ellas dos. No recordaba que mi madre me hubiera mirado así nunca.

¿Qué podía ofrecerle a Ona?

¿Qué esperaba ella de mí?

Llevaba tanto tiempo reprimiendo a mi lobo, lo que yo era, que ni siquiera sabía…

—Qué quieres en realidad.

Los ojos lilas de Amanda brillaban.

—No asustes al pobre chico, Amanda —le recriminó la madre de Ona a la alfa con una confianza digna de una reina.

—Dudo que ni siquiera mi historia pudiera hacerlo. Es más de lo que deja que se vea a simple vista. Y eso es lo que le asusta. Pero no es el único. —Me miró—. No eres el único. Somos muchos los que arrastramos el precio de nuestras decisiones. Ella sabrá escucharte cuando encuentres las palabras apropiadas. No te demores, ve.

—Gracias. Creo… —Las mujeres me estudiaron, pero solo Amanda rio por lo bajo.

Me estremecí cuando les di la espalda, para alejarme de ellas, porque todo en mi interior estaba revuelto. Esos ojos lilas parecían ser capaces de ver más allá del aquí y del ahora.

Era absurda esa obsesión familiar que tenían por las lentillas cosméticas. Aquella loba y su hijo no eran más que un par de frikis.

Observé las tiras de cuero castaño con las que cubría mi antebrazo, ese en el que Ona me había mordido. Sus marcas ya habían desaparecido, pero no el recuerdo de lo que había pasado. Ese quería llevarlo conmigo. Ahora y siempre. Pasara lo que pasara.

Me alejé de aquella casa y tomé rumbo hacia la de Nolan. Esperaba llegar antes de que hubiera vuelto a desaparecer,

escurriéndose de mí. Aunque si lo hacía, seguiría su rastro. No me importaba si tardaba más o menos en encontrarla. Era un lobo. Un depredador. Y Ona se sentía como la única cosa que me había apetecido cazar en toda mi vida.

Capítulo 25



LO QUE TIENEN LOS AMIGOS es que te apoyan tanto en las buenas como en las malas.

A alguien tenía que contárselo, y si me decantaba por soltárselo a mi padre, este era capaz de presentarse en Pardines y agarrarle de las pelotas. No sé si para cortárselas y servírmelas en bandeja de plata, o si para asegurarse de que nunca más volviera a empalmarse y metérsela a su niña bonita. Aún tengo mis dudas de si tuvo algún tipo de conversación con Derek, en esa línea, cuando se enteró de que estaban juntos.

Como nuestra vinculación había quedado a medias, nadie en la manada tenía la más remota idea de lo que había hecho. Ni de lo que Daniel no. Lo que me permitía seguir fingiendo que todo estaba bien. Incluso si nada lo estaba.

El rechazo es algo duro. No es que no lo hubiera vivido en mis carnes con anterioridad, pero nunca me había interesado lo suficiente el macho en cuestión como para que se sintiera así: una mierda. Una «GRAN MIERDA», en mayúsculas, para ser más exactos.

Pese a mi estado entre depresivo, cabreado y letárgico, Mathew no había tenido ningún reparo en soltarme que estaba de parte de Daniel cuando se lo había contado. Solidaridad masculina, posiblemente. No tengo claro el porqué. Eso o que, si cedía y se ponía de mi parte, y se venía arriba despotricando del que se suponía que era mi pareja, le pillaría aún más manía. Que ya se la tenía, que conste. Incluso si estaba vinculada a él. De forma unilateral. Una maravilla, vamos.

Mathew me había enviado un mensaje de texto avisándome de que había visto a Daniel en el pueblo, saliendo del centro veterinario. Quería pensar que había venido a hablar con mi tío,

porque a mí no me había dicho nada de que tenía intención de subir a Dóen. Tuve tentaciones de bloquear su número de teléfono, pero mantenía ese deje de estupidez que pretendía aferrarse a una absurda esperanza, el vínculo que tenía para con su persona, y no lo había hecho.

Existía, sin embargo, la posibilidad de que me estuviera buscando a mí. Lo que podría ser una buena noticia, pero estaba tan dolida e irritada, tras haber pasado la fase más depresiva de toda mi vida, que lo que fuera que quisiera decirme, ya no tenía claro si me interesaba.

Entré en el garaje de Nolan. Allí se encontraba su todoterreno y varias cajas de cartón acumuladas en una esquina. Cosas para el bebé. Una cuna. Una trona. Joder, tendría que ponerme las pilas o no quedarían ya regalos que hacerle a esa pareja de tortolitos. Las lobas del hostal los tenían consentidos, no, lo siguiente.

Me acerqué a la estantería en la que solía acumular camisetas holgadas para cualquiera que decidiera pasarse por su casa. Que no es que fuéramos muchos los que lo hacíamos, porque no dejaba de ser un tanto ermitaño, ese lobito en concreto.

Cuando saqué la cabeza por la escalera que daba al comedor, el olor de las feromonas me golpeó de lleno y me hizo reír por lo bajo. Por lo visto, la tripa —más que apreciable— de su pareja no les impedía seguir copulando como si aún estuvieran en celo.

—Pensaba que eso de la libido iría a la baja a medida que avanzara el embarazo, pero ya veo que me equivocaba.

—Zorra. —Ese era mi mejor amigo, por supuesto.

—Hola, Ona. —Jana estaba roja como un tomate, y me sentí un poco mal por entrometerme en sus historias. A veces olvidaba que Nolan ya no era solo Nolan, sino que ahora era un lobo emparejado y, en breve, hasta habría un cachorro correteando por el suelo.

—Quería esconderme un rato, pero, visto lo visto, me iré a casa. —A casa de otro. De quien fuera. No tenía intención de cruzármelo por accidente. Pasaba de verle.

—No, tranquila. ¿Quieres beber algo? Hay cervezas y refrescos en la nevera —me dijo Jana aún tumbada en el sofá.

Conociendo a Nolan, y lo protector que estaba con ella y su cachorro no nato, ambas sabíamos que, si intentaba levantarse, él le soltaría un bufido y acabaría obligándole a que reposara. A mí me hacía cierta gracia verle en ese plan y Jana tenía una paciencia de santa, porque se estaba convirtiendo en algo más cansino que tener un grano en el culo.

—¿Refrescos? —Miré a la pareja—. Se nota que hay una que no bebe alcohol.

—No porque no me apetezca. —Nolan se acercó a la nevera y fui hasta él para apoderarme de una lata de cerveza.

—¿A quién tengo que odiar? —me preguntó mi mejor amigo tras acomodarse a los pies del sillón en el que Jana estaba estirada.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién es el culpable de que hayas decidido esconderte en mi casa e interrumpido los que eran los pasos previos a mis obligaciones maritales?

Jana le lanzó una patada a Nolan en el estómago, lo que era todo un logro, porque estaba estirada y rolliza. En vez de enojarse, capturó una de sus piernas para empezar a masajearla. No tuve claro si era su forma de ayudarla, con eso de que se le hinchaban los pies, o los preliminares de un buen polvo. Sonreí.

—No me vengas, que sé que te pondrás a ello en cuanto me largue.

—No voy a negarlo. —Su mirada traviesa me arrancó una sonrisa. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Era maravilloso ver al siempre taciturno y sombrío lobo de la luna tan relajado y, sí, tan feliz.

No me importaría algo así para mí, pero era un imposible.

Mi pareja me había rechazado después de que lo hubiera marcado.

Lo había elegido. ¡Joder! Ya ni siquiera sabía si volvería a sentir interés por otro macho. Si podría enamorarme de alguien. De quien fuera. Con todo, no podía culparme. Él no me había condicionado. Yo era la responsable de mis actos. Y de esa «GRAN MIERDA» en la que me había metido yo solita, jugando a ser una mujer adulta que creía tener las cosas claras.

—Daniel.

—¿Daniel? Quieres decir… ¿ese Daniel? ¿El beta de Derek?

—Sí, ese. Y que conste que sé que sois amigos, traidor.

—¿Traidor? Que yo sepa, al que te cepillabas era a su hermano Silas.

—Correcto. —Técnicamente me había cepillado a ambos, pero no me apetecía contárselo en esos momentos. Revivirlo no ayudaba.

—¿Y entonces?

—No preguntes. —Me encogí de hombros y le di un largo trago a la cerveza.

—Ni lo sueñes. Tú te entrometiste en mi vida tanto como pudiste, ¿recuerdas? Así que ahora no me vengas con esas.

—Vale, genial, ¿quieres saberlo?

—Suelta.

—¿Crees en eso de las parejas predestinadas?

—¡Cómo para no hacerlo! —Sus ojos se dirigieron a los de su pareja y en un movimiento inconsciente su mano buscó su abultada barriga. Supongo que sí, tenía motivos para creer en ese tipo de cosas. Se suponía que el instinto del lobo era sabio. Que sabía quién podía complementarte. Con ellos había funcionado.

Jana había sido capaz de ver más allá de sus miedos y amarle.

Daniel, no.

—Pues nosotros, no. —Me encogí de hombros y miré a Nolan, pero, antes de que me contestara, se escuchó un ruido en la escalera. Me tensé, de forma instintiva, cuando percibí el aroma masculino del intruso. Miré la estancia y busqué la ventana que Nolan había roto hacía unos meses.

—¿En serio tenías que arreglarla? —Gruñí, molesta.

—¿Desde cuándo huyes de algo o de alguien? —me retó mi mejor amigo.

Le mostré una peineta. Igual Jana se escandalizaba, pero se la merecía. Eso y un zarpazo, pero no quería asustarla, en su estado. Cómo solucionábamos los lobos nuestras cosillas ya lo descubriría más adelante.

—Buenas, Daniel, justo Ona estaba diciéndonos que andabas por el pueblo —le saludó Nolan desde el sillón en el que estaba, mientras Jana nos miraba a Daniel y a mí alternativamente; su cara

era un poema. Acababa de descubrir que había fandango, del bueno, en plan la telenovela del mediodía, pero en primera persona.

—¿En serio? —Daniel se limitó a deslizar su mirada hacia mí y alzar una ceja.

El cabrón estaba bueno, no, lo siguiente. O quizá era el efecto de haberlo marcado, que hacía que todo mi cuerpo respondiera a su olor y a la necesidad de tocarle.

—Mathew me acaba de enviar un mensaje y pensaba ir a ver si te encontraba. —Batí las pestañas de forma coqueta mientras le mentía de forma descarada. Una media sonrisa asomó entre sus labios, dividiendo una barba que hoy llevaba bastante recortada.

—Mientes de culo.

Sus palabras me hicieron recordar algo sobre esa zona concreta de mi cuerpo, eso que me había dicho de que le ponía a tono, en el peor de los momentos, porque yo quería odiarlo en vez de desearlo. Pero algo en mi olor cambió, y sus ojos se volvieron brillantes mientras me miraba como si fuera algo comestible.

Me jodía ese instinto que me empujaba a su favor cuando lo que debería hacer era golpearle con fuerza entre las piernas o pedirle a mi padre que le cortara los testículos. Para jugar a las canicas con ellos.

—¿Quieres beber algo? —Jana hizo el amago de levantarse y Nolan gruñó por lo bajo reteniéndola con su mano en el sofá—. Hay confianza, sírvete tú mismo.

—Te veo bien.

—Bien gorda, quieres decir —contestó ella con una media sonrisa amigable.

—Más abultada que la última vez, sí, eso es innegable.

—Pues llegas perfecto para la celebración —le indicó Nolan a Daniel, mostrándose cómodo en su presencia, algo que era poco habitual en él.

—¿Qué celebramos? —les pregunté, dichosa de que la conversación no se centrara en mí. Ni en Daniel. Ni en nada que nos afectara a ambos.

—Que Jana ha pedido un cambio de expediente. Si todo va bien, para cuando se reincorpore, después de la baja, es posible que

trabaje en un instituto que está más cerca de Dóen.

—Podré ir y venir cada día, aunque me tocará despertarme bastante pronto.

—Estoy segura de que alguien estará más que dispuesto a ayudarte con los madrugones —conjeturé y Nolan me sonrió.

—¿Te refieres al bebé? —opinó Jana.

—Creo que hace referencia, más bien, a los revolcones matutinos. —Aquella humana de curvas prominentes le lanzó una patada a su pareja, pero lo más gracioso fue el color grana de sus mejillas.

—Maya dice que son los mejores —añadí con una media sonrisa.

—¿Lo son? —se interesó Daniel y, sin dejar de mirarme, se llevó la lata de cerveza a los labios. Era la primera vez que le veía beber de algo que no fuera una jarra espumosa de esas que él mismo servía en su bar.

—Mucho tiene que ver con el hecho de que esos solo se tienen cuando tienes la confianza de pasar toda la noche con alguien porque te importa de verdad —Nolan nos estudió—. No es solo un polvo. Es mucho más.

—No eres la persona más indicada para soltar ese tipo de sermones, porque no tienes ni la más remota idea de lo que son los polvos sin sentido —intervine yo para picarle.

—Ni la necesidad de conocerlos, gracias, estoy más que servido.

—Idiota.

—Yo también te quiero. —Mi mejor amigo me guiñó un ojo y Jana sonrió. Me gustó aquello.

Para alguien que no nos hubiera visto crecer juntos, desde niños, la complicidad que compartíamos podía dar lugar a malentendidos. Sin embargo, Jana había dejado atrás ese tipo de inseguridades y confiaba plenamente en su pareja. Y eso era bonito.

Daniel se acercó a mí y su olor se volvió demasiado real.

—¿Has acabado?

—Es posible.

—Perfecto. —Cogió mi lata de cerveza vacía y abrió el armario de debajo del fregadero para depositarla junto a la suya en la basura. No me pasaron desapercibidas las cinchas de cuero que cubrían el

antebrazo que le había marcado, pese a que ya no deberían quedar signos de mi mordida—. Hemos de hablar.

—Creo que no es necesario.

—Me envía Derek.

—¿Derek? —Daniel asintió. Hice una mueca.

¿Era algún truco para que lo siguiera como un estúpido corderito y me soltara un discursito sobre todos los motivos por los que yo la había jodido? Yo ya había hecho una larga lista, no hacía falta que añadiera más volumen a la «GRAN MIERDA» de mi vida.

—En tal caso, creo que deberías escuchar lo que tiene que decirte —opinó Nolan y su mirada me dijo más cosas que sus palabras.

—Está bien. —Miré a Daniel, me jodía, pero si era cierto que venía de parte de Derek, no podía negarme a escucharle. Si luego me la jugaba, si tenía que plantarle cara, lo haría.

Di unos pocos pasos en dirección a la escalera cuando escuché a Nolan susurrar:

—Yo tampoco creía en estas cosas, Ona, y lo sabes.

Me limité a mostrarle una peineta al aire y bajar las escaleras de dos en dos.

Capítulo 26



NO ME APETECÍA LO MÁS MÍNIMO, pero no tenía intención de que se pensara que era de ese tipo de lobas que cuando se sienten heridas agachan el hocico y esconden la cola. Si quería hablar, hablaríamos.

—Te escucho.

Estábamos en medio del garaje de Nolan. Si Daniel se ponía muy gilipollas, siempre podía intentar usar las cadenas de Nolan para las noches de luna llena, por eso del miedo a que se le fuera la olla. A Daniel le vendría bien un poco de introspección, y nada mejor que acabar anclado a una pared por unas pocas horas. O días. Sonreí, deleitándome con esa idea.

—¿Damos un paseo?

Lo habría enviado a la mierda, pero lo vi salir del garaje y acabé siguiéndolo. Por eso de que me había picado la curiosidad de que le enviara Derek. Estaba casi segura de que se trataba de un farol y, en tal caso, pensaba retratarle y soltarle una retahíla de palabrotas que esperaba dejarle tieso. Y, sí, pensaba disfrutar haciéndolo.

—No tengo todo el día. —Habíamos empezado a caminar en dirección al arroyo, un lugar tranquilo al que los lobos nos gustaba ir en verano, para refrescarnos.

—En primer lugar, creo que no llegamos a agradecerte lo que hiciste por nuestro cachorro.

—Me lo pagasteis en especie, estamos bien —le solté con un deje de descaro, dando por sentado que consideraba el sexo tántrico que tuvimos como moneda de pago.

Su mandíbula se tensó y vi que sus ojos se oscurecían. ¿Le molestaba? A mí también. Le sostuve la mirada, por si quería soltarme alguna gilipollez que le rebatiría con un batir de pestañas, pero no entró en mi provocación.

—Ese incidente ha puesto en evidencia una carencia de la manada.

—¿Una? ¡Yo podría darte una larga lista! —Sonreí.

—No disponemos de nadie que pueda asistirnos en caso de necesidad, y los viejos le han sugerido a Derek que alguien con tu perfil sería imprescindible en Pardines.

Me quedé quieta y fruncí el ceño. Lo miré más tiempo del que sería políticamente correcto, pero no pareció molestarle.

—¿Qué coño estás diciendo, Daniel?

—Me han pedido que te transmita su interés en que te instales en Pardines. La manada asumiría los costes de abrir un consultorio como el que tenéis aquí en Dóen y un alojamiento que fuera a tu gusto.

—Mi tío jamás lo aceptará.

—Eso no es lo que me ha dicho.

Me sostuvo la mirada.

¡Joder!

Mathew me había dicho que lo había visto saliendo del centro veterinario. Había estado hablando con Lucas y él… No sé, ¿no podía ser un poco más en plan alfa gilipollas dominante, de esos que se niegan a todo sin preguntar siquiera?

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Que jamás se opondría a los que fueran tus intereses.

Ya, bueno, eso era más de Amanda que de Lucas, pero supongo que con los años mi tío había aprendido eso que suele llamarse mano izquierda, con lo que el marrón de decidir recaía sobre mí directamente, y no podía excusarme en algo tan sencillo como un «no me autorizan» y punto. ¡Con lo bien que me vendría, por una vez, eso de estar sometida a la jerarquía de los lobos!

—Es posible que mis intereses disten mucho de instalarme en Pardines.

—Tendrías a Maya cerca. —Un gran argumento para un idiota de campeonato.

—¿Por qué eres tú el que ha venido a ofrecerme este trato?

—Los viejos presionaron a Derek para que solicitara el traspaso.

—¿Los viejos?

—Supongo que no llegué a contártelo.

—¿El qué?

—El porqué tienen tanto interés en tu persona. No suelen darle la bienvenida a nadie como lo hicieron contigo aquel día en mi bar, ¿recuerdas?

—¿Así que no se debe a mi estupendo culo y mi arrolladora personalidad? —Una media sonrisa asomó en su rostro mientras un ronroneo se escuchó entre nosotros. Uno que sonaba demasiado íntimo. Y que me hizo sentir nerviosa de nuevo.

—Silas y yo descendemos del mismo linaje de alfas que Derek, y tú eres sobrina de un alfa. Suma dos más dos.

—¡Qué majos ellos!

—Fueron a por Silas, a comerle la cabeza con que debía promover la relación que inició contigo para tener cachorros con una ascendencia fuerte, por si había que buscar un plan B para con la manada en caso de que Derek y Maya no acaben teniendo un heredero alfa.

Los mataba. A esos vejestorios los pensaba matar cuando me los encontrase de nuevo.

—Así que me quieren como loba de cría.

—Correcto. —Me miró y, tras hacer una pausa, añadió—: Derek apoya a Silas con que haga lo que le venga en gana con su vida y yo le pedí que se mantuviera lejos de ti.

—¿Tú hiciste qué? —Fruncí el ceño.

—¿Tanto te sorprende? —Se encogió de hombros.

¿Era su forma de reconocer que sentía algo? Si lo era, he de decir que era un tanto deprimente y bastante descafeinada, pero era más de lo que había soltado desde que lo conocía.

—La verdad es que sí.

—Te debo una disculpa por lo de esa noche y mi temperamento un tanto animal.

—Del polvo no me quejo. Me van los lobos salvajes.

—¿Tomas anticonceptivos? —Alcé una ceja mientras le estudiaba. ¿Eso era lo que le preocupaba? Ahora que el tema se ponía interesante y ya volvía a tener ganas de estrangular su bonito cuello.

—Lo siento por los viejos, pero sí. —Sonreí con expresión alegre, aunque sintiendo una gran amargura—. ¿Ya te veías asumiendo el rol de padrazo?

—No, pero no soy de los que rehúyen sus responsabilidades.

—¿En serio? —Hice como que pensaba y me toqué la barbilla con el dedo—. Pues creo que eso fue justamente lo que hiciste esa noche.

Se quedó en silencio. Nuestras miradas se retaron. La tensión en el aire entre nosotros… pesaba.

—Entiendo que me odies, pero me gustaría que eso no condicionara la oferta de Derek y todo lo que podrías llegar a hacer por mi manada.

—No te odio, Daniel. Es más bien… ¿cómo te lo diría? —Batí mis largas pestañas y le sonreí—. ¿Sabes cuando alguien en quien empiezas a confiar te decepciona?

—¿Como cuando descubres que tu pareja se ha estado acostando con tu hermano? —me recriminó aquello con un medio bufido.

—¡No éramos nada en ese momento! ¡Yo ni siquiera lo sabía! —gruñí alzando el tono. Su respiración se había agitado. La mía también—. Pero ¿sabes qué? No importa. Está bien. Yo no tendría que justificarme de lo que he hecho o dejado de hacer a lo largo de mi vida. Lo que debería importar no es mi pasado, sino la posibilidad de crear juntos un futuro. —Su cuerpo estaba tenso y temblaba ligeramente—. Está claro que no hablamos el mismo idioma.

—Eres una loba terca e impulsiva, que ni siquiera es capaz de pensar en las implicaciones de sus acciones antes de llevarlas a cabo. —Un «lo siento» tal vez me hubiera ablandado, pero no eso. Alcé el mentón y le gruñí, poniéndome en una posición ofensiva; en vez de bajar el tono, el muy idiota acabó añadiendo—: ¿Vas a negarme que jamás me habrías buscado si no te hubieras dejado arrastrar por la necesidad física que tenías de un macho después de salvarle la vida al cachorro? ¡Cualquiera te hubiera servido!

—¡Pero ¿estás tonto?! —La discusión se estaba acalorando—. ¡Te marqué! ¿Qué mayor reconocimiento que ese quieres? ¡Eres un idiota!

—¡Esa no fuiste tú! ¡Fue tu loba la que tomó el control mientras te estabas corriendo!

Me quedé mirándole. Estaba cabreado. Yo también. Pero por una de esas cosas un tanto ridículas del azar, en vez de darle zarpazos, me dio por la risa tonta. De esa que hace que te dobles y te empiecen a salir lagrimones. Lo que hizo que él gruñera, aún más molesto, y a mí me diera por reír aún más alto.

—¿En serio crees que te mordí solo porque me tenías bien caliente? —Su rictus severo no se relajó mientras intentaba contener a su lobo. Y la rabia que arrastraba. Por lo de Silas.

¿En serio creía que me habría acostado esa noche con cualquier macho? ¡Pedazo gilipollas!

—Bien caliente te tenía, eso no podemos negarlo. —Una media sonrisa asomó en su rostro. Me reí por lo bajo.

—Y eso que, para ser un lobo, lo tuyo es la sangre fría. —Daniel acortó la distancia entre nosotros con movimientos lentos, sugerentes, los de un depredador que sabe cómo hipnotizar a su presa mientras recorre esos últimos centímetros antes de hacerla suya.

Sus labios se posaron sobre los míos a la vez que sus brazos rodeaban mi cuerpo y me apretaban contra el suyo. Su lengua invadió mi boca con movimientos dominantes y hambrientos. Cuando se separó de mí, apenas unos centímetros, sus ojos brillaban con fiereza lobuna.

—Igual tengo sangre fría, pero lo cierto es que mi cuerpo arde en llamas siempre que te tengo cerca.

—¿Qué se supone que significa esto? —le cuestioné mientras intentaba recuperar mi aliento.

—Nos hemos besado.

—Ya, genial, muy aclarador —mascullé, molesta, entre dientes.

—Ninguno de los dos esperábamos esto, seamos realistas. —Hizo una pausa, aún abrazándome—. Me jode que sea el instinto del lobo el que tome mis decisiones. En estos momentos, me molesta que lleves una camiseta que huele a Nolan, incluso si sé que ese lobo en concreto solo tiene ojos para su pareja. Es irracional, ¿sabes? Y me cabrea. Esta sensación de estar condicionado.

—Eso puedo entenderlo —cedí.

—Hace un tiempo sentí algo por una persona, y ella simplemente desapareció. Esa sensación de vulnerabilidad, digamos que no me gustó. Me prometí no dejar que nadie pudiera hacerme sentir así, expuesto a lo que hace o deja de hacer otro. —Se humedeció los labios antes de continuar—: Pero ahora me encuentro con que mi instinto me empuja hacia ti de una forma casi obsesiva, deseando conocer tus gustos, tus virtudes y también tus defectos.

—De esos últimos no tengo. —Hice un puchero y una pequeña sonrisa asomó en sus labios.

—Lo que sea. —Me liberó de su contacto—. Tanto si decides instalarte en Pardines o quedarte aquí, creo que me gustaría, no sé, darnos un tiempo.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

¡Acababa de besarme! ¿Qué se suponía, entonces, que significaba eso de darnos un tiempo?

—Quiero conocerte mejor, al margen de que también me gustaría ser tu amante. —Sus ojos me estudiaron antes de añadir con una voz ronca—: Tu único amante.

—Eso suena como una proposición un tanto indecente.

—No es como que sea la primera que nos hacemos. —Levantó el brazo en el que le había mordido.

—¿Estás bien? —me interesé mirando la banda de cuero que cubría su antebrazo.

—Ahora sí. —Alzó la mano y la dejó sobre mi mejilla—. Tómate tu tiempo. Tanto si decides instalarte en Pardines y probar suerte allí, como si solo quieres pasarte a visitar a tu hermana, me gustará volver a verte.

—Lo tendré en cuenta. —Apreté los labios—. Lo que no quiere decir que vaya a hacerlo.

—Supongo que me lo merezco, por eso de haberte decepcionado. —Ocultó sus manos dentro de los bolsillos de sus tejanos.

—La verdad es que sí, y, además, déjame que te diga que eres un idiota que da muchas cosas por sentadas y no tiene en cuenta las que en realidad son importantes.

Aún me dolía lo que acababa de decirme. Eso de que daba por sentado que esa noche me habría acostado con el primer macho dispuesto y que solo lo había marcado porque se me había antojado a medio polvo. Que un poco sí, para qué negarlo, pero que me lo tirara en cara de aquella forma, me irritaba.

—¿Como cuáles?

—Fin de la conversación.

Le di la espalda y me alejé de él, adentrándome, en el bosque.

Sin rumbo.

Sintiéndome un tanto perdida.

Y un bastante abrumada.

Aún no tenía claro qué significaba exactamente la proposición de Daniel. Ambas, de hecho. Lo de Pardines. Lo de ser, ¿pareja? Porque eso de mi único amante sonaba a algo parecido a una relación. Incluso si admitía que le repateaba ese condicionamiento nuestro a buscarnos y convertirnos en uno. El dilema entre el libre albedrío y la predestinación.

¿Podía odiarlo por tener ese tipo de conflictos internos? Un poco, porque sus dudas a mí me estaban quemando, aunque yo también las había tenido y me había arriesgado a apostar por él. Por un nosotros.

Pero el muy gilipollas había dicho que aquella noche me habría abierto de piernas ante cualquiera, como si no importara el hecho de que le hubiera marcado, que me hubiera vinculado a él, aun sabiendo que era una apuesta arriesgada. Me había negado a un futuro con ninguna otra persona. ¿Es que estaba ciego?

—¡Joder! —solté de repente tras jadear. Mis pupilas se habían dilatado y mi pulso se había vuelto un tanto inestable—. Estoy enamorada de Daniel.

Esa era una pedazo de revelación. Una que no tenía muy claro cómo gestionar. Una cosa era la atracción que sentíamos el uno por el otro, pero las cosas se estaban complicando. Me gustaría decir que para bien, pero no lo tenía del todo claro. Ahora tenía sentido esa presión que me ahogó cuando me plantó aquella noche. Esa amargura que me había consumido las primeras horas. Los primeros

días. Incluso si fingía que nada había cambiado. Que todo estaba bien.

Tuviera o no la culpa la predestinación, la espuma de las cervezas en jarra que me había servido a lo largo de las semanas, o esa mirada suya que me hacía sentir cosas que nadie antes había despertado en mi interior, lo cierto era que me había enamorado de ese lobo. Y eso estaba bien, pero lo complicaba todo. Él había sentido algo por esa loba que lo abandonó, dejándole herido, tiempo atrás, con una cicatriz de esas que dejan huella.

Daniel no quería volver a sentir algo así por alguien.

Ni siquiera por su compañera.

De ahí su recelo, el duelo que existía en su interior: su voluntad quería imponerse sobre el instinto del lobo. No quería que alguien pudiera volver a hacerle sentir vulnerable, y eso era justo lo que pasa cuando amas a alguien: le das el poder de que sus acciones te importen y te afecten por igual.

Un acto de confianza.

Un salto al vacío.

No podía criticarle su reticencia a hacer algo así.

Me encontré odiándolo y respetándolo a partes iguales.

Si algo tenía Daniel, era su honestidad. Aunque su verdad era tan desgarradora como la pasión voraz que podía sentir —que le quemaba por dentro— cuando me tenía entre sus brazos.

Capítulo 27



NO SUPE NADA DE ONA durante las siguientes semanas.

Me negué a preguntarle a Maya. O a Mathew. Incluso si el no saber era una tortura agónica y cada día que pasaba se me antojaba más apagado e insulso.

Lo que podía ofrecerle no era suficiente. ¿En qué había estado pensando? Pardines eran apenas unas pocas casas en comparación a Dóen, y yo solo le había dicho que la deseaba, que estaba dispuesto a intentar conocerla mientras saciaba la atracción que latía entre nosotros usando su cuerpo. Tenía derecho a aspirar a más. Y yo no podía imponerle o exigirle nada. Incluso si deseaba hacerlo.

Fruncí el ceño al ver el nombre de Nolan en la pantalla de mi teléfono.

—*¿Cómo vas?* —se interesó cuando acepté la llamada entrante.

—Mal.

—*Me alegro. Ella también.*

—¿Quieres joderme aún más o pretendes consolarme con eso de que la mierda compartida es más llevadera?

—*¿Y no se te ha ocurrido, no sé, hacer algo al respecto?* —Le gruñí.

—¿Qué me aconsejas? ¿Que me comporte como un animal y vaya allí a reclamarla, le guste a ella o no? —Me importaba una mierda qué sabía y qué no Nolan. Si era su amigo, lo más probable era que se lo hubiera contado. Y si no, que no me llamara a esas horas de la noche a joderme en mi momento de autocompasión.

—*Podrías probar con algo más básico. Unas flores, por ejemplo.*

—¿Flores? —Por poco se me atraganta aquello.

—*Lo que sea, pero no la cagues, Daniel, es mi mejor amiga.*

—Lamento decirte que tu consejo llega demasiado tarde.

—*Está empaquetando sus cosas.* —Se me aceleró el pulso.

—¿Qué quieres decir?

—Me parece que os falta un veterinario en Pardines, y sospecho que la posibilidad de torturarse viéndote a diario es un aliciente.

—Va a venir.

—Sí, pero no pienses que te ha perdonado, idiota. ¿Cómo diablos tuviste los cojones de dejarla plantada después de tirártela y que ella te marcara? —Si tenía alguna duda, ahora estaba claro que Nolan y ella se habían puesto al día.

—O me largaba o la hubiera marcado yo también.

Nolan se quedó en silencio.

—¿Y eso hubiera sido el fin del mundo?

—No lo sé, dímelo tú.

—Yo estoy felizmente vinculado, no puedo decirte nada malo al respecto. Más bien al contrario. —Escuché que ronroneaba al otro lado de la línea.

—No estaba pensando en el sexo. Si yo también la hubiera marcado, Ona se sentiría obligada a pasar el resto de su vida a mi lado, cuando en realidad aquello pasó casi por casualidad.

—No te sigo.

—Fue su instinto, Nolan, el que tomó todas y cada una de las decisiones de lo que pasó aquella noche. —Gruñí—. No quería que simplemente se viera obligada y me odiara por atarla a mí el resto de su jodida existencia.

—Pues te ha salido de coña, colega, porque ahora te odia por no haberlo hecho y, encima, ni siquiera puedes tirártela. —Me limité a gruñirle—. *Lo que es bastante divertido, porque teniendo en cuenta cómo te la comías con los ojos, me juego lo que quieras a que te mueres por volver a hacerlo. A este paso acabará doliéndote la muñeca, porque estoy convencido de que ya no serás capaz de tocar a ninguna otra hembra, hayas o no marcado a Ona.*

Lo que más me irritaba era que no andaba mal encaminado.

—Recuérdame por qué somos amigos.

—A saber. Lo que sí puedo asegurarte es que, si te ha marcado, no fue por lo bueno que eres en el sexo, Daniel, créeme. Es mucho más retorcida que eso, y mira que la quiero mucho. ¿No te has parado a pensar que quería demostrarte algo?

—¿Demostrarme qué?

—Que para ella era especial. A tu hermano no lo marcó, por si no te has parado a pensarlo. —Me quedé en silencio, tenso, ante la alusión a la historia que Ona había tenido con Silas—. *Cuídala. Y no la cagues otra vez, ¿me oyes?*

Me colgó, dejándome confuso y aturdido.

No fue hasta el sábado que finalmente dio señales de vida. Y lo hizo entrando en el bar como si fuera una maldita diosa enfundada en unos tejanos, que le cubrían solo la mitad de los muslos, y una camiseta blanca, con el cuello tan holgado que se le veía parte de un hombro.

Daba igual lo que se pusiera.

Era *sexy* a rabiar.

—¿Puedes apañarme algo para cenar? —Se sentó en el mismo taburete de siempre.

Pese a sus arrebatos, era una loba a la que le gustaba seguir ciertas costumbres. Esperé a que cruzara las piernas, como solía hacer cada vez que se acomodaba en él, y no tardó en cumplir mis expectativas. Sonreí. Era un gesto un tanto anodino, pero me gustó la sensación de poderme anticipar a sus pequeños rituales.

—Hoy invita la casa. —Sus ojos me estudiaron, pero me alejé de ella para encender la freidora y la plancha. No es que pudiera organizarle una cena de cinco estrellas allí en medio, pero sí algo digno que pudiera percibirse como el inicio de una tregua.

—No pareces sorprendido de verme. —Advirtió cuando le dejé una jarra de cerveza frente a ella y elevé una segunda para hacerla chocar con la suya. Brindamos. Un poco a nuestra manera, antes de que me decidiera a contestarle.

—Nolan me llamó hace unos días.

—¿Y qué te dijo ese traidor?

—Algo sobre comprarte flores.

—¿Flores? —Me miró y empezó a reír. Me gustaba eso de ella. Cómo sonaba su risa, ligera y armónica, como si fuera parte de una

melodía. La de la vida—. No sé a quién le ha dejado más frito el cerebro lo del cachorro, si a Jana o a él.

—¿Anulo el pedido?

Vi que se tensaba y me miraba como si tuviera miedo de haber metido la pata. Le sonreí y deseé, no sé, tocarla, por ejemplo, así que intuyó que estaba bromeando.

—Idiota.

—Así que Pardines va a tener en breve un centro veterinario.

—Eso parece.

—¡Felicidades! —Me sonrió y, por una vez, había un deje de timidez en su expresión.

—Gracias.

—¿Ya habéis elegido un local?

—Maya. —Ahora tenía sentido el que se hubiera pasado la semana dando vueltas por el pueblo. Estaba a la caza del lugar apropiado para su hermana, pero la muy cabrona no me lo había dicho.

—¿Dónde vas a instalarte?

—Si el edificio me gusta, mi idea es arreglar la parte de arriba a modo de vivienda, pero de momento me quedaré en una de las habitaciones que alquila la loba. —Asentí. Tampoco es que esperara otra cosa. Era eso o que se quedara con Maya.

—Es un buen principio.

—Supongo.

Fui en busca de las patatas fritas y la carne que había puesto en la plancha y rellené el resto del plato con algo de ensalada y unos trocitos de queso fresco. No sería el mejor plato combinado de la historia, pero había comida suficiente para saciar a una loba.

—¿Aún tienes dudas de todo esto? —Alzó el mentón para mirarme. Cogió una patata frita y la devoró en un bocado.

—¿De qué exactamente?

—De lo de la clínica veterinaria.

—En realidad, no. Hace tiempo que me apetecía salir de Dóen y, aunque me encanta trabajar con mis tíos, tener algo mío me apetece. —Se comió un par de patatas antes de añadir—: Cuando vinieron mis amigas a Dóen me di cuenta de que todas tenían

objetivos, ilusiones o proyectos, como quieras llamarlo. Hay la que quiere formar una familia, la que está ahorrando para encontrar el piso de sus sueños y la que sueña, no sé, con enamorarse.

—¿Y qué hay de ti?

—Hace unas pocas semanas no habría sabido qué contestarte. —Vi que todo aquello la fatigaba mentalmente—. Solo que quería algo más.

—¿Y ahora?

—En primer lugar, sobrevivir, que no es poco. —Me miró y vi un dolor sordo en sus ojos que me hizo desear acercarme a ella, pero me contuve de hacerlo al ver que continuaba hablando—: Quiero tener mi propio chiringuito. No solo para los lobos, aquí hay ganaderías que les vendrá bien alguien con mi perfil. Me apetece valerme por mí misma.

—Antes de que te des cuenta, vas a convertirte en alguien imprescindible.

—Me gusta cómo suena. —Me sonrió con esa vanidad que era tan suya y me encontré sonriéndola.

—¿Puedo preguntarte qué ha cambiado? ¿Qué ha hecho que te des cuenta de que esto es lo que siempre habías querido?

—¿Pretendes que te diga que tú tienes algo que ver con todo esto?

—No, pero ¿lo tengo? —Rio con expresión coqueta.

—Es poco probable. Aún te odio la mayor parte del tiempo.

—¿Y el resto?

—Idiota.

—He pensado que, quizá, tú y yo podríamos hacer algo normal.

—¿Algo normal?

—Podríamos ir a cenar a algún local de moda. Un sitio en el que no tengas que cenar en un taburete y yo esté al otro lado de la barra. —Rio por lo bajo y me gustó el ligero rubor que cubrió sus mejillas.

—¿Qué tiene de malo una dieta a base de hamburguesa y patatas fritas?

—Que estás demasiado lejos para cosas banales, como poder rozar mi pie con el tuyo de forma furtiva, como si en realidad no

fuera más que una casualidad.

Sus ojos brillaron con algo que me dio pie a pensar que aquella imagen no le molestaba.

—¿Harías algo así?

—¿Llevarte a cenar y tontear un poco? —La miré y me planteé que tal vez intuyera que yo nunca había hecho algo así—. Sí, supongo que sí. Parece un buen plan.

—¿Y qué más? —Vi que me estaba retando, a su manera, y aunque no tenía claro a dónde nos llevaría aquello, sí sabía qué mensaje quería que se llevara.

—Hay un multicines a poco más de media hora. No sé qué tienen en cartelera, pero podríamos mirar.

—¿Una comedia?

—¿Por qué no? Estoy abierto a experimentar cosas nuevas. —Desvié la mirada hacia sus labios—. Tenemos todo el tiempo del mundo para ver cuáles nos pueden cuadrar a los dos.

—¿Para qué?

—Ya sabes, para que esto, tú y yo, pueda llegar a ser un nosotros.

—Pensaba que esa palabra no existía en tu vocabulario.

—Estoy en proceso de integrarla. —Intenté no parecer nervioso—. Es posible que necesite un poco de tiempo para, no sé, acostumbrarme.

—¿A qué exactamente?

—Lo que sea. Podríamos probar con algo fácil como, por ejemplo, ¿salir juntos?

—¿En plan cita?

—Es lo que hacen los novios, ¿no?

Me obligué a apretar los dedos alrededor de la jarra para que no se notara que estaba temblando ligeramente, pero, al mismo tiempo, me veía obligado a contenerme para no reventarla. Pareja sonaba demasiado formal, ¿no?

—Novios. —Alzó una ceja mientras repetía aquello con un deje tenso. Si tuviera que apostar, diría que estaba molesta, pero al menos no me había dicho que no.

—Hay algunos lugares a los que me gustaría llevarte. —Su expresión dura se suavizó un poco—. ¿Eres de las que se achican si el agua está muy fría?

—¡Por favor! —Sacudió la mano en un gesto de suficiencia, haciéndome reír. Volvíamos a estar bien.

—Veremos quién aguanta más —la reté, porque sabía que le gustaba eso. Ese tira y afloja entre nosotros.

—A ti se te encogerán las pelotas, ventajas de ser hembra. —Se metió una patata en la boca y me encontré fijando mis ojos en aquellos labios que tan bien me sabían.

—Total, para lo que me están sirviendo últimamente. —Se rio como si fuera una chiquilla y me encantó aquella complicidad entre nosotros.

Nos quedamos allí charlando. De nada en concreto y de todo al mismo tiempo. Me habló del local y las obras que tenía intención de hacer allí. Verla soñar en voz alta me emocionó. Apenas fuimos conscientes de que nos quedamos solos en el local ni las horas que se siguieron, una tras otra, hasta que miró su reloj de pulsera y vi la sorpresa reflejada en su rostro.

—¡Es muy tarde! —masculló de repente, consciente de que pasaban las tres de la madrugada.

—O muy pronto, todo depende de cómo lo mires. —Me lanzó una servilleta arrugada que capturé al vuelo.

—Quería ir a primera hora al local.

—Tienes todo el día, no es el fin del mundo. —Saltó del taburete y recogió su bolso.

—¿Te debo algo?

—Un paseo hasta tu hospedaje. Te acompaño. —Hizo una mueca, pero no se negó.

Ni siquiera me molesté en ponerle el candado a la reja, que solíamos colocar por eso de aparentar, porque la manada entraba y salía a su antojo por la puerta de atrás.

Caminamos uno al lado del otro. Tentaciones tuve de enlazar nuestras manos, pero existía la posibilidad de que me enviara a la mierda, y quería que empezara a acostumbrarse a mi presencia. De eso se trataba, ¿no? De aprender a conectar.

Nos quedamos quietos cuando llegamos frente al portal.

—No era necesario que me acompañaras. Lo sabes, ¿verdad?

—Sé que te di mensajes contradictorios esa noche.

—Para nada. Fuiste bastante claro.

—Me gustas, Ona.

—Te gusta mi culo, sí, recuerdo que me lo dijiste. —Apreté la mandíbula, sintiendo cómo mis colmillos emergían. Acorté la distancia que nos separaba y coloqué con suavidad mi mano sobre su mejilla antes de inclinarme hacia ella. Posé mis labios sobre los suyos y me limité a dejarlos allí lo que se sintió como apenas un suspiro. Un roce. Una caricia. No podía permitirme dejar que el deseo tomara el control. No esta vez. Quería demostrarle que había algo más que la fuerte atracción que existía entre nosotros.

—No me gusta, me vuelve loco —le susurré sobre el oído—, pero también me gusta tu risa y esa personalidad un tanto arrogante y altiva. No solo me atrae tu cuerpo, aunque mentiría si negara que tu olor se me antoja como un afrodisíaco. Quiero pasar tiempo contigo. Que nos conozcamos. De todas las formas posibles.

—¿Estás seguro de esto? —Alzó el mentón y en sus ojos vi un deje de desconfianza—. ¿Es por lo de los viejos? ¿O te sientes con la obligación de salir conmigo por lo que hice?

—Jamás dejaría que nadie, ni ellos ni una hembra, decidiera qué hago o dejo de hacer con mi vida personal. —Acerqué mis labios a su frente y la besé antes de separarme de ella.

Titubeé, pero, en un impulso, me decidí a mover el tejido que cubría mi antebrazo. Sus pupilas se dilataron. La tinta hacía semanas que estaba seca. La marca de su mordida, impresa sobre mi piel. Un tatuaje. Un recuerdo. Una promesa. De lo que podía haber sido. De lo que una parte de mí ansiaba, aunque al mismo tiempo me asustaba.

—Nunca dije que no lo quisiera. —Tardó unos segundos en reaccionar, asimilando que hubiera hecho algo tan absurdo como aquello.

Había necesitado retener su marca, la perfección de su mordida sobre mi piel, incluso si no podía o no me sentía en condiciones de retenerla a ella. La posibilidad de no volver a verla. Ni a ella ni a lo

que despertaba en mi interior. Quizá Ona no era la única que, a veces, se dejaba llevar por impulsos.

—Te fuiste. —Elevó el mentón y vi una mezcla de debilidad y sorpresa en su mirada. Esperanza, sí, pero también dolor.

—Fue demasiado precipitado. —Se tensó y apretó la mandíbula, molesta—. ¡Ni siquiera habíamos hablado de lo nuestro! Seamos sinceros, ninguno de los dos estaba preparado para dar un paso así. —Había vuelto a alzar el tono sin apenas darme cuenta, así que intenté no volver a perder el control. Me acerqué a ella, y volví a colocar con suavidad la palma de mi mano sobre su mejilla—. Es posible que ni siquiera ahora lo estemos.

—En la vida a veces se ha de arriesgar.

—Supongo que por eso estamos aquí. —Se limitó a mirarme. Me incliné para besarle en los labios con suavidad. Me gustaba sentir el calor de su cuerpo. La proximidad entre nosotros. Su sabor—. Buenas noches, Ona.

Tardó un tiempo en contestarme.

—Buenas noches, Daniel.

Apretó los labios antes de darme la espalda y abrir la reja que daba al patio interior de la casa. Esperé hasta que la vi entrar en el edificio. Ni siquiera me preocupé en ocultar el tatuaje que cubría mi antebrazo. Me relajaba pasar las yemas de mis dedos sobre las líneas que se entrelazaban.

Por una vez, recorrí el camino hasta mi casa sintiéndome en paz conmigo mismo.

Lo que tenía que decirse, estaba dicho.

Capítulo 28



MAYA ME PASÓ A BUSCAR con un termo en la mano y una bolsa de papel de estraza en la que se podían ver unas ronchas de aceite, lo que me confirmó que tocaba un desayuno de bollería un tanto grasienta y con alto contenido de azúcar. Era un poco bruja, mi hermana, porque eso era justo lo que necesitaba.

Me instalé en el asiento del copiloto de su todoterreno, los pies sobre el salpicadero, mientras empezaba a hacerle vía a uno de los chuchos de crema.

—¡Esto está de muerte! —Maya me miró de reojo y se rio por lo bajo.

—Lo tuyo con los *chuchos* es patológico.

—Mira quién fue a hablar.

Levantó una mano para hacerme una peineta.

—Zorra.

—Yo también me alegro de estar aquí.

—¿Estás segura?

—¿No me quieres cerca?

—Idiota. Sabes que no es eso.

—Ayer me pasé por el bar de Daniel.

—¿Y?

—No tengo claro qué esperaba.

—Me basta si me cuentas qué te encontraste.

—Parecía contento. Pero, por lo visto, Nolan le hizo una llamadita en algún momento, así que no llegué a saber si el factor sorpresa jugaba a mi favor o en mi contra.

—¿Significa eso que tienes planteado seguir jugando el partido?

Me quedé en silencio.

¿Quería seguir peleando por Daniel?

Una parte de mí lo odiaba. Sin más. Lo del rechazo me había sentado de culo… no, lo siguiente. Además, nunca me había planteado sentar la cabeza.

¿Por qué diablos, entonces, lo había marcado? Porque no podía negar que despertaba en mí algo más allá del deseo, y había querido demostrárselo en un acto de valentía por mi parte que no acabó como esperaba. Que tampoco tengo claro qué era. ¿Una declaración de amor? Siendo Daniel, eso era un imposible. Tal vez podría, no sé, haber hecho lo mismo y obviar la parte del porqué. O incluso, si se hubiera negado a aceptarme como su compañera, podría haberse limitado a mantenerse al margen. Pero no: decidió largarse de aquella forma, dejándome expuesta, vulnerable y herida. Era un cabrón. Pero a lo hecho, pecho. Por mucho que ahora me pesara, mi vida estaba anclada a la suya.

No sabía hasta qué punto eso podía condicionar a mi loba para el resto de nuestra existencia, pero sí sabía que, desde ese día, incluso odiándolo, no podía dejar de revivir cómo se sentía correr a su lado en nuestras formas lobunas. La complicidad y la confianza que depositó en mí cuando decidí exponerme ante los cazadores. La preocupación que había visto en sus ojos. Y así me encontraba, intentando justificar sus acciones para entender el porqué. Cada una de ellas.

Pese a ser un idiota, no podía negarme que se preocupaba por mí. Y que su lobo quería mucho más que un mero roce fortuito o un polvo un tanto forzado. A partir de aquí, ¿podíamos intentar seguir jugando a ser un algo? Podía darle la espalda y focalizarme en ser la tía molona de los niños de Maya, pero también aceptar la oferta de Daniel de empezar a salir juntos. Una cena. Un cine. Correr juntos. Tal vez repetir en la parte del sexo. Y ver si eso se me antojaba suficiente.

—Aún no lo he decidido. Sigo odiándolo. —Hice una pausa—. Ayer se disculpó y vino a pedirme que empezáramos a salir. En plan cena y peli.

—Ajá.

—Me acompañó hasta la casa de la loba.

—Pero no lo invitaste a quedarse.

—No.

Maya asintió y se limitó a sumirse en sus propios pensamientos.

—¿Puede ser que se esté planteando que la cagó?

—Es posible, pero eso no significa que yo tenga la obligación de perdonarlo.

—Cierto, pero hagas lo que hagas, estás jodida.

—¿Por?

—Si no lo haces, estarás peleándote contra tu instinto y el hecho de que lo marcaste. —Desvió una fracción de segundo la mirada de la carretera para centrarla en mí—. Y si lo perdonas, sentirás que te estás traicionando a ti misma. No eres de las que dan segundas oportunidades.

—No lo soy, no. Pero es la primera vez que me lo estoy planteando.

—Es un buen tipo. Me cae bien.

—¿Sabes que los viejos de tu manada quieren que me preñe él o Silas por si tú y Derek no tenéis cachorros?

—Algo he oído.

—¿Te cabrea?

—Me cabrea más que Daniel se largara esa noche. Me he mantenido al margen, pero me hubiera quedado a gusto retorciéndole las pelotas. —Reí, porque me imaginé a mi hermana haciéndolo—. Por otro lado, si luego resulta que le das una segunda oportunidad y te lo he castrado, igual hasta me lo tiras en cara.

—Zorra.

—Eso me suena a que no es un imposible, lo de tú y él.

—Si quieres jugar a casamentera, no es conmigo con quien deberías hablar, ¿sabes? El que se largó fue él.

—Ya, eso. Supongo que tienes razón. —Aparcó frente a un edificio de planta y piso, paredes de piedra y tejado de pizarra. Las ventanas eran de madera y la pintura estaba agrietada, pero me gustó al instante—. Ya hemos llegado.

Bajé del coche y observé el edificio. Me gustó la orientación y, aún más, la ubicación. Para alguien que ha vivido en medio de la nada toda su vida —descontando los años que me pasé en la gran

ciudad mientras estudiaba Veterinaria—, ese tipo de cosas son prioritarias.

Otros se fijarían en que las persianas necesitaban un decapado urgente o el estado prehistórico de la instalación eléctrica; aquellos con tendencia a ver el vaso medio lleno igual alabarían el aspecto sólido de la estructura de la construcción o el bonito parterre que había detrás de la reja de metal oxidada. Hay gustos para todo.

A mí todas esas cosas no me importaban demasiado, porque con tiempo y esfuerzo podía ir ajustándolas hasta que estuvieran a mi gusto. La orientación y la ubicación, en cambio, eran algo inamovible, de esas cosas que sabes que vas a tener que convivir con ellas sin poder mediar a tu favor.

Maya me lanzó un manojo de llaves para que hiciera los honores. Olía a cerrado, pero no a humedad, así que supuse que no andábamos demasiado mal. Era grande, como la mayor parte de las casas de campo: la planta en la que queríamos instalar el centro veterinario tendría unos ochenta metros y el primer piso otros tantos, pero, además, disponía de un altillo que ofrecía también bastantes posibilidades. Me gustaba el techo inclinado y cómo podías ver las copas de los árboles desde allí arriba, la naturaleza de los bosques de Pardines y la cordillera que había más allá del bosque en el que estábamos.

—Tardarás unos diez minutos en llegar al pueblo, veinte si lo haces andando, y ya has visto que en coche es apenas un momento.

—¿De aquí al centro de mando? —Maya se pasaba muchas horas allí dentro y, al final, era un lugar al que los lobos podían acudir si necesitaban hablar con Derek. Eso y el bar de Daniel, que era el otro núcleo social de la manada de Pardines.

—En coche media hora, pero si acortas por el bosque, como loba, más o menos igual.

—Me gusta. —Maya pareció relajarse—. Es íntimo, pero también accesible. Espacio me sobra, y lo sabes, pero no voy a quejarme por eso.

—Bien. ¡Lo sabía! —Me abrazó con fuerza. Creo que por fin se estaba haciendo a la idea de que estaba a punto de instalarme allí. Empezar de cero—. ¿Por dónde empezamos?

—No sabría decirte; tendremos que tirar algunas paredes aquí abajo. —Maya asintió.

—Derek tiene un conocido que es arquitecto. Quiere que anotemos todas las ideas y le pedirá que suba esta semana para que mire cómo hacerlo posible.

—Sabes que eso lo hace más para contentarte a ti que no por otra cosa, ¿verdad?

—Lo valgo, así que no pienso sentirme en deuda por ello.

—Totalmente de acuerdo.

Nos pasamos el día allí dentro, arrancando papel de las paredes, tomando medidas y valorando opciones. Para cuando Derek llegó, ya de noche, cargado con cajas de cartón de *pizza*, estábamos sudadas y cubiertas de mugre. No me esperaba que no viniera solo, pero tampoco me molestó volver a ver a Daniel. Ni el par de botellas de tinto que trajo consigo.

Comimos en una mesa de madera de teca que había pasado por muchas vidas, pero que se sostenía con el porte de quien se mantiene estoico frente al paso del tiempo. No encontramos dos sillas iguales, pero conseguimos instalarnos los cuatro alrededor de la mesa. Y se sintió bien.

Estuvimos debatiendo las ideas que Maya y yo habíamos tenido para el centro veterinario y los cambios que había que hacer en el edificio. Creo que Derek no se esperaba que nos pusiéramos en plan paletas, pero a la madre de Nolan siempre se le habían dado bien ese tipo de cosas, y solíamos ayudarla cuando arreglaban algo en el hostal, así que no era un mundo totalmente desconocido para nosotras.

—Yo creo que en un par de meses podemos tenerlo acabado. —Derek era más positivo que yo, pero intenté sumarme a esa energía suya, por una vez.

—En cuanto el arquitecto tenga el proyecto claro, me ocuparé de empezar a tramitar las licencias, que también tardarán su tiempo.

—Una cosa detrás de la otra.

Observé a Daniel. Me gustaba esa calma que desprendía y que hacía que, cerca de él, todo se sintiera más apacible. En mi casa, mi madre era de grito fácil y mi padre, bueno, él no era de ponerse nervioso, pero conseguía que el resto sí lo hicieran. Lucas, mi tío, decía que era la definición en persona de la palabra provocación. Eran buenos amigos, aunque a veces fingían odiarse. Un poco como Daniel y yo. Aunque él no parecía hacerlo. Al menos no a lo largo del tiempo que compartimos aquella noche. Al revés. Parecía interesarse en todo aquello: en las obras del centro veterinario, los pasos que debían darse a nivel de papeleo o incluso en mis preferencias personales. Tal vez se debía a que el proyecto, en sí, mucho tenía que ver con su manada. No quería pensar que su interés se debía a que yo formaba parte de él. Mi vida. Mi casa. Mi trabajo. Mi futuro.

—También tendrás que mirar todo el tema del material quirúrgico y los aparatos que necesitas —intervino Maya.

—Lucas me ha pasado sus proveedores, empezaré con lo básico y luego, según vea, miraré qué he de ampliar.

—Es emocionante. —Mi hermana me sonrió.

—Lo es. —Noté un escalofrío. Lo había hecho. Me había independizado de la manada. Para dar servicio a otra, cierto, pero había ganado una libertad que durante años pensé que jamás ostentaría—. ¡Qué fuerte!

Maya elevó la copa para brindar conmigo. Derek y Daniel no tardaron en añadirse. Mis ojos se quedaron presos en los de mi compañero durante una fracción de segundo. Una media sonrisa asomó en su expresión.

—Podría acostumbrarme a esto —soltó así, de improviso. Derek asintió tras observarnos.

—Hay cosas peores, supongo —me limité a contestarle.

—Como los viejos —puntualizó mi hermana.

—Intentaré que no te incomoden demasiado —intervino Derek.

—Lo cierto es que conmigo son encantadores. —Observé a mi casi cuñado y batí las pestañas con un gesto de lo más inocente y vi que se removía en el asiento. Pese a ser un alfa. Que esos entrometidos quisieran usarme a modo de procreadora no le venía de nuevo.

—Lo sabe. —Daniel rompió la magia del momento.

—Idiota. —Le di una patada por debajo de la mesa.

—¿Qué sabe? —Derek se recostó en su asiento y nos miró. Estaba claro que aquel alfa no quería dar nada por sentado.

—Que no les importaría que uno de tus betas me preñara. —Daniel apretó la mandíbula y deslizó su pierna por debajo de la mesa, capturando mi tobillo con el empeine y tirando ligeramente de él, en un acto tan posesivo como ridículo, pero que me hizo sonreír—. Lo que no saben es que yo siempre he querido ser la tía molona, no sé si me veo interpretando otro papel. De hecho, solo por joderles, antes me decantaría por el celibato.

Derek rio por lo bajo mientras los ojos de Daniel se entrecerraban al fruncir el ceño.

—No sé si te pega eso —opinó mi hermana.

—La vida te lleva cuando la mierda aprieta. —Me encogí de hombros—. Así que no voy a volver a meterme con vosotros ni lo que apestáis el uno al otro.

Derek sonrió como si nada le satisficiera más que ese detalle en concreto: su olor en cada centímetro del cuerpo de mi hermana.

—Es tarde. ¿Te acompaño al pueblo? —se ofreció Daniel. Titubeé antes de aceptar su oferta, y creo que él fue consciente de ello. No tenía claro si quería estrechar lazos o, por el contrario, asegurarme de que la distancia entre nosotros se mantuviera a un margen estable mientras me planteaba si darnos una oportunidad. O no hacerlo.

Según Nolan, ya había tomado esa decisión, pero yo no estaba totalmente de acuerdo.

Él consideraba que aceptar ir a Pardines no podía ser solo una vía para escapar de Dóen. Que había un motivo más allá de mis aspiraciones profesionales o la ilusión de empezar un proyecto nuevo que fuera solo mío.

Cuando Daniel se acercó para abrirme la puerta del asiento del copiloto y rozó su cuerpo con el mío mientras entraba en el coche, aspirando mi olor como si necesitara esa proximidad entre nosotros, empecé a plantearme que, por mucho que lo negara, tal vez Nolan tenía razón.

Nos necesitábamos.

El uno al otro.

Los dos nos quedamos sumidos en un silencio que fue cómodo el trayecto de vuelta al pueblo, roto solo por el motor de su coche. Paró frente al edificio en el que me alojaba, pero me sorprendió cuando buscó la llave de contacto y apagó el motor del vehículo. Las luces del coche dejaron de iluminar una calle apenas alumbrada por un par de farolas.

—Ha estado bien.

—No ha estado mal —admití.

—Podríamos repetir esto, no sé… ¿mañana?

—¿Pretendes vivir a base de *pizza*?

—También podría llevarte a cenar a algún sitio.

—¿Tú y yo solos?

Sus ojos se desviaron fugazmente hacia mis labios y se humedeció los suyos, sin apenas darse cuenta.

—En plan cita, sí.

—Sigo odiándote.

—Y, sin embargo, estás aquí.

—Son cosas diferentes. Necesitaba un cambio de aires. Que haya decidido venir a Pardines no solo tiene que ver contigo.

—Lo sé, pero no me odias tanto como para que la balanza pesara en contra de que te instales aquí. En mi territorio. —Se mordió el labio inferior—. Me gusta tenerte cerca.

—Yo aún no lo tengo del todo claro.

—Espero que, con el paso del tiempo, te decantes a mi favor.

—¿Para qué? —Se limitó a mirarme, pero no contestó a mi pregunta.

—¿Quieres que mañana salgamos a correr a primera hora?

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—En realidad, no. —Su olor estaba cambiando o, quizá, el hecho de estar dentro de un espacio reducido lo hacía más evidente—. Te pasaré a buscar a las ocho, ¿te parece?

—No he dicho que sí.

—Te llevaré a un sitio que te gustará. Hay un arroyo, y las vistas son formidables.

—No es como que tenga muchas más cosas que hacer. —Incluso si las tenía. En la casa había horas para perder a mansalva, pero no quería que pensara que todo estaba bien entre nosotros. Porque no lo estaba. No del todo.

—Bien. ¿Se podría considerar como una cita?

—No. —Fui rotunda al respecto y él rio por lo bajo.

—Entendido.

—Tómatelo como que no conozco a mucha gente aquí para salir a correr.

—Puedes disponer de mi tiempo tanto como quieras; miraré de adaptarme a tus necesidades. —Sus ojos hablaban de todo tipo de necesidades, y era tentador aceptar la proposición que desprendía el olor de su cuerpo.

—No te hagas ilusiones. —Estaba enfadada porque nada me gustaría más que acortar la distancia entre nosotros. ¿Hacerlo sería traicionarme a mí misma? Me había prometido odiarle. No sucumbir a la atracción. Ni a sus encantos. Y ahí estaba, ansiando algo que yo misma me había prohibido—. Buenas noches, Daniel.

—Buenas noches, Ona.

Salí del coche antes de que me olvidara de todos los contras y me dejara llevar por los pros.

Capítulo 29



TUVE QUE DEJAR EL TELÉFONO en la entrada para no cometer el desliz de acribillarla a mensajes de texto, en los que ni siquiera sabía qué decirle. Ese «buenas noches» me había sabido a un nuevo inicio, pero también a poco. Correr con ella mañana se me antojaba lo mejor que me pasaba en tiempo, pero, a su vez, quería mucho más, joder, ¡la quería a ella!

Me serví un *whisky* doble, con unos pocos cubitos, los justos para darle un toque frío que contrarrestara el calor con el que ardía mi cuerpo, pero sin cometer el peligro de que diluyera el alcohol. Necesitaba algo cargadito. Asumir que Ona estaba asentándose en Pardines me excitaba y asustaba a un tiempo. Tenerla tan cerca. Y tan lejos. La deseaba. Siempre lo había hecho, pero ahora no tenía que fingir lo contrario.

Ni siquiera encendí la televisión, porque había algo hermoso, hipnótico, en el propio silencio.

Iría ya por la tercera copa cuando escuché el ruido de unas pisadas en el piso de abajo. Mi lobo empezó a removerse antes de que fuera capaz de reconocer sus pasos o sentir su olor, como si pudiera reconocerla, no sabría decir cómo. Sentí una mezcla de nerviosismo y satisfacción, teñidos de la cautela del no saber. No quería cagarla. Y no tenía del todo claro en qué punto estábamos, ella y yo. Habíamos hablado de ir a cenar juntos, al cine, o lo que fuera que le viniera de cara, pero tampoco habíamos concretado ninguno de esos planes, y no tenía claro si su intención era solo darme largas o se estaba planteando darme una oportunidad. Aunque fuera una pequeña, tenía intención de no desaprovecharla.

Para cuando abrió la puerta, se encontró con mi mirada sobre su esbelto cuerpo. Intenté mostrar una expresión neutra, que no

delatara todo lo que era capaz de remover en mi interior y el creciente deseo que despertaba en mí.

Llevaba unos *shorts* y una camiseta de tirantes. Algo totalmente casual y con dejes deportivos, un tanto llamativo, si teníamos en cuenta que estábamos entrando en un invierno que no parecía tener intención de ser clemente, pero que quedaba justificado por el hecho de que los lobos solíamos ser bastante calurosos, incluso en esa época.

Nos miramos con esa mezcla de timidez y ese deseo que mal conteníamos. Su olor. Y el mío. Cambiando. Reconociéndonos. Anhelando acortar la distancia entre nosotros. Era jodido no dejarse llevar y tumbarla en el sofá debajo de mí.

—¿Eso pretende ser un pijama? —le cuestioné intentando que la voz no sonara demasiado ronca, consumida por los pensamientos lujuriosos que estaban acechando entre las sombras.

—Tú ni siquiera te has cambiado.

—¡La noche es joven! —Levanté el copazo que me había servido y ella rio por lo bajo—. ¿Quieres una?

—Supongo que me vendría bien. No consigo dormir.

—¿Demasiado nerviosa con todas las planificaciones para tu nuevo reino? —bromeé mientras me levantaba—. Siéntate, te prepararé una.

—Que esté bien cargada, porque creo que ya me llevas bastante delantera. —Elevó el mentón y olisqueó el aire. Sonreí.

—Un par, no más. —Dejé la copa sobre la mesita accesoria y me fui directo al armario en el que guardábamos la cristalería, y que no solíamos usar porque, por norma general, solíamos beber abajo. Le serví una buena cantidad de *whisky*—. ¿Hielo?

—Sí, por favor.

Para cuando se lo tendí, estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas en una posición cómoda e informal que hizo que algo se removiera en mi interior. Se había descalzado. Y se la veía a gusto allí. Conmigo. En mi territorio. Era imposible no sentir la satisfacción del lobo y su necesidad de hacerle saber que ese era su sitio.

—Me gusta esto. —Apenas fui consciente de haberlo dicho en voz alta, pero la forma en que me miró me hizo saber que lo había hecho—. Que estemos bien y tengamos ese punto de confianza como para que te presentes en pijama en mi casa.

Se rio por lo bajo.

—Es la costumbre. De pequeña, cuando no podía dormir porque mi madre me había reñido por alguna banalidad, solía escaparme y acababa durmiendo en el hostal, con Nolan y las lobas.

—Siempre habéis estado muy unidos.

—Cuando llegó a Dóen, era un tanto arisco, pero sentía cierta debilidad por nosotras. Se llevaba mejor con las hembras que con los machos.

—Es un alfa. Supongo que es algo que les va con el carácter, lo de ser un tanto rígidos.

—Habló la dulzura personalizada.

—Supongo que no puedo negar cuáles son mis orígenes.

—Ni yo los míos.

Elevó la copa y, pese a la distancia, la alcé también.

—¿Sabes?, creo que se lo debiste de poner difícil a tu madre.

—Un poco, no voy a negártelo. —Sonrió—. Lucas era el único que podía controlarme del todo. Supongo que debió de ser un poco frustrante, pero también he de decirte que era bastante rígida.

—Eso no significa que no tuviera la razón.

—Se supone que tendrías que estar de mi parte —protestó.

—La vi de refilón, la última vez que fui a Dóen, y me cayó bien. —Me estudió con curiosidad—. Para ser una mujer que vive entre lobos y está casada con un cazador, me sorprendió.

—¿En qué sentido?

—Irradia seguridad, eso no puedo negártelo, pero al mismo tiempo…

—¿Llevaba zapatos de tacón y un pañuelo de seda en el cuello? —Me arrancó una carcajada.

—Algo así.

—Si no fuera por mí, jamás habría acabado en un lugar como Dóen. —Se encogió de hombros—. Y no quiero que pienses que me siento culpable al respecto, o algo así, porque mi padre, Marc, es lo

mejor que le ha pasado en la vida, y ella, aunque le gusta protestar, lo sabe.

—Ya sé a quién te pareces, entonces.

—¿En lo referente a mi encantadora personalidad?

—Por supuesto… —Supongo que mi mirada traviesa me delató, porque cogió un cojín y me lo lanzó a la cara, aunque lo capturé al vuelo, sin verter ni un poco de mi bebida. Reflejos de lobo.

Tras mi proeza, me senté a su lado, en el otro extremo del sofá. Demasiado lejos, para mi gusto, pero no quería arriesgarme a que el hambre que sentía por ella pudiera jugar en mi contra.

Bebimos y nos quedamos allí, en silencio, simplemente uno al lado del otro. Y se sentía mucho mejor. Todo. Mi casa ya no parecía vacía. Y mi vida en vez de decrépita y oscura se percibía casi luminosa. Joder. Si solo pudiera retenerla, no sé… ¿para siempre?

Podría hacerlo.

Solo tendría que inclinarme y clavar mis colmillos en su cuello. Cerrar el vínculo. Y sería mía. La mera posibilidad me puso caliente y ella debió de percibirlo, porque su voz sonó más fría y dura que hacía apenas unos minutos.

—Creo que voy a odiarte durante un tiempo por lo de aquella noche.

—No es que eso me venga de nuevo. Lo entiendo. —Asentí y me limité a dar un trago a mi copa sin dejar de mirarla.

—Te comportaste como un capullo.

—Es posible.

—Te mereces que te torture durante un tiempo. —No lo dijo, pero su mirada habló de algo mucho más profundo. Del dolor. Del rechazo. La había lastimado.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Te hice daño. Debería haberme quedado y, al menos, hacerte ver mi punto de vista.

—¿Ese de que cualquier macho me habría venido bien para aplacar el fogonazo? —Su voz estaba teñida de rabia. Si Nolan no me hubiera llamado y me hubiera obligado a pensar al respecto, tal vez le hubiera contestado que sí.

Sin embargo, ni era el primer macho con el que se acostaba ni, seguramente, el primer lobo al que le salvaba la vida. ¿Qué había sido diferente? ¿Por qué me había marcado? Porque era su compañero. Sin más. Y lo era. No tenía sentido negarlo. Aunque me aterraba que ese vínculo pudiera llegar a asfixiarnos. Los dos éramos dos lobos condenadamente dominantes. Los dos descendíamos de un linaje de alfas. ¡Joder!, ¡en una discusión seríamos capaces de sacarnos los ojos!

—Creo que ambos estamos de acuerdo con que tuviste un subidón de adrenalina considerable. —Vi que pretendía levantarse y le coloqué la mano sobre el muslo y el calor que desprendía su piel por poco me hace perder el hilo de lo que quería decirle—. Pero estoy seguro de que jamás habrías marcado a ningún otro macho.

—¿Sigues pensando que me habría acostado con otro lobo?

Me sostuvo la mirada. Tenía que dejar atrás lo de mi hermano si pretendía avanzar en lo nuestro.

—El hecho de que te acostaras con Silas lleva jodiéndome la vida desde que supe que eras mi compañera. Le he deseado la muerte, incluso siendo mi hermano. —Vi que tragaba con dificultad—. Deseé también hacerte daño a ti, ¿sabes? Eran fuego líquido, la rabia y los celos, quemándome por dentro.

—¿Y ahora? —se aventuró con un hilo de voz.

—Eres mía. Supongo que estoy aprendiendo a relativizarlo. —Le acaricié con suavidad el muslo, sintiendo su olor, la textura de su piel. Todo en ella era tan sensual que mi pulso empezó a agitarse mientras se hacía aún más evidente la enorme erección que había entre mis piernas.

—Ah, ¿sí? —ronroneó.

—No tendría ningún problema en demostrártelo.

Ona dio un largo trago a su bebida, sin dejar de mirarme, pero me obligué a contenerme. A no deslizar mi mano por debajo del margen de aquel pantalón para buscar el tesoro oculto entre sus piernas. A no abalanzarme sobre ella y capturar sus labios entre mis dientes. Pero me costaba horrores hacerlo. Comportarme como un hombre decente y no un lobo salvaje.

—Me había planteado jugar contigo, ya sabes, tentarte para que fueras caliente durante una temporada, pero al mismo tiempo mantenerme a una cierta distancia, inaccesible, para que solo pudieras tenerme en tus fantasías.

—¿Es eso lo que estás haciendo? —Se limitó a mirarme y se humedeció los labios en un gesto condenadamente erótico—. En tal caso, creo que es evidente que estás bordando ese papel.

Me llevé una mano hacia la tensión evidente en mis pantalones y moví con poco la mano, para que pudiera apreciar hasta qué punto me tenía a su merced. Rio por lo bajo y gruñí, ansiando que fuera ella la que me tocara, mientras se inclinaba hacia mí.

Si Ona quería torturarme a costa de coquetear conmigo, acabaría con una orquitis de caballo, pero me estaría bien. Porque el mero hecho de sentir su olor tan cerca, su deseo, bien valdría la pena el sufrimiento prescrito. Era mía. Y, aunque sabía que ella ya no buscaría a otro macho, yo tampoco tenía intención de aliviarme con ninguna otra. El cabrón de Nolan había acertado de lleno. Estaba a su merced.

Fuera por el vínculo que compartíamos o por el mero hecho de que se había ido haciendo un hueco a través de las barreras emocionales que me había autoimpuesto, Ona había llegado para quedarse. En Pardines, tal vez, pero en lo referente a mi vida —y mi corazón— ya no había vuelta atrás. Su existencia había arrasado con cualquier tipo de resistencia por mi parte a ese tipo de vida. A ser dos. O a crear un algo mucho más grande que un tú y yo. Lo que fuera. Aprenderíamos a lidiar juntos con aquello.

—El problema es que, castigándote a ti, yo también salgo perdiendo. Y no me gusta perder. Siempre he sido una loba ganadora.

—¿En qué nos deja eso?

—Adivina. —Se inclinó hacia mí despacio y dejé que tomara el control de un beso que fue sensual, con una cadencia que ascendió poco a poco, como si quisiera seducirme.

¡Como si no estuviera todo mi ser pendiente de cada pequeño gesto del suyo!

Dejé que me tumbara en el sofá y marcara su ritmo. Era excitante dejar que otra persona tomara el control.

Sentí cómo buscaba la presión que oprimía mis pantalones y se frotaba contra mí. Jadeé y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de autocontrol para no tumbarla con un movimiento brusco y aliviar la necesidad que sentía, porque más que el deseo de hacerla mía —que ya lo era—, deseaba que fuera diferente, porque no era solo el instinto del lobo que me empujaba a tomarla, sino que había algo más que hasta cierto punto me asustaba, el deseo de… ¿cómo explicarlo? Compartir ese momento. Con ella.

Nolan estaba en lo cierto.

No habría otra.

—¿Cómo lo ves? —Ona se sacó la camiseta y jadeé al ver aquellos pechos desnudos en medio de un torso perfecto. No pude evitarlo: gruñí y tiré de ella.

Acabamos en el suelo. Mi cuerpo sobre el suyo. El deseo me quemaba.

—Veo que eres perfecta.

—¿Perfecta en plan: vamos a tener el polvo de nuestras vidas? —Había diversión, pero también deseo en su mirada. Esa mezcla de rebeldía, incluso si en esos momentos se estaba sometiendo a mí. Y a mi lobo. Para complacernos.

Descendí para buscar uno de sus pechos con mi boca y empecé a jugar con él con mi lengua antes de succionarlo con avidez. Su cuerpo se arqueó mientras gemía. Su olor. Era ambrosía.

—Siento decirte que hoy no tengo intención de follarte, ¿sabes? —Gruñó, y supe que no se esperaba esa respuesta, pero antes de que se sintiera rechazada o decidiera golpearme en las pelotas, que siendo ella era lo más posible, añadí—: Quiero probar algo diferente, ¿sabes?

—¿Algo diferente? —Su voz sonó ronca, más curiosa que enojada.

Le pellizqué con fuerza un pezón mientras volvía a enroscar mi lengua en el otro antes de morderlo con suavidad, haciendo que se sacudiera. Una de sus manos se enredó en mi cabello mientras jadeaba.

—Esta noche me gustaría hacerte el amor. —Me deslicé hasta su boca para besarla con ardor mientras mi mano seguía amasando uno de sus pechos—. En mi habitación, como hacen las parejas normales. —Ronroneó mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y añadí, con una mezcla de excitación y nerviosismo—: Nunca me he acostado con una mujer allí, ¿sabes?

—Igual la normalidad te sabe a poco.

—Contigo nada puede saberme a poco, Ona.

Nos miramos y vi sus ojos vidriosos. No necesité nada más para levantarme con ella entre mis brazos. Me sentí como el recién casado que cruza la puerta de su casa, con su esposa entre sus brazos, la noche de bodas.

La dejé caer sobre la cama y opté por quitarme la camiseta frente a su ávida mirada. Sentí la presión de mis colmillos.

—Antes de que se nos vaya de las manos… —Me mordí el labio inferior, deseándola—. Quiero que sepas que no voy a marcarte, pese a que el instinto me empuja a hacerlo con la vehemencia que me insta también a meterme entre tus piernas.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Porque me importas demasiado como para atarte a mí cuando apenas sabemos si esto, tú y yo, va a ayudarnos a sumar o, en cambio, puede restarnos.

—No es fácil luchar contra el destino.

—No pretendo luchar contra nosotros, de hecho, tengo pensado hacerte el amor durante toda la noche. —Vi que ronroneaba por lo bajo—. Solo quiero, no sé, que tengamos algo de tiempo para ver cómo vamos adaptándonos. Ambos necesitamos un tiempo para aceptar que esto es real, ya sabes, que estamos juntos y estamos bien haciendo cosas normales, de parejas normales, sin intentar arrancarnos los ojos en el proceso.

—¿Y si vuelvo a morderte?

—Hazlo —le pedí—, me pone a mil.

Se rio ante aquella confesión. Sus ojos se deslizaron al tatuaje que lucía en mi antebrazo.

—No va a haber suficiente tinta en el mundo para cuando acabe contigo.

—Si te sirve de consuelo, contener el deseo de que todos sepan que eres mía y yo soy tuyo es suficiente castigo por lo que pasó esa noche.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

—Si no lo ves claro, puedo intentar compensarte esta noche.

—Ya estás tardando. —Me arrancó una carcajada.

Capítulo 30



TARDÉ UN TIEMPO en ubicarme, pero el olor de Daniel me ayudó a recordar que todo aquello no había pasado solo en mis sueños.

Estaba sola, así que aproveché para esconderme debajo de la sábana durante unos segundos. Los justos para darme cuenta de que seguía desnuda y con la piel pegajosa de haber estado sudando toda la noche. En algún momento, la idea de ir a correr nos pareció insulsa en comparación con lo que teníamos entre manos. No fue hasta entrada la madrugada que nos dio por dormir y dejar atrás eso de conocer cada centímetro del cuerpo del otro, hasta el punto de que nuestros olores se habían mezclado, creando uno nuevo que nos identificaba a ambos.

No me había marcado, no. Pero su olor en mí dejaba claro que quería que todos en el pueblo supieran lo nuestro. Que no se escondía de ello. Al contrario.

Me dio por la risa tonta, aunque intenté ahogarla.

Se escuchaba de fondo el rumor del agua de la ducha corriendo con fuerza. Salí de mi escondrijo para olisquear los cojines. El olor de Daniel estaba en todos lados. En la ropa de cama. En el aire que me rodeaba. Y en mi piel. Lo que no era de extrañar, porque había estado besando y lamiendo prácticamente cada centímetro de ella.

Tuve la tentación de cubrirme con lo primero que encontrara, pero, tras elevar el mentón y asegurarme de que estábamos solos, me decidí por ir desnuda hacia ese baño que me traía recuerdos un tanto contradictorios. No me sorprendió encontrarlo debajo de la ducha, dejando que el agua le resbalara por un cuerpo tan masculino y perfecto que se me hizo la boca agua. Se giró para mirarme, aún bajo el chorro de agua.

Una sonrisa traviesa asomó en sus ojos.

—Te huelo, y lo sabes.

—Será los restos del festín que nos dimos ayer. —Empezó a reír, y de repente parecía mucho más joven, su aspecto menos severo.

—Eso no puedo negarlo. ¿Quieres darte un agua?

—¿Contigo dentro? —Se hizo a un lado para dejarme pasar; una parte muy concreta de su anatomía dio señales de vida propia, dispuesta a darme la bienvenida a su manera—. Sabes cómo acabará eso.

—No le veo el problema. —Puse los ojos en blanco y me acerqué a él. Apenas metí un pie en el plato de la ducha que sus brazos salieron a mi encuentro para apretujarme contra su cuerpo. Su nariz rozó mi cabello y luego recorrió la línea de mi perfil hasta que sus labios llegaron a los míos y me besó con suavidad, casi delicadeza—. Buenos días.

—Buenos días.

—En diez minutos tengo que abrir el bar. Creo que tenemos el tiempo justo para algo rápido y, si te parece, desayunamos abajo.

—¿Diez minutos? —ronroneé y sus dientes capturaron mi labio—. ¿Crees que vale la pena?

—Quiero probar cómo sienta el sexo matutino después de compartir mi cama con mi loba.

No había razón posible para negarse a aquello, así que busqué su boca con la mía y profundicé aquel beso, dispuesta a aprovechar esos minutos que teníamos disponibles.

Acabó siendo más de media hora, pero aun bajando tarde, me sorprendió ver a un lobo detrás de la barra de Daniel y a dos de los viejos sentados en una de las mesas.

Mala cosa.

Intenté ignorar la sonrisa, un tanto lasciva, que lucían sus rostros y que por poco me hizo perder el apetito que el sexo mañanero había despertado.

Con un movimiento de cabeza, apenas un saludo, el lobo dejó el puesto y Daniel se apoderó de su habitual reino. Me senté en el taburete, dispuesta a obviar al resto de los presentes, pero no me pasó desapercibida que la expresión de Daniel se había vuelto más

dura y tensa, casi diría fría. Sospeché que los viejos que ocupaban una de las mesas tenían mucho que ver con aquello.

—¿Qué te apetece? —Le di un repaso de arriba abajo y me regaló una pequeña sonrisa—. Ya me entiendes.

—Lo que sea. Tengo hambre.

Asintió y se fue hacia la plancha. Vi que colocaba varias rebanadas de pan antes de romper encima de la placa varios huevos y unas lonchas de beicon. Se me hizo la boca agua cuando el olor colmó mis fosas nasales. Era lo más parecido a ser feliz que podía aspirar una loba, en realidad.

Sirvió dos platos y un par de cafés con leche sobre la mesa. Me apetecía hablar de muchas cosas, pero la mayor parte de ellas no tenían por qué ser escuchadas por terceros, así que me limité a algo un tanto más impersonal.

—En un rato volveré a la casa. Con la luz del día las cosas se ven más claras.

—Si quieres puedo pasarme a mediodía con algo digno de comer. Anoche estabas famélica. —Sus ojos brillaron con un deje de picardía. ¡A saber si se refería a la cena o a lo que vino después!

—¿Ya tendrás tiempo?

—Lo buscaré, por eso no te preocupes. ¿Necesitas que lleve algo? Vi que habéis empezado a demoler las paredes.

—¡Solo les quitamos el papel! —Se divertía a mi costa, así que le lancé la servilleta hecha una bola que cabía en el tamaño de un puño. La capturó al vuelo y me sonrió.

Se sentía demasiado bien. Y aunque era como si todo empezara a estar en su lugar, no quería tampoco confiarme. Desvié la mirada hacia el cuero que volvía a cubrir su antebrazo. Incluso si nuestros olores ahora eran uno, no parecía que la gente supiera esa parte de nuestra historia. Quizá porque no le apetecía que se entrometieran. Lo que tenía sentido, porque los viejos de su manada eran unos metomentodos de cuidado.

—¿Sabes lo que me dijo el otro día el hombre de la gasolinera? —me cuestionó, cambiando de tema.

—¿Qué?

—Me contó que había oído algo sobre una joven e intrépida veterinaria que quería establecerse en el pueblo.

—¿Joven e intrépida?

—Ya sabes, la mayor parte de la gente huye de los pueblos, no aspira a establecerse en un sitio como este. Incluso tu Dóen es mucho más grande y amigable, seamos realistas. Aquí, por no tener, no tenemos ningún sitio de hospedaje digno.

—Las habitaciones que alquila vuestra loba no están mal.

—Desde lo que pasó el año pasado, solo están a disposición de lobos de manadas con las que confraternizamos y, seamos sinceros, no es lo mismo.

—Sospecho que te han conquistado las lobas del hostal.

—Tienen su encanto. La que siempre anda con la abuela de Nolan creo que me llegó a hacer algo parecido a una proposición. A su edad… No puedes negarme que son un tanto particulares.

Nos reímos, pero su expresión se volvió más cautelosa cuando su mirada se deslizó por encima de mi hombro. Escuché los pasos, así que por una vez no me pilló desprevenida cuando se dejó caer en el taburete, al lado del mío, uno de los viejos.

—Todos en el pueblo hablan del futuro centro veterinario. —Me tendió la mano y se la estreché—. Me siento con la obligación de felicitarla.

—Me alegro, espero tener una clientela fiel.

—Puedes contar con ello. —Sus ojos se desviaron hacia Daniel y vi una sonrisa complaciente en su rostro mientras asentía, como si le satisficiese lo que podía olerse, más que verse—. Daniel siempre ha sido un gran chico, muy protector para con los suyos y un pilar fundamental para la manada. ¿Sabes que desciende del mismo linaje de Derek?

—¿En serio? ¡Qué interesante! —Batí mis pestañas mientras le mentía con un descaro elogiable.

Escuché a Daniel fingir que tosía, aunque creo que el viejo frente a mí sospechó que era algo parecido a una carcajada encubierta, que lo era, y como no fui la única en darse cuenta de ese detalle, el anciano optó por mirarle con un deje de frialdad, antes de volcar su atención de nuevo en mi persona.

—Siempre ha sido un lobo astuto, aunque un tanto escurridizo, pero supongo que hasta alguien como él puede dejarse cazar si encuentra a la loba apropiada. —Me guiñó un ojo y casi tengo una arcada—. Es de los que harían cualquier cosa por la familia. Y por el futuro de la manada.

Supuse que pretendía ser un elogio, pero Daniel estaba cada vez más tenso. Las posibilidades de que lo enviara a la mierda, al viejo ese, no eran despreciables. Yo disfrutaría del espectáculo, porque me van ese tipo de cosas, pero si pretendía establecerme allí, casi mejor no fomentar el «viejicidio». De momento.

—Un placer volver a verle. —Mentir se me daba cada vez mejor.

—Claro, sí, un placer. —Se despidió de Daniel antes de dejarnos tranquilos. El otro anciano y el lobo que se había colocado en la barra lo siguieron, así que cuando por fin estuvimos a solas, dentro del local, miré a Daniel antes de decirle—: No sé cómo los aguantáis.

—Llevamos toda la vida haciéndolo. Ya estaban para cuando empezamos a odiarlos. —Me hizo reír.

—Parecen de lo más satisfechos contigo, por eso. Te han dejado como si fueras una ganga irresistible, vamos.

—¿Y no lo soy? —Me sonrió y vi que, con la ausencia de los viejos, la tensión de su cuerpo se había disipado por arte de magia.

—Yo lo dejaría en un pasable. —Me lanzó la bola de papel que le había tirado hacía un rato, y también la cacé al vuelo. Me reí. Me gustaba ese Daniel mucho más relajado y alegre que el que normalmente tenía miradas hoscas, palabras justas y un tanto cortantes. Progresaba adecuadamente.

—Te advierto que es posible que den por sentado que me estoy acostando contigo para darle a Silas la posibilidad de elegir a su pareja.

—¿Y no lo haces?

—Sabes que no.

—Así que no estás sacrificándote.

—Solo un poco, por el bien de la manada y esas cosas… ya sabes. —Puse los ojos en blanco.

—Pues te recuerdo que el objetivo de los viejos es que me preñes.

—No creo que pongan objeciones a que nos limitemos a iniciar una relación estable, por el momento.

—Ya veo. ¿Y es eso lo que quieres?

—¿Una relación estable? —Apoyó los codos sobre la barra y acercó su cuerpo hacia el mío—. En eso estamos trabajando, ¿no?

—¿Y tu objetivo final es preñarme? —Vi que su nuez subía y bajaba al tragar saliva.

Esa no se la esperaba.

Pero prefería saber en qué punto estábamos. No tenía claro si su actual interés en mí se debía únicamente al hecho de que éramos compañeros, o los viejos y sus argucias tenían algo que ver con que él y yo estuviéramos en ese plan que rozaba la reconciliación. Si es que se podía considerar que, alguna vez, habíamos tenido algo.

No quería caer en el error de dar por sentadas las cosas.

—Se supone que tomas pastillas. —Si su tono ronco no fuera suficiente, la tensión de su cuerpo dejaba claro que realmente lo creía. Y la posibilidad de que le hubiera mentido le asustaba. Lo cual era hasta gracioso: le asustaba la idea. Ser padre. Tener cachorros. No estaba en ese plan, y supuse que, si su objetivo fuera meramente complacer a los viejos, esa parte ya la tendría más o menos asumida para un futuro a corto o medio plazo.

—Puedes volver a respirar. Lo hago. Lo que me hace pensar que debería pasar por el hostal antes de ir a ver el local, no vayamos a tener una sorpresita en unos meses.

Se tomó su tiempo en volver a hablar, mientras yo evitaba su mirada. Su mano buscó mi mentón y me obligó a mirarle.

—Lo de formar una familia y tener cachorros es algo que no suele plantearse antes de la primera cita. Eso no quiere decir que no esté dispuesto a hablarlo, más adelante, cuando sea nuestro momento.

—Tengo treinta años. —Tragó saliva.

—¿Quieres tener cachorros? ¿Ya? —Estaba tan tenso que me puse a reír. A carcajadas. Frunció el ceño, molesto con mi reacción.

—Los viejos estarían encantados, eso seguro —le solté, sintiendo que se me humedecían las comisuras de los ojos—. Daniel, en serio, respira. Te estás poniendo lívido.

—Ona… —gruñó mi nombre, con ese aire autoritario que a veces no podía contener.

—Hace años que quiero ser la tía molona de los críos de Maya. No sé por qué, pero siempre me la he imaginado formando una bonita familia. Nunca me he planteado hacerlo yo, por mi cuenta. Supongo que nunca había tenido, tampoco, un vínculo lo suficientemente fuerte con un macho como para pensar siquiera en algo así. —Daniel asintió—. He de confesarte que, si yo fuera un tío, no me fiaría de una mujer que me dijera que toma pastillas, la verdad. Es que es jugártela. —Hice un mohín—. Imagínate que te estoy mintiendo y que en realidad no me la tomo de forma regular.

—Supongo que empezaría a sospechar algo cuando, en unos meses, comenzara a evidenciarse un barrigón descomunal. —Su expresión volvía a ser más ligera, ahora que le había asegurado que tenía mi reloj biológico bastante estancado.

—¿Y no te cabrearías?

—Es posible. No me gusta que me mientan. —Se encogió de hombros—. Si te soy sincero, aún no me imagino cambiando pañales.

—Yo tampoco.

Daniel asintió y, tras tomarse un tiempo, añadió:

—Que no quiere decir que, si nos encontráramos en esa circunstancia, no lo hiciera. Limpiarles el culo. Ese tipo de cosas. —Me hizo sonreír. Había una cierta humildad en su expresión en ese momento, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos sobre la marcha y no supiera bien bien qué sentía al respecto—. Nunca he sido de arriesgarme en ese tipo de cosas. Soy más de usar dos sistemas de protección que solo uno y, en caso de no tener a mano un preservativo, por mucha pastilla, prefiero retroceder a tiempo.

—¿Sabes que eso no asegura que no acabes preñando a alguien? —Lo miré con una sonrisa traviesa—. La única medida de concepción totalmente eficaz es la abstinencia.

—Es bueno saberlo, pero creo que ya vamos tarde para ese consejo. —Se inclinó para besarme—. Entre preñarte y pasar a la castidad, casi que me arriesgaría a la primera de las opciones. —Lo

dijo en apenas un susurro, pero hizo que se me erizara el vello de los brazos, y eso que lo de tener cachorros no estaba en mi lista de «to do» ni nada parecido.

—Gracias, pero sigo prefiriendo la opción de la pastilla.

Daniel rio con suavidad, en apenas un ronroneo, justo sobre mi oreja. Y, sin más, supe que estábamos bien.

Capítulo 31



MAYA SE PASÓ A MEDIA MAÑANA. No es que hubiera avanzado mucho, pero empezaba a hacer de aquel sitio algo un poco mío, aunque solo fuera porque era yo quien lo estaba convirtiendo en un pequeño infierno.

—¿Estás recreando el apocalipsis zombi? —se cachondeó mi hermana al ver restos de papel por todos lados y fragmentos de yeso que había arrancado de la pared durante el proceso.

—Tan maja ella.

Dejé lo que llevaba y fui a por una botella de agua. Tras unos pocos tragos me sentí un poco menos acalorada.

—¿Has hablado con Derek?

—¿De lo del arquitecto? —me preguntó sentándose en una mesa que los antiguos propietarios habían dejado, junto a unos pocos muebles que estaban pasados de moda, aunque dudaba si darles una nueva oportunidad o convertirlos en madera para la chimenea; se notaba que ya estábamos a principios de diciembre y que pronto empezarían las heladas.

—No, de Daniel.

—¿Daniel? —Maya ladeó la cabeza y me observó—. ¿Qué debería haberme dicho?

—Ayer se nos hizo tarde.

—Me enviaste un mensaje diciendo que estabas en la habitación y di por sentado que estabas sola.

—Lo estaba, pero no podía dormir.

—Y te fuiste en busca de compañía.

—Tal vez.

—¡Serás zorra! ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—¿Ahora?

—Te lo has tirado.

—Es posible.

—¿Y eso de que lo odias?

—Sigo haciéndolo, pero también siento algo por él. Creo que estoy enamorada. —Maya empezó a toser al escuchar mi confesión, si ni siquiera ella era capaz de digerir aquello, complicado que lo hiciera el aludido—. ¿Tan raro te parece? Lo marqué.

—Sois compañeros y os acostasteis juntos. Es algo natural para un lobo.

—Creo que ese fue el problema.

—Ahora sí que no te sigo. —Frunció el ceño.

—Daniel pensó que fue solo por ese instinto.

—¿Y no lo fue?

—No. —Mi hermana me observó y me dio un poco de tiempo para ordenar mis pensamientos—. Me soltó algo sobre Silas cuando estábamos liándonos y supe que tenía que, no sé, demostrarle que era diferente. Me lancé a la piscina y me salió mal, sin más.

—Bueno, después de lo de anoche, igual tan mal, tampoco, que por las ojeras que llevas sospecho que mucho no habréis dormido.

—Correcto.

—¿Se lo has dicho?

—¿El qué?

—Que estás enamorada de él.

—¡Ni loca! —Vi una mirada de reproche en mi hermana—. Maya, se largó después de que lo marcara. Es posible que pensara que no era mi elección, sino un instinto, y que eso le molestara, pero fue…

—Lo sé. Nunca te había visto así. —El recuerdo de aquella mañana hizo que su expresión se volviera cauta, y hasta diría preocupada.

—Rota. Me sentí rota. Joder, saber que alguien tiene semejante poder sobre mí, alguien que ya me ha hecho daño y al que apenas conozco, paso de volver a ponerle mi corazón en una bandeja para que lo apuñale.

—¿Y si él lo siente igual?

—No quiero pensarlo. Confiar en algo así. Soy su compañera. Sabe que mi loba se ha vinculado a su persona. A partir de aquí, el resto, supongo que el tiempo irá trayéndonos las respuestas.

—Entiendo que él no te ha marcado. —Negué con la cabeza.

—Ni lo hará. No sé si soy yo la que lo asusta o una mala historia que tuvo; se encaprichó de una loba que luego lo plantó. Creo que no le gusta esa sensación de vulnerabilidad que supone abrirse a alguien.

—No sé quién estaba justo diciendo algo así hace un momento…

—No voy a negar que nos parecemos. Bastante. En muchas cosas. —Suspiré—. Pero no sé si eso es bueno o es malo. Yo no voy a volver a dar mi brazo a torcer y él, no sé si jamás se ha doblegado frente a alguien, seamos realistas. Tiene sangre de alfa. Derek y él se entienden de una forma natural, pero sabes que no es casual que los viejos hayan puesto su foco en Silas y en él para perpetuar el sagrado linaje de alfas de esta mierda de manada.

Maya sonrió por el tono irónico que usé para acabar mi discursillo.

Mi teléfono empezó a vibrar al tiempo que lo hacía el de mi hermana. Nos miramos.

—Nolan —me dijo tras mirar la pantalla.

—Mathew —leí en el mío—. ¿Estarán juntos? —Maya ladeó la cabeza mientras yo aceptaba la llamada—. Dime que esto no va a ser un tercer grado y tienes a Nolan intentando sonsacarle a mi hermana. —Escuché una risa al otro lado de la línea. Y no era de Mathew.

—Solo queríamos saber qué tal te está sentando el cambio.

—Y si ya te lo has tirado. —Ese era Nolan y escuché un jadeó seguido de su risa.

—¿Está Jana?

—Sí, estoy en su casa, y le acaba de arrear una patada a nuestro alfa lunar en toda la barriga.

—Bien merecida —apostillé con una media sonrisa mientras ponía el altavoz del teléfono para que mi hermana, que no poseía el fino oído de los lobos, pudiera escucharlos—. Estoy con Maya. El edificio en el que voy a instalar el centro médico tiene muchas posibilidades, pero primero tenemos que reformarlo de arriba abajo.

—Ayer estuvimos arrancando papel de las paredes, ¿tu madre no querrá venirse una temporada a darnos una mano?

—No creo que quiera dejar el hostal, ya sabes que está muy enraizada, Maya. —Mi hermana sonrió al escuchar la voz del que era nuestro mejor amigo—. *¿Tú cómo andas?*

—Bien. Feliz de tener a Ona por aquí. —Me miró antes de añadir—: ¿Y vosotros?

—Si Lucas está en lo cierto, va a ser una niña.

—¿Estáis contentos?

—Mucho. Creo que a Jana le hacía ilusión que fuera un varón…

—¡No es verdad! —protestó la aludida.

—Pero la verdad es que, para empezar, creo que me será un poco más llevadero.

Nolan provenía de un linaje de alfas lunares, lobos déspotas y sanguinarios; le asustaba engendrar a alguien que no tuviera su capacidad de autocontrol y que le recordara al que había sido su padre. Sin embargo, de ese mismo linaje provenían las lobas del hostal y su carácter afable era la prueba de que su futuro no estaba escrito. ¡Nada más lejos de la realidad!

—¿Para empezar? —solté con un ronroneo—. ¿Ya estáis pensando en otro?

—La casa apesta. —Vi que Maya se removía un poco incómoda al escuchar la voz de su ex.

—Esta huele a viejo, pero supongo que con el tiempo acabaré haciéndola mía.

—Eso suena bien, me alegro.

—¿Qué hay de Daniel? —Nolan no era lobo de andarse con rodeos.

—Ayer durmieron juntos.

—Gracias, Maya.

—Solo he respondido a su pregunta.

—Pregunta que era para mí, ¿sabes?

—No ha especificado. —Levanté el dedo corazón y se lo mostré a mi hermana.

—¿Significa que estáis bien? —Ese era Mathew.

—Pues no lo sé. Aún me gustaría clavarle unas cuantas agujas a un muñequito suyo para que sufriera un poco, y a ti también, Nolan, por avisarle de que venía a Pardines.

—¡Yo que pensaba que querrías agradecérmelo! —Maya empezó a reír al escuchar a nuestro amigo.

—Sois lo peor, ¿sabéis? —les dije.

—Será por eso por lo que nos quieres. —Sonreí al escuchar a Mathew decir aquello.

—Os queremos, sí, aunque a veces os pasáis en lo de entrometidos. —Miré a mi hermana y me sonrió con una cierta timidez al incluirla en aquella frase. Su historia con Mathew había sido complicada y demasiado dilatada en el tiempo, pero por encima del hecho de lo que tuvieron, siempre habían sido amigos. Él siempre se había preocupado por ella, demasiado, tal vez, pero ni siquiera Maya podría negarle eso.

—¿Estáis oficialmente juntos? —me cuestionó Nolan.

—Más o menos, pero no me ha marcado, por si es tu siguiente pregunta. Vamos a intentar, no sé, conocernos. Y ya veremos si funciona.

—O acabáis con las garras.

—Siempre tan majo, Mathew.

—¿Por qué no te ha reclamado? —Nolan parecía molesto.

—Cree que le marqué más por un instinto que no porque quisiera hacerlo.

—Ajá.

—Así que da por sentado que fue un error.

—¿Por error? Te juro que me caía bien, pero ahora empiezo a pensar que es idiota —afirmó Nolan, haciéndome sonreír.

—Hay quien eso de que lo marquen lo lleva mal. —Era una clara alusión a Maya, pero Mathew lo soltó entre risas y mi hermana hizo un mohín, pero no pareció del todo incómoda con aquello.

—Es su compañero —intervino ella.

—Ya, pero ni siquiera estaban saliendo.

—Bien visto —cedió mi hermana. Verlos interactuar, después de tanto tiempo, me arrancó una pequeña sonrisa. Me alegraba por ellos. Que pudieran recuperar esa parte de lo que fueron. Incluso si Maya y Derek eran solo uno. Mathew lo sabía. Y estaba en proceso de digerirlo.

—Al menos hemos hablado al respecto, que es un primer paso, y también salió el tema de lo de Silas. Podría decirse que nos hemos tirado mierda en cantidad el uno al otro y, después de eso, seguimos los dos enteros. De hecho, se pasará a comer en un rato.

—Es un tanto terco, pero me cae bien. —Esperé a que Mathew continuara*—. Sin embargo, es muy leal para con los suyos, y tarde o temprano tendrá que asumir que tú formas parte de ese grupo.*

—Es posible que irse de allí fuera su forma de protegerte.

—¿Largándose? —Maya no parecía muy de acuerdo con el punto de vista de Nolan.

—No digo que estuviera bien, se equivocó, pero puedo entenderle. Hay veces que piensas que lo mejor es mantenerte al margen.

—No es lo mismo. —Sabía que estaba pensando en su propia historia—. Pero es posible.

—Solo dime que el sexo es lo suficientemente bueno como para que ahora estés justificando que se portó como un cerdo esa noche —soltó Maya, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Cerdadas hicimos, sí. —Escuché risas al otro lado de la línea—. No sé si fue un acto de cobardía o un intento de tomarse un tiempo para pensar antes de hacer algo que sería irreversible.

—Sabes que ya no hay vuelta atrás. Ni la había hace unos meses, cuando ambos percibisteis que vuestros lobos se reconocían. No conocemos a nadie, absolutamente a nadie, que haya sido capaz de negarse a ese pulso —puntualizó Nolan.

—Siempre he tenido aires de oveja negra.

—Que conste que no le he perdonado que te dejara de aquella forma esa noche, pero lo cierto es que no he conocido a una sola pareja vinculada en Pardines.

—¿Y consideras que eso podría ser un atenuante?

—Creo que Daniel no tiene la más mínima idea de cómo gestionarlo. De hecho, ya ha demostrado no estar a la altura. —Mi hermana tenía eso, era tan sobreprotectora conmigo como yo con ella—. Pero estás aquí. Eso se lo debo. Y me gusta para ti.

—Idiota.

Nos pasamos unos pocos minutos más hablando de banalidades y, para cuando Daniel llegó a la casa, ya estábamos de nuevo sudadas y sucias, arrancando papel de las paredes del primer piso.

Capítulo 32



ESTABA SOLO EN EL BAR cuando la puerta frontal se abrió con un deje de violencia. Me sorprendió el aspecto de Silas y algo en mi lobo se agitó, como si estuviera preparándose para un enfrentamiento que, en el fondo, casi estaba esperando que sucediera, tarde o temprano.

—¿No deberías estar en el centro de mando? —le cuestioné usando un tono cortante.

—Tenemos que hablar.

Recosté mi espalda sobre el mostrador y observé cómo mi hermano acortaba la distancia entre nosotros. Estábamos solos. Uno frente al otro. Y podía percibir la hostilidad que destilaba.

—Te escucho. —Crucé mis brazos sobre el pecho, sospechando el tema del que Silas quería discutir. No tuve que esperar mucho, porque me lanzó una sarta de palabras, una detrás de la otra, como quien quiere acribillar a alguien con sonidos cortantes, llenos de un deje de desprecio.

—Me pediste que me alejara de ella, ¿y ahora resulta que os acostáis juntos?

—¿Te molesta?

—¡Sí! ¡Claro que me cabrea!

—Pues vas a tener que joderte, porque es lo que hay. —Me limité a mirarle y alzar el mentón. No era algo negociable. Ya no.

—No voy a permitirlo, Daniel, esta vez no.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo? —Un gruñido ronco nació de mi pecho y mis manos buscaron el torso de mi hermano para empujarlo. Con demasiada fuerza. No se lo esperaba, porque perdió el equilibrio y acabó cayendo sobre una de las mesas del bar que, aunque no llegó a romperse, hizo un ruido de mil demonios.

—¡Ya no soy un crío!

Silas saltó hacia mí, con el puño en alto. Apenas pude esquivarlo, pero no calculé que el cabrón me soltaría una patada en pleno estómago. Gruñí y sentí al lobo deseando tomar el control y demostrarle a mi hermano no tengo del todo claro qué. Una mezcla de rabia y odio empezó a teñir mi mirada. El recuerdo de que él se había acostado con mi pareja. Y que ahora pretendía entrometerse entre nosotros.

—No quiero hacerte daño, Silas, pero Ona es mía. —Mi voz sonó dos octavas demasiado graves—. Si le pones un dedo encima, si la miras más de lo necesario, lo que sea, vamos a tener serios problemas, tú y yo, incluso si eres mi puto hermano, ¿entiendes? ¿Es eso lo que quieres?

Silas estaba en posición de ataque y, de repente, sus pupilas se dilataron y su cuerpo convulsionó. Por un momento pensé que estaba a punto de convertirse. ¡Que los dioses nos pillaran confesados! No tenía claro qué podía pasar si él y yo nos peleábamos en nuestra forma de lobo. Siendo Ona la causa de esa pelea.

Llevaba reteniendo mis celos demasiado tiempo. Ahora ella era mía. Y, joder, no podía soportar que nadie, ni siquiera Silas, pretendiera cambiar eso. Quizá podía haber fingido una cierta indiferencia antes de haberla besado, de haber sentido su cuerpo convulsionando con el mío, antes de que ella me hubiera elegido a mí, ¡a mí!, sobre cualquier otro macho.

Mi hermano dio un par de pasos hacia atrás. En estado de *shock*. Su posición ya no era la de alguien que está a punto de lanzarse a atacar.

—¿Qué acabas de decir?

—Ya me has oído —solté con un deje amargo, enfadado con el mundo y un poco conmigo mismo, pero no tanto como con él. No estaba dispuesto a ceder en aquello. Ya no.

—Has dicho que Ona era tuya.

—Lo es.

—¿Tuya en plan, ya sabes… *tuya*? —En vez de contestarle, me limité a gruñirle. De nuevo. Sentía un cierto placer reconfortante en

hacerlo. Era eso o reventarlo a golpes—. Calma, Daniel, es que esto no tiene sentido, ¿sabes? No entiendo nada.

—¿Qué parte de no te entrometas no eres capaz de entender?

—¿Entrometerme?

—Te acostaste con ella, pero te juro que eso no volverá a pasar. No mientras yo siga vivo. —Un destello oscuro, una advertencia que contenía una promesa en cada una de mis palabras.

—Joder, Daniel, ¡joder! —Colocó sus manos a ambos lados de su cuerpo—. Cálmate. Mírame y respira. Escúchame, hermano: no es el hecho de que te acuestes con Ona lo que me molesta, es el hecho de que lo hagas para protegerme.

—¿Protegerte? —Aún sentía cada músculo de mi cuerpo tenso, deseando marcar mi supremacía, como lobo, por encima de mi hermano.

—De los viejos. —Vi que intentaba decirme muchas cosas, pero no encontraba las palabras adecuadas.

—¿Qué tienen que ver los viejos? —Fue más un gruñido que una pregunta, pero es que estaba en un punto muerto entre mis instintos de depredador y los de proteger a mi hermano.

—¿Todo? —Silas me miró y empezó a reír. A carcajadas. No me relajé, pero estaba bien que al menos uno de los dos no estuviera en plan licántropo que quiere demostrar que la tiene más larga que el otro—. Vale, tal vez nada. Me he cruzado con Ian.

—¿Debería importarme?

—Se ha pasado el rato alabando tu sentido común, tu espíritu de sacrificio por y para la manada y cómo habías priorizado liberarme de la responsabilidad de emparejarme con Ona sobre tus propios intereses.

—Ajá.

—No lo has hecho por ellos.

—No.

—Te gusta Ona. —Me limité a contemplar a mi hermano, en silencio—. Siento lo de antes. Me cabreaba que estuvieras con Ona para complacer a los viejos y protegerme. Como has hecho siempre. Tanto conmigo como con Derek.

—No te sigo.

—Pensaba que estabas con Ona solo para que yo no tuviera que estarlo.

Conseguí dar una bocanada de aire, una de verdad, y algo en la tensión de mi cuerpo empezó a aflojar. Lentamente.

—Si ese es tu problema, puedo asegurarte que no es el caso.

—Ya me he dado cuenta, ya. —Se sacudió el pecho y sospeché que se había ganado un par de moratones con el empujón que le había dado.

—Quizá no he sido del todo sincero contigo —cedí, tras tomarme un tiempo. Silas me sonrió y se acercó a las sillas que había volcadas para colocarlas.

—¿En serio? Supongo que nunca es tarde. —Después de dejar todo en su sitio, se fue hacia el interior de la barra y sirvió dos jarras de cerveza. Me tendió una y se quedó la otra. No era habitual que fuera él quien servía al otro, pero me decanté por sentarme en el taburete, ese que solía utilizar Ona.

Me tomé mi tiempo en darle un trago y, tras hacerlo, decidí desatarme la banda de cuero que había cogido la costumbre de llevar en el antebrazo para mostrarle el tatuaje de la mordida de Ona. Su rostro se volvió lívido.

—¿Ese tatuaje…? ¿Es una mordida de apareamiento? —tartamudeó aquellas sílabas, arrastrándolas entre ellas.

—Es mi compañera.

—Mierda, Daniel, yo no lo sabía, yo jamás…

—La abrías tocado. —Vi una desesperación en su mirada. Culpabilidad. Dolor. Y me sentí mal por él—. No lo sabías. Ella tampoco. Pero no te negaré que ha habido días que necesitaba mantener una cierta distancia.

—Me evitabas, pero no entendía el porqué. Tienes todo el derecho del mundo a, no sé… ¿darme una buena paliza?

—Lo he hecho infinidad de veces en mi imaginación —le confesé y, al hacerlo, me sentí un poco menos culpable por ese tipo de fantasías.

—Lo siento, Daniel, no sabes hasta qué punto.

—Ya, bueno, yo también, pero supongo que es algo con lo que deberemos aprender a vivir.

—No sé qué decirte.

—No importa. Forma parte del pasado. Supongo que lo que debería hacer es centrarme en el futuro.

—Así que vas en serio con ella.

—Anoche se quedó a dormir arriba. —Silas apretó los labios y una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—Esas son palabras mayores, pero claro, supongo que es normal si estáis vinculados. Me cuesta hacerme a la idea. Joder, me alegro mucho por ti. Por vosotros.

—No lo estamos —negué y vi que fruncía el ceño—. No la marqué.

—Pero ¿no acabas de decirme que…?

—Es mi pareja predestinada o como quieras llamarla, sí. —Suspiré—. Es solo que cuando ella me reclamó, me pareció precipitado y fuera de contexto. No estaba seguro de si lo había hecho solo por la intensidad del momento o en realidad era lo que quería.

—¿Cuándo fue eso?

—Después del ataque de los furtivos. —Silas asintió.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Ella me mordió, yo decidí que necesitaba espacio y para la mañana siguiente ya había desaparecido. Me odia y no desaprovecha ninguna ocasión para tirármelo en cara.

—Pero estáis juntos. Apestas a ella, que lo sepas. —Esa realidad me arrancó una pequeña sonrisa. Me encantaba que todos lo supieran. Que me pertenecía.

—Estamos juntos, sí.

—Y tienes intención de marcarla.

—Supongo.

—¿Solo lo supones?

—Te puede parecer una estupidez, pero me gustaría que fuera algo especial. No un mordisco desesperado en medio de un polvo. —Mi hermano empezó a reír.

—¿Quién me iba a decir a mí que eras un romántico? —Gruñí, aunque fue más para mostrar mi disconformidad que no porque estuviera en realidad enfadado—. ¿Estamos bien?

Miré a mi hermano. Era difícil fingir que nada había pasado. Incluso si ninguno de los dos habíamos hecho nada malo. Silas había tonteado con una loba que andaba de paso y yo le había odiado por haberlo hecho. Ninguno de los dos tenía intención de dañar al otro, pero, al mismo tiempo, los dos nos habíamos hecho daño. Solo que Silas no había sido consciente de ese pequeño detalle hasta ese momento. Y ahora le carcomía la culpa, igual que a mí me dolía desear hacerle daño. Incluso si no podía evitar que mi mente viajara en esa dirección cuando me los imaginaba juntos.

—Quiero pensar que lo estamos. —Le tendí el antebrazo y él lo tomó en un gesto que hacíamos cuando queríamos prometernos algo que considerábamos importante, de pequeños—. Pero sí te pido que no pongas a prueba mi temperamento cuando Ona ande cerca, me cuesta contenerme.

—Te lo prometo, pero te aconsejo que cierres el vínculo. Maya me contó cosas de cómo los lobos se vuelven ariscos y pueden llegar a volverse inestables cuando están en el proceso de apareamiento con su compañera.

—Lo viví en primera persona con Derek —admití—. Lo pasó mal hasta que decidió enviarlo todo a la mierda a favor de ella.

—Pues ya sabes. —Asentí.

—Primero vamos a hacer que lo nuestro se consolide.

—Igual deberías buscar a alguien para que se ocupe del bar. Tener más tiempo libre para ti. Ya sabes, como una persona normal.

Lo miré.

Ambos sabíamos que distábamos de ser normales, pero eso era lo mismo que le había dicho yo a Ona. Necesitaba sentir un poco de esa normalidad que gozan las personas que no están sometidas a una rígida jerarquía, cuyas obligaciones a veces pueden llegar a ser asfixiantes.

Apoyar a Derek y enfrentar a los que decidieron oponerse a su autoridad nos había forzado a liberar esa parte brutal y salvaje que vivía en nosotros, la del animal que éramos, y no me vanagloriara de ello. Pero tampoco podía negar que formaba parte de mi naturaleza. Éramos jóvenes cuando nos habíamos visto obligados a teñir de sangre aquella tierra que nos rodeaba, protegiendo a los nuestros de

los que querían someterlos. Matar deja cicatrices. Incluso si no llegan a herirte.

Después de aquello, Silas y Derek habían opositado para guardabosques mientras yo gestionaba la mierda global que implicaba nuestra sociedad. No solo eran las trifulcas entre unos y otros, sino también la gestión económica de toda la manada, esa que nos permitía ayudarnos los unos a los otros y crecer como grupo.

Hubo una época en la que había deseado otro tipo de cosas. Estudiar Biología o Química. Viajar un poco, lo justo, para ver algo más allá de los bosques de Pardines y los alrededores. Creo que Silas lo sabía. Que había bloqueado todo aquello para que él y Derek pudieran cumplir, al menos, alguno de los suyos. Quizá esa había sido mi forma de sobreprotegerlos. Darles la oportunidad de hacer algo a costa de cubrirles las espaldas y negarme mis propios sueños. Desde entonces, no me permitía el capricho de desear algo. Ilusionarme con cosas banales, pequeñas, ni tampoco en otras más grandes.

—¿Tiempo libre? Me gusta cómo suena.

Nos miramos y supe que, pese a mis dudas, estábamos bien. O lo estaríamos.

Capítulo 33



EN POCO MÁS DE UNA SEMANA los cambios en el edificio eran llamativos, pero en realidad apenas habíamos avanzado nada. El arquitecto había presentado el proyecto, pero estábamos pendientes de que nos dieran la licencia para comenzar a derrumbar paredes y adaptar los espacios. Sin embargo, las horas que Maya, Daniel y yo habíamos pasado allí dentro, arrancando papel de las paredes, sacando molduras de puertas y destrozando —literalmente— las encimeras de la cocina, habían convertido aquel edificio de aspecto viejo y cerrado en un caos que olía a polvo y a yeso, excepto en la habitación del piso superior, a la que Daniel y yo le habíamos dado otro tipo de uso.

Y estaba bien ese detallito, poder oler ese deje nuestro, mientras empezaba a construir algo que se sentía como mío. Quizá porque comenzaba a percibir a Daniel también así. Como si formara parte de mi nueva vida, esa que se iniciaba. Poco a poco. Me sentía pletórica al respecto. Incluso si Daniel no me había marcado.

Tal vez nunca encontraría el valor de hacerlo.

Aceptar un para siempre era un salto de fe, después de todo.

Podía entender sus reticencias, y me intentaba consolar con el hecho de que estábamos juntos y, aunque quizá yo aspiraba a mucho más, era un buen principio.

Escuché el ruido de un todoterreno y sospeché que se trataba de Daniel. Miré mi reloj de pulsera y fui en busca de un trapo para limpiarme parte de la mugre que cubría mis manos y mis brazos. Para cuando salí al porche, vi que Daniel no venía solo. Verlo junto a su hermano me sorprendió un poco, porque desde que me había instalado no los había visto en un mismo espacio a un mismo tiempo; sospechaba que se evitaban.

Sonreí y centré mi mirada en Daniel. Estaba tenso. Podía notarlo en la forma en la que llevaba los hombros ligeramente echados hacia atrás, las manos en los bolsillos y la mandíbula prieta. En su olor. La esencia de su lobo. Esa necesidad de mostrar su presencia por encima de la de otro macho. Su hermano, sí, pero también su rival, hasta cierto punto, por la historia que habíamos tenido él y yo tiempo atrás. En otra vida, como quien dice, porque todo había cambiado.

—Estoy desastrada. —Miré a Daniel a los ojos mientras decía aquello, y sentí que el hecho de ser el centro de mi atención le gustaba.

—Hay una manguera en la parte de atrás —ronroneó, y Silas empezó a reír por lo bajo. Su hermano le lanzó un gruñido sordo que solo provocó que riera más fuerte. Luego colocó las manos a ambos lados de su cuerpo, mostrando las palmas en señal de rendición.

—Creo que tenía que responder algunos *mails.* Os esperaré en el coche. Pero no te recrees, que hemos quedado con Derek y Maya en media hora.

—No se moverán del centro de mando —respondió Daniel.

Silas puso los ojos en blanco al escuchar aquello y, después, me saludó elevando la barbilla. Apenas alcancé a ver cómo nos daba la espalda para irse hacia el todoterreno, porque Daniel acortó la distancia que nos separaba, reclamando toda mi atención.

Sus brazos se posaron con delicadeza sobre mi cadera y sus labios buscaron los míos con un deje de rudeza. No tardó en apretar mi cuerpo contra el suyo, dejándome saber qué deseaba en aquellos momentos, por si su olor no fuera lo suficientemente obvio.

—¿No hemos quedado con mi hermana? —murmuré cuando sus labios capturaron el lóbulo de mi oreja y una oleada de erotismo me recorría de arriba abajo.

—Luego. —Me cogió la mano y tiró de mí para ir a la parte trasera del edificio. No me sorprendió cuando empezó a desnudarme, besando y acariciando cada centímetro de mi cuerpo.

No protesté cuando me empujó contra una pared, nuestros corazones latían frenéticos y nuestros jadeos se entremezclaban.

Nunca tenía bastante de Daniel. Me gustaba su compañía, su tono de voz un tanto ronco y seco, en el que a veces se podía entrever un sentido de humor negro, lanzado al azar, que te obligaba a preguntarte si era algo casual o intencionado. Me gustaba su carácter templado y cómo este contrastaba con el fuego líquido que tomaba el control cuando nuestros cuerpos desnudos se encontraban, sin más barrera física que el hecho de desearnos. También me encantaba sentir su presencia envolviéndome, sus brazos estrechándome contra él cuando acabábamos, saciados y exhaustos, durmiendo juntos en su piso.

—Voy a buscarte algo de ropa limpia mientras te remojas un poco. —No es que el agua fría de la manguera fuera a atenuar el olor del sexo compartido, pero sí me ayudó a quitarme los restos de mugre.

—Necesito agua caliente como que ya —protesté cuando volvió, llevando varias piezas de ropa limpia entre sus manos. El frío del invierno había comenzado a hacer acto de presencia y, aunque mi esencia de loba hacía que mi resistencia fuera notoria, estaba titiritando.

—Si quieres, puedo volver a hacerte entrar en calor —ronroneó y sus ojos se deslizaron hacia mis pezones erectos.

—Idiota. —Me lanzó la ropa mientras reía por lo bajo, sin dejar de mirar mi cuerpo desnudo.

Nos vestimos en apenas unos minutos, y solo entonces recordé que Silas estaba al otro lado del edificio, en el todoterreno, y me sentí un poco incómoda con ese detalle en concreto.

Llegamos hasta allí cogidos de la mano, vestidos como dos personas normales, sudadera incluida, pese a que muchos ya llevarían abrigo. Éramos lobos, después de todo. Daniel me sorprendió abriéndome la puerta de los asientos traseros para que entrara en el vehículo. Nos miramos, solo eso, antes de que me sintiera un poco estúpida por emocionarme por su galantería y entrar en el vehículo de Silas.

Daniel se colocó junto a su hermano, en el asiento del copiloto.

—Os veo bien —murmuró divertido el lobo mientras giraba la llave de contacto.

—Estamos bien —sentenció Daniel con deje dominante. Los ojos de Silas se deslizaron al espejo retrovisor para buscar mi mirada.

—Cuida de mi hermano, aunque a veces sea un poco cazurro, ¿quieres?

—Solo si se lo gana —le contesté con una sonrisa en el rostro y escuché a Daniel gruñir desde su asiento.

—Esta noche me cuentas cómo y lo negociamos —sentenció con tono neutro, pero que consiguió despertar mil emociones en mi persona.

—¿Negociamos? —Silas rio mientras empezaba a conducir—. ¡Iluso!

Daniel se limitó a lanzarle un gruñido, pero no sonó a amenaza. Me alegré de verlos así, con esa complicidad que antes habían compartido y que sabía que se había visto afectada por mi culpa. Supuse que poco a poco las cosas irían asentándose entre todos nosotros. Y era tan confortable ese hecho que no pude evitar sonreír y sentir, por primera vez en mucho tiempo, que había encontrado mi sitio.

Dejamos nuestras cosas en el centro de mando y rechazamos la oferta de Silas de llevarnos al bar para salir a correr un rato bajo la luna llena, con el frío del invierno como telón de fondo. Esa era otra de las muchas cosas que me gustaba hacer con Daniel. Correr. Dejar que fueran nuestras esencias de lobos las que nos guiaran. Compartir esa complicidad, la sensación de que nos complementábamos sin necesitar palabras y sin que ellas pudieran interferir en la forma en que nos reconocíamos. Como lobos, todo parecía fácil. No sentíamos sin necesidad de artefactos ni apariencias.

Ignoramos el rumor que se escuchaba en la parte del bar, donde debía de haber algún que otro parroquiano y un lobo cubriendo la barra. Daniel solía hacerlo las noches de los fines de semana, pero había empezado a delegar esa tarea entre semana, aunque seguía pasándose muchas horas allí, mientras yo me peleaba con la

remodelación del centro veterinario y el piso que sería mi futuro hogar.

El lomo de Daniel golpeó al mío en cuanto entramos en el comedor, le mostré los colmillos, molesta, y en vez de tomarse en serio mi advertencia me golpeó con la cabeza el cuello y luego presionó su cuerpo contra el mío, empujándome contra el sofá. Le devolví el cariño, golpeándole en el costado, gruñó, aunque sus ojos evidenciaban su diversión. Como si fuéramos poco más que un par de cachorros, acabamos retozando por el suelo, entre gruñidos, mordiscos dados en el aire y algún que otro golpe de pata.

Sonreí cuando vi que se transformaba, estirados los dos en el suelo.

—La cama sería un lugar más cómodo, ¿no crees? —Ronroneé y acerqué mi hocico a su rostro para plantarle un lametón de punta a punta, haciendo que empezara a reír mientras se pasaba el brazo para limpiarse los restos de baba lobuna—. Esas tenemos, ¿eh?

Se levantó y me alzó entre sus brazos. Me removí como loba, pero como no parecía tener intención de soltarme, acabé transformándome mientras todavía me sostenía. Sus ojos me miraban con una emoción contenida de infinito cariño, había un algo único en esa confianza ciega, la complicidad compartida.

Cuando llegó a la enorme cama de matrimonio, que llevábamos varias noches compartiendo, me lanzó al aire para que cayera sobre ella.

—Idiota, podías ser un poco más cuidadoso.

—No sueles quejarte cuando soy rudo. —Sus ojos chispearon con un deje travieso.

Daniel era capaz de mostrar una ternura que me emocionaba; aunque cuando dejaba que su bestia tomara el control, se convertía en un amante tan formidable como dominante y era innegable que había vestigios de agresividad en su forma de tomarme. Pero no me quejaba al respecto, porque conseguía convertir esa energía masculina en erotismo puro.

—Todo depende del momento y del contexto.

—Así que no te molesta que te folle contra una pared, pero en cambio te irrita caerte sobre una mullida cama —se cachondeó con

ese deje altivo tan suyo mientras se estiraba a mi lado y pasaba su musculoso brazo por debajo de mi almohada antes de arrastrarme contra su cuerpo. Deslizó su nariz por la piel de mi hombro y la curva de mi cuello—. Me encanta tu olor.

—Quieres decir *nuestro* olor —maticé porque nuestros rastros se mezclaban creando un nuevo olor con nuestros matices pero que, al mismo tiempo, era único.

—Ese, justamente, es el que me vuelve loco. —Me mordió con suavidad en el hombro, pero sin llegar a clavar sus colmillos en mi piel, pero me estremecí ante aquel contacto. No sé si Daniel lo malinterpretó o fingió hacerlo, porque buscó el cobertor para cubrirnos a ambos con él.

Me acomodé contra su cuerpo, entrelazando mis piernas a las suyas.

—Esto no está del todo mal.

—¿A qué te refieres con esto?

—Lo de estar juntos. En la manada ya lo dan por sentado, creo que los viejos han estado hablando a nuestras espaldas.

—¿Y eso te sorprende? —Me besó en el mismo sitio que hacía unos segundos había mordido con suavidad—. Si permites mi opinión, creo que está mejor que un «no del todo mal» lo de estar saliendo juntos. Me gusta pasar tiempo contigo.

—Suena como si te sorprendiera que sea así —le dije, entre risas. Me sonrió y rozó con la frente mi cabeza.

—Un poco, no voy a negártelo. No tengo experiencia en algo así, aunque creo que, si la tuviera, tampoco sería lo mismo. —Nos miramos.

—Es posible —cedí.

—¿Sabes qué? He pensado que es una tontería que sigas alquilando una habitación si vas a pasarte todas las noches en mi piso.

—¿Quién te dice que vaya a dormir siempre aquí? —Me puse un poco a la defensiva, lo admito, porque lo cierto era que, sin darme cuenta, lo llevaba haciendo desde que nos habíamos vuelto a acostar juntos.

—¿Yo? —Me sonrió.

—Sigues dando muchas cosas por sentadas, Daniel Ilerdenc. —Hizo un pequeño puchero que le dio un aspecto de lo más gracioso.

—¿No vas a hacerlo? Me gusta esto. —Me acarició la espalda desnuda con la mano—. Además de compartir su tiempo, las parejas normales suelen, ya sabes, vivir juntas.

Me cohibí ante la intensidad de su mirada y las implicaciones de sus palabras. Llegados al punto en el que estábamos, teniendo en cuenta que mi vida siempre estaría atada a la suya, nada me haría más feliz que intentar algo así, pero, al mismo tiempo, me aterraba la idea.

—Eso suelen hacerlo sí, pero cuando llevan, no sé… ¿meses o años juntos?

—Técnicamente, nos conocemos hace cierto tiempo. —Se mordió el labio inferior y capturó mi mano, para enlazar sus dedos a los míos. Algo tan insignificante hizo que mi corazón latiera con un poco más de fuerza—. Me gusta despertarme enredado a tu cuerpo.

—¿Por el polvo matutino?

—No te negaré que es un beneficio asociado, pero no es solo por eso, y lo sabes. —Rozó con su mentón mi rostro. Su lobo. Necesitando el contacto físico del mío.

—¿Estás seguro? Las obras pueden durar varios meses y no me gustaría que en un par de semanas tengas una crisis de esas en las que sientes que he invadido tu espacio.

—Estoy seguro. —Hizo una pausa—. Me gusta tenerte cerca, que me cuentes cómo te ha ido el día y que acabes durmiéndote entre mis brazos. Escuchar tu respiración pausada me ayuda a, no sé, relajarme. —Asentí, sintiéndome un poco abrumada—. Además, si acabas convirtiéndote en un incordio que da patadas mientras duerme, podría instalarme de tanto en tanto en el sofá.

—¡Mientras no me envíes a mí allí! —bromeé, agradeciéndole que le quitara un poco de hierro al hecho de que me acababa de proponer mudarme temporalmente con él—. De acuerdo, supongo que, dadas las circunstancias, y siendo algo temporal, tampoco es una locura.

—Me tomaré eso como un sí. —Parecía satisfecho.

—Mañana iré a por mis cosas, pero que conste que tu propuesta es tan indecente como arriesgada.

—Lo de indecente no es que te venga de nuevo —murmuró con un tono sensual antes de añadir—: Y por lo de arriesgado… alguien me ha enseñado que a veces hay que jugar fuerte y escuchar a nuestro instinto.

Me estremecí, sabiendo que se refería al hecho de que lo había reclamado. Se inclinó hacia mí para besarme con suavidad, aunque pronto ese beso se encendió, y, como dos lobos en celo, terminamos fundiéndonos de nuevo, el uno en el cuerpo del otro, con la necesidad de expresar físicamente lo que no éramos capaces de decir con palabras.

Me despedí de Daniel en el bar y, tras pasar a buscar algo de bollería por el horno del pueblo, me fui caminando hacia mi futuro hogar. No tenía prisa, y si algo me sobraba era tiempo. Maya y Derek habían ido a la ciudad y Daniel había quedado con Silas para salir a correr juntos. Esas pausas, poder estar a solas conmigo misma, me venían bien de tanto en tanto.

Me sentía feliz y abrumada de tener a mi hermana pequeña cerca, y también de que Daniel hubiera empezado a formar parte de mi vida. Pero, al mismo tiempo, necesitaba mi espacio y un poco de silencio social para centrar mis ideas y mis emociones, para que no fuera todo lo que ocurría a mi alrededor lo que me arrastrara, sin ser consciente de hacia dónde.

Mi madre siempre decía que las pausas son tan o más importantes que la inercia que nos impulsa a seguir adelante, luchando por alcanzar nuestros sueños. Y que está bien necesitarlas. Que no es un fracaso cambiar de dirección. Ni siquiera equivocarse.

Fracasar es no tener el valor ni la conciencia de escuchar lo que tu cuerpo te pide, y exigirle hasta que, exhausto, algo se rompe. Y entonces todo parece haberse acabado. Porque estás en un punto en el que ni siquiera sabes cómo has llegado ahí. Y pesa más deshacer el camino que modificarlo a medida que lo recorres.

Observé las muestras de pintura que me había dejado uno de los operarios. Quería algo con tonos de un verde alegre, manzana, junto al blanco impoluto que debía imponer ese concepto de limpio que quería que transmitiera el centro veterinario. En nada empezaría la cuenta atrás. Y no podía estar más emocionada.

Caminar por esos pasillos llenos de polvo y algo de runa me hacía sentir como si fuera la princesa de un cuento de hadas. Una princesa con sangre de alfa, una loba como *alter ego* y un príncipe con barba y carácter huraño. Con todo, esa era mi historia. Y sonaba perfecta dentro de mi cabeza. Incluso si solo habíamos empezado a escribirla.

—¿Hola?

Sumida en mis pensamientos, no había oído que alguien había entrado por la puerta trasera. Alcé el mentón porque esa voz me era nueva, aunque olía a loba. No era la primera vez que alguien de la manada se plantaba a presentarse. Solían traerme algún obsequio —en general comestible— mientras me estudiaban y sonreían al notar el rastro de Daniel en mi cuerpo. Creo que les interesaba más esto último que el hecho de que fuera a ser la médico-veterinaria de referencia de la manada.

—¡Aquí! —Me sacudí los tejanos. Una mujer de generosa melena y senos prominentes me estudió desde el marco de la puerta. Tendría mi edad—. ¿Hola?

—Así que tú eres la mestiza.

Lo era, sí, pero ese tono era un poco despreciativo. Tal vez debería haberme puesto a la defensiva, pero lo cierto es que me importaba una mierda lo que ella, o cualquiera, pensara de mí. Soy de esas lobas que no necesitan de la aprobación de los otros. Me meo en ella, de hecho.

—¿Necesitas algo?

—La verdad es que sí. —La observé.

—Te escucho.

—No tengo nada en tu contra, pero quiero lo que es mío.

Sacó un arma que llevaba a la espalda y no tuve tiempo de transformarme antes de que se escuchara el ruido sordo de tres

disparos. Caí al suelo, tras soltar un gruñido agónico, y, antes de perder el conocimiento, la oí reír con un tono cantarín.

Capítulo 34



HACÍA TIEMPO QUE NO NOS PERMITÍAMOS ese tipo de cosas. Correr durante horas para acabar sentados frente a la televisión y retarnos en un juego de esos de fútbol de la consola. Ya no sabría decir cuál, porque hacía unos años que nos habíamos quedado desfasados, mi hermano y yo, y eso que antes solíamos organizar hasta campeonatos en los que fundíamos a Derek. A él siempre se le dieron de culo ese tipo de cosas.

De los tres, el que realmente disfrutaba en esos juegos era mi hermano Silas, pero admito que a mí me podía el placer de derrotarlo e imponerle mi victoria. Ese tipo de alicientes hacían que siempre acabara picando cuando me provocaba al respecto. En algunos aspectos, esa mañana me di cuenta de que mucho no habíamos cambiado. Pese al paso de los años. O el hecho de que Ona había llegado a mi vida para quedarse, aunque aún no tenía del todo claro cómo encajar todas las piezas de ese puzle que formaba un nosotros. En esos momentos, allí, no éramos más que dos niños. De nuevo.

—Deberíamos haber llamado a Derek —murmuró Silas cuando el marcador se cerró a mi favor.

—¿Rabioso por haber perdido tres de cuatro? —Me golpeó en el brazo con su puño, una de esas concesiones que solíamos permitirle al perdedor.

—Me distrae el tufo a sexo, no podrías, no sé… ¿ventilar el piso de tanto en tanto?

—Idiota. —Le lancé un cojín, porque ese tipo de comentarios eran los que solía hacerle yo cuando traía alguna hembra que estaba de paso.

Admito que al final le animé a buscarse un lugar en el que follar a gusto y sin molestar al resto. O a mí, para ser más precisos.

Silas y yo no podíamos ser más diferentes en muchas cosas. Yo jamás me había acostado con una mujer en el piso, ni abajo, en el bar, incluso si más de una vez me lo habían puesto a huevo. Dejar mi rastro y el de una hembra para que todos pudieran saber que habíamos estado copulando me parecía fuera de lugar. A Silas, en cambio, ir dejando su olorcito de macho en tantas hembras como tuviera acceso le parecía de lo más divertido. Como la mayoría eran humanas, no eran conscientes de ese detalle en concreto, supongo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Tú sabrás.

—¿Cuándo vas a marcar a tu compañera? —Miré a mi hermano—. Te mueres por sus huesos. ¿Qué problema hay con hacerlo oficial? Hazla tuya, joder, Daniel, te pertenece.

Esta vez me arrancó una pequeña sonrisa. Me gustaba cómo sonaba eso. Que fuera mía. Mi olor en su cuerpo advertía a cualquier lobo que cometía un grave error en acercarse a ella y en lo referente a los humanos… Su madre.

—Vamos a tomárnoslo con calma.

—Ya, claro, se huele con qué calma os lo estáis tomando. Sois dos lobos en celo, todos podemos percibirlo a vuestro alrededor, ¿sabes?

—Lo dice quien pensaba que me acostaba con ella por mi amor al prójimo. —Silas rio por lo bajo.

—De acuerdo, ahí me equivoqué, pero a mi favor diré que no os había visto juntos ni cómo, de alguna forma, parecéis estar buscándoos sin daros siquiera cuenta. Eso, y que eres un gilipollas dispuesto a sacrificarse por los que quiere.

—A ti no te quiero tanto —le espeté y me lanzó el cojín de vuelta, mientras reía—. Le he pedido que se instale aquí.

—¿Aquí?, ¿en plan vivir contigo?

—Correcto.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ha aceptado, un poco a regañadientes, pero le he dado razones bastante convincentes.

—Lo que se traduce en un buen meneo —se burló mi hermano.

—O varios. —Puso los ojos en blanco.

—¿Y luego qué? Las obras del centro veterinario tardarán un par de meses, pero no mucho más, por lo que me ha dicho Maya. He visto los planos y está pensando en un bonito apartamento de soltera en el piso de arriba, por si no lo sabes.

—Los he visto, y hasta le he dado alguna que otra idea. Lo del apartamento encima del centro veterinario es una cuestión práctica: si alguien necesita de su magia, lo mejor es que esté en el sitio donde tiene todos sus utensilios para poder ejercer. En Dóen su tío, el alfa, vive encima del consultorio.

—Ya veo. ¿Y entonces? —Deslizó la mirada por el comedor—. ¿Qué harás?

—Supongo que, llegado el momento, me tocará evolucionar.

—Vas a mudarte con ella.

—Si las cosas nos van bien, primero me gustaría formalizar lo nuestro, y no me refiero solo a marcarla. Me gustaría comprarle un anillo. Algo que tenga un significado más allá del instinto que nos empuja el uno hacia el otro.

Mi hermano tenía la boca abierta y me miraba como si alguien me hubiera poseído, así que me vi con la obligación de elevar una mano y mostrarle mi dedo corazón. Mi teléfono empezó a vibrar sobre la mesita, así que decidí ignorarle mientras me inclinaba para ver quién me llamaba.

—¿Mi futura cuñada? —se burló mi hermano.

—Más bien su hermana. —Acepté la llamada—. Dime, Maya.

—¿Estás con Ona?

—No, está en el centro veterinario, creo que hoy quería clasificar las cajas que ha traído de Dóen y pelearse con el baño de abajo, no me preguntes haciendo exactamente qué.

—Daniel, Luke me ha llamado.

—¿Luke? —Me vinieron a la mente los ojos violetas de aquel chaval.

—Ona está en peligro. —Me tensé y fruncí el ceño. Silas estaba escuchando nuestra conversación, porque su expresión jovial se volvió más fría y calculadora.

—Eso no tiene sentido, Maya. —Incluso si no lo tenía, mi corazón palpitaba con más fuerza, como si la mera posibilidad le aterrara.

—No lo entiendes Daniel, Luke sabe cosas, ve cosas. ¡Está en peligro! —Hablaba demasiado rápido, incluso para ser ella.

—Maya, cálmate, nada de lo que dices tiene sentido. —Soltó un montón de palabrotas, una detrás de la otra—. Vamos por pasos, ¿quieres?

—Derek ha ido a por el coche. He rastreado su teléfono y el dispositivo sigue en el centro veterinario.

—Que es donde te he dicho que está.

—Daniel, joder, ¡escúchame! Luke desciende de un lobo fenrir, uno de vuestros lobos ancestrales. ¿No notaste nada raro en él cuando lo conociste en Dóen? —Ahí no pude decirle que no. El chico era raro de cojones.

—¿Qué quieres decir con que desciende de un lobo fenrir? —le cuestioné.

—¿En serio eso es lo que te preocupa ahora? ¡Acabo de decirte que mi hermana está en peligro! Luke cree que está inconsciente, porque no puede llegar hasta ella. Lo que sea que le ha pasado… si no la encuentras pronto, tal vez ya no tenga sentido hacerlo.

—¿Has probado a llamarla? —Me había levantado y estaba caminando por el comedor, como un lobo enjaulado. Nada de todo aquello tenía ningún sentido.

—¿Te crees que soy idiota?

—Estará trasteando por fuera de la casa y no estará pendiente del teléfono, pero Silas y yo vamos a escaparnos hasta el centro veterinario y, cuando estemos allí, te llamaremos para que te relajes antes de que te dé un infarto. Derek no nos lo perdonaría.

—Date prisa, Daniel, por favor, te necesita. —Algo en mí empezó a removerse, inquieto. El lobo. Como si él sí creyera en esa absurda historia del primo de Ona percibiendo que estaba en algún tipo de peligro.

—Estás empezando a ponerme nervioso, Maya, si es una broma pesada, mejor corta ahora porque algo así no te lo perdonaría, que lo sepas.

—Ona es tu pareja, pero también es mi hermana, no lo olvides. No bromearía con algo así. Mantenme al corriente de lo que

encontráis en el centro veterinario. Llegaremos en un par de horas. Daniel, por favor, prométeme que vas a encontrarla.

—Ahora y siempre. Es tu hermana, pero también es mi todo. Tú, más que otros, lo sabes.

—No te entretengas. —Me colgó. Sentí un sudor frío que me recorrió la espina dorsal.

—Conduzco yo —se ofreció mi hermano, que ya había cogido las llaves de su todoterreno. Me limité a asentir, mientras noté cada maldito músculo de mi cuerpo tensarse de forma anticipatoria.

Busqué el número de teléfono de Ona mientras bajaba las escaleras, de dos en dos. La llamé no una, sino algo así como una decena de veces a lo largo del camino que nos llevaba hasta el que sería su nuevo hogar. Nuestro hogar, tal vez. Para cuando llegué allí, se había instalado en mi corazón la certeza de que algo no andaba bien.

Había dos lobos esperándonos frente al edificio que se acercaron a nosotros en cuanto llegamos.

—No hemos encontrado a Ona, pero sí restos de sangre, dentro. —Aquella afirmación me arrancó un gruñido mientras un dolor sordo me atravesaba el pecho.

—Derek ha ordenado que se distribuyan varias patrullas alrededor del perímetro; si alguien percibe su rastro o algo llama su atención, nos avisará. —Ese era uno de los hermanos Arcia. Tendría unos cincuenta años y dos hijas que rondarían los quince. Por su expresión dura, se planteaba cómo sería si fuera una de sus pequeñas la que hubiera desaparecido.

—Conoces su rastro, asegúrate de que no han pasado nada por alto —le indiqué a mi hermano. La intimidad que tiempo atrás habían compartido le daba una mayor sensibilidad al olor de Ona, incluso si ahora sus matices estaban cubiertos por el mío. Lo que fuera. Si el hecho de que Silas se hubiera acostado con mi pareja servía para que me ayudara a encontrarla y traerla a casa de vuelta, me sentiría afortunado.

Entré en el edificio, ignorando al lobo que me seguía los pasos. No necesité que me dijeran dónde habían encontrado la sangre, porque mi olfato me llevó hasta ese lugar en concreto. Gruñí y mi

cuerpo sufrió un par de convulsiones. Era de Ona. No tenía la más remota duda al respecto.

El lobo se mantuvo alejado, observándome, con la cabeza gacha, en un gesto sumiso, mientras la rabia y el miedo hacían que mi yo más primitivo, el lobo que siempre solía mantener en un segundo plano, encontrara el camino hacia la superficie. No me importó que la ropa se rompiera en mil pedazos. Solo quería llegar hasta ella. Joder. No podía perderla cuando aún ni siquiera era mía. No de la forma que yo quería.

Me acerqué a las gotas dispersas de sangre en el suelo, vigilando no pisar ninguna de ellas. Había matices amargos en aquella sangre allí dispersa. Algo que parecía químico, como si hubieran impregnado el objeto que había causado esas heridas con algo. Observé las manchas y busqué un patrón. Encontré tres. Tres salpicaduras, próximas entre sí. Por la separación entre las manchas, supe que Ona estaba en su versión humana cuando la habían atacado. Elevé el mentón, intentando buscar algo. Un rastro. El de su agresor. Había varios matices, pero ninguno era lo suficientemente claro. Algo lo cubría.

Para cuando salí, Silas estaba también en su forma lobuna. Me acerqué a él.

—Estaba en su forma humana. Tres balas. Impregnadas en algo. Han usado algún tipo de neutralizador de olores.

—Un lobo o un cazador. —Silas asintió—. *Hay unas marcas más profundas que el resto, sospecho que la cargó una sola persona, a peso.*

—Eso me hace pensar en un lobo.

—Sería el menos malo de los escenarios —opinó mi hermano, y creo que quiso consolarme con aquella declaración.

—Llévame a esas marcas. No pudo llevársela a cuestas hasta el fin del mundo. —Silas asintió.

Tenía que haber dejado su cuerpo en algún sitio, bien fuera una zanca o un vehículo. Donde fuera, la encontraría. Seguimos las marcas de unas botas desgastadas. Un cuarenta y dos.

—La pisada es inestable —murmuró mi hermano.

—Como si no se le ajustaran bien.

—Bien visto. Es posible que sepa que vamos a ir a por él.

—Es gilipollas si cree que va a poder separarme de mi pareja y vivir para contarlo —gruñí aquella última parte sintiendo una cierta satisfacción ante la imagen de mis garras desgarrando la carne del cabrón que le hubiera hecho eso a mi pareja.

—Creo que estas marcas podrían ser las rodadas de un todoterreno. Uno viejo. —Observé una pequeña mancha de aceite en el suelo y me quedé en silencio, pensativo.

—¿Daniel?

—Juraría haber oído a Ian decir que su furgoneta perdía aceite. —Miré a mi hermano.

—¿Quieres decir que esto tiene algo que ver con los viejos? —Parecía sorprendido, pero dispuesto a apoyarme. Si era necesario.

—No lo sé. Pero si le perdemos la pista a estas marcas, yo optaría por ir a hacerles una visita.

Silas asintió y comenzamos a olfatear las marcas, el aceite, intentando empaparnos de cada detalle. Empezamos a seguir ese olor, pero no tardamos en perderlo y, en la primera bifurcación, la rabia me carcomía por dentro. Miré a mi hermano y no necesité decirle nada telepáticamente, me limité a lanzarme a la carrera, en una cuenta atrás, en dirección a la casa de Ian. No tenía la más remota idea de por qué los viejos querrían hacerle daño a mi pareja, pero sí la certeza de que estaba dispuesto a no dejar lobo con cabeza hasta conseguir llegar hasta ella.

Llegamos al viejo edificio perdido en la nada en el que vivía uno de los viejos de la manada. Ian no era el más radical de ellos, pero eso no significaba que su mente pudiera ser retorcida, y estaba dispuesto a hacerle pagar si tenía algo que ver con la desaparición de Ona. Percibí varios matices en el aire, pero nada que me hiciera pensar en Ona. Antes de transformarme, me acerqué al viejo cubierto, solo para confirmar que la furgoneta no estaba allí.

Me transformé mientras subía los peldaños del porche y entré en la casa con el porte de la rabia, mi esencia rezumando una hostilidad que se percibía con apenas un vistazo. Los dos ancianos estaban en el comedor. Vi la sorpresa en el rostro de Rhea, y cómo la expresión

neutra de Ian se transformaba en cauta mientras me observaba por encima del margen del periódico que tenía entre manos.

Silas entró detrás de mí, pero se mantuvo en su forma animal y se limitó a gruñir por lo bajo, lo justo para advertirles que, si hacían un solo movimiento en falso, intervendría.

—¿Qué…? —Rhea no llegó a decir nada, porque una mirada mía, la del frío depredador, hizo que se apartara para ponerse a resguardo, contra la pared, sabiendo que esta vez no habría abrazos ni palabras amables.

—¿Daniel? —Ian me observó, intentando mantener la calma, pero presintiendo que en ese momento era un lobo inestable y que enfrentarme era la peor de las opciones—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Dónde está tu furgoneta?

—¿Mi furgoneta? —Solté un gruñido tan oscuro y amenazante que hizo que Rhea interviniera, de repente, asustada por la integridad de su marido.

—Mi sobrina. Esta mañana. Quería ir a ver a unos amigos.

Me giré para observar a Rhea mientras me estremecía por dentro. No podía ser. La mera posibilidad de que fuera ella la que había atacado a Ona hacía que sintiera el amargo gusto de la bilis en mi paladar.

—¿Dónde? —La voz sonó varias octavas más graves de lo que acostumbraba. Vi a la mujer temblando. No me importó. Di un paso hacia ella, mis ojos ardiendo en una letal frialdad.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —Empezó a hipar y lloriquear. Me quedé quieto, estudiándola, mientras la mujer se estremecía ante la autoridad de mi lobo y la amenaza que suponía para todos ellos mi persona en esos momentos.

Me giré para mirar a Ian.

—No salgáis de la casa o seréis considerados cómplices. —Quiso preguntarme de qué, pero tuvo la precaución de mantenerse callado—. Avisa a Derek.

Salté desde la parte superior del porche, transformándome en el aire.

—Joder. ¿Tienes alguna idea de a dónde puede habérsela llevado?

—No estoy seguro, pero tengo una corazonada.

—Te sigo.

Me giré para mirar al enorme lobo de pelaje gris de mi hermano.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso lo dudas?

—No me pidas que sea clemente.

—No tenía intención de hacerlo.

—No tienes por qué revivir la brutalidad de lo que somos.

—No puedo no hacerlo, y lo sabes.

Nos miramos y vi la determinación en sus ojos, pero también la preocupación. Habíamos derramado sangre tiempo atrás, cuando intentaron arrebatarle a Derek el control de la manada algunos de los lobos jóvenes de la manada junto a un alfa sin nombre, un lobo salvaje y brutal, que apareció de la noche a la mañana. Aquello nos marcó y era algo que aún pesaba sobre nuestros hombros.

—No voy a mentirte: si llegamos demasiado tarde, te juro que ni siquiera su sangre me bastará, Silas. No sé si acabaré convirtiéndome en un lobo salvaje.

—Tu compañera es fuerte, desciende de un alfa, y, lo más importante, tiene un motivo por el que vivir.

—Yo también.

Me lancé a la carrera, con mi hermano cubriendo mi flaco derecho, dispuesto a encontrar a Ona. A cualquier precio*.*

Capítulo 35



NO SÉ SI ME DESPERTÓ EL DOLOR o el aroma inconfundible de la sangre. La mía.

Joder.

Me obligué a despertar. A abrir los ojos. A evaluar mi situación y qué posibilidades tenía de salir de aquella con vida. Lo que tiene el instinto de supervivencia es que te empuja hasta tu último aliento. Y yo no tenía intención de desperdiciar el mío.

Intenté empujar a la loba, hacerla salir. Nuestra fuerza —y mis posibilidades de vivir un día más— eran mucho mayores en mi forma animal que en esta versión humana, más frágil, en la que estaba ahora. Pujé para que saliera, pero no fui capaz de transformarme. Gruñí, peleando contra la niebla, y solo entonces escuché una risa de fondo, femenina, y supe que no estaba sola.

—Puedes intentarlo, pero estás drogada, así que olvídate de tu loba. Estás sola, ¿sabes?

Me obligué a focalizar mi atención en su voz. Conseguí recrear en mi mente el lugar en el que estábamos mientras mis ojos se adaptaban a la tenue luz que me rodeaba. Una cabaña de madera, perdida en ninguna parte, que había pasado por épocas mejores. Las ventanas tenían cortinas de hilo que dejaban pasar una luz un tanto mortecina. ¿Qué hora era?

—¿Quién coño eres? —Mi voz sonó pastosa y las sílabas casi inteligibles, pero la mujer me sonrió.

—Soy la pareja de Daniel. —Admito que, de todas las respuestas posibles, esa no me la esperaba. Miré a la loba. Tenía una melena un tanto salvaje, curvas prominentes y destilaba ese deje de sensualidad propio de las lobas. Tenía su punto, supuse, si no fuera por ese detalle de que estaba loca. Y acababa de secuestrarme, tras pegarme un par de tiros.

—¡Felicidades! ¿Puedo irme ya?

No le gustó mi comentario. Su expresión se volvió dura y se acercó a la silla a la que me tenía atada. Descargó su rabia en un manotazo que me tumbó en el suelo, pero me negué a gritar. El dolor. Joder. Vi mi camiseta empapada en sangre y cómo empezaba a formarse un charco debajo de mí, como si algo se hubiera desgarrado de nuevo al haberme golpeado contra el suelo.

—¿Te crees muy lista? Quizá tienes una carrera, pero no tienes la más mínima idea de cómo complacerle. ¡Estamos destinados a estar juntos! ¿Me oyes? ¡Es mío!

Por ende, me gusta retar a la autoridad, pero supuse que llevarle la contraria, en mis circunstancias, no era la opción más inteligente. Tenía que ganar tiempo. Intentar deshacerme de las ataduras de mis muñecas. Y de ella.

—Tienes razón. —Vi que aquello le satisfacía, pero me miró con un deje de desconfianza, tenía que ganármela—. Él no quería. —Gemí cuando un dolor lacerante me atravesó de improviso—. Fueron los viejos. Ellos lo obligaron.

—¡Me dijeron que sería Silas! ¡Que ya habían decidido que él te preñaría! —gritó. Luego, tras golpear una pared con el puño, empezó a reír y añadió—: No me opuse cuando mi tío me lo explicó. Pensé que, entre el despojo humano con el que se acostaba Derek y que Silas acabaría engendrando en una mestiza, nuestros cachorros serían los únicos lobos pura sangre con ascendencia de alfa de Pardines.

—Lo tienes todo planificado.

—Lo tengo, sí, pero de repente me entero por mi tía de que se está acostando contigo. ¡Mi Daniel! ¡Él me ama! ¡A mí! Siempre lo ha hecho. Sabe que solo yo puedo complacerlo como se merece, como un lobo de su rango necesita. Pero tú… tú, ¿por qué?

Sus ojos buscaron los míos y vi la tensión en su cuerpo. Tenía que ganar tiempo. Estaba a punto de sentenciarme. Podía verlo en la rabia que transmitía su mirada. En el dolor demente que arrastraba.

—Por Silas. Daniel quería proteger a Silas de un matrimonio concertado y darle la posibilidad de encontrar una hembra que le haga feliz.

—¡Idiota! ¡No puede sacrificar nuestra felicidad por ese inútil! —gruñó y se alejó de mí. Había ganado unos segundos. Unos minutos, a lo más. Me obligué a focalizarme en las ataduras de mis manos. Tenía que desatarme.

—Mi tío no debería haberlo permitido. Los viejos de Pardines deberían saber que alguien como tú jamás estará a su altura. —Empezó a caminar por la cabaña—. ¡Una mestiza! ¿Es que se han vuelto locos? —Hizo una pausa—. Ayer se lo dije a mi tío. Si hoy estás aquí, en parte es culpa suya, ¿sabes? Si él hubiera atendido a razones, si hubiera aceptado que permitir que tú seas su mujer solo corrompería su linaje, si él hubiera aceptado intervenir y obligado a Daniel a casarse conmigo, tal vez no te habría matado. Quizá. —Yo no pondría la mano en el fuego por esa posibilidad—. Yo seré la madre de sus cachorros y le daré a la manada un heredero digno, un alfa, que pueda liderarlos.

—Si él te ama, ¿por qué debería tu tío obligarlo a casarse contigo? —No pude callarme. Pese a que debería haberlo hecho, lo supe en cuanto se giró a mirarme, odio y rabia destilando por cada poro de su cuerpo.

—Sé que se ha encaprichado contigo. Eres su juguete nuevo, solo eso, ¿sabes? Pero él me ama a mí, siempre me ha amado. —Empezó a caminar en mi dirección y se puso de cuclillas justo frente a mí. Joder. Si solo tuviera las manos libres, tal vez tendría la fuerza suficiente para estrangularla. Quizá no sería la forma más estilosa de darle muerte, pero mientras fuera su cadáver el que yaciera en el suelo, y no el mío, ya firmaba—. Sé que fue culpa tuya que me rechazara. Hace poco más de un mes. Tú ya estabas metiendo tu hocico en la manada. Esa noche él te despreciaba, ¿sabes? Te llamó mestiza, y vi en sus ojos que le asqueaba tu mera existencia. Lobos como tú no deberían existir, en realidad. —Sonrió con malicia.

—Si me despreciaba, ¿por qué te rechazó?

—Tal vez no quería que olieras cómo se reconocen nuestros cuerpos cuando follamos juntos. —Me molestó aquello, imaginarla en brazos de Daniel, y creo que ella percibió ese matiz en mi mirada—. Cuando lo hacemos, nos convertimos en dos animales, descontrolados, pasionales. —Gruñí y ella rio—. Aquí fue nuestra

primera vez. Nos pasamos el día entero. Ese día supe que solo yo podía ser su mujer. Que me pertenecía. Su pasión. Su violencia. Su cuerpo.

Pensar en Daniel y en ella, juntos, allí, me quemaba. Sin embargo, mi vida valía más que una rabieta a causa de los celos.

—Siempre he sabido que había alguien en su vida. —Sus ojos brillaron con satisfacción y asintió antes de alejarse de mí. Acababa de ganar unos segundos más, pero sentí el sabor metálico de la sangre en mi boca. Estaba jodida. Decidí no forzar a mi cuerpo y darle la posibilidad de seguir sanando. Si solo conseguía estabilizar de nuevo las heridas…

—Por eso, tienes que entender que llevo demasiado tiempo preparándome para ser su mujer como para que otra loba se entremeta entre Daniel y nuestro futuro juntos.

—¿Otra?

—No pensarás que eres la primera que intenta robármelo, ¿no? —Me estremecí.

—¿Qué le pasó a la otra loba?

—Desapareció. Bajo tierra. —Empezó a reír.

—La mataste. —Se limitó a sonreírme. Mi situación seguía siendo la misma, pero ahora era consciente de que no solo me enfrentaba a una loca. La mujer frente a mí era una asesina. Y yo era su actual presa.

—No solo eso. Me aseguré de consolarlo después. —Su rostro brillaba de malsana satisfacción—. Desciendo de un linaje fuerte y soy una loba dispuesta a cualquier cosa para conseguir lo que quiero. Y lo quiero a él.

—Puedes quedártelo. Me iré de Pardines.

—¿Ahora vas a pedirme clemencia, puta? ¿Vas a suplicarme que no te mate? ¿Después de tirarte a mi macho?

—Soy la hermana de la pareja de Derek: si me matas solo conseguirás que la manada se ponga en tu contra y jamás podrás estar con Daniel.

Vi que titubeaba y comenzaba a ponerse nerviosa.

Sus pasos se volvieron más irregulares mientras deambulaba por la cabaña.

—¡Te equivocas! ¡Daniel jamás permitiría que ese alfa de pacotilla me ponga un dedo encima! —Su risa esta vez era histérica—. ¡Lo desafiará! ¡Y será el nuevo alfa! ¡Él me quiere!

—¿Y si no es así? ¿Y si elige a su alfa y no a ti? —Había conseguido aflojar un poco las ataduras que me sujetaban las muñecas, pero aún no era capaz de mover los brazos, y las fuerzas me estaban empezando a flaquear.

Incluso si recuperaba mi capacidad de movimiento, no tenía del todo claro si iba a ser capaz de enfrentarla. Había perdido mucha sangre. A mi favor, al menos, estaba el hecho de que ya no llevaba la pistola encima.

—Pase lo que pase, tú no estarás aquí para verlo.

Se giró. Y lo supe. Mi suerte ya estaba echada.

Se lanzó contra mí en el momento en el que la puerta de la cabaña se abrió con violencia. Fue como si un borrón oscuro atravesara la sala justo antes de que se escuchara un grito agónico y la sangre salpicara en todas direcciones. Aquella masa de pelaje oscuro y músculo sacudió el cuerpo sin vida de la loba, aún entre sus fauces, antes de lanzarla contra un extremo de la cabaña. Vi cómo caía al suelo, los ojos abiertos, vidriosos, la sangre cubriendo el suelo debajo de ella. Muerta.

El lobo se acercó a mí y sentí la calidez de su cuerpo rodearme mientras rasgaba las cuerdas que me mantenían atadas con delicadeza, usando la misma dentadura que acababa de sesgar una vida y que aún estaba tintada de un color burdeos.

—Dime que no tienes ninguna otra ex psicópata —mascullé con dificultad y me encontré tosiendo sangre.

—No hables. —Daniel se había transformado y estaba revisando las heridas de mi abdomen.

—¿Cómo está? —Silas estaba junto a nosotros.

—No lo sé, ¡joder! —Vi la preocupación en sus ojos. No podía mentirle. Había perdido mucha sangre. Y me sentía débil. Algo en mí me instaba a cerrar los ojos. A dormir. Pero sabía que era algo que no me podía permitir.

—La ha acribillado.

—No ayudas —le gruñó Daniel a su hermano—. Voy a sacarte de aquí, ¿de acuerdo?

—Necesito una transfusión. Y que alguien me quite las balas. Ha usado un químico. No puedo transformarme. —Vi que me escuchaba con atención antes de asentir. Miró a su hermano.

—Maya y Derek están de camino, pero aún tardarán en llegar al pueblo. Puedo ir a por el botiquín del centro de mando, para que no tengas que moverla.

—Ve. Y, Silas, gracias. —El aludido asintió y salió de la cabaña, dejándonos solos—. ¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—Dime qué tengo que hacer.

—¿Un milagro? —Daniel sonrió y me obligué a hacer lo mismo.

—¿Tan mal?

—Bastante mal. —Me acarició la mejilla.

—Aguanta. No puedo vivir sin ti, ya no, mi loba. —Me obligué a sonreírle. Sonaba bien. Enlazó sus dedos a los de mi mano y tiró de ellos. Vi sus colmillos emerger y, sin dejar de mirarme, sus labios buscaron mi antebrazo.

—No tienes… —Sus colmillos atravesaron la piel y sentí una descarga eléctrica por cada recoveco de mi cuerpo. Un chute de energía pura y brillante, recorriéndome. Gruñí, sintiendo una mezcla de placer y dolor a un tiempo.

—Quería que esto fuera especial, pero no me has dado la oportunidad de demostrarte cuánto me importas.

—Estás aquí. Eso basta. —Me obligué a colocar la palma de la mano sobre su mejilla. El tacto de su piel se sentía más cálido, como si tras cerrar nuestro vínculo, pudiera sentirle no solo por la piel con piel, sino por la forma en la que nuestras esencias se reconocían.

Me arropó entre sus brazos, apoyando mi espalda sobre su pecho desnudo. Vi que se desgarraba la muñeca y la colocaba sobre mis labios.

—Bebe. Lo que sea, algo te ayudará. —Acepté su oferta. Sabía que podía ayudarme.

¡Si solo pudiera transformarme!

Expulsar las balas de mi cuerpo.

Nos quedamos así, abrazados. Empecé a temblar.

—Ona, aguanta, te quiero, ¿sabes? No me imagino una vida sin ti. He empezado a ilusionarme con tantas cosas que ahora no podría… Aguanta. Solo aguanta. Respira. Te quiero, Ona. Ahora y siempre.

—Yo también te quiero. —Un ruido llamó nuestra atención. El motor, rugiendo, de un vehículo que no andaba por tierra.

—Esa podría ser Maya.

Vi la esperanza en el rostro de Daniel mientras decía aquello, pero no se movió de mi lado. Una de sus manos seguía presionando las heridas de mi vientre. La sangre lo teñía todo, mi ropa, sus brazos… y también los míos. Aunque no solo era mía.

—¡Joder! —Mi padre entró en la cabaña acompañado de Amanda. Se hizo a un lado para que ella llegara hasta mí, pero Daniel no se movió. Se quedó allí, con mi cuerpo entre sus brazos.

—¿Puedo ver las heridas? —pidió ella con un tono de voz suave, conciliador—. Has cuidado bien de tu compañera, lobo, todo irá bien.

—¿Compañera? —Mi padre masculló algo por lo bajo—. ¿Alguien tenía intención de decírmelo?

—A su debido momento —le contestó Amanda, arrodillándose frente a mí. Daniel deslizó la camiseta que cubría mi vientre y ella acercó sus manos. Sentí su esencia.

—¡¿Qué coño?! —Daniel gruñó y se tensó mientras los ojos de Amanda empezaban a brillar como si tuvieran luz propia y una energía viva, violeta, empezaba a irradiar de sus manos.

—Está bien, Daniel, confía en Amanda —le pedí y, aunque no dejó de emitir ese gruñido bajo y apretaba mi cuerpo con más fuerza contra el suyo, no se interpuso. La magia sanadora de Amanda empezó a sellar las heridas mientras recuperaba parte de mi fortaleza y volvía a hacerme con el control de mi vida.

—Es una loba fenrir. Una larga historia —le contó mi padrastro a Daniel para romper el silencio tenso que se había instalado mientras la magia de Amanda me sanaba.

—No son lentillas cosméticas.

—No lo son, no. —Amanda le sonrió y se escuchó el ruido del metal caer al suelo. Las balas. El dolor había cesado—. Necesita

descansar, pero lo hará mejor contigo a su lado.

—¿Os acerco a algún lado con el helicóptero? —nos preguntó mi padre, los brazos cruzados sobre su pecho.

Capítulo 36



ONA SE DURMIÓ, EN MIS BRAZOS, en algún momento del vuelo. Admito que lo de no tocar tierra firme no era para mí, pero, por mi loba, estaría dispuesto a cualquier cosa. La que fuera.

Marc aterrizó con el helicóptero cerca del centro de mando, donde Maya y Derek se habían reunido con Silas. Desde allí, fuimos en el todoterreno hasta el pueblo, con intención de asentarnos en mi piso. Necesitaba tenerla en mi territorio. Que su olor se fundiera con ese nuestro que tanto me gustaba. Apenas se despertó en el trayecto. Estaba exhausta. Lo que fuera que había hecho la loba de ojos violetas había funcionado, físicamente, porque ya no había heridas visibles, su respiración era pausada y su pulso estable.

Derek tuvo que intervenir cuando Maya pretendía quedarse con nosotros hasta que despertara. Solo cuando aquella loba de ojos violetas le dijo que Ona había conseguido aguantar hasta que ellos habían llegado gracias al chute extra de energía que le había dado la consolidación de nuestro vínculo de pareja, acabó aceptando dejarnos a solas. El que me sorprendió no amonestándome con un atípico discursito fue su padre. Se limitó a soltarme un «Ya sabes cómo se siente perderla, así que trátala como se merece y no la cagues».

Era un cabrón con estilo.

La desnudé y limpié los restos de sangre dispersos en su cuerpo con una toalla húmeda. Solo cuando su olor ya no estaba impregnado con el de la muerte, la cubrí con un edredón, para asegurarme de que su esencia de lobo no tuviera que gastar una energía extra en mantener la temperatura de su cuerpo en un rango más o menos confortable.

Tan perfecta.

Tan mía.

Me di una ducha rápida antes de acostarme a su lado. Una vez allí, todo parecía estar bien, así que me permití cerrar los ojos, mis brazos rodeando su cuerpo, limitándome a disfrutar de su existencia. De la perfecta harmonía de su corazón latiendo junto al mío. Al unísono.

No pude dormir. Me sentía demasiado afortunado. Y confuso. Todo a un tiempo.

Fue ya entrada la madrugada cuando Ona empezó a removerse, inquieta. Una pesadilla, tal vez.

—Estamos en casa, cariño, ya ha pasado. ¿Me oyes? —Abrió los ojos y parpadeó, como si le estuviera costando adaptarse a la oscuridad que nos rodeaba. A los olores del lugar. A lo que había pasado hacía apenas unas horas.

—¿Daniel?

—¿Quién si no? —bromeé mientras frotaba su cuello con mi nariz, buscando su olor, impregnando su piel con el mío.

—¿Estamos en tu piso?

—Te has dormido durante el vuelo; Maya y Derek nos han acercado con el todoterreno hasta aquí. ¿Quieres un poco de agua? —Tenía la voz pastosa. Asintió.

Me levanté y fui a por una botella y un vaso. Tenía que reponer líquidos. Cuando volví, estaba recostada sobre el cabecero de cuero blando. Le tendí el vaso y bebió a sorbos pequeños.

—¿Quieres que lo hablemos? —Me senté a su lado.

—Supongo que deberíamos.

—Lo siento. Jamás pensé que Nerea…

—¿Esa era la sobrina de uno de vuestros viejos con la que tuviste una historia? —Asentí, muy a mi pesar.

—Fue hace años. Los viejos presionaban a Derek con lo de emparejarse y decidieron que Nerea era una candidata elegible. Fuimos juntos a una fiesta del reclamo y ella se encaprichó conmigo. Nos acostamos. —Hice una pausa, me pesaban aquellos recuerdos—. Dieron cosas por sentado, y supongo que dejé que lo hicieran. Unos meses más tarde di por finalizada la relación, o lo que fuera.

—Pero seguiste acostándote con ella.

—Solía buscarme cuando venía a Pardines o yo acudía a su manada por algún tema que Derek me hubiera delegado —le confesé, incluso si sabiendo lo que esa loba le había hecho pasar, ahora sentía arcadas con el mero recuerdo de esas noches.

—Estaba enojada porque la rechazaste. ¿Cuándo fue eso?

—Vino en octubre, antes de la fiesta del reclamo a la que asistió Desirée. —Vi que fruncía el ceño.

—No estábamos juntos.

—No, no lo estábamos.

—Dijo que me despreciabas por ser una mestiza. —Busqué su mirada y me incliné hacia ella para rozar de forma furtiva sus labios en un intento desesperado de hacerle entender lo que, con palabras, se me había difícil de expresar.

—Nunca me ha importado. —Me estudió, como si quisiera creerme, pero no se atreviera a hacerlo—. Los viejos nos hicieron una encerrona; una cena en la que intentaron comerle la cabeza a Silas con que tenía que seducirte y a mí con que debería sentar la cabeza con una loba apropiada.

—Ella. —Asentí.

—Es cierto que te llamé mestiza, y no sé qué más se me ocurrió soltar para humillarte esa noche, pero mi intención era desacreditarte ante los viejos y que dejaran de atosigar a Silas y desistieran de su maquinación de que él debía cortejarte. —Hice una pausa, bajó su mirada—. No hubiera podido soportar tenerte cerca y que fueras de otro. No podía permitir que te trajeran al pueblo y que esa idea cuajara. Me aterraba perder el control y hacerle daño a mi hermano… o a ti.

—Y esa noche ella te buscó.

—Lo hizo, pero incluso si me sentía resentido contigo, no podía desear a ninguna otra que no fueras tú al mismo tiempo. —Busqué su brazo, las marcas de mi mordida aún podían verse en él, como diminutas cicatrices de un tono nácar—. Antes incluso de que me marcaras, sabía que todo había cambiado. Que ya no habría otra. De hecho, pensaba que no habría ninguna, sin más.

—Yo tampoco. —Vi que se sonrojaba un poco y me encantó esa sensación. Que ella hubiera tenido los mismos miedos, pero, al

mismo tiempo, hubiera encontrado el valor de enfrentarse a ellos—. ¿Por qué no querías marcarme, entonces?

—Nunca he dicho que no quisiera. —Le sonreí y acaricié las cicatrices—. Me asustaba la forma en la que te necesito y no quería obligarte a estar conmigo. Quería, no sé, que te enamoraras de mí. Por quién soy. Con mis claros y mis oscuros. Como yo sentía que estaba enamorado de tu arrogancia y ese sentido tuyo, un tanto provocador, que consigue sacar lo mejor y lo peor de mí.

Hizo un puchero.

—Yo también te quiero. Y nada tiene que ver con el hecho de que ahora estemos vinculados. Se siente igual que ayer. O que hace unos meses. Solo que, en vez de considerarte un idiota arrogante, lo dejaría en idiota.

Gruñí al escuchar ese comentario y ella empezó a reír, arrancándome una sincera sonrisa. Joder. Había llegado a pensar que no volvería a escuchar su risa. Tan perfecta. Tan ella.

—Gracias por salvarme.

—Conociéndote, te hubieras salvado sola, pero, al menos, te ahorré la parte sangrienta.

—Siento que tuvieras que hacerlo.

—Yo no. —Le sostuve la mirada. Si alguna vez sentí algo por Nerea no había atisbo alguno de sentimiento que no fuera la satisfacción de haber defendido a mi pareja.

—¿Sabes aquella loba de la que me hablaste? ¿Esa de la que te encaprichaste y desapareció? —Fruncí el ceño y asentí—. No lo hizo. No se fue. Ella la mató.

Me quedé en silencio, asumiendo aquella realidad. Mi mano acariciando la piel de mi hembra.

—¿Te lo dijo?

—Sí. —Sentí una rabia amargante. No había estado allí, para ella. No estaba seguro de si me quemaba más el hecho de que estuviera muerta o la certeza de que había sido culpa mía—. Lo siento. —Ona intentó separarse de mí y me vi obligado a usar mi fuerza para retenerla a mi lado.

—Eh, ¿qué pasa?

—Te afecta. Y lo entiendo. Sentiste algo por ella y, si esa loca no hubiera intercedido, tal vez lo nuestro jamás habría tenido sentido.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo? —le solté, molesto.

—A ella la elegiste, yo te fui impuesta. —Parecía afectada. Vulnerable.

La volqué sobre el colchón y me coloqué sobre ella, lo justo para que no pudiera hacer el amago de huir. Era algo que no podía aceptar. Nos pertenecíamos el uno al otro. Y, como su padre había dicho, ahora que había vislumbrado la oscuridad de su carencia, no pensaba dejar que se fuera. No sin luchar primero.

—¿Qué parte de te quiero no has entendido? —le espeté—. Me afecta, sí, porque era una buena chica, una que no merecía morir, y menos por mi culpa. Me pesa su muerte, pero si te estás preguntando si aún seguiríamos juntos, estoy seguro de que tarde o temprano nos hubiéramos dado cuenta de que no podía funcionar a medio o largo plazo. —Suspiré—. Eso no quita que debería haberla buscado, haber presentido que algo no estaba bien, pero no lo hice.

—No podías saberlo.

—Lo sé, pero ella ahora, tal vez, tendría un montón de cachorros, me importa una mierda con quién, porque sé que yo no sería el padre. Incluso si no lo sabía, yo estaba esperando a una loba con sangre de alfa, una de armas tomar. —Me sonrió—. Amarte es lo mejor que me ha pasado. Solo pido que la vida nos dé una eternidad para poder demostrártelo. Nunca hubo otra. Y nunca la habrá.

Me incliné para besarla lentamente, con la calidez que despertaba en mi corazón y no solo el fuego con el que ardía mi sangre cuando podía sentir su cuerpo contra el mío, pero, para cuando ese beso empezó a intensificarse, Ona me empujó, obligándome a rodar sobre la cama, para colocarse encima de mí. Sus ojos brillaban con una energía sensual, femenina, su olor.

—Soy tuyo, mi loba, lo sabes, ¿verdad?

Observé su cuerpo desnudo y el olor de mi cuerpo se volvió más intenso.

—Lo sé. En el fondo, siempre lo he sabido.

Epílogo

HACÍA MÁS DE UNA DÉCADA que las temperaturas no bajaban tanto, pero eso no perjudicó el avance de las obras del centro veterinario, ni tampoco impidió que acabábamos durmiendo desnudos y sudados cada noche, mientras las semanas —y los meses— se sucedían, uno tras otro.

Ona se recuperó mucho más rápido de lo que cabría esperar; quienes pensaban que el hecho de ser mestiza limitaba sus capacidades como loba, descubrieron cuán equivocados estaban. Aun así, algunas noches se removía inquieta entre las sábanas, y yo sabía que las heridas que no se ven son aquellas que tardan más tiempo en sanar. Que una psicópata te acribille deja una marca, por mucho que finjas que todo está bien y sepas que el peligro ya pasó.

Con todo, estábamos bien.

Lo que era, de por sí, sorprendente.

Un teléfono vibró en la mesita de noche. Gruñí mientras intentaba separarme de Ona, cuyas extremidades se enredaban con las mías de una forma que a veces era difícil distinguir dónde acababa el cuerpo de uno y empezaba el del otro.

Vi que se trataba de Luke.

Eran las siete de la mañana. ¿Ese cabroncete no tenía nada mejor que hacer? ¿Amigos con los que salir a correr? ¿Alguna lobita dispuesta a entretenerlo?

Acepté la llamada entrante del teléfono de Ona. No sé en qué momento habíamos llegado a ese punto de confianza, pero ahí estábamos.

—Está durmiendo, idiota. —Era uno de los muchos motes que Ona usaba con su primo y me lo había tomado como propio tras pasar las navidades en Dóen.

Aquel viaje marcó un antes y un después. No es que aquel montón de lobos sobreprotectores nos lo hubieran puesto fácil a Derek y a mí, pero al final habíamos conseguido congeniar con sus peculiares padres, tres primos de ojos violetas, que eran casi tan

raritos como su madre, y un alfa que era casi tan arisco como el mismísimo Derek. Una pasada de vacaciones familiares, vamos.

—*No, si ya… me lo imagino, quería hablar contigo.* —Puse los ojos en blanco, intentando armarme de paciencia. Luke era un tocapelotas de cojones. Válgase la reiteración.

—Dime.

—*¡Felicidades!*

—Ajá. —No tenía ninguna intención de caer en su jueguecito. Le encantaba hacerse el misterioso, por saberlo todo, y yo aún tenía mi punto escéptico al respecto, incluso si había visto a su madre hacer algo que era imposible. Ona solía decir que cambiar de forma, para muchos, también lo era. No podía rebatir ese argumento. Pero pensar que alguien posea ese tipo de poder, de magia, acojona. Incluso si Amanda y sus hijos son buena gente. Aparte de tocapelotas.

—*Sé que te mueres de ganas de preguntarme.*

—Te equivocas.

—*¿En serio?* —Gruñí por lo bajo, para no despertar a Ona, pero dispuesto a demostrarle al crío que no estaba de humor—*. Gemelos*. —Fruncí el ceño. ¿Gemelos?

Intenté encontrarle un sentido. Ona llevaba un par de días quejándose de que a veces tenía calambres nocturnos. En las piernas. Y que se sentía cansada. Lo que era normal, porque se pasaba el día en la obra, currando como la que más, y a las noches, bueno… digamos que no es que durmiera mucho, tampoco. Igual tendríamos que aflojar un poco. Relajarnos. Ver su cuerpo desnudo, a mi lado, hizo que desechara esa posibilidad. Sonreí, aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para hacerla mía. Luego acabaría durmiéndose entre mis brazos. Y, joder, eso se sentiría perfecto.

—Vale, gracias, lo tendré en cuenta. —Colgué el teléfono con la satisfacción de quien se siente victorioso.

¿Qué él era poco más que un mocoso de dieciocho años? Cierto. Pero tenía la habilidad de cabrearme. Su padre decía que mucho tenía que ver con la mala influencia del padre de Ona, al que consideraban su tío.

Me acerqué a mi mujer y le rocé la mejilla con mi rostro. Su olor. Era tan perfecto. Nuestros matices. Siendo uno.

—¿Estás despierta? —Mi mano buscaba su seno y empezé a acariciarlo mientras la besaba por el cuello y descendía hacia su clavícula.

—Ahora sí —ronroneó, arqueándose al sentir que mis caricias se volvían más íntimas y mis besos más húmedos.

Sonreí, sabiendo el festín que me esperaba, pero en un movimiento brusco se alejó de mí y, tras una arcada, comenzó a vomitar en el suelo.

—Joder. —Fruncí el ceño, confundido—. ¿Estás bien?

—Genial, no veas —masculló molesta—. He visto vomitar a Maya infinidad de veces, pero te juro que diría que es la primera vez que lo vivo en primera persona y, la verdad, es una mierda.

—Dame un segundo, voy a buscar algo para…

Me había levantado de la cama. Estaba en proceso de ir a la cocina para ir a por papel y una fregona para limpiar el estropicio. O, al menos, una parte de mi cerebro estaba haciendo esa acción. Otra parte decidió quedarse allí parada, en el marco de la puerta. Quieto como un gilipollas.

—Gemelos.

Ona me miró como si me hubiera vuelto estúpido.

—Tu primo ha llamado.

—¿Luke?

—Me ha dicho… Creo que… —Ona seguía estudiándome sin entender nada. Joder. Joder. Joder—. ¿Qué posibilidades hay de que estemos embarazados?

Sus pupilas se dilataron. Vi que jadeaba por la impresión. Que se negaba a ello. Pero, al menos, no vi una repulsión evidente ante aquella posibilidad. ¿Y en mí? Aún estaba en estado de *shock*, pero, si tuviera que elegir, creo que si mi pulso se había agitado no era porque me asustara, sino más bien porque, joder, ¿en serio? Nunca me había planteado que la mera posibilidad me emocionara.

—¿Ninguna? —Intentó sonar firme, pero vi un matiz de inseguridad en ella.

—Dame un segundo.

Fui a la cocina, tratando de normalizar mi respiración. Gemelos. Mataría a ese crío, en serio, algún día. Excepto. Joder, me gustaba la idea. Cachorros corriendo por la casa. Ona intentaría estrangularme si en realidad la había preñado. Y aquello me hizo reír.

—¿Qué encuentras tan gracioso? —me soltó con gesto enojado cuando entré en la habitación. Se había arropado con el cobertor y parecía enfadada. O asustada. Preocupada. Vulnerable.

—Lo cabroncete que es tu primo.

Ahí me sonrió. Intentó ayudarme a recoger aquella mezcla de bilis y restos de comida, pero negué con la cabeza. Me levanté para abrir la ventana y que el olor no fuera tan agobiante y me acerqué a la cama para recoger en brazos a mi mujer.

—Puedo caminar, gracias —protestó, obligándome a que la liberara. Lo hice, tras poner los ojos en blanco. Era tan terca como yo dominante.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije tras verla entrar en la ducha.

—Ya sabes qué cené ayer, olvidémonos de lo que ha pasado hace un momento. —Usó un dedo para pedirme que entrara con ella en la ducha—. Lo que sí podemos hacer es continuar con lo que estábamos empezando.

—Viciosa. —En vez de molestarse, me sonrió con descaro.

Entré y abrí el grifo. De la alcachofa empezó a caer agua a nuestro alrededor. Me encantaba ver cómo su cuerpo desnudo se humedecía. Lamerlo. Joder. Primero teníamos una conversación a medias.

—¿Qué crees que es más fiable? ¿La medicina actual o lo que sea que hacen los lobos fenrir?

—Ya has visto que su poder va más allá de lo que abarca nuestra comprensión.

—En tal caso, crees que la palabra de Luke vale más que… ¿unas píldoras anticonceptivas?

—¿Daniel? —Me acerqué a ella, pero empezó a retroceder hasta quedar con la espalda contra la pared, como si, por una vez, se sintiera acorralada. Que lo estaba. Era mía.

Me incliné para besarla con fuerza y ella respondió con la avidez de siempre. ¡Sabía tan bien! Deslicé mi mano hacia su pecho y le pellizqué el pezón, haciendo que diera un respingo, antes de seguir descendiendo hasta posar mi mano sobre su vientre, aún plano.

—Pues, en tal caso, creo que estamos embarazados. Y, según Luke, esperamos gemelos.

—No. —Sus pupilas se dilataron y vi una mezcla de miedo, deseo, inseguridad y felicidad al mismo tiempo.

—Va a ser que sí. —Empecé a reír. No sé por qué. No soy de esos. Sin embargo, era lo que ella necesitaba, porque comenzó a reírse también, mientras, al mismo tiempo, lloraba a borbotones. Besé esas lágrimas antes de hacerlo en sus labios—. Ese tipo de cosas las hacen las parejas normales, ya sabes, crear una familia. Se nos dará bien. Estoy seguro. —Empezó a hipar, pero sonreía, emocionada—. ¿Qué te parece si hacemos el amor para celebrarlo?

Agradecimientos

A ti, mi querido lector, por acompañarme en esta y tantas otras historias.

A mi marido, mis padres y mis hijos, por ayudarme cada día, especialmente en estos días en los que estoy postrada —temporalmente— en una silla de ruedas.

A Maria, por estar, que en sus circunstancias es mucho muchísimo.

A Vero, por encontrarme siempre un hueco y escuchar mis audios de cinco minutos en los que, en realidad, no digo nada.

A la vida, por darme cal, pero también arena.

A los sueños rotos, porque nos ayudan a construir nuevos.

Juntos encontraremos el camino.

Feliz lectura, ahora y siempre.

Suscríbete en mi página web para disponer de contenido extra exclusivo y saberlo todo, antes que nadie, de mis próximas publicaciones.

SIGUE DESCUBRIENDO A LA AUTORA:



ROM-URBAN-FANTASY-ADULT

CAZADORES OSCUROS

Sinopsis:

Existe una guerra antigua. Casi tanto como el propio hombre.

Criaturas oscuras que se alzan a la noche y valerosos guerreros milenarios que tratan de contenerlas. Pero quedan pocos cazadores. Muy pocos. Y sin ellos, la humanidad está condenada a desaparecer.

Solo un milagro podría cambiar ese destino. Magia antigua. La magia elemental de las Místicas.






Ardiente
Cazadores Oscuros III
CRISTINA PUJADAS
Ardiente
Cazadores Oscuros III
CRISTINA PUJADAS


Mendaval
Cazadores Oscuros IV
CRISTINA PUJADAS
Mendaval
Cazadores Oscuros IV
CRISTINA PUJADAS



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Demonios, monstruos y magia.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

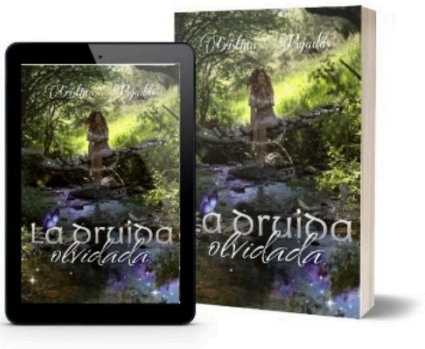
SENSIBLES

Sinopsis:

Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad Media y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.







Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea en Irlanda.

Temática: Dioses celtas, vikingos, hadas, magia elemental y brujas.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

HISTORIAS DE HOMBRES LOBO

Si te gustan las historias de cambiantes y hombres lobo, te enamorarás de La seria alfas y de Lobos de Dóen. ¡No te pierdas esta trilogía! Disfruta de las historias de La Chica Lobo, El Cazador Cazado y La Loba Solitaria individualmente o en un recopilatorio muy especial.

Serie Alfas:



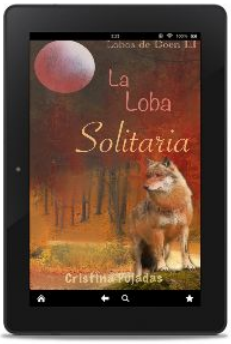


Serie Lobos de Dóen:









Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.

Temática: Hombres lobo.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-URBAN-FANTASY-YOUNG ADULT

ÁNGELES CAÍDOS

Sinopsis:

Ángeles y **d**emonios. Vínculos para toda la eternidad. ¿Qué pasaría si un ángel de la guarda acabara enamorándose de un demonio mayor rastreador?

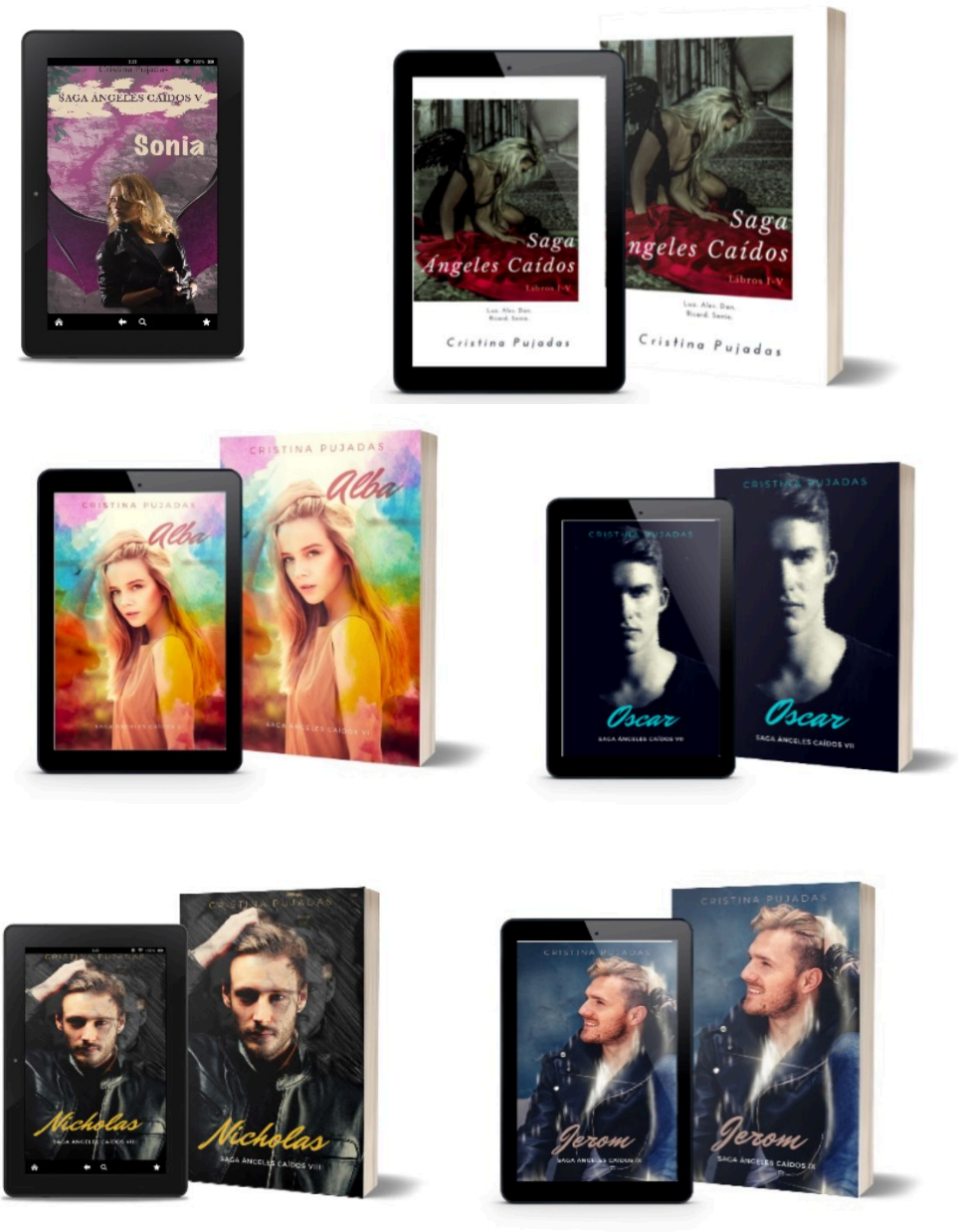
¡Descubre las historias de todos los miembros de la familia Forns!











Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Ángeles y demonios.

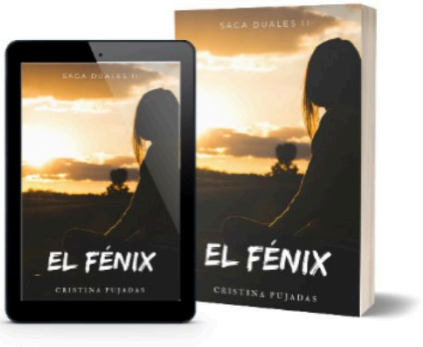
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

DUALES

Sinopsis:

Sophie oye una voz. **S**am es una superviviente.
Un linaje antiguo extinguido.
Los secretos que pretendían ocultar serán desvelados.
Los fénix han vuelto y cambiarán el mundo de los duales.











Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Cambiantes.

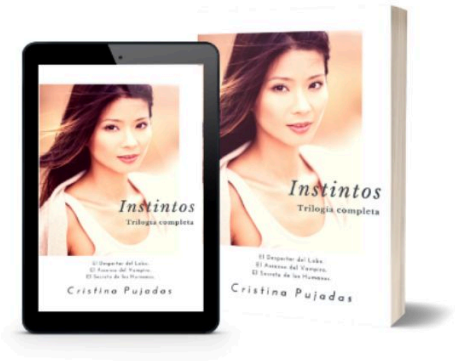
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

INSTINTOS

¿Quieres la versión Kindle? Puedes acceder al recopilatorio o a los tres libros por separado: El Despertar del Lobo, El Ascenso del Vampiro y El Secreto de los Humanos.

Sinopsis:

Había pasado ya más de un siglo desde la Apertura, en la que algunas de las criaturas hasta entonces consideradas mitológicas, se convirtieron en una realidad en nuestras calles. Ser humano y vivir con criaturas capaces de convertirse en lobo y triplicar su fuerza o vampiros con cierta predilección por tu grupo sanguíneo, no es para nada fácil. Pese a vivir en un ambiente protegido, Atlantic se ve obligada a empezar a trabajar en una biblioteca cuando su universidad la invita a buscar otras perspectivas de futuro al no pasar los exámenes. Decepcionada con el mundo, y consigo misma, se deja llevar cuando conoce a un cambiante, mitad hombre y mitad lobo, casi por casualidad. Pero a veces las casualidades vienen marcadas por el propio destino y ninguno de los dos podrá evitar dejarse llevar por esa atracción que les vincula de forma permanente, pese a sus diferencias. Ni Atlantic ni Jan, su lobo, pueden imaginarse que todo lo que conocen, o creen conocer, está a punto de cambiar.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.

Temática: Hombres lobo y vampiros.

Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

ROM-FANTASY-ADULT

IMPUROS

Sinopsis:

Siguiendo la estela de Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, descubre el fascinante mundo de fantasía, intriga y romance de *Impuros*. ¡No puedes perderte este inicio de saga!

Jade es hija de una de las estirpes más importantes de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrirse la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.





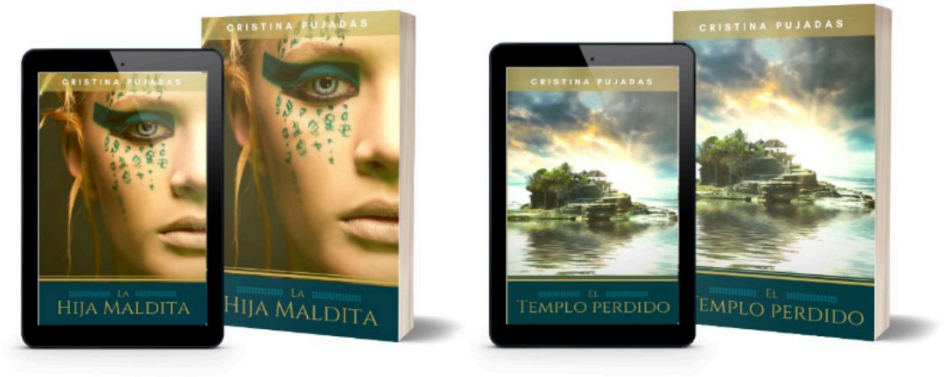
Género: Novela fantasía romántica.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-FANTASY-YOUNG ADULT

PUEBLOS PERDIDOS

Sinopsis:

Invisible. Su piel era dorada y sus ojos tenían el tono ambarino correcto de su raza, pero ningún dorado la vería como a un igual si miraba su cuello. Maldita. La Diosa Aurum la había condenado al nacer, al no marcar su piel con la runa de los dorados. Condenada a no ser una dorada en derecho pleno, había vivido encerrada dentro del Oráculo del Desierto sirviendo a las Videntes, protegida del mundo que había fuera. De los salvajes y de aquellos que podían despreciarla por no haber sido marcada. Sin embargo, la tranquilidad con la que ha vivido Aina se ve alterada cuando es convocada por el Consejo tras la muerte del Rey dorado de Do-Urh, para participar en los Juegos de Honor y enfrentarse al resto de jóvenes dorados para determinar quién será el nuevo Rey. Aina se ve obligada a alejarse de su hogar con la esperanza de conocer a su padre y descubrir el origen de su maldición. En ese fascinante viaje, no podrá evitar enamorarse de Derek, un joven explorador dorado, mientras crea nuevos y extraños aliados. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida sin reservas, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Derek.





Género: Novela fantástica juvenil de aventuras con toques de romanticismo.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

URBAN FANTASY-JUVENIL

TRILOGÍA AL OTRO LADO

Sinopsis:

Noelia y Gabriela son amigas desde la infancia, de esas amistades en las que a veces una sabe más de la otra que ella misma. Noelia sabe que Gabriela vive parcialmente escondida a su sombra, intentando ser normal. Aunque no lo es completamente. Ignorando esas diferencias y los secretos que oculta, han crecido juntas aspirando cosas normales de chicas normales, hasta que la aparición de Niloy, un chico de aspecto peligroso y carácter un tanto inestable, hace que Gabriela tenga que asumir que parte de lo que toda la vida ha estado ocultando es real, y no fruto de su imaginación. Porque desde su primer encuentro, Gabriela y Niloy han sabido reconocer que al margen de los sentimientos y la atracción que hay entre ellos, hay mucho más sobre lo que son y de cuál es su destino. Pero para poder seguir adelante en esta emocionante aventura, necesitarán de sus amigos y de las personas que, desde siempre, le han acompañado.









Género: Novela fantástica romántica con ambientación contemporánea.

Público: Juvenil

Temática: Dragones, sombras y poderes elementales.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

ROM-CONTEMPORÁNEA-ADULT

CÓMO CONQUISTAR A UN GENIO

Sinopsis:

Tras trabajar en multinacionales y grandes centros científicos, Fa decidió buscar un poco de normalidad y sociabilizar con otros seres humanos, algo que no se le da especialmente bien. Musa esconde un pasado, se entretiene escuchando la radio de la policía mientras elabora complejos algoritmos y hace de dependienta en un *sex shop* para pasar el rato. La gran estrella deportiva, Math Damon, sonríe mucho en televisión, pero es solo cuando está detrás de una pantalla que su verdadera pasión se hace evidente. Nolan disfruta manipulando números, personas y todo lo que le venga en gana; para él la vida es un juego que sabe que va a ganar… aunque eso lo convierte, al mismo tiempo, en algo aburrido.

Cuatro amigos.

Cuatro genios solo parcialmente comprendidos.

¿Puede existir el amor para alguien como ellos?







Género: Novela romántica contemporánea.
Temática: Genios y robos informáticos.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).